



**POESIA
RELIGIOSA
ANTOLOGIA**

por

leopoldo de luis

ALFAGUARA
madrid barcelona

*POESÍA ESPAÑOLA
CONTEMPORÁNEA*

ANTOLOGÍA

(1939 - 1964)

* *

POESÍA RELIGIOSA

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

LEOPOLDO DE LUIS

EDICIONES ALFAGUARA
MADRID-BARCELONA

NOTAS PARA ESTA ANTOLOGÍA

I. La poesía religiosa.

El sentimiento religioso es una reacción ante la vida. Nace del asombro y del temor. La belleza y la perfección de la naturaleza y las fuerzas invisibles que la soliviantan, tanto como la conciencia de indefensión y de responsabilidad, hacen sentirse al hombre dependiente de un ser superior, de una totalidad cósmica, de unas normas morales. Para una mentalidad idealista, en la Divinidad reside la causa de esa dependencia y sus actos alcanzarán razón en lo metafísico. Para una mentalidad materialista, la ciencia y la propia acción humana poseen el secreto de una realidad tangible. Pero en el fondo del corazón humano late un ansia insaciable de comprender y de amar, porque el hombre no es nunca del todo libre: siente que se debe a alguien o a algo, que su presencia en la tierra no es insolidaria, que no es—ni podría—un ser exento.

De pareja inquietud surge también la poesía; se impregna de un sentimiento afín. Ello permitió que se dijese por un gran poeta¹ que toda la poesía es religiosa, lo que creo yo que vale decir que el sentimiento religioso y la actitud poé-

Primera edición: 10 de abril de 1969
(Primer millar)

© LEOPOLDO DE LUIS, 1969

EDICIONES ALFAGUARA, S. A.

Orense, 35 - Madrid 20 — Tuset, 1 - Barcelona 6

Derechos reservados para todos los países

PRINTED IN SPAIN

Depósito legal: M. 4.014-1969

¹ DÁMASO ALONSO, *Poetas españoles contemporáneos*.

tica reconocen una raíz común en el corazón de los hombres.

Es obvio que, a estos fines, distingo entre el sentimiento religioso y las religiones como encauzamientos en dogmas o sistemas de creencias. El sentido religioso o religiosidad, es ansia trascendente. La religión es norma, rito, dogma. Bergson habla de la "función fabulatriz"². Hay religiosidad sin dogmas como hay dogmas sin religiosidad. Los temas mitológicos, los litúrgicos o ceremoniales, han sido y son también incorporados a la poesía y deben tenerse en cuenta para un estudio de la poesía religiosa, pero como motivos exteriores, siempre menos radicales que el propio sentimiento religioso en la dimensión apuntada. Algo semejante a la relación entre el sentimiento de amor en la poesía y el madrigal. A través del sentimiento religioso, la poesía una de alguna manera al hombre con su principio y su fin o, si se quiere, con su destino.

Ha sido fácil relacionar la poesía y el sentimiento religioso en la presunta raíz etimológica de *religare* = atar, como si la religión uniera al hombre con la Divinidad o con sus orígenes. Se ha montado toda una filosofía de la religación. Sin entrar en su fondo teológico, parece más

² H. BERGSON, *Les deux sources de la morale et de la religion*.

cierto (y sigo aquí el diccionario etimológico de Corominas) que la palabra *religión* procede del latín *religio*, -onis, que no es sino escrupulo, delicadeza, y de ahí religiosidad.

Este linaje etimológico, si no nos da pie para la interpretación metafórica del sentimiento religioso y, por tanto, de la poesía religiosa, como un hilo que enlaza al ser humano con la Divinidad o que lo ata a sus raíces, nos proporciona, en cambio, la idea de una poesía religiosa de asentamiento moral, que centra al hombre en una serie de normas éticas, autolimitándose en una consciente libertad, en la dependencia del individuo que se debe a los demás y que debe respetar su propia conciencia.

No es, sin embargo, solamente esta raíz común lo que da origen a la poesía religiosa. Lo religioso ha empapado la vida de los pueblos durante siglos. La cultura y las costumbres vienen, a través de la historia, moldeadas por la comprensión de lo religioso. El hombre primitivo reverencia y adora cuanto teme y admira. Su poesía está en las danzas alrededor del fuego o ante el totem tribal. El tabú y el animismo, elementos fundamentales en todas las religiones, pasan a la expresión poética como imágenes de representación. ¿Qué es, por ejemplo, la humanización pictórica de los ángeles, sino una metáfora visual? El miedo a la muerte suscita tam-

bién el sentir religioso y el poético. El hombre es el único ser de la escala zoológica que se da cuenta de su mortalidad. De antiguo rinde homenaje a sus muertos el hombre: ¿simplemente porque le causan temor, o bien, como quería Unamuno, por ahuyentar la conciencia de su propia aniquilación?

Si de las religiones primitivas pasamos a la Europa medieval, no es poco el influjo manifiesto del clero sobre el arte y las letras. Con el humanismo renacentista, cargado en última instancia de preocupación religiosa, la literatura se hace ascética y pone su fin en el rigor de la conciencia individual.

El humanismo vino a dar en España pábulo a los delirios de *alumbrados* y *quietistas*, creando, por un lado, la mística y, por otro, las exégesis escriturarias. Sabemos que era campo abonado una capa social de cristianos nuevos, y la Inquisición, temerosa de una espiritualidad “demasiado” pura, tuvo mucho que hacer con personas y con obras, hasta entre las más encumbradas de la ascética. De este fervor de los siglos XVI y XVII por un arte a lo divino, da muestra el estudio de Dámaso Alonso sobre la divinización de obras y de temas³. Culmina en el reinado de Felipe II, período post-tridentino y época triunfal de Le-

³ DÁMASO ALONSO, *Poesía Española*.

panto. Se aspiraba a extender política y militarmente el Imperio de Cristo.

La mística y la ascética, dos manifestaciones descollantes de la poesía española del Siglo de Oro, son excepcionales ejemplos de cómo la poesía religiosa se imbrica con otros aspectos. Lo amoroso, en la mística, y lo moral, en la ascética, cobran valor que bien puede emparejarse con lo religioso.

La mística: intuiciones y sentimientos antes que razones, esto es: anti-escolástica, posee un ingrediente erótico que ya tenía el antecedente *iluminista*; fueron muchos los *alumbrados* que mezclaban con sus delirios y visiones la presencia sexual. Los poetas místicos emplean un lenguaje tropológico de amor humano, e incluso se llegó a hablar de lujuria y gula espirituales⁴. Desprovistos de su intención religiosa, muchos poemas místicos mantienen su emoción de poesía amatoria.

En cuanto a la ascética, con su cristianismo interior, su alejamiento de superficialidades, su camino de perfección hasta que —en frase de un asceta— cada cual sienta nacer en sí un corazón puro, nos deja, como la poesía moral, la lección de que el hombre tiene deber de vi-

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Comentarios a “Noche oscura”*, lib. I.

gilancia sobre sí mismo. No en balde nuestra literatura del Siglo de Oro experimentó el influjo erasmista que Marcel Bataillon⁵ ha sabido poner de manifiesto, y el erasmismo alentó siempre un tono moral, social y político, postulando una literatura útil y rechazando aquella poesía que no es sino “arte de mentir armoniosamente”⁶.

Por este costado, damos también con la vertiente social de la poesía que, como tuve ocasión de comentar en mi prólogo a la antología de poesía social⁷, aparece a veces en alianza con la de sentido religioso.

Si recordamos la comparación que Unamuno hacía de la mística española, la cual, según él, es introvertida y no quiere saber nada de lo temporal, y la mística italiana, derramada fuera de sí, amando la naturaleza y sintiéndose hermanada a todas las criaturas, hay una poesía religiosa de acentos caritativos y fraternos, que responde, más que a los modelos castellanos, al ejemplo de Francisco de Asís, a quien el mismo Unamuno llamaba “alma de trovador”⁸.

La poesía religiosa, tiene muchas veces contacto con la filosofía y, muy concretamente, con

⁵ MARCEL BATAILLON, *Erasmus y España*.

⁶ LUIS VIVES, *Instrucción de la mujer cristiana*.

⁷ L. DE LUIS, *Antología de la poesía social española contemporánea*.

⁸ MIGUEL DE UNAMUNO, *En torno al casticismo*.

la filosofía existencial. “El sentimiento de incertidumbre y la lucha íntima entre la razón y la fe —vuelvo a citar a Unamuno—⁹ son cimientos de moral”, y al escribir esto, don Miguel declaraba sus dudas respecto a si estaba escribiendo filosofía o poesía. Por cierto, en el mismo párrafo se dice que “la desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz”, anticipándose con esta afirmación a Camus en aquello del pensador francés: “una filosofía pesimista no es incompatible con una moral de coraje”¹⁰.

Nos queda, por último, un aspecto de la poesía religiosa, antes aludido, que es el inspirado en temas piadosos y de advocación hagiográfica. Su presencia ha proliferado, en detrimento de su entidad poética, en la poesía del siglo XIX e incluso en la de nuestros días, singularmente —y no es del todo paradójico— entre los poetas de ropa talar. No cabe duda de que es la parte más caediza de la poesía religiosa, la que antes puede perder vigencia. Es sabido que la poesía que se basa en símbolos o valores convenidos, en la cargazón emotiva que hemos puesto en una determinada palabra, perderá su supuesta perdurabilidad en cuanto esos símbolos no representen

⁹ MIGUEL DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*.

¹⁰ ALBERTO CAMUS, *El mito de Sísifo*.

la misma cosa, esos valores no merezcan la común aceptación o esa carga emotiva se desplace a otras voces. Carlos Bousoño ha estudiado muy bien este fenómeno¹¹. En esta época se nos presenta un ejemplo muy acusado con los asombrosos avances científicos. Los viajes espaciales y la cirugía cardíaca han deshecho dos mitos más, lo que, realmente, la ciencia viene haciendo desde siglos. ¿Quién se atreverá a mantener el prestigio romántico de la luna, consagrado tópico poético? ¿Y el corazón? Si un hombre puede vivir con un corazón ajeno, trasplantado quirúrgicamente, hemos perdido el centro mítico y tópico del amor y de las buenas y malas pasiones. Aplicado a la poesía religiosa, obsérvese que su versión del tema concreto corre este peligro incluso dentro de una misma religión, de unos mismos principios. Por citar un ejemplo, recordemos aquel poema de José María Gabriel y Galán que se titula "La pedrada". El tema es una procesión de Semana Santa en Castilla. Desfila un "paso" que representa la escena de Jesús azotado por los sayones. Un niño, con ingenua piedad, apedrea a los verdugos. Bien. Cuando el poeta se refiere a los verdugos de Jesús, dice (y pasemos por alto el ripio) que "los judíos / eran Judas y unos tíos / que mataron al Dios

¹¹ CARLOS BOUSOÑO, *Teoría de la expresión poética*.

bueno". El día en que la actual postura del Concilio Vaticano II, al declarar que no debe seguir condenándose en bloque al pueblo judío por la muerte de Jesús, haya penetrado en la conciencia de los católicos todos, un poema como el citado carecerá de sentido religioso.

De suerte que, a mi juicio, hay dos clases, en líneas generales, de poesía religiosa: la que responde a un sentimiento interior, existencial, y la que maneja asuntos relacionados con la religión en sus manifestaciones externas. La poesía contemporánea española sobre la que se compone esta antología, ha respondido mucho más a lo primero, con lo que su importancia y calidad resultan relevantes. La antología contempla todas las manifestaciones, pero atiende, como es de rigor, ante todo, a la calidad. La poesía, antes que religiosa, como antes que amorosa o antes que social, tiene que ser poesía. De lo contrario, la antología huelga.

No es, pues, ninguna razón dogmática la que puede incluir o excluir un poema en este libro. La poesía religiosa no es sólo *voz celestial* (como la llamó un crítico)¹², puede ser —¿por qué no?—, sin que quepa negársele el calificativo de religiosa, *voz infernal*. Y puede ser *voz*

¹² ROQUE ESTEBAN SCARPA, *Voz celestial de España*. Ed. Zig-Zag, S. A. Santiago de Chile, 1944.

terrenal. En nuestros días ha sido un Papa, Juan XXIII, quien ha declarado la primacía de la conciencia de cada cual para buscar a Dios. Si esto es válido en el orden teológico, ¿cómo no habría de serlo en el artístico? No cabe constreñir lo religioso a lo dogmático: cuantos poetas han llevado inquietudes semejantes a su obra, entran, por derecho propio, en una antología temática como la que ofrezco.

II. Lo religioso en la poesía española contemporánea.

Una vez más, hemos de considerar el arranque de la poesía contemporánea en Unamuno, Juan Ramón y Machado. Son las tres grandes columnas del pórtico que da entrada a la poesía española del siglo xx. Unamuno, o la religión hecha poesía. Juan Ramón Jiménez, o la poesía hecha religión. Antonio Machado, o el Dios que se sueña.

Asombra la miopía poética de tantos contemporáneos de Unamuno que lo postergaban líricamente. Un profesor, un pensador, un filósofo. Si acaso, para algunos, un novelista. Un poeta, para pocos —bien que para los mejores—. Sin embargo, puede que sobre todo don Miguel fuera

eso, un poeta, en cuya obra, como en un revuelto río, afloran las materias de todas sus preocupaciones. Los grandes temas radicales que conmovieron su espíritu, y en primer lugar el de la supervivencia y el de la fe, están concentrados, apurados en sus poemas. ¿Qué buscaba en último extremo don Miguel? Salvarse. Perdurar. Lo buscaba en último extremo, dicho sea en toda su acepción: en el extremo, en el cabo: cuando ya no queda más, cuando algo se acaba. En el último: en el definitivo e insustituible, porque ya no hay otro. En el intercambiable, porque es el propio, el del yo, el de la persona. Quiere decirse en el momento de la muerte. Y para eso nos dijo que “sacaba a vida” sus versos, para que “luchen por la eterna”.

Hay un aspecto singular y propio en la religiosidad de Unamuno frente a ese ansia de vida eterna. Lo que Unamuno quiere es, más que otra vida, esta vida. No se resigna a morir y piensa que otra vida, si la hay, puede no satisfacerle. En un poema suyo: “Elegía en la muerte de un perro”, medita sobre la ausencia de su perro en “la otra vida”, en la que no tendremos alrededor de nuestra alma el alma de las cosas y las bestias; será —dice— un mundo “de terrible pureza”.

También su concepto de la fe es peculiar. Recordemos, si no, el “Salmo II”, de su primer li-

bro¹³. Lo que el poeta quiere, en realidad, es la duda. La fe, para él, es impía, porque pretende encadenar a Dios a la vida propia. El poeta que no conoce a Dios, ni acaso —esta es su paradoja trágica— querría conocerle, pues él quiere ser él y “si te conociera —le dice a Dios— dejaría de ser quien soy ahora”.

Creo yo que con esto empieza a perfilarse mi frase anterior: Unamuno o la religión hecha poesía. El espíritu religioso de Unamuno aleja su obra de la religión para acercarla a la poesía. En primer lugar, la religión —todas las religiones— suponen una entrega. El ser humano se ofrece a un Ser superior. La religión conduce los pasos del hombre hacia ese Ser supremo y la meta de ese *ir-hacia* es la unión, esto es: la mística. El profenómeno de toda religión es la mística —dice Ernesto Tröltzsch—, la creencia en fuerzas super-humanas y en la posibilidad de unirse a ellas. En la religiosidad de Unamuno esto no es así. Desde sus primeros poemas, Unamuno se resiste a la entrega. El lucha con la Divinidad, no se abandona a ella. “Luchar con Dios, desde el romper del alba hasta que el sol se pone, como Jacob”, decía él mismo. El no se rinde ni, mucho menos, anhela una unión que implicaría el aniquilamiento de su propia per-

sonalidad en aras de la personalidad divina. Unamuno no renuncia a su yo. Aún más: cabe sospechar que no desea ver a Dios, si verlo es deshacerse: “si yo te conociera / dejaría de ser quien soy ahora”. Y lo que en modo alguno quería don Miguel era dejar de ser él mismo. Antimística por naturaleza, la religiosidad de Unamuno es una sublimación poética.

Lo dicho no estorba para que, a ramalazos, se den en el poeta relámpagos místicos. Ejemplo puede ser el decasílabo “méteme Padre Eterno en tu pecho”, legible hoy grabado en la piedra que sella su sepulcro del cementerio salmantino. Pero es obvio que el talante de una obra poética no lo definen versos aislados, sino el tono general y la actitud anímica.

La poética religión de Unamuno es un remontarse a los orígenes: un buscar a Dios para instalarlo en la conciencia, una —diríamos— proto-religión. Lo que, en definitiva, es la búsqueda poética, el verbo, la palabra en sentido heideggeriano: una proto-poesía que descubre y que nombra. La religión positiva presupone, en cambio, la existencia reconocida de la Divinidad. El hombre religioso entra —nace— en un orbe creado y rinde pleitesía al invisible Ser en el que cree. Creer lo que no vimos es —nos lo han dicho desde pequeños— la fe. Unamuno niega tal definición. Para él la fe no es *creer* lo que no

¹³ MIGUEL DE UNAMUNO, *Poemas*. 1907.

vimos, sino *crear* lo que no vemos. Su fe crea a su Dios. Y lo que crea es la poesía, no la religión.

En este último punto es un caso, en cierto modo, semejante al de Juan Ramón Jiménez, con su "dios deseante y deseado", culminación de uno de sus libros postreros: "Animal de fondo". Es un Dios de invención propia, extraído de su misma conciencia de belleza. El poeta dirá: "No eres mi redentor ni eres mi ejemplo / ni mi padre ni mi hijo ni mi hermano / eres dios de lo hermoso conseguido / conciencia mía de lo hermoso". Así como Unamuno hizo de la religión poesía, Juan Ramón hizo de la poesía religión. Fue un místico que previamente inventó su dios para la vía unitiva. En sus últimos tiempos, Juan Ramón contempló el fenómeno modernista, en el que se considera incurso y en el que inscribe también a Unamuno, en su totalidad de movimiento renovador del espíritu. Claro es que sólo así es posible afiliarse en ello a don Miguel: recordando la obra de un abate Loisy postulator de la credibilidad interna, el sentimiento subconsciente, *sui generis*, de lo divino, la penetración crítica en la ortodoxia católica tradicional. Unamuno cita en *Del sentimiento trágico de la vida*, al ex-abate "doctor y caudillo del modernismo", aunque no se muestra muy favorable a él. En 1907 el decreto *Lamentabilis* y la encíclica *Pascendi*, de Pío X, acabaron por condenar las mo-

dernidades de Loisy. El mismo año en que aparece el volumen *Poesías*.

Grandes son, pese a los contactos apuntados, las diferencias religioso-poéticas de Unamuno y Juan Ramón. En éste, no hubo nunca agonía, sino éxtasis y, por tanto, una suerte de mística: Juan Ramón sí que aspira a fundirse con esa divinidad pura, en una visión unificante de lo exterior. Además, a Juan Ramón no le preocupó, no le obsesionó el tema toda la vida, y su advenimiento es de eclosión más estetizante que cordial.

Tampoco preocupó por entero el tema a don Antonio Machado, pero, si a Juan Ramón le gana al final de su vida, a él, contrariamente, le acucia en su primera época.

En el sentimiento religioso, es posible que, como apunta Antonio Sánchez Barbudo en excelente ensayo¹⁴, don Antonio estuviera influido por Unamuno. Para probarlo, recuerda Sánchez Barbudo aquellos versos: "esa tu filosofía, / gran don Miguel, es la mía". La devoción está aún más clara en el epistolario que, por los primeros lustros del siglo, fue de Baeza a Salamanca¹⁵. Otra muestra es la referencia machadiana a los cuatro "Miguelés ilustres y representativos de

¹⁴ ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, *El pensamiento de Abel Martín y Juan de Mairena y su relación con la poesía de Antonio Machado*.

¹⁵ ANTONIO MACHADO, *Los complementarios*.

España: Cervantes, Servet, Molinos y Unamuno". Representativos también, me parece a mí, de la religiosidad machadiana. Cervantes, influido por las doctrinas de Erasmo, como demuestra Bataillon¹⁶, y cristiano nuevo, según enseña Américo Castro¹⁷. Servet, renovador que acierta a dar, como una metáfora poética, la teoría de la circulación de la sangre antes que Harvey, y que acaba en la hoguera de la inquisición calvinista. Molinos, un soñador de la "contemplación perfecta", muerto en las cárceles inquisitoriales. Y Unamuno quien, como antes dije, convirtió en poesía su religión.

Machado escribió que la superficialidad de una Iglesia huera y un clericalismo inmovilista sólo pueden ceder al embate de un impulso realmente religioso. Quiso ver en el Evangelio una fraternidad que va más allá del amar al prójimo como a uno mismo¹⁸.

Llamó Laín Entralgo a Machado "menesteroso buscador de Dios"¹⁹, lo que no deja de ser cierto si pensamos en versos como:

"Así voy yo
buscando a Dios entre la niebla"

.....
"cuando se busca a Dios y no se alcanza"

.....
"el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos"

Ese Dios, creado por el hombre en sí mismo, como en Unamuno, ese Dios inmanente que el poeta sueña, como una ilusión bendita, dentro de su corazón²⁰. Ya Feuerbach había considerado la religión como un sueño del hombre, un ansia evasiva para crear un mundo distinto al mundo adverso que nos acosa a diario.

Pero, si leemos otros poemas, acaso lleguemos a la conclusión de que la búsqueda menesterosa a través del sueño por las galerías del alma, fue resuelta y superada en los últimos años, hasta el escepticismo. Desde un punto de vista filosó-

²⁰ En el poema "Anoche cuando dormía" se ha llegado a señalar una semejanza con *Las moradas* de Santa Teresa, quien ya habló, en el proceso de acercamiento a lo divino, de *fuelle, colmena y sol*, los tres elementos que emplea Machado. *Insula*, publicó en su número 158, enero 1960, un artículo sobre este punto, firmado por R. A. Molina. Sánchez Barbudo lo comenta también en su libro *Los poemas de Antonio Machado*, Ed. Lumen. Barcelona, 1967.

¹⁶ M. BATAILLON, *obra cit.*

¹⁷ AMÉRICO CASTRO, *Cervantes y los casticismos españoles*.

¹⁸ A. MACHADO, *Obra cit.*

¹⁹ PEDRO LAÍN ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho*.

fico que no es del caso, me parece particularmente acertado el estudio aludido de Sánchez Barbudo. Nadie ha visto tan claro en la filosofía machadiana y en su planteamiento religioso. Pero a la sola luz de sus poemas podemos percibir, además de la menesterosidad divina (Dios como una necesidad del hombre, Dios creado en la propia conciencia) un reflejo del clima espiritual de España en las primeras décadas del siglo, con las grandes figuras del noventa y ocho.

El clima espiritual del novecientos tiene en España una huella krausista, precursora del modernismo, que vino ni más ni menos que a empalmar con una tradición erasmista de religiosidad interior. A través de Julián Sanz del Río y de la Institución Libre de Enseñanza, una renovación espiritual y cultural, a la que estuvo muy unido don Antonio Machado, impulsó aires más europeos en las aulas españolas, con la oposición enconada de los enquistados en viejas glorias inamovibles, los de “la alianza del altar y el trono y las glorias de Numancia y de las Navas”²¹, como decía Unamuno, o “los españoles de la danza y la vela”²², como los ha llamado en nuestros días el jesuita P. Llanos. En esa línea vemos,

²¹ MIGUEL DE UNAMUNO, *En torno al casticismo*.

²² JOSÉ M.^a LLANOS, S. J., *María, la piedad y el pueblo*, diario *Ya*. Madrid, 8 sep. 1967.

por ejemplo, el poema XX de *Proverbios y cantares*, de “Campos de Castilla” (1917):

“¡Teresa, alma de fuego,
Juan de la Cruz, espíritu de llama,
por aquí hay mucho frío, padres, nuestros
corazoncitos de Jesús se apagan!”

Con la ironía que no es ajena a un sector de la obra machadiana, después de exaltar la pasión de los místicos poetas, se desestima un culto superficial y exterior, impuesto durante el siglo XVIII mediante una imaginería de consabido mal gusto y bajísimo valor artístico, por el tesón del P. La Colombière, sobre el sueño visionario de Margarita María de Alacoque. El *rococó* francés exportaba *cordicocolismo*²³.

De parecido talante son los versos tan famosos:

“La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
.....

²³ Se comenta en páginas anteriores la desmitificación, por la actual cirugía cardíaca, del corazón como centro amoroso. Con ello, el culto que impuso La Colombière queda reducido a un sueño piadoso, y necesita una interpretación espiritual y simbólica que

Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahir, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste
cuando se digna usar de la cabeza.”

No tendría hoy don Antonio que añadir más que el nombre de algún as del fútbol para actualizar el cuadro. La tradición más inmovilista mantiene una piedad folklórica que ha acabado por implicar el culto a la Virgen María en la pandereta de atracción turística del “España es diferente”, a despecho del espíritu del catolicismo remozado en el Concilio Vaticano II. La denuncia es del P. José M.^a Llanos, S. J.²⁴: “María, la piedad y el pueblo: la combinación es respetable e incluso comprensible en sus manifestaciones más extrañas, siempre que no se haya introducido en la trilogía un cuarto elemento, hoy decisivo en nuestra sociedad hotelera (...). Esto es menester delatarlo como una manifestación de piedad al servicio de otras cosas, servicio tan al día y tan rentable. Esto no. María, nuestra Madre —perdónesenos la irreverencia— no puede venir a ser una más, ni la primera siquiera, de la interminable serie de mises, reinas,

sustituya a la concepción sensoria que ha dejado huella en una imaginería demasiado materialista.

²⁴ J. M.^a LLANOS, *art. cit.*

majas, madrinas, mozas que decoran la Península por todos lados”.

Después de estas decisivas figuras —Unamuno, Juan Ramón, Machado— de la poesía contemporánea, lo religioso sufrirá un eclipse en nuestra lírica, bien por las nubes de una poesía de inferior calidad, como la de algunos supervivientes del modernismo, bien por el sol de una poesía que se deseaba exenta de sentimientos ajenos a su propia pureza. Esto no quiere decir que el tema desapareciese, como intento evidenciar en las líneas que siguen.

Rubén Darío dejó una obra donde, aliado a la sensualidad, a la belleza y a la música, late un acento religioso que ha sido estudiado como de distinto signo. Pero el modernismo, o se transfiguró con personalidad propia (los Machado, Juan Ramón) o sobrevivió como la triste percalina ajada de después de la fiesta. Hay un Francisco Villaespesa, sí, cuya poesía torrencial no merece el actual olvido. Su religiosidad, sin embargo, ofrece poco interés: o presenta una veta popular, cantarina, o un romanticismo espectacular y sonoro, con imprecaciones y visiones de muerte. Ejemplos de uno y otro tono pueden ser aquellos versos de “La Virgen cantaba, / la dueña dormía... / La rueda giraba / loca de alegría”, o bien los sonetos de “La canción del recuerdo”.

En cuanto a Manuel Machado, aparte de sus evocaciones folklóricas en los *Cantares* andaluces (el Señor del Gran Poder, la Virgen de los Reyes, la Esperanza, que está en San Gil, etc.) o de algunos sonetos como el de San Ignacio de Loyola o el de las Concepciones de Murillo, la religiosidad habría que buscarla en *Ars Morienti*: esa flor que hay en el sueño y “que al despertar ya no está en nuestras manos”; aquel: “—madre, para descansar, morir”.

Como precursor, cabría citar a Ganivet, dejando a un lado la obra de Gabriel y Galán por hallarse más vinculada a gustos poéticos no contemporáneos. Ganivet, en cambio, no sólo a sus pocos versos imprime una corriente ascética, entre la vida, el sueño y la muerte, sino que lo corrobora con su propio morir. El suicidio, no me cabe duda, es un acto de sentido religioso.

También la retórica modernista de Eduardo Marquina dejó, sin contar con la recreación dramática de personajes religiosos, unos poemas líricos donde hombre y creación se armonizan: “el mundo es solamente / porque lo ven tus ojos y tu lengua lo expresa”.

No puedo olvidar a Alonso Quesada, el más trágico poeta de Gran Canaria, como le llamó el crítico Sebastián Padrón Acosta en su estudio exhumado por el profesor Sebastián de la Nuez, de la Universidad de La Laguna. La con-

templación del mar de la orilla natal del poeta, alcanza unción verdaderamente religiosa. Hondo y grave ordenador de la vida toda, el mar se yergue dominador o se aplaca sumiso para hacerse camino de Jesús de Nazaret. Pero el sentimiento religioso de Rafael Romero tiembla también en sus poemas a la muerte y en sus emocionados poemas domésticos. Una religiosidad entrañable y sencilla brota de poemas como su *Oración de todos los días*.

Un poeta que cronológicamente podría considerarse novecentista (su año de nacimiento sigue inmediatamente a los de D'Ors y Ortega) es León Felipe Camino. Sin embargo, su poesía y su pensamiento andan tan lejos del clasicismo como de la deshumanización, y su cosmopolitismo, su “no volver a echar el ancla”, si le lleva al amor por todos los pueblos de la tierra, a buscar en la humanidad una bondad natural, una inocencia primera, se escora más del lado cordial que del racional.

Aunque nacido nueve años después que Machado, doce más tarde que Baroja, contando tres menos que Juan Ramón, León Felipe parece, en muchos aspectos, un noventaiochista. Piénsese en su interpretación trágica de lo español, en su antibelicismo, en su mística rebelde.

Mística rebelde y fraterna. León Felipe ha hecho religión de la fraternidad humana. Se

apoya en un cristianismo difuso, un cristianismo sin dogma y casi sin Cristo: "Cristo —escribe— es la Cruz vacía". León Felipe canta a la cruz desnuda. Su unión mística adquiere una interpretación material, tan original y poética como seguramente alejada del dogma. Para León Felipe el hombre es inmisericorde, porque es sustancia de un Dios inmisericorde, y todo va siendo devorado por lo precedente: la semilla es devorada por la lombriz; la lombriz por la gallina; la gallina por el hombre; el hombre, por Dios. El mundo es el esófago, el estómago, el intestino. Dios nos ha tragado²⁵. El hombre, "ese orgulloso capitán de la historia", no es más que sueño de Dios, soplo de Dios, cópula amorosa de Dios, excremento de Dios. Esta arriscada imagen nos recuerda aquella del poeta católico José M.^a Valverde, en su poema *La mañana*, pensando que estamos (los hombres en la tierra) "como pobre desayuno de Dios, a que nos coma". León Felipe ha llevado la imagen en su interpretación material, a sus últimas consecuencias.

León Felipe es un poeta místico y, a la vez, revolucionario —si es que en todo revolucionario no hay siempre un místico—, que pide "contra la ley, el milagro". Su voz resuena con acentos bí-

²⁵ Curiosa oposición de este entendimiento del hombre devorado por Dios, con la teofagia practicada en casi todas las religiones.

blicos; su poesía es más que de la palabra, de la parábola.

El autor de *Versos y oraciones de caminante* es una personalidad muy independiente. Pese a su canto fraterno es, siguiendo la estirpe de los místicos castellanos, individualista, y sabe que "nadie fue ayer / ni va hoy / ni irá mañana / hacia Dios / por este mismo camino / que voy yo".

Margarita Murillo González, religiosa mejicana, acaba de publicar una notable tesis sobre el sentido religioso en la obra de nuestro poeta. Muy pormenorizadamente, estudia cada libro y cada aspecto, llegando, entre otras conclusiones, a la afirmación de que la religiosidad de León Felipe no es confesional ni dogmática; nace de una textura espiritual íntima, que lo distingue como hombre y como poeta²⁶.

Pasemos a la generación del 27. No escribe, en sus obras definidoras de tal generación, lo que llamamos una poesía religiosa. Los motivos buscados eran otros, más de renovación estética que de efusión sentimental. De manera indirecta, una poesía tan viva, tan clara, como la de Jorge Guillén, supone una suerte de religión vital: el ser

²⁶ *León Felipe. Sentido religioso de su poesía*. Tesis profesional. Maestría en Letras Españolas. Margarita Murillo González. Universidad Nacional Autónoma de México.

frente a la creación “bien hecha”, el entusiasmo porque “todo en el aire es pájaro”, porque “todo es prodigio por añadidura”. Esta exultación puede, ocasionalmente, concretarse en el tema, como “Sábado de Gloria”, de *Cántico*, pero su talante religioso no varía, sus alusiones a la fiesta litúrgica no modifican, en el fondo, el matiz poético. La poesía de Jorge Guillén nos infunde el gozo de la comunicación viva con el mundo circundante, nos pone en posesión de sus realidades visuales y táctiles. Es, en cierto modo, una oración afirmativa ante la vida: no un acto de sumisión, pero sí un acto de admiración y de amor. En *Clamor*, su segundo libro o, mejor, su segunda época, hay un poema en el cual, al sentir el poeta que la creación le invade, que él mismo es creación, exclama: “yo dependo”. He aquí que el sentimiento de dependencia se sigue de una actitud religiosa. Como el propio poeta ha dicho prologando una antología suya²⁷, “una conciencia amanece en una conexión de armonía”, y nos aclara que para esta actitud ha de partirse de una condición: que sean “suficientes la salud y la libertad”.

En este mismo sentido de amplio talante religioso, vemos el panteísmo de la poesía cósmica de Vicente Aleixandre. El poeta se integra en

²⁷ JORGE GUILLÉN, *Selección de poemas*. Ed. Gredos.

la creación y canta la materia como única y total: la flora, la fauna, las montañas, el cielo, son una misma cosa material en la que el ser humano se funde. En *La destrucción o el amor* o en *Sombra del paraíso* es manifiesta esta tendencia que Boussoño²⁸ ha llamado integralismo hispánico. A los muchos ejemplos del libro de Boussoño sobre esta suerte de panteísmo alexandrino, aún podemos añadir el sentido mismo de su “Nacimiento último”: el hombre, al fundirse a la tierra, a la materia cósmica, en la muerte, nace a la unidad total. La ascendencia místico-panteísta de raíz española la tenemos en el Maestro Bernardo Pérez de Chinchón que, al dedicar su traducción de *Preparatio ad mortem*, de Erasmo, en 1535, escribe: “Cuando el hombre nace del vientre de su madre, entra en el vientre de la naturaleza, y cuando muere, es el parto de la naturaleza (...), es decir que el hombre tiene dos nacimientos”. Ese segundo nacimiento de Bernardo Pérez de Chinchón, es el “nacimiento último” de Vicente Aleixandre.

Los más recientes libros de este poeta, *Historia del corazón*, o *En un vasto dominio*, amplían su visión, abriéndola a un costado moral. Si el tema central de su obra es la unidad total de la

²⁸ CARLOS BOUSOÑO, *La poesía de Vicente Aleixandre*.

naturaleza, en ésta queda implicado el hombre, exaltado en su elementalidad de ser puro. La fuerza cósmica que aglutina los elementos y que los condiciona avasalladoramente, es el amor. De un caos apasionado y como subterráneo, va surgiendo un orbe luminoso, una visión nítida de la creación. Y, de pronto, el equilibrio logrado, la perfección alcanzada desde los sumidos pozos de la materia caótica a la radiante hermosura de un cenit intemporal, se escora hacia el costado izquierdo por peso del propio corazón, y la difícil vida humana se destaca, con su grave destino, como protagonista de la obra aleixandrina. Esta evolución comporta una moral: la de sentirse integrado en un mundo común, la de reconocerse en los demás, en una libertad hacia lo unitario. Supone también un sentido religioso, aunque el dios de estos poemas es la fuerza cósmica en la que el hombre se sumerge definitivamente, y allí encuentra vida. Es un dios-materia.

Concretándonos al tema religioso, García Lorca y Rafael Alberti ofrecen algunas muestras no sólo valiosas en sí, sino revalorizadas por el propio nombre de los autores. ¿Quién no recuerda aquel “panderito de harina para el recién nacido” que era la Forma del Sacramento en el poema de Lorca? Su poesía sensual, rica, sugere, incorporó otros motivos hagiográficos, de

tradición andaluza, o los asumió en el aire del cante. En sus primeras canciones aparece una religiosidad ingenua y romántica, que se torna venialmente demoníaca en “Prólogo” del *Libro de poemas*. En dos ocasiones (*Crucifixión y Nacimiento de Cristo*) da una trascendencia actual al tema, desde el superrealismo de *Poeta en Nueva York*.

Como en Federico García Lorca, en Alberti el tema religioso es, en sus primeros libros, aire popular, andalucismo y canción. Sus “ángeles” son mucho más complejos; animados por el superrealismo, manipulan las cosas reales o las abstracciones y encauzan en efusiones líricas ansias apasionadas e intuitivos vislumbres. Lo feo, las ruinas, los muertos, tienen también sus ángeles impuros. Pero he aquí que el tema religioso de advocación se da en este autor tan concretamente como muestran los tres sonetos a la Virgen del Carmen, insertos en *Marinero en tierra*. La poesía tradicional de alabanza y plegaria se une a un juego imaginístico nuevo y original.

Haría falta profundizar más en el espíritu de estos dos poetas —Lorca y Alberti—, y este prólogo no lo requiere, para sentar la afirmación de lo que, a primera vista, se nos antoja: en ambos, el tema religioso responde, más que a nada, a razones estéticas.

La visión demoníaca, de estirpe romántica y de

los poetas rebeldes del simbolismo, tuvo su versión entre nosotros con la poesía de Luis Cernuda. Enamorado de la belleza y de la rebeldía de Luzbel, el poeta lo exalta, así como lo recrimina, hostigado por fracaso y soberbia. No cabe duda de que hay un poso religioso en la invención de estos diálogos con el diablo; ya decía antes que la poesía religiosa no es sólo “voz celestial”, ésta es “voz infernal”, como en sus antecedentes de un Meléndez Valdés, de un Byron, un Carducci o un Blake. Como en Lautreamont, en Baudelaire o en Rimbaud. José Luis Cano, el mejor crítico de la poesía de Cernuda, es quien ha profundizado con acierto en este ramalazo luciferino del autor de *La realidad y el deseo* ²⁹.

En cambio, la poesía advocativa y la religiosidad católica tienen, en la generación del 27, un nombre importante: Gerardo Diego, quien alterno siempre los modos creacionistas con el verso tradicional. Un ansia religiosa, de ascensión mística, entraña ya el famoso soneto *El ciprés de Silos*. En *Viacrucis*, una alta poesía crea nuevas oraciones en torno a la Pasión. La imaginería romántica del Pórtico de la Gloria, encuentra su versión lírica por el musical y flexible verso de *Angeles de Compostela*, tanto como los motivos

²⁹ JOSÉ LUIS CANO, *Poesía Española del Siglo XX. De Unamuno a Blas de Otero*.

de la Navidad cobran, en las canciones y los villancicos gerardinos, gracia y finura sólo comparables con los mejores aciertos de los poetas del Siglo de Oro.

Gerardo Diego, al que se ha tildado de poeta frío, es, por el contrario y si bien se lee, poeta de una humanidad conmovedora. El peligro de la poesía que canta directamente los hechos ejemplares del culto religioso, es que nos tropecemos antes con el arte que con la unción. Tampoco aquí los árboles dejan ver el bosque. En Gerardo, no. En Gerardo, forma maestra es lo que debe ser: vehículo de verdad lírica. Pero un vehículo y una verdad tan aliados, que se iluminan mutuamente y mutuamente se prestan emoción. ¿Es lo expresado lo que nos conmueve? ¿Es la manera de decir lo que nos toca? Cifra indescifrable de la poesía auténtica. Entre tanto cultivador de poesía devota, Gerardo Diego se destaca como el maestro y el renovador que también en otras zonas poéticas ha sido.

El sevillano Rafael Laffón es el más claro representante de un barroquismo litúrgico. Su orfebrería poética ha brillado con riqueza de paso procesional.

Un poco al margen de la generación, pero cronológicamente dentro de ella, José M.ª Pemán ha incorporado a su obra el sentimiento católico, ya en la afición de un vivir recoleto

—que puede tener ascendencia frayluisiana—, ya en una religiosidad sencilla y de inspiración tradicional, en temas humildes y en motivos de simbología ascética. El mismo título de uno de sus libros: *Las flores del bien*, expresa un deseo de beatitud frente a la pasión baudeleriana. Su obra es fecunda y amplio su contacto con el tema, estudiado recientemente en un ensayo de Juan Luis Fuentes Labrador³⁰.

Entre lo tradicional y el neopopularismo de la época, está la poesía de un profeso: el padre Félix García, O. S. A. Hay en su clara lírica una exaltación guilleniana y un léxico sanjuanista. No siempre su religiosidad aspira al poema místico, sino que gusta también del romance narrativo, con algunos dejes lorquianos.

Otro poeta de la misma generación es Juan José Domenchina, quien después de “corporeizar lo abstracto”, corporeizó lo concreto, que era su vivir, su realidad circundante, el exilio mejicano, al que fue tras la guerra civil. En la hoguera de una crisis espiritual, prendió la llama de una poesía religiosa tan sentida, que en 1958 (a tres años de su muerte), escribía: “la única vida del poeta es el diálogo con Dios”. Y eso fue, después de algunas convocatorias en sus libros de 1949

³⁰ JUAN LUIS FUENTES LABRADOR, “La vivencia religiosa en la obra poética de José M.ª Pemán”, revista *Caleta*. Cádiz, agosto 1967.

y 1950, el manojito de sonetos que, con el título de *El extrañado*, vio la luz en 1958. Un diálogo en el cual el poeta se esfuerza por expresar a Dios su fervorosa búsqueda de siempre, aunque no está seguro de acertar, mientras escucha la palabra divina como una forma de silencio, como una llamada voz.

Dentro del “veintisiete” cuenta también, en el aspecto religioso, la obra de otros poetas como Rafael Sánchez Mazas, José Bergamín, Valbuena Prat, Lope Mateo, José M.ª Souvirón, Ernestina de Champourcin, José Luis Estrada, Federico C. Sainz de Robles, a los que no puedo sino nombrar, dados los límites de esta exposición. Debo, sin embargo, extenderme algo más ante la obra de otro, dejado voluntariamente el último de la generación porque sus libros más impregnados de religiosidad aparecieron ya en la época de la post-guerra española. Me refiero a Dámaso Alonso, para quien toda auténtica poesía busca siempre, directa o indirectamente, a Dios.

El desgarrado grito de libertad formal y temática de *Hijos de la ira* surte de un corazón religioso. Proveniente de una epístola paulina, su título ya enuncia el colérico arrebato, raíz misma de la condición humana. Aterrado y confuso, el hombre se vuelve a Dios como a un clavo ardiendo al que aferrarse. Pero para Dámaso Alonso la idea de Dios es múltiple: Dios es la eterni-

dad, y a sus puertas está el mastín del tiempo. Dios es silencio que envuelve al hombre. Dios es soledad donde el ser está sumido. Dios es el tallo donde crece la rosa de la belleza. De la Virgen María tiene asimismo el poeta una idea difusa: es una gran ternura desconocida, es un dulce sueño, es una extraña creación de amor.

El inmanentismo —acaso reflejo unamuniano— parece definirse en Dámaso Alonso con su Dios *personal y necesario*. Que se concibe como *personal*, puede deducirse de la frecuencia con que el poeta antepone al nombre de Dios el adjetivo posesivo, frente a la más normal construcción de “Dios mío”. (Ya sé que hay muchos ejemplos de la expresión “mi Dios”, como el conocido: “No me mueve, mi Dios, para quererte”. Pero, aparte de que en los místicos se tiende también al individualismo, en el famoso soneto hay una razón métrica). Que se concibe como *necesario* no está claro sólo en cuánto necesita el poeta que Dios exista, sino en cómo Dios necesita asimismo del hombre. Por ejemplo, para ver la creación. A las pupilas del hombre tiene que asomarse Dios para ver la creación si quiere verla como el hombre la ve, porque ni Dios la puede ver así.

Esa mutua necesidad, ese binomio hombre y Dios —título de otro libro de Dámaso— puede sentirse a veces desolación profunda. Entonces

el poeta ve al hombre como un cáрабо que aúlla (ya en otro poema lo vio yendo “a la caza de Dios”) sin encontrar al dueño. Se le ha perdido el amo. O se ha muerto. Y el plañido es estéril, porque el hombre está solo.

A mi modo de ver, y aun cuando Dámaso Alonso ha insistido mucho en la poesía religiosa como religación, en sus poemas aparece más que la relación del hombre con Dios, el hombre buscando su objeto de creencia, a la manera del pragmatismo. Cosa que también podría decirse de los sonetos antes citados de Domenchina y, en definitiva, de los poetas religiosos en la línea de Unamuno.

Otra generación. El 36. Varios de sus mejores poetas reinstalan el tema religioso en primer término. Los nombres de Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco y Carmen Conde son una demostración.

Rosales ha recreado la lírica religiosa del Siglo de Oro en su *Retablo sacro del nacimiento del Señor*. Ya en *Abril*, unos extensos y hondos poemas colocaban al poeta contrito ante Dios, y tampoco puede olvidarse el sentido reverencial de *La casa encendida*.

De Leopoldo Panero sabemos, por el estudio prologal de Dámaso Alonso, que “está enraizado en la tierra, entroncado en la familia y ascensionalmente atraído por Dios”, y su poesía sien-

te la “necesidad de centrar todo fenómeno en su causa” y “está así penetrada, profundamente empapada, casi diríamos inmersa en la idea de Dios”.

En cuanto a Luis Felipe Vivanco, cuando el 16 de mayo de 1936, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez terminaron de imprimir para sus Ediciones Héroe *Cantos de Primavera*, aparecía esta declaración del autor: “Yo canto, y escribo mis versos, como hombre, como cristiano, como creyente, como enamorado. Mi voz no es más que eso: dolor verdadero, esperanza, pobreza convencida, humilde pertenencia al misterio y fe muy alta”.

La religiosidad de Carmen Conde no es reverencial, sino dimanante de un sentir la vida como ansia de gracia y, más tarde, de la comprensión de un destino mortal. En sus primeros poemas, una sensual comunicación con las cosas, con la naturaleza fervorosamente contemplada. Se dirige a Dios para pedirle no otros favores que los árboles, las fuentes, los pájaros... Después, el desgarrón contradictorio: la gracia, la belleza, el amor, crecen como un ansia, pero la vida humana oculta dolor y putrefacción y miseria. Y también injusticia. Frente a la muerte, Carmen Conde no sólo muestra inquietud metafísica, sino un repudio estético, también. En su libro *Mujer sin edén*, asume el destino de la mujer en

el mundo, desde su remota ascendencia, arrojada del paraíso, condenada a parir, despojada de sus hijos por la muerte, esclavizada tantas veces al hombre, la mujer clama al cielo y, a través de su dolor y de su gozo, de su amar y de su sufrir, habla a Dios conmovedoramente, aliando la vehemencia con la ternura. Se trata, para mí, de uno de los libros más significativos e importantes de la poesía de postguerra.

También Miguel Hernández, en su primera época, respondió a una influencia religiosa, a través de sus lecturas de los místicos y de su amistad con el joven escritor católico Ramón Sijé. Esa influencia fue de doble efecto: retórica y moral. La de signo retórico adornó con elementos de barroquismo litúrgico algunas de sus composiciones. La de índole moral, cuajó en una serie de poemas ascéticos como *Primera lamentación de la carne* o el *Silbo de la llaga perfecta*. Entre ambos influjos están unos sonetos *A María Santísima*. Más adelante, y ya en relación con poetas como Vicente Aleixandre, un toque panteísta rozó su comprensión de la muerte y fue a instalarse en su personal visión del mundo.

Dentro de la generación del 36 deben incluirse Guillermo Díaz-Plaja, Bartolomé Mostaza y Rafael de Balbín, poetas cuya obra no ha alcanzado la amplitud debida a causa de su labor

como críticos. Bartolomé Mostaza, nacido en 1907, es autor de un profundo libro religioso: *Búsqueda*. Una preocupación existencial, con algo de agonía unamuniana, cruza sus poemas. No vacila en avanzar con su fe por el campo de los más modernos descubrimientos científicos, como en una reciente salutación a los astronautas que por primera vez han rodeado la Luna.

Asimismo pertenece a la generación del 36 Federico Muelas, en cuyo libro *Rodando en tu silencio* hay una amplia colección de poemas religiosos, tanto de sentido trascendente y profundo (*Canto a la Eucaristía*), como de menuda y delicada recreación de la poesía navideña (*Gozo y llanto en el portal*).

Otro nombre es el del P. Bertrán, que cuenta con larga bibliografía de lírica religiosa: *Arca de fe*, *Madrigales al nacimiento del Señor*, *El ángel y el ciprés*, etc.

Arturo Serrano Plaja, después de muchos años fuera de España, ha publicado en Madrid, en 1965, su libro *La mano de Dios pasa por este perro*.

Poemas de acento religioso escribieron Ildelfonso Manuel Gil, *El incurable*; José Crusset, *Sombra elegida*; Fernando Gutiérrez, *Tiempo*; y Dionisio Ridruejo, *Soledades*, *Elegías*. De la mis-

ma generación pueden considerarse Enrique Azcoaga, Delgado Valhondo.

Es claro que dentro de la generación del 36, como antes en la del 27, otros nombres podrían representar aquí el cultivo de la poesía religiosa, pero estas páginas no tienen el ambicioso propósito de historiar el tema, sino simplemente recoger un panorama sucinto de su vigencia en nuestra lírica contemporánea. Por otra parte, no es cosa de repetir lo que ya expuse en el prólogo de la antología de poesía social sobre mi criterio en torno a la generación del 36, generación rota en la que mantengo aquellos nombres ya conocidos antes de la escisión sangrienta, en tanto que incorporo en la generación de postguerra a los otros cuyos primeros poemas no vieron la luz hasta después de 1939.

III. Los poetas de esta antología.

A partir de 1940, la poesía religiosa cobra importancia. Naturalmente, a ello contribuyen simultáneamente los poetas de las tres generaciones que coexisten: del 27, del 36 y aquellos, más jóvenes, que inician su obra. Algunos de los libros más destacados de los poetas del 27 y del 36, y algunos singulares del tema, aparecieron en los años cuarenta. Sin embargo, esta antología

no hubiera podido, por razones de espacio, recoger con minuciosidad tan vasto panorama. Se ha limitado, pues, y una vez aludidos en los precedentes párrafos los esenciales nombres del 27 y del 36, a los poetas surgidos ya dentro de los años cuarenta. Por ello, la indicación 1939-1967 se toma, con rigor, aplicada al momento de aparición del poeta. Esto justificará ausencias que los avisados detractores de toda obra de esta índole tal vez se apresuren a señalar.

Después de la guerra civil, la poesía española se orientó a tres rumbos, por los que vimos crecer a los poetas entonces jóvenes, salidos de la contienda —adolescentes o casi niños— con el dolor imborrable de la lucha fratricida bien en carne propia, bien en sus ojos atónitos.

Garcilasismo —olvido por la belleza—, *poesía religiosa* —trascendentalización de la vida— y *poesía social* —asunción de la pena y de la esperanza colectivas—, fueron esos tres rumbos de una poesía cada vez más humana, que ha significado el fenómeno cultural más importante de cuatro lustros españoles, y que ha revelado unos cuantos nombres esenciales en la historia de las letras castellanas.

Ya han señalado algunos críticos cómo la abundante poesía de aspecto religioso que se prodigó en la postguerra, es muestra de diferentes actitudes. Respondió a veces a un deseo evasivo, a

dar con un camino libre entre la vigilancia coercitiva de las circunstancias político-sociales. Era peligroso asomarse al exterior —como en el tren— y, en cambio, Santa Teresa dijo que en el castillo interior se entra sin licencia de la superiora.

Hay épocas en las cuales es difícil hablar, aunque sea también difícil callar, como escribía Luis Vives. Las frecuentes invocaciones a Dios de los poemas de entonces, podían suponer una forma perifrástica alusiva a realidades imposibles de expresar directamente. La poesía religiosa adquirió así un tono protestatario, reflejo de actitudes disconformes con la realidad inmediata. Sin duda la poesía religiosa como protesta tiene un cauce más claro, en el que posteriormente aparecen poetas de denuncia social en nombre de preceptos evangélicos. Pero aquél fue también un cauce disconforme.

Por otra parte, lo religioso puede mostrar frente a las circunstancias históricas un matiz conformista, cuando dicta al poeta el desistimiento de lo temporal.

Como Fichte dice de la filosofía, podríamos decir de la poesía: la que cada uno cultive, dependerá del hombre que sea. La poesía religiosa de la época que comento, dista mucho de ser uniforme, pues responde a actitudes disímiles. Una simple ojeada nos permite distinguir numerosas

vertientes. Veámoslas, a través de la obra de sus poetas más representativos.

La poesía de José María Valverde responde a una concepción católica de la vida. Profundo creyente, piensa que el Creador hizo su mejor obra en el hombre —a su imagen y semejanza— y mira con mansa alegría las cosas que integran el orbe, ordenadas todas a un fin: la alabanza de Dios. La poesía de Valverde es, como la oración misma se ha definido: “una serena contemplación del principio trascendente de las cosas y un acto de amor y de adoración”. Como quería Santo Tomás, las criaturas, las cosas creadas, nos dan de Dios su relatividad respecto de El. Son, pues, efectos de la Causa primera. Así se nos aparecen en los poemas de Valverde los objetos más humildes, tales como las modestas viandas que la esposa trae del mercado. Con un sentido reverencial, compara el poeta esos alimentos que muestra a los hombres, con los hombres mismos, colocados sobre el mundo como pobre desayuno de Dios. El poema *La mañana*³¹ es, en este sentido, uno de los más representativos.

Ya es sabido que el católico verdadero se revela por su alegría. Un creyente no puede ser triste, si no es con aquella tristeza de los místicos por la tardanza de llegar a la vida eterna.

³¹ JOSÉ M.^a VALVERDE, *Versos del domingo*.

La muerte no es tristeza ni terror en la poesía de Valverde. Dios nos lleva a ella de su mano y nos la endulza.

Poesía del mundo y del hombre, Valverde no se evade hacia la mística pura, sino que es entre las cosas terrenas donde busca y halla las huellas trascendentes. El ha hablado, refiriéndose a otro poeta católico—Vivanco—, de una “ascética de las cosas”. Sus temas son realistas; sus versos, humanos. No rehuye, antes bien busca, motivos vulgares que sirven, como a Dios para sus altos designios, al poeta para sus meditaciones.

La primera época de Carlos Bousoño está, por el contrario, tocada de una suerte de vehemente mística. Panteísmo y sensualidad crean esa mística bousoniana que ve a Dios como una inmensa boca volcada en la tierra, como algo rugiente entre la piedra de las montañas, y que no sólo se vale, como en todos los místicos, de elementos eróticos, sino que busca un Dios tangible, un Dios que, al meter la mano en los espesos cielos, pueda ser tropezado vivo. Religiosidad de fe tomasina la de los años juveniles del poeta.

En todo caso, la presencia de una mística en la poesía de Bousoño es singular en la poesía contemporánea española, como lo es su visión de la figura de Cristo, contemplada con humana ternura y como entresoñada, en una actualiza-

ción hacia atrás, esto es: como si Cristo y el poeta fuesen contemporáneos.

La evolución de la obra de Bousoño nos lo ha ido presentando en un proceso existencial de indagación, acuciado por la decepcionante fugacidad de las cosas. Lo que fue visto como "primavera de la muerte", cargando la intensidad emotiva en el término primaveral, aflige con la mayor comprensión del término muerte, y el poeta busca en la constatación de la realidad, una tabla a la que asirse en trance ineludible de hundimiento. Esa constatación confortadora hace crecer un acento moral en la poesía de Bousoño, como sustitución de la fe inicial, zozobrando en la duda —"Dios de sombra y duda"—, invocando a un Dios con quien luchar como Jacob hiciera, "hasta la amanecida".

Si, como quería Alexis Carrel, la oración es una "tensión del espíritu, una queja, un grito de angustia, una llamada de socorro", estremecedoras oraciones son muchos de los poemas con que Blas de Otero alcanzó, en 1950, un prestigio de gran poeta, insólitamente repentino. Sabido es que, seis u ocho años antes, había publicado, en ediciones de reducidísima difusión, unos poemas con matiz religioso³², anticipadores

³² *Albor*. Cuadernos de poesía, núm. 14. Pamplona, 1942. (Incluye los poemas de B. de O., titulados "Mi frailecico" y "Ruptura".)

de los famosos sonetos de *Angel fieramente humano*, pero fue este libro el que lo consagró de golpe.

Al contrario que en Bousoño, la figura de Cristo no aparece en los poemas de Otero. El Dios de Otero gravita sobre el hombre, lo condiciona y es, en definitiva, la incógnita causa de un destino adverso. La raíz de esta poesía es, como la de Unamuno —quien sin duda proyecta sobre ella su sombra—, agónica, angustiosa. Desde su propio *yo*, Otero clama a Dios con voz de humana amplitud. Es el hombre, en su común soledad, es la humanidad toda, impetrando e interrogándose por su destino, para acabar en violentas imprecaciones cuando se siente dejado de la mano de Dios. Baja entonces sus ojos el poeta, contempla el mundo, la tierra que es su patria, y siente la necesidad de solidaridad, haciendo suyo el dolor común. Entonces, concluye: "definitivamente, cantaré para el hombre"³³.

En los poemas de *Angel fieramente humano* y en algunos sonetos de *Redoble de conciencia*, tanto se identifica Dios con el destino del hombre que se implica en lo erótico. Hasta el acto

³³ De este punto arranca la nueva actitud humana y poética de Blas de Otero, que entra en una temática totalmente ajena a toda metafísica.

sexual quisiera Otero que fuese un relámpago para ver a Dios.

Otra disposición de la poesía frente al hecho religioso es la de José García Nieto. Por evolución contraria a la de los poetas antes citados, en García Nieto la poesía religiosa se acendra al ritmo creciente de la obra. Ciertamente que en 1944, cuando aún no habían publicado ni Valverde ni Bousoño, el libro *Poesía*, de García Nieto, se abría con unos sonetos a la Virgen María, pero es poesía de alabanza, plasmación estética de la advocación mariana, más que problemática religiosa. Ciertamente que algún otro poema, en el mismo libro, toca el tema religioso, pero se trata de una zona brevísima dentro de una obra extensa. Tampoco se puede olvidar el *Retablo del ángel, el hombre y la pastora*, que estrenó el mismo 1944. Pero es en 1951 cuando publica García Nieto un libro —*Tregua*— donde lo religioso impregna la actitud vital. Es un sentimiento hondo, entrañable, orientador del vivir dentro de una conformidad, de una aceptación. Esto se intensifica y gana altura en *La red*, libro en el cual el poeta profundiza en la esencia divina de las cosas, del paisaje, del destino humano, del amor. La procreación es, bajo esta comprensión religiosa, un acto carnal divinamente trascendido. La poesía de García Nieto realiza el milagro de resolver con singular belleza expresiva, una pro-

blemática teológica. La metáfora del juego de naipes entre Dios y el hombre —cara al poeta— implica la aceptación católica de un Dios personal que, como decía alguien que no recuerdo, pueda ver a la vez el bosque y los árboles; e implica el concepto, igualmente católico, del libre albedrío: Dios deja al hombre que juegue sus cartas, aunque conoce el resultado de la partida, y para ganarle es preciso su amor (la gracia). Del fondo romántico de la poesía de García Nieto —pese a su presentación neoclasicista— emerge, como emerge a la superficie tersa del agua la mancha de las talofitas, la frustración del vivir, a salvo sólo por la fe, solicitadora de la llamada de Dios a un quehacer definitivo.

Como en ningún otro poeta, en Ramón de Garciasol vemos la trascendencia etimológica de la palabra *religión*, proveniente de *relegere*, opuesto a *neglegere*. Esto es: la religión como escrupulo, cuidado, vigilancia. Definición ciceroniana, si se quiere, pero mucho más neokantiana en su identificación con la ética, dimanante del sentimiento del deber en Kant: la religión se funda en la moral, y no la moral en la religión. En el autor de *Defensa del hombre*, la poesía es un humanismo y, se quiera o no, desde el Renacimiento, religión y humanismo tienen mucho que ver. El humanismo dicta el libre autocontrol, fuera de coacciones político-religiosas; de aquí

el valor ético de esta forma poética garcíasolar que defiende al hombre como ser sagrado e irrepetible, y sabe que todo paso es trascendente, todo momento único. Ama la naturaleza y a los seres humanos. Diríamos, volviendo a Kant, que entiende las leyes como de la naturaleza o como de la libertad. O física o ética. También San Agustín habló de la ley natural, escrita en el corazón de los hombres.

La poesía de Garciasol es una conciencia alerta: acusa, defiende, busca la verdad. Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, era la religión de Unamuno, según frase de él mismo. Y Aristóteles había dicho, en su *Metafísica*, que todos los hombres se empeñan por naturaleza en conocer. La poesía como forma de conocimiento, y la poesía religiosa como norma ética, es lo que hallamos en la obra de Garciasol. Su Dios se instala en la conciencia y nos contempla impecablemente.

En otro extremo se encuentra la religiosidad de Luis López Anglada, en cuyos poemas la alegría religiosa del católico muestra sus posibilidades de valor moral y social. Acepta la voluntad de Dios, y se acomoda a una vida que si, vista como camino para ganar la eterna, puede calificarse de “valle de lágrimas”, contemplada como creación divina se siente hermosa. El poeta avanza contento, y se deja entusiasmar por el

amor, por el paisaje, por múltiples motivos de gozo. La naturaleza es el libro de Dios, según Nicolás de Cusa. Anglada lee intuitivamente en sus páginas y, tan seguro de su verdad, se le ve con frecuencia como despreocupado, en su felicidad creyente.

El signo religioso de esta poesía nos lo da un verso suyo: “vivir es bueno todavía”. El adverbio se queda en nebulosa. Si seguimos leyendo uno de los poemas en que el verso se inserta, sabremos que, para el poeta, “aún es adolescente la dulzura”, sin que el nuevo verso nos de más luz. ¿Da el poeta a estos adverbios de tiempo un sentido meramente individualista o bien general y trascendente? Sabemos que en la mística española, la relación es Dios y yo. Pero la poesía de Anglada no es mística, es, eso sí, un acto —claramente religioso— de esperanza y de dependencia.

Poesía religiosa como busca de consuelo, emanada de un sentimiento de debilidad, es la de María Elvira Lacaci. Busca a Dios como confidente y testigo de los menudos hechos cotidianos, complicándole en la humildad del vivir difícil, en la sordidez de las casas de huéspedes modestas, en la deshumanizada realidad mecánica, en el tráfigo urbano. Dios puesto a prueba frente a la frustración y a la injusticia, apareciendo de pronto en los transportes colectivos,

en los cines de barrio, en las calles inhóspitas.

Comprobamos en esta poesía la menesterosidad afectiva, la sed de sosiego espiritual y la satisfacción de esas ansias en la dependencia de un Ser superior. Lo que algún teólogo ha considerado, precisamente, como base del sentimiento religioso. El poeta se hace aquí un Dios a la medida de su necesidad. Tanto, que en una proyección mística objeto del segundo libro de la autora, comienza por esta duda de hablar a un Dios inventado.

Otro poeta de hondo sentido religioso es José Luis Prado Nogueira. Comenzó por glosar la narración del Génesis: el nacimiento de la luz, de los animales, de las tierras y los cuerpos, las aguas y las almas. El paraíso, la caída, el éxodo. Pero luego demostró que no era la suya una religiosidad de meros apoyos literarios y exteriores —la Biblia y los ritos— sino un conmovedor sentido religioso que auna la vida y la muerte, el amor y el dolor. El enigma, tan claro, de la vida, la comunión del hombre y la naturaleza, la irremediable procesión a través de los siglos y el arrebató oscuro —el otro enigma— de la muerte, cobran un patetismo emocionante en los poemas de Prado Nogueira. Al tiempo, un amor por los demás seres recaba caridad y justicia. Recaba piedad para todos: para sí mismo, también. Y su voz se hace dolorosa ante la sordera o la mudez

del Vigía al que invoca. Sería difícil encontrar en la poesía española contemporánea un libro de religiosidad más sencilla, más entrañable y más conmovedora que *Oratorio del Guadarrama*.

Por último, y para completar el cuadro de los que, a mi modo de ver, son los poetas más representativos de la poesía religiosa actual, el sacerdote José Luis Martín Descalzo. Martín Descalzo ha transformado la tradicional poesía de los profesos, librándola del ripio beato y de la estampita rutinaria. No hay nada convencional en sus libros. Aborda con valentía los más arduos temas. Parte de las predicaciones evangélicas para denunciar las injusticias sociales y, en vez de individualizar un Dios en busca de la unión mística, procura un Dios para todos, y con Él, unos corazones más generosos y una fraternidad más verdadera.

Martín Descalzo actualiza, poniéndolas en comunicación con temas reales de nuestros días, las escenas de la Pasión, y encuentra una renovada redención del hombre precisamente por la humanidad de Cristo. Sabemos que, según los teólogos cristianos, una nueva redención no es posible, pero el poeta Martín Descalzo, sin lesionar la ortodoxia, “se perdona el ser hombre porque Cristo lo ha sido”.

Otros poetas han tratado, en los veinticinco años largos a que se concreta esta antología, el

tema religioso. En las páginas que siguen, incluyo poemas de treinta y ocho. Sin embargo, en una temática tan general, era difícil dar una nómina completa, aun dentro del período previsto. Este problema de las exclusiones es el caballo de batalla de toda antología. Como un libro es algo limitado, tales límites acaban por imponer sus exigencias, y no queda sino elegir. Y elegir es renunciar. Tengo que renunciar forzosamente a la inclusión de varios nombres posibles. Que me perdonen todos, pues mi ánimo no puede ser preterir a ninguno. Conozco la calidad de algunos que no puedo recoger. De otros, la culpa puede deberse a mi ignorancia. Acéptese esta antología como la muestra de una obra en común: la poesía española, a la que todos nos proponemos servir.

Precisamente llevado de ese deseo, si no he podido ser tan extenso como para abarcar todos los autores, he procurado ser tan amplio como para contemplar un panorama múltiple, dentro del motivo. Desde la poesía de ortodoxia católica de Valverde, a la poesía de una religiosidad difuminada, vagamente panteísta, que sin invocar a la Divinidad ni penetrar en lo metafísico, muestra estremecida unción frente a lo creado, fundiéndose con la armonía del orbe, como es para mí la de Claudio Rodríguez. Desde la liturgia mariana, de Garfias, al talante recreador de los vie-

jos asuntos, de Arbeloa. Desde el “hombre interior”, de Jorge Blajot, a la “defensa del hombre”, de Ramón de Garciasol. Desde la piedad de Mariscal Montes a las imprecaciones de Blas de Otero. Los matices, las diferencias de comprensión, los sentimientos, son casi tantos como autores incluidos. Esa diversidad que atestigua la riqueza del tema es la que me propuse.

IV. Precedentes de este libro.

No es ésta que ofrezco —naturalmente— la primera antología de poesía religiosa española, en lengua castellana. Pero creo que sí es la primera contemporánea, actual. Y me atrevo a pensar que también es la primera dentro del amplio sentido que al tema he dado.

Casi todos los florilegios que existen se limitan a las épocas clásicas o a la poesía mística. Tres más generales recuerdo, los tres de notoria importancia por los autores a quienes se deben: uno de Angel Valbuena Prat; otro del poeta chileno Roque Esteban Scarpa, y Suma poética, de Miguel Herrero y José M.^a Pemán ³⁴.

Esta última vio la luz, en segunda edición,

³⁴ JOSÉ M.^a PEMÁN y MIGUEL HERRERO, *Suma poética*, B. A. C., 2.^a edic. 1950.

en 1950. Se ordenaba en seis ciclos (bíblico, evangélico, eucarístico, virgíneo, hagiográfico y ascético-místico) recogiendo poetas de vasta cronología, agrupados por temas afines a tales ciclos. Trescientos diez autores aparecen, algunos modernos. Ya el enunciado de los ciclos revela la intención seleccionadora, la cual queda expresa también en el prólogo. Se pretende recoger exclusivamente "poesía sacra". No la "emoción religiosa", la "vibración" o el "clima", sino una temática y un sentido dogmáticos. Igual ocurre con la antología de poesía exclusivamente católica, en el siglo XX, del P. Emilio de Río, S. J.

Yo me he permitido dar un enfoque mayor a la poesía religiosa de la última época, así como a sus antecedentes contemporáneos. Me parece que, tras la nueva actitud de la Iglesia católica, ni en su nombre se puede negar a nadie el derecho de sentir la preocupación religiosa con arreglo a su propia conciencia y, por ende, a expresar poéticamente esta inquietud. La poesía religiosa no puede tomarse sólo como adoración. Tampoco, sólo como virtud. También es duda, agonía; incluso negación. Y, desde luego, deseo de esperanza y ansia de justicia.

RAMON DE GARCIASOL

Nombre literario de Miguel Alonso Calvo. Nació en Guadalajara en 1913. Licenciado en Derecho. Cultiva también el ensayo y la crítica. Premio Fastenrath de la Academia Española.

Libros publicados:

- Defensa del hombre.*—Madrid, 1950.
Canciones.—Madrid, 1952.
Palabras mayores.—Alicante, 1952.
Tierras de España.—Madrid, 1955.
Del amor de cada día.—Santander, 1956.
La madre.—Madrid, 1958.
Sangre de par en par.—Caracas, 1960.
Poemas de andar España.—Madrid, 1962.
Fuente serena.—Madrid, 1965.
Herido ver.—Las Palmas, 1966.
Antología provisional.—Madrid, 1967.
Apelación al tiempo.—Madrid, 1968.
Hombres de España: Cervantes.—Málaga, 1968.

En prosa:

- Vida heroica de Miguel de Cervantes.*—Madrid, 1944.
Una pregunta mal hecha: ¿Qué es la poesía?.—Madrid, 1954.
Lección de Rubén Darío.—Madrid, 1961.
Claves de España: Cervantes y el "Quijote".—Madrid, 1965.

P O E T I C A

SOBRE LA POESÍA RELIGIOSA

(Carta a Leopoldo de Luis)

Querido Leopoldo: Me planteas una gravísima cuestión, que no quisiera escamotear. Pero reconoce que no hay espacio suficiente para llevarla hasta el cabo. En esto de la poesía religiosa, de la religiosidad, va implícito el problema del hombre que uno sea. Y no es fácil saber quién se es, porque no dependemos de nosotros, nos encontramos vivos sin nuestra participación originante. Y ya aquí, hemos de proseguir con los mimbres contados que nos han cabido en suerte o en desgracia. Ni nos nacemos ni nos morimos, sin podernos negar a nacer o a morir. De ambos hechos —en el entre paréntesis la vida de cada cual— arranca una dolorosa perplejidad. Y de este dolor se nutre el cántico: el deseo de religarse al origen, la necesidad de estar seguro, en alguna medida. Del dolor y de la lucha —normalmente frustrada— por cumplir la posibilidad en el —o lo— que seamos, dado que no siempre nos conocemos: unas veces por falta de conciencia para reflexionar sobre sí y respecto al lugar que ocupamos en la relación hombre-mundo,

en ocasiones porque la compulsión tempoespacial, la sociedad, nos lo impiden.

Como ves, sabes y padeces, se canta con lo que se es, se tiene y se nos alcanza: unos desde su ignorancia, otros a partir de su congoja por no ver claro, por no estar en paz, por sentir el límite y tocar la angustia.

Aquí podría concluir esta mínima confesión, pero debo añadir algo más. Mi religiosidad —mi atadura al origen, mi dependencia de un final que desconozco, predicado como comienzo de la verdadera vida—, mi búsqueda de seguridad y encaje históricos, nace de no saber y de aspirar al entendimiento amoroso: de una desgarradura. No puedo descansar en la fe porque la razón me despierta: no ignoro lo bastante para quedarme en sosiego ni sé lo suficiente para estar seguro. (¿No será la vida una inquietud que se lleva de diversas maneras y se presenta en distintas formas?) No tengo fe totalmente tranquilizadora: no veo claro, Leopoldo, voy palpando sombras y muros. ¿Hay luz a la salida? Y no pertenezco a ese tipo humano que hipocritea o miente, porque aunque tengan las mismas letras un sí que un no, va mucho de Pedro a Pedro, y dispensa el aparente galimatías. La fe es un don, como la gracia —como cuanto el hombre usufructúa—, aunque con la conducta y el esfuerzo se aspiren a merecer. Soy hombre de fe —hago versos—,

aunque esa fe no sea la que me piden quienes no se duelen, los que hacen religión de sus cochinos intereses y quieren que Dios les aplauda lo injustificable. Mi fe es de duda, porque vivo mi pequeñez y padezco mi lucha por salvarla. Mas creo que duda es otra definición del hombre despierto.

Mi religiosidad es más bien cristiana: “ama al prójimo como a ti mismo”. De siempre —desde que entiendo, en alguna medida— me han desvelado dos textos bíblicos. Uno —Mateo, V, 23-24— dice: “Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda”. Es decir: prioridad del amor, que donde falta el amor todo falta. Yo creo que la caridad —abundancia del corazón— empieza después de instaurada la justicia, de dar a cada uno lo suyo, que nunca puede ser lo del otro. Y la caridad es dar lo nuestro, darnos.

El segundo texto —San Juan, Epístola primera, IV, 20— habla así: “Pues el que no ama a su hermano, al que ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve”. Quizá Dios está menos necesitado de amor que nosotros y que nuestro prójimo, criaturas deficitarias, de menesterosidad: precisamos de Dios más que Dios de nos-

otros, y puede resultar más fácil y cómodo orar que consufrir —compadecer— con el pobre, con el enfermo, con el prisionero, con el desterrado. ¿No se perderá el amor en las formas, en las externidades? Sobre esto querría hablar a fondo, pero no acompañan el tiempo ni el lugar.

Mas todo esto son palabras, ideas a lo sumo. Y de la pureza de las ideas da noticia la conducta: la fe es una vivencia que se goza o padece. Las ideas son lo transmisible y provisionalmente válido. Ya sé que es humanísimo el “haz lo que yo te mando y no hagas lo que yo hago”, pero ahora me viene a la pluma el cisneriano “Fray Ejemplo es el mejor predicador”. En nuestra hora se da una peligrosísima hipocresía: hablar bien y portarse mal. Y todas las gentes noblemente ingenuas, y las juventudes del mundo se alzan contra tanta confusión. Si todo es tan perfecto, ¿por qué engendra tanta violencia, miseria, temor y peligro? Los padres honestos no hablan solamente, obran con amor. La fuerza ya empieza por ser un síntoma de maldad —de no diálogo—, como todo lo ciego e intrascendente que se agota en sí. Entonces, ¿religión de la conducta? Sin respuesta adecuada al bien común todo se queda en histrionismo del gesto o del ropaje, en rito desacralizado, en espectáculo trivial.

Cuando hice estudios sobre el *Homo albate-*

rensis, allá por la primavera-verano de 1939, escribí este soneto que te copio, pues desconozco si Luis Guarner llegó a publicar su antología de poemas religiosos.

A Cristo en la Cruz

Si no fuera por Ti, ¿quién disipara
esta espesa negrura que me crece
como bosque de luto? Me parece
habitar el dolor. Veo tu cara

chorreada de sangre que saltara
la soberbia brutal que entenebrece
la historia de los hombres y amanece
en mi pecho por tu mirada clara.

Tu Cruz echa raíces en la roca
estéril hasta ahora de mis días
y tu cruel Pasión limpia mi boca.

Seré digno de Ti. Si no me dejas
las espinas darán sus profecías.

Estás por mí en la Cruz y no te quejas.

Te pongo aquí este poema en función testimonial y documentaria. Algunos me dijeron entonces que el soneto era más Cristo-Pueblo que Cristo-Símbolo. No lo sé. Lo que recuerdo es que le escribí con la muerte hasta la garganta. Además, Cristo era —y es— pueblo también

—uno de los nombres que se le olvidaron a fray Luis—, como nos advierte su origen, su encuadramiento humano. Y por algo el pueblo lleva su cruz, en la que a menudo acaba izado por cabezonerías, egoísmos e ignorancias. (A veces —creo que por lo regular— la maldad es radical ignorancia. Si conocieran de verdad, si tuviesen amor —el conocimiento instintivo—, a los violentos y a los bárbaros se les caerían de las manos la ira o el látigo. ¿Que en esta afirmación se alude a la fundamental irresponsabilidad de los actos humanos? No es eso del todo, aunque no deje de serlo. Y, asimismo tenemos que dejarlo aquí, Leopoldo.)

¿Que cuanto te digo —y lo que me callo— no es religión en sentido positivo de ritos y descripciones? En todo caso es amor, vergüenza de respirar cuando otros se ahogan azarosamente, culpablemente: nunca hacemos lo posible para quedar exculpados en las situaciones reales concretas. Y donde no hay amor —remacho— no hay nada. La nada es el desamor. Y en caso de que me apurases más, te diría con Juan XXIII —*Pacem in Terris*—: “Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente”. ¿Quién ha de proclamar adecuado el conocimiento? ¿Cuándo es recta la concien-

cia? Creo que cuando el hombre dice y hace como si estuviese ante Dios y no le presionaran las cosas o los hombres, no le trabase lo accesorio de las formas, lo adjetivo del miedo o de la ignorancia, lo confuso del orden forzado, ése que no tiene manadero cordial e inteligente.

Poesía, filosofía, religión —sentir, querer, saber, esperar— andan muy trenzadas entre sí. Por ello se ha podido proclamar a la poesía hija de la religión y tratar del puesto ancilar de la filosofía respecto a aquélla. ¿Reza quien trabaja, quien busca, quien pregunta, quien aguarda? Creo que sí. ¿Que la religión es más que esto? Sin duda, pero no sin ello. Yo necesito que haya Dios —la razón suprema— para comprender lo que ahora no entiendo, lo que no logro decir por incapacidad o por imposibilidades antinaturales. Y de ese querer y no poder injustificados, de la necesidad de alumbramiento mana mi canto. Es decir: de una limitación: dolor, amor, soledad. Y ya sabes: *quien habla solo espera hablar a Dios un día.*

Como verás querido Leopoldo, todo muy confuso —muy complejo— y muy claro. Hasta evasivo, si lo prefieres. O mejor, alusivo. Mas tú me conoces y sabes que mi fuerte no es la evasiva ni la vagorosa referencia para iniciados. Con Goethe —perdón— “yo me proclamo del linaje de ésos / que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”. Aunque

la luz esté a ratos —a generaciones— bajo el celmín y hasta pueda morir en el sofoco del vacío o apagada por aires inclementes.

Pero quizá de lo que digo y de lo que no sé muy bien, se transparente algo en los poemas que me representen. De otra manera mi carta sería pura logomaquia. Por nuestros actos se nos toma la filiación a los hombres. (De *filius*, hijo. Lo que quiere decir que somos hijos —y padres— de nuestras obras, no de nuestras palabras sin fruto, si bien el verbo sea la acción del creador, su palabra constituyente).

¿Te valen estas cuartillas? Si no, cestos hay. Con romperlas estamos al cabo de la calle.

Con el abrazo de tu viejo amigo.

¿TENDREMOS, DIGNOS, LA SONRISA...?

¿Tendremos, dignos, la sonrisa a punto como el campo la espiga o la colina el azul y la estrella? ¿Ya se inclina la balanza, de amor, o este barrunto

es un poco de viento en la arboleda para hacer el sofoco más redondo? ¿Qué se anuncia, con fiebre, por el fondo, a la palabra maternal? ¿Se queda

al final del anhelo abandonada la voz perdiendo adioses por la ausencia, recociéndose al fuego de la nada?

¿Es el fruto del árbol inocencia como la muerte, pura por la espada? ¿Es la lucha de Dios esta violencia?

Es PRECISO

Es preciso, Señor, que bajas. Llegas al corazón amargo, abre al día las sombras fermentadas. ¿Qué sería del pobre hombre, Dios, si se le anega

de distancia la boca? Carpintero fue tu padre terreno, despreciable criatura, Señor. Déjame que hable en nombre de la sal, del agujero

que me cala el desprecio del hermano gozando, por azar, mayor ventura, nombrándose distinto. Pon la mano,

Señor, en la palabra. El tiempo es breve
y el odio mucho. Crece la ternura
del hombre, Dios, para que al hombre lleve.

GRAVE COSA ES VIVIR

Grave cosa, vivir. Señor. Tan grave,
que tengo que venir esta mañana
a dar mis explosiones: tengo gana
de estar del otro lado, con la llave

de tanta desazón derribadora
de la tierna alegría entre los dientes
fundando bajo tierra las simientes.
Señor, sentiste en cruz llegar la hora

de quejarte del Padre y su abandono,
y eras Hijo de Dios, Luz encarnada
y Fuente redentora. Soy abono

yo, Señor, de mi tiempo de cizaña.
Con la palabra en cruz estoy, y nada
alumbra explicación de tanta saña.

HOMBRE EN SOLEDAD

Contigo vengo, Dios, porque estás solo
en soledad de soledades prieta.
Conmigo vengo a Ti, porque estoy solo,
sintiendo por el pecho un mar de pena.

Qué tristeza me das, Dios, Dios, sin nadie
que te descanse, Dios, de tu grandeza,
que te descanse de ser Dios, sin nada
que te pueda inquietar o te comprenda.

Qué tristeza me doy, perdido en todo,
y todo mudo, tan lejano y cerca,
cada vez más presente ante mis ojos
en un mutismo que no se revela,
con el corazón loco por Saberte,
preguntando en la noche que se adensa.

Con voz de espadas clamo por mi sangre,
rebusco con mis manos en la tierra
y escarbo en mi cerebro con mis ansias.
Y silencio, silencio, mudez tensa.

Dios, pobre mío, todo lo conoces.
Para Ti todo ha sido: nada esperas.
Hasta lo que me duele y no me encuentro
Tú lo conoces ya, porque en mí piensas.

Yo no conozco nada, Dios, y tengo
socavones de amor llenos de inquietas,
oscuras criaturas que me gritan
palabras, no sé dónde, que me queman,
preguntas que me tuercen y retuercen,
sábana viva chorreando estrellas.

Qué compasión me tengo, Dios, pequeño
llamando siempre a la inmutable puerta
con las palmas sangrando, a la intemperie
de mis luces y dudas y tormentas.

Qué compasión te tengo, Dios, tan solo,
siempre despierto, siempre Dios, alerta,
sin un pecho bastante, Dios, Dios mío,
que ofrezca su descanso a tu cabeza.

Cómo me dueles, Dios. Cómo me duelo
herido por la angustia que te llena,
sin poder descansar, sin caberte
en mis entrañas ni aun en mis ideas.

No puedo más Contigo, que me rompes
creciendo por mí dentro y por mi fuera,
cercándome, estrechándome, ahogándome,
dejando, sin saberlo, en mí tu huella.

Y soy hombre, Señor. Soy todo caspa
de angustiosa esperanza contrapuesta,
arcilla informe de reseco olvido,
quizá, capricho de tu indiferencia.

Señor, qué solo estás. Cómo estoy solo,
yo con mi carga insoportable a cuestras,
Tú, con todo y sin nada —¡todo, nada!—
más que Tú, Dios perdido en tu grandeza,
muerto de sed de amor de algo supremo,
Dios, algo que te alegre y que te encienda.

Sin nada superior a Ti creado,
mi voz alzada al límite no llega
a rumor que resbale por tus sienes,
a brisa en tus oídos, que se secan
de no oír desde nunca una palabra
que antes de estar en hombre no supieras,
pobre Creador, Dios mío sin sosiego,
preso en tu creación, en diferencia.

A Ti vengo, Señor, porque estoy solo,
a veces aun sin mí. Pero no temas,
Señor que has puesto en mí necesidades
sin darme el modo de satisfacerlas.

Perplejo, recocado de inquietudes,
de Ti tengo dolor: de mí, conciencia
de ser como no quiero, ser inútil,
vana palabra, humana ventolera
con sabor de cenizas y de ortigas
clavándome alfileres en la lengua,
y un huracán de vida por la carne
que no ha encontrado carne que florezca.

Versos, versos, más versos, siempre versos,
¿y para qué, Dios mío? Dentro queda
una fuente de llanto sofocado
minándome la hirviente calavera,
sin encontrar salida a la congoja
cada vez más patente. Y todo niebla.

Contigo vengo, Dios, porque estoy solo,
me huyes cada vez, más te me alejas.

¿No tienes qué decirme, Dios, qué darme?
¿No ves, Señor, no ves, Dios, cómo tiembla
este vaho que se alza de mi vida,
hierbecilla perdida que se hiela?

Encallece mi alma, Dios. Haz dura
la mano y la mirada: hazme de piedra.

Quítame el sentimiento que me escuece.
Borra, Señor, con sol, mi inteligencia.
Déjame en paz, en flor, en roca, en árbol,
en muda, resignada, dulce bestia
caminante con ritmo y sin sentido
por un mundo de instintos e inocencia,
o dame con la luz aquel sosiego
original del prado que apacientas.

CANCIONCILLA DE LA SANGRE DE
MI PENSAMIENTO

Sangre de mi pensamiento,
florido de alto silencio.

Háblame, Señor. Ya puedo
oír limpiamente. Verso

sin nacer, presiento
el levante de tu vuelo.

Hojillas del alma tiemblo,
amor: me sopla tu viento.

Ay, cómo te vivo, fuego,
en la sangre de mi cuerpo.

Ahora, Dios, el encuentro:
Morir en tu luz envuelto,
morir de verdad, en serio,
morir de dignidad muerto.

MONÓLOGO DEL PERDIDO

Soy nada, si es que soy. Polvo consciente
asombrado de ser y no haber sido,
sin memoria de mí más que hasta un día
y sin poder ser yo más que hasta un límite
que no sé, cuya fecha desconozco.

¿Puedo dejar de ser después que vivo?
¿He podido no ser o he sido siempre
y he de seguir en algo que yo ignore?
¿Se perderá el recuerdo de la pena?
¿Se secará la música y la llama?
¿Vuelven las mismas rosas cada mayo
al mismo sol? ¿Es que no hay más que tiempo?
¿Dónde estaré cuando de mí me olvide
y no sepa si soy, si he sido nunca?
¿Dónde irá la conciencia que me habita?
¿O se evaporará, tal un perfume
en un vuelo de pájaro al misterio?

Y mi después de ser me abrasa el gusto,
porque, Señor, no puedo, y tú lo sabes,
Tú conoces la angustia que me cuesta
dejar todo a tu cargo y tu desvelo.
¡Cree mi corazón, y no le basta
a mi razón su fe! Soy ambas cosas

y voy luchando en mí por encontrarme,
por serenarme en Ti y entender algo.

Tú comprendes mi empeño y le sostienes:
me llevas mar adentro de mi entraña
sin compasión para mis pobres manos
en carne viva de minar mi sangre.
¡Y sé que estás! Ya Te oigo más presente,
siempre algo más allá de donde cavo.

CAER DE CUALQUIER MANERA

Ya no va quedando tiempo
para quejarse, mi tonto,
para mirarse al espejo
vanidoso y componer
el pliegue al traje o al verso.
Hay que caer como salga,
sin ocasión de saberlo,
ridículo y sin entono,
dando sangre como cerdo
con el cuchillo clavado
cortándonos el resuello.

Ni pelotón ni soldados
que cumplan un juicio honesto,
ni garantías de nada,
pobre bobo. Estás en medio
de la plaza, a la vergüenza
desde la palabra al sexo,
ridículo monigote
que te soñabas eterno.
Todos se ríen, salvados
en ti de ser tan pequeños,
escurraja como tú,
criatura de desprecio.
Y, sin embargo —¿delirio?—,
aun en la picota niego...

Si yo no logré la gracia,
 otros tendrán gracia luego.
 No fui nada, pero tuve
 voluntad de merecerlo
 todo. Porque yo quería,
 quise, querré, solo quiero;
 ahora vivo lloroso,
 después olvidado, muerto.

Hágase tu voluntad
 en mi vida, Dios. Dispuesto
 estoy a todo. Te pido
 sólo un poco de respeto.
 Aunque soy tu criatura
 también luzco tu abolengo.

MALA LLUVIA

¡Si lloviese sobre alegría!
 Pero llueve sobre mojado,
 sobre el corazón entelerido,
 sobre tiempo de melancolía
 —el amor en el suelo derribado—,
 sobre el entusiasmo escarnejado.

Si lloviese sobre la cara
 juvenil, y sobre los ojos
 llenos de risa, sobre el paso
 caminero, y no se alocara
 la corriente con muertos, los rastros
 con pedrisco, los vientres con fracaso.

Si lloviese como Dios manda,
 para la tierra y las cosechas,
 para el viñado y el olivo,
 no para el cauce que se desmanda,
 no para enrobinar las flechas,
 no para emborronar lo que escribo.

Llueve, Señor, y llévate todo
 lo que no tenga cepellón eterno,
 lo que no cante amor en las raíces.
 Llueve, Señor, y llueve más, a modo,
 respeta solamente lo materno,
 lo que tiene futuro en las matrices.

Bórrame si soy llanto, si soy humo,
 hasta dejarme a flor de sol el hueso,
 arrástrame este fango de la queja,
 pisa mi pulpa extrema para zumo,
 estrújame la sangre para beso,
 rotúrame la entraña con tu reja.

JOSE GARCIA NIETO

Nació en Oviedo, en 1914. Fundador y director de la revista *Garcilaso*. Posteriormente, dirigió *Acanto*. En la actualidad, *Poesía Española* y *Mundo Hispánico*. Premio Nacional de Literatura. Premio Nacional de Poesía Garcilaso. Premio Fastenrath de la Academia Española.

Libros publicados:

- Vispera hacia ti*.—Madrid, 1940.
Poesía.—Madrid, 1944.
Versos de un huésped de Luisa Esteban.—Madrid, 1944.
Tú y yo sobre la tierra.—Barcelona, 1944.
Toledo.—Madrid, 1945.
Del campo y soledad.—Madrid, 1946.
Tregua.—Madrid, 1951.
Juego de los doce espejos.—Santander, 1951.
Primer libro de poemas. Segundo libro de poemas.—Madrid, 1951.
Sonetos por mi hija.—Madrid, 1953.
La red.—Madrid, 1955.
El parque pequeño y Elegía en Covaleda.—Madrid, 1959.
Geografía es amor.—Madrid, 1961.
Corpus Christi y Seis sonetos.—Toledo, 1962.
Circunstancia de la muerte.—Sevilla, 1963.
La hora undécima.—Madrid, 1963.
Memorias y compromisos.—Madrid, 1966.
Hablando solo.—Madrid, 1968.

P O E T I C A

Como a tantos —o como a alguien—, cada día me cuesta más hablar de Poesía, y me resulta casi imposible decir algo sobre la mía, aunque sea en letras minúsculas. Cuando, como ahora, se quiere concretar la búsqueda en los límites de una temática de tan peligrosa caracterización, las dificultades aumentan. Puedo decir —debo decir— que toda mi poesía es religiosa, y que salgo siempre mal entendido de cualquier disgregación de ese todo. Dios para mí resuena completo, aunque indescifrable y cambiante, en todo espacio interior, en cualquier situación elegida o impuesta: en el viento, en el amor, en la soledad y —¡de qué manera!— en el verso. Si he podido decir un día: “Gracias, Señor, porque estás todavía en mi palabra”, también toco y canto, temblando, sus vacíos, los huecos donde ha estado o donde, cegado, le espero. Mi poesía no es otra cosa que una pregunta continuada a Él.

Esta pregunta puede estar hecha desde la esperanza o gritada desde el desamparo. Decir algo más —y ya sobra— tiraría de mí hacia abajo, hacia esos fondos del gárrulo revoltijo donde tantas manos hacen su juego y ocultan su trampa; sería como aguar con palabras, con más

palabras, aquellas otras que, en su torpe intento de alcanzar lo intocable, se abrieron con mucho amor, y se estrecharon con algún sentido, en el momento de ser dolorosamente elegidas.

GRACIAS, SEÑOR...

Gracias, Señor, porque estás
todavía en mi palabra;
porque debajo de todos
mis puentes pasan tus aguas.

Piedra te doy, labios duros,
pobre tierra acumulada,
que tus luminosas lenguas
incesantemente aclaran.

Te miro; me miro. Hablo;
te oigo. Busco; me aguardas.

Me vas gastando, gastando.
Con tanto amor me adelgazas
que no siento que a la muerte
me acercas...

Y sueño...

Y pasas...

NOCHE DE LA CIUDAD...

Noche de la ciudad. Dios está cerca.
Entre tantas orillas
yo ensayo mis palabras:
son sólo cercanías.

Las miradas, los árboles
se alzan, se acercan, vibran
junto a la noche unánime
donde el verso se afirma.

¿A qué? ¿Por qué? ¿Quién habla...?
En el silencio giran

las estrellas, los nombres.
Dios es Dios en la cima.

OTRA VEZ 

Otra vez —te conozco— me has llamado.
Y no es la hora, no; pero me avisas;
de nuevo traen tus celestiales brisas
claros mensajes al acantilado

del corazón que, sordo a tu cuidado,
fortalezas de tierra eleva, en prisas
de la sangre se mueve, en indecisas
torres, arenas, se recrea, alzado.

Y Tú llamas y llamas, y me hieres,
y te pregunto aún, Señor, qué quieres,
qué alto vienes a dar a mi jornada.

Perdóname si no te tengo dentro,
si no sé amar nuestro mortal encuentro,
si no estoy preparado a tu llegada.

QUÉ SOSIEGO... 

Qué sosiego de pensar
que Dios vigila en las cosas;

que si ponemos los ojos
en el agua clara y honda,

nos devuelve la mirada
con su mirada remota;

que si ponemos la mano
sobre la arena, la forma

de su mano la caricia
de nuestra mano pregona;

que si perdemos los pasos
por el bosque, entre la sombra,

y la frente se acostumbra
dulcemente en lo que ignora,

nos trae la lengua del viento,
cantando desde las hojas,

palabras que Dios tenía
para decirnos a solas.

LA PARTIDA 

Contigo, mano a mano. Y no retiro
la postura, Señor. Jugamos fuerte.
Empeñada partida en que la muerte
será baza final. Apuesto. Miro

tus cartas, y me ganas siempre. Tiro
las mías. Das de nuevo. Quiero hacerte
trampas. Y no es posible. Clara suerte
tienes, contrario en el que tanto admiro.

Pierdo mucho, Señor. Y apenas queda
tiempo para el desquite. Haz Tú que pueda
igualar todavía. Si mi parte

no basta ya por pobre y mal jugada,
si de tanto caudal no queda nada,
ámame más, Señor, para ganarte.

EL OFICIANTE

Eres, Señor. Y estás. Y así te vivo
cuando tu nombre hasta mi verso llega.
Entonces soy la tierra que se anega,
y tiemblo bajo el agua que recibo.

Como una miel que terciamente libo,
rebrilla tu palabra entre mi siega
de palabras... Ya sé; la cárcel ciega
de mi mano no es digna del cautivo.

Pero yo te convoco y Tú descienes;
toco la luz y el corazón me enciendes.
Luego te entrego a los demás, Dios mío.

Puente soy que a tu paso me resiento;
hambre tengo y te doy por alimento,
y abajo, con la muerte, suena el río.

LA RED

(II)

Se puede andar, y respirar, y, un poco
más difícil, pero también yo puedo
sentir como una sombra y como un miedo
por esa misma sombra. Y la provoco

cuando no acude. Oh, Dios; el hilo toco
de tu trama. Bien sabes que me enredo
si trato de escapar. Y con el dedo
me sigues... ¿O no hay nadie?... Gira loco

mi corazón sin norte. ¿Qué oscurece
tu presencia?... Yo puedo andar. Parece
que respirar también. Pero, la parte

de la sombra... Ilumíname. Descubre
tu tejido final... La tela cubre
mis ojos. Y estoy ciego por amarte.

ORACIÓN EN UNA PRIMAVERA

Gracias, Señor, por este ramo de agua que llega
del aire hasta los campos, hasta el bosque, hasta
el huerto;
gracias por tu palabra, de nuevo en el desierto,
prometiendo las horas frutales de la siega.

Gracias por tanta gracia, tanta cuidada entrega,
por tanto ardor temblando desde el terreno yerto;
gracias por estas flores primeras que han abierto
ojos de luz a tanta claridad honda y ciega.

Gracias porque te he visto latiendo en los ban-
cales,
favoreciendo, urdiendo, los tiernos esponsales
del verdor con la tierra, la rosa con la rama.

Gracias porque me enseñas a ser en lo que era,
a olvidar mis estiajes en esta primavera...
Gracias porque es llegado el tiempo del que ama.

LA RED

(III)

Tú y tu red, envolviéndome. ¿Tenía
yo un ciego mar de libertad, acaso,
donde evadirme? ¿O era breve el vaso,
y más corto mi trago todavía...?

No podía ser otro; no podía,
siendo tuyo, escapar. Tu cielo, raso,

sin ventana posible. Y, paso a paso,
yo midiendo mi celda cada día.

Y, sin embargo, libre. ¡oh, Dios! Qué oscuro
mi pecho está junto a tu claro muro,
contándote las penas y las horas,

sabiéndose en tu mano. ¡Red, aprieta!
Que sienta más tu yugo esta secreta
libertad que yo gasto y Tú atesoras.

EL HACEDOR

Entra en la playa de oro el mar y llena
la cárcava que un hombre antes, tendido,
hizo con su sosiego. El mar se ha ido
y se ha quedado, niño, entre la arena.

Así es este eslabón de tu cadena
que como el mar me has dado. Y te has par-
tido

luego, Señor. Mi huella te ha servido
para darle ocasión a la azucena.

Miro el agua. Me copia, me recuerda.
No me dejes, Señor; que no me pierda,
que no me sienta dios, y a Ti lejano...

Fuimos hombre y mujer, pena con pena,
eterno barro, arena contra arena,
y sólo Tú la poderosa mano.

LA HORA UNDÉCIMA

(Fragmento)

En la sombra sin nadie de la plaza,
la espalda de la amada y su silencio;
en la sombra sin nadie de la plaza,

aquel niño de Batres, mudo y quieto;
en la sombra sin nadie de la plaza,
mis hijos, solos, vadeando el sueño...

Y han pasado las horas, y las luces
distintas; los videntes y los ciegos
han pasado —la plaza está vacía—;
los torpes han pasado, y los despiertos,
y los del pie descalzo y la sandalia
rota; los de la cera, los del fuego,
los de la miel, los del dolor pasaron...
La plaza, sola. Un hombre, solo, en medio.
Del Señor que llamaba, apenas queda
una huella levísima en el suelo.

Se detuvo en la arena como si algo
le faltara. Miró a su espalda. Luego
llamó otra vez. Y otra. Y todavía
otra. Pero ya nadie oía; pero
nadie abrió los balcones, las ventanas,
las torpes barricadas de su encierro.

El hombre, el hombre, qué delgada ruina,
qué abdicación, qué torre sin cimiento,
qué nube hacia otras nubes deshilándose,
qué carbón imposible hacia otro fuego.
El hombre, el hombre, el hombre, el hombre,
el hombre,
qué redoble de letras en un cuero
rajado, qué bandera mancillada,
qué cristal defendiéndose en el cieno,
qué fuerza para nada, contra nada,
qué rama malherida por el viento,
qué triste perdidizo en la tristeza,
qué soledad en soledad naciendo...
El hombre, el hombre, todavía el hombre;
yo, el hombre, ya lo he dicho; yo, en el miedo
de un bosque, en las fronteras de una isla

—el agua junto al pie, y el alma al cuello—;
yo, el hombre, sí, yo mismo, yo, más solo
que tú, hombre como yo; tanto o más lejos
de la verdad que tú; más horas, años
esperando que tú, o acaso menos,
o acaso más...

Oh, qué torpeza el hombre;
oh, qué locura el hombre; oh, qué destierro,
qué curva sin salida, qué raíces
sucias de tierra, qué turbión, qué dédalo,
qué picador en lo hondo de una mina
sin la luz encendida del minero...
El hombre yo, lo he dicho ya, creía
que siempre habría más, que habría tiempo
para más... ¿Para qué, niño de Batres?
¿Para qué que no sea tu silencio
junto al pan en la tarde; con tus ojos
volcados en la nada, en Dios inmersos?...
El hombre, yo, junto al girar del cántaro,
que busca sin descanso, aquí, en el centro
de la plaza, a la orilla del arado,
o en el arado mismo, junto al hierro
resplandeciente de la vertedera,
¿está definitivamente ciego?...

Vas a pasar, Señor, ya sé quien eres;
tócame por si no estoy bien despierto.
Soy el hombre, ¿me ves?, soy todo el hombre.
Mírame Tú, Señor, si no te veo.
No hay horas, no hay reloj, ni hay otra fuerza
que la que Tú me des, ni hay otro empleo
mejor que el de tu viña...

Pasa...

Llama...

Vuelve a llamarme...

¿Qué hora es? No cuento

ya bien. ¿Es la de sexta?, ¿la de nona?,
¿la undécima? ¿O ya es tarde?

Pasa...

Quiero

seguir, seguirte...

Llama. Estoy perdido;
estoy cansado; estoy amando, abriendo
mi corazón a todo todavía...

Dime que estás ahí, Señor; que dentro
de mi amor a las cosas Tú te escondes,
y que aparecerás un día lleno
de ese amor mismo ya transfigurado
en amor para Ti, ya tuyo...

El ciego,
el sordo, anda, tropieza, vacilante,
por la plaza vacía.

Ya no siento
quién soy. No me conozco...

¡Grita! ¡Nómbrame,
para saber que todavía es tiempo!...
Hace frío...

¿Será que la hora undécima
ha sonado en la nada?...

Avanzo, muerto
de impaciencia de estar en Ti, temblando
de Ti, muerto de Dios, muerto de miedo.

Yo soy el hombre, el hombre, tu esperanza,
el barro que dejaste en el misterio.

MANUEL PINILLOS

Nació en Zaragoza, en 1914. Licenciado en Derecho.
Dirigió la revista de poesía *Ambito*.

Libros publicados:

- A la puerta del hombre*.—Alicante, 1948.
Sentado sobre el suelo.—Zaragoza, 1951.
Demasiados ángeles.—Gerona, 1951.
Tierra de nadie.—Madrid, 1952.
De hombre a hombre.—Las Palmas, 1952.
La muerte o la vida.—Guadalajara, 1955.
El octavo día.—Tarragona, 1958.
Débil tronco querido.—Zaragoza, 1959.
Debajo del cielo.—Zaragoza, 1960.
En corral ajeno.—Bilbao, 1962.
Aún queda sol en los veranos.—Santander, 1962.
Esperar no es un sueño.—Palencia, 1962.
Nada es del todo.—Zaragoza, 1963.
Atardece sin mí.—Zaragoza, 1964.
Lugar de origen.—Zaragoza, 1965.
Del menos al más.—Málaga, 1966.

P O E T I C A

El entendimiento de lo que debe ser una poesía religiosa, es evidente que encierra serias dificultades. Más aún: yo diría que es tema que se ve rodeado de constantes peligros. Peligros, en el sentido de identificar la falsa, la hipócrita palabra satisfecha del fariseo o la del que la pronuncia sin vibración personal alguna como expresión de una piedad estatificada, heredada de siglos, con la del que humildemente —y nada resta a esa íntima humildad la rebeldía de que tantas veces se reviste— clama, con la del que siente, comprende, que Alguien, por muy encima de él, ordena las cosas del mundo, reorganiza los tiempos, reconstruye el desgaste del Universo y se acerca —no en corporeidad pero sí en vigilancia y misteriosa ayuda— al ser humano débil y vacilante, que sólo cuando en un momento de reconocimiento de esa pequeñez suya llega a la reconfortante actitud mental del que pide, se nota bien, está saneándose en su pedir... Un pedir no caprichoso sino acuciante. Basado en la fe —mayor o menor— que puede llevar al hombre al convencimiento de que sólo, autárquico, no puede llegar a realizarse, se hunde, fracasa, es absorbido por el gran vendaval de la vida, una vida que mortalmente se le va de los dedos a cada instante que transcurre en su soledad. Y si

esa soledad —punitiva, puesto que el hombre desde su primera caída ha sido condenado a estar solo, y más solo cuanto más dentro de sí mismo—, si ese abandonarse al Yo se alimenta hasta el extremo, negando el estado de dependencia que el humano lleva consigo, en su esencia, de formar parte de un Todo abarcante, la sensación de apenas estar vivo, se acentúa. Únicamente la identificación con lo total de lo creado y con el creador de todo lo que late en el cosmos, es vivificadora. En ese sentido, hacer poesía, como, por supuesto, orar, es buscar vida: es llegar a tocar con los dedos del corazón, que otros muchos latidos, otros muchos corazones, están dando la hora del amor universal —que lleva al Dios que con su amor nos ha dado forma y conseguimiento eternizándonos en el fondo de su propia eternidad—. Ya que si lo invocamos nos sumamos a los que lo invocan; nuestra invocación es invocación de todos, y así pedimos por todos al tiempo que lo hacemos por nuestra individualidad que se sabe mísera y sin méritos pero que oscuramente confía en la fuerza de esa petición al integrarse en la de cuantos desde cualquier punto ruegan de parecido modo la atención y la dádiva.

La poesía religiosa no debe ser buscada únicamente en la que se etiqueta como tal a bombo y platillo, del mismo modo que, generalmente, la

poesía, en la poesía poética, pues ésta suele ser menos poesía —a veces no lo es en absoluto—, que aquella otra simple e intantáneamente brotada, que prescinde de elementos muy elaboradamente traídos a ser poesía, a ser llamados “poesía indiscutible”, “purísima poesía encerrada en su urna de cristal”. Para mí, es poesía religiosa toda aquella que aun sin nombrar demasiado —o hasta sin nombrarlo— a Dios, a la esencia de lo divino, muestra un lado de esa cara divina que tiene todo lo que existe, todo lo que nos es preciso como complemento de nuestro dejar constancia de que alentamos por algo y desde algo más que el hecho de alentar.

Para comprobarse dentro de la religión basta con saber que el Dios invisible es “visto” por nuestros ojos que lo llaman. Puede, entonces, ser poesía religiosa la que, dolorida por el aparente silencio de Dios, grita y lanza denuestos a ese silencio; porque oyendo el impropio en voz alta se puede confluír hacia Dios por aquel furioso decir, por aquel revolverse contra lo que parece un abandono. Se puede ver, se puede escuchar por tan sólo despertar a la plena consciencia de que se quiere estar viendo, de que se quiere estar escuchando, de que se abren muchos ojos y oídos y se está mirando y atendiendo al espesor de la tiniebla por si fuera susceptible de horadarse, ya que el presumir que detrás

de la tiniebla hay algo es, en cierta manera, como si ya se lo viera, como si ya se lo oyese aunque sea desde una enorme lejanía.

“Dios, que ha hecho al hombre para que este le encuentre, —Dios, a quien intentamos aprehender a través del titubeo de nuestras vidas—, este Dios se halla tan extendido y es tan tangible como una atmósfera que nos bañara. Por todas partes Él nos envuelve como el propio mundo. ¿Qué os falta, pues, para que podáis abrazarlo? Sólo una cosa: *verlo*”, nos ha dicho San Pablo diciéndolo a los hombres de su tiempo. Y ver a Dios puede ser hasta un absoluto no verlo pero anhelarlo de algún modo, aunque sea blasfemando accidentalmente de Él. A mi parecer la blasfemia apasionada —no como estúpido juego verbal que divierta a un público bobalicón, que se solaza con los saltos mortales en el vacío, sino dicha con el despecho del abandonado— puede ser expresión religiosa, bastante más religiosa que la del que por costumbre e indiferentemente runrunea unos rezos aprendidos. Desconfiemos del fervor de muchos “devotos” que mascullan oraciones por su sentido general del orden: “Hay que cumplir con la ley, con la humana y la divina; estar al día en el pago de la contribución y en el cumplimiento de los preceptos que nos cayeron desde el cielo”. No, este “estilo” de mostrarse religioso, por seguir lo que

nos dictan, no es sólido ni convincente ir hacia la Religión que de este modo queda congelada en el pecho del hombre, convertida en una pobre moral de equilibrio cuando lo que se nos pide es ir siempre más y más allá en la exigencia de un Dios universal a realizar en el esfuerzo —de superarnos día a día, momento tras momento, para el progreso ulterior de la Vida, de la Humanidad—, de un Dios al mismo tiempo personal, a sufrir en el amor, tal como lo veía aquel fuerte espíritu que fue Teilhard de Chardin, y como tiene que verlo necesariamente, el que ansía ver más lejos de su tendencia a estar ciego, en ceguera permanente.

Para mí, la poesía religiosa abarca un amplio terreno. Además de la imprecatoria y la de ruego, antes consideradas, puede ser sencillamente la que se escribe en alabanza a un nuevo día que adviene, a un momento de fusión con la Tierra y su contenido: seres, cosas, sufrimientos y alegrías que afluyen de lo creado y en torno a lo creado. Una poesía que se maravilla ante lo que disfruta el ser que está sintiéndose vivir o lo que sufre con su decaer, va en el camino que lleva a Dios, ese que nos da o nos quita seguridad o desfallecimiento, pues se muestra o invisibiliza en las distintas ocasiones provocadas por nuestra captación o nuestra negativa a admitir que un poder supremo regula el manar de cuanto

es y se nos entrega, o bien desaparece totalmente si le cerramos el paso.

La poesía religiosa debe ser, sobre todo, escrita para su objeto fundamental, para Aquel que habita en la inmensidad, tan asequible como escurridizo. Desconfiemos de la poesía que abusa del "pésame Señor" o de la del "oíd que estoy haciendo méritos para ganar el premio de una vida eterna a todo lujo". No creo —y otra vez el recuerdo del famoso jesuita francés se impone, por coincidencia de pensamiento—, no creo en un estatismo del trasmundo. El cielo —he escrito en un poema hace años— no puede consistir en un vivir de las rentas adquiridas en una vida con exceso mansa de propósitos y sin ambición de crecimiento. Debe uno estar eternamente avanzando, aumentando de conocimiento de lo que Dios es y representa. ¿Por qué van más los ricos que los pobres a las iglesias? Muchos de los primeros quieren consolidar con la temporal petición alicorta, un estar supravitaliciamente en la comodidad; muchos de los segundos son indiferentes porque el sufrimiento y el desconocer les lleva a un estado de inconsciente alejamiento apenas responsable.

Este tiempo, rudo y convulso —reflejado, naturalmente, también en los poetas—, parece haber desterrado a Dios, pero no es así. "Nuestra época no cree, pero sufre porque no cree. Toma

las cosas en serio, y si sufre por no creer, eso es ya una semilla de fe. Nuestra época no espera, pero sufre por no esperar y eso es ya una semilla de esperanza. Nuestra época no ha llegado a amar, pero sufre porque no ama y eso es una maravillosa semilla de amor: "¡Sufrir porque no se ama!" Así dice Evelyn, un entendimiento clarividente. Por mi parte prefiero a los que corren de acá para allá en la indagación, o a los que están sumidos en la letal oscuridad que puede tornarse claridad a poco que la deploren, que a los que se tienden sesteando por creer en su "perfección", que ya todo lo han encontrado y para siempre; que jamás encontrarán nada, nuevo, delante o detrás de sí. (¿Y lo que de Dios nos dice la constante intensificación del amor, de la fe, etc?)

"Dios ya no está en su cielo. No hemos de esperararlo ya, como los judíos, a que venga en una aparición triunfal sobre las nubes del cielo; Dios está aquí, comido en el pan, bebido en el vino, menospreciado en el mas insignificante de los hombres, pegado, clavado a nosotros tan apretadamente que nuestra mirada siempre pasa por encima de Él cuando lo buscamos." Dice el mismo Evelyn. Y remacha: "No hemos de buscar a Dios: hemos de creer en Él. No hemos de inventar a Dios: ya es tan difícil de aceptarlo tal

como se nos impone, tal como camina a nuestro lado...”

Cuando he escrito “buscar” he dicho “creer, creer en Dios”. Una predisposición, un estar predispuesto, ya llega allí donde quieres aproximarte. Nuestros versos religiosos han de partir de una buena disposición, de una honda verdad. Si creo, estoy puesto en marcha. Si en la oración me vuelco —y una de las muchas cosas que puede ser la poesía, y la más genuina de todas ellas, es oración— aunque no diga mucho, he puesto lo mejor del caminante: deseo ferviente de llegar al lugar propuesto. Y el que empieza a andar, desde ese momento y aunque no alcance la meta, puede afirmar que algo lleva en sí del que cubre toda la caminata, puesto que a ese fin se dirige.

Pero que no se nos pida que intentemos alcanzar la viva, la fluyente realidad de Dios desde un sentimiento de vasallaje. Esta reside más, para nosotros, en la paternidad que en la realeza: desde aquella está mucho más inmediato. A un padre se le ama desde un plano cercano, intimista, no impuesto desde fuera; por el contrario los monarcas pertenecen a una región que se nos pierde, que no es la nuestra, y nos fuerzan a un ceremonial que suprime la intimidad, la posibilidad de dar alcance a una comunicación, a una comunión. “Padre nuestro que estás en los cielos”, sí, muy bien. Pero no, “Señor, Señor,

Aguila para la que no tenemos las alas bastantes” La Cristología, el Dios que se humana nos llevan muy lejos en nuestro endeble vuelo. La otra orilla de Dios, la que nadie —entre los vivientes— ha probado, ha conocido, ha llegado a alcanzar, ¿quién sabe de qué manera puede entusiasmar al hombre, parecerle que es su paraíso, arrebatarse hasta la emoción, o cuando ese diminuto ser que es el hombre vuela tan bajo, y apenas como un niño anda o se arrastra cuando parece que está andando, cuando parece que está hecho para caminar largas distancias?

DESDE DENTRO

Innumerables días, porque ahoga
la vida, inaguantablemente estéril,
porque el estar contigo es lo difícil
apenas creo en tí, Dios de lo justo.
Digo: "no es, no existe, no me entero;
pues no llega hasta mí". ¡Perdóname!

Innumerables veces, cuando pienso
que tú serías algo en que morir,
posando suavemente la cabeza,
para no oír, no ver, no continuar
este existente sacrificio, nadie
veo en tu sitio, nada está por ti
representado; estoy como escarbando
la luz vacía de los aires. ¡Dios,
los hombres somos esto que precisa
una presencia, un brazo en que apoyar
la confianza! Yo te fui buscando
en traza de calor. ¡Perdóname!

Ahora, ya creo que comprendo. Nada
me ayudará por tí, no te hallará
mi continuada forma de buscarte.
Al menos, cuando pida con empeño
que me vengas a ver, que yo te vea,
mientras continuamente pienso en mí.
¡Nunca te encontraré cuando te exijo
que milagrosamente te me muestres,
siendo mi corazón el sitio solo
que cubro yo y no más — ¡perdóname! —.

Cada vez que me digo: "Si lo hallase,
ahora, ahora mismo que el dolor continuo
es asfixiante, si me levantase
la feroz frente que en herirse hoza,

parece así gozarse, insiste, acaso el encuentro divino, deslumbrante, sería salvador". Y en solitario sin salirme de mí, pido que vengas, y no vendrás porque no voy contigo; sólo conmigo —y para eternamente— con orgullosa soledad sedienta de mí que soy mi dios. ¡Despiértame!

Tú no vendrás, no vienes, no nos dejas que te veamos cuando nuestros ojos están vueltos al fondo que nos quema de amor —¿pero de quién?— de amor perdido, de amor a nuestro amor, de amor que somos, compactamente, sin partir, sin darlo, para nosotros mismos, cielo y tierra de nuestra sed. El ser que comprendemos, porque, ¿a quién más quisimos comprender, tan encerrados, incomunicados?

¿Cómo puedo saber que estás, que eres, cómo puedo creer en ti, si sólo me veo yo y apenas creo en mí, apenas sé de mí? Hazme, pues, *ser* extenderme, salir fuera, que es algo como nacer del todo. ¡Sácame de mí, que soy la muerte, pues la muerte es la única existencia que en mí sé! ¡Sácame de mí mismo, despachándome; que acaso, simplemente, tú eres todo, —tú eres *lo otro* que no está en mí mismo— y sólo con mirarlo seas nacido, repartido allá fuera, claro como las cosas: que basta con saber que están, y son, y son ya, de una vez y para siempre!

DIOS, EL INFINITO MENESTEROSO

A José Antonio Novais, porque ha sabido escribir "Cristo-Federico".

Yo también digo: "Es Federico", mirando a Dios crucificado encima. Es Federico, el de la esquina; o bien Jesús, o bien Manuel, mi nombre suyo, los que sabemos, los desnudos siempre, los aterrados, los sencillos, el que saluda, el que no escapa si lo llamamos a gritos: "Federico, hombre, amigo"

En el aire, de nubes y de viento, Dios es Dios; es la tarde suave, triste y nostálgica, los ojos que se miran tan de pronto, una regada encima de plata con su tintineo de música, que brilla, que retumba, que esplende para la noche oscura y verdadera donde silenciosamente nos perdemos.

Pero aquí, no: es ése, Federico, el Leproso, el Pordiosero, como estos que hablan conmigo en el desmonte, que entran humildes en la taberna blanqueada y piden vino pobre, tinto barato, y lloran junto a mí sin saber qué, como yo lo hago por tanta cosa solitaria, por el silencio que pesa, por las dalias que fueron bellas y se acaban en el suelo, por el caviar o el faisán que son ya tan imposibles como la última galaxia, conocida y lejana.

Es Federico, el Pobre,
Dios de nosotros,

el olvido que solloza
 con un poco de vino o de sangre
 y la cruz debajo del brazo;
 en este lunes mundial hecho
 para sangrar de hombres,
 cuando tú y yo estamos solos,
 tan trabajados, con tanto mundo,
 clavados en la gente,
 llorando de ser buenos.

José Antonio: quiero decirte "gracias".
 Me has traído a Dios vestido de pana y alpargatas.
 Con callos de ser triste y enormemente nuestro;
 un Hombre entre su obra que le ha salido así:
 como tú y como yo,
 hermanos, sucios, grises,
 soñadores, rebeldes,
 locos, crucificados.

Cristo o Dios: Federico.
 Simplemente Federico, el Raro,
 el Hambriento, el Despojado por sí mismo.
 Una luz para esta carne que pide luz,
 y sabe que está muriendo en la sombra
 para iluminarse de entender qué es la muerte
 aprendida a su costa y su advertencia,
 muertos entre todos,
 apuñalados por la vida, la vida.

Dios, pero Federico; porque ha querido ser tan
 Federico como otro más pequeño,
 entre todos los que estamos cayéndonos rebotan-
 do, golpeados
 bajo el infinito desprecio de los siglos.
 Como todos, el lento topo que está en las manos,
 pues si sólo tuviera el vuelo de los pájaros se
 escaparía
 de los dedos.

Entre todos, traicionados,
 con la corona de espinas y el pobre amor en alma
 viva,
 cristos azuzados sobre una tristeza hermosa,
 una congoja dulce,
 por saber que somos el perro que ladra,
 el hombre que agoniza,
 la soledad que adora,
 la esperanza que a duras penas se mantiene.

Pero, sufriendo,
 abandonados, perseguidos,
 nos elevamos grandes,
 ligeros, vivos,
 como la banda de mariposas,
 como los papeles arrojados al aire,
 como la mota de polvo
 en la brisa del mediodía,
 con la resurrección de los que escuchan,
 con la belleza de los que creyeron,
 con el resplandor de los que aguantan.
 Y Dios-Federico ha querido sufrir así
 para hacerse más niño, más tangible, más vital y
 puro.
 Y estar solo, estar sin juguetes o sueños, estar
 llorando.

Tú, yo, ése, Federico, el testigo que espera
 en el rincón de penumbra,
 por la hora de los pobres,
 hacia el cielo amueblado de recuerdos;
 la alegría prometida al llanto
 perfumado y simple
 del corazón, sobre las hojas de la vida
 que nunca acaba de pasar,
 que siempre nos aguarda en el fondo del ser,
 por donde seguimos navegando, creciendo, ganán-
 donos.

¡Ah, no tengas nunca tentación de devolver
 a Dios al cielo, definitivamente!
 Déjalo en medio de la calle de niebla,
 espéralo en la madrugada amarga,
 camina a su lado, en su instante.
 Es Federico, el Borracho de amor.
 ¡Porque si no fuera así estaríamos
 completamente sin amigo, completamente derro-
 tados!
 ¡Completamente muertos!

CONCHA ZARDOYA

Nació en Valparaíso (Chile), en 1914, aunque desde
 niña vivió en España. Doctora en Filosofía y Letras.
 Reside en los Estados Unidos como profesora de Len-
 gua y Literatura españolas.

Libros publicados:

Pájaros del nuevo mundo.—Madrid, 1946.
Dominio del llanto.—Madrid, 1947.
La hermosura sencilla.—Madrid, 1953.
Los signos.—Alicante, 1954.
El desterrado ensueño.—Madrid, 1955.
Mirar al cielo es tu condena.—Madrid, 1957.
La casa deshabitada.—Madrid, 1959.
Debajo de la luz.—Barcelona, 1959.
Elegías.—Caracas, 1961.
Corral de vivos y muertos.—Buenos Aires, 1965.
Hondo Sur.—Barcelona, 1968.

En prosa:

*Miguel Hernández. Vida y obra. Bibliografía. Antolo-
 gía*.—Nueva York, 1955.
Historia de la Literatura Norteamericana.—Barcelona,
 1956.
*Poesía española contemporánea: estudios temáticos y
 estilísticos*.—Madrid, 1961.
Obras escogidas de Walt Whitman. Traducción con
 ensayo biográfico-crítico.—Madrid, 1946. 2.^a edi-
 ción, 1955.

P O E T I C A

POESÍA TRASCENDENTE

Nunca me he propuesto escribir poesía religiosa, aunque la palabra Dios —con mayúscula y con minúscula— aparezca algunas veces en mis poemas. Mi relación con Él —¿mayúscula? ¿minúscula?— no es confesional ni a través de la plegaria. Más bien se relaciona con un largo proceso de autodisciplina estoica, de teología existencial, de axiología interior.

En mis años de adolescencia y primera juventud —años de privación y de miseria—, Dios era, más que un apoyo o un consuelo, una luz —una salida— hacia la cual tendía mi anhelo de salvación, no en un más allá de ultratumba, sino en cada día de trabajo, de hambre y de frío: era esperanza de un mañana mejor. Y Dios me fue ayudando a crearme una voluntad de auto-superación, a no contentarme perezosamente con el trabajo manual, a no detenerme en el esfuerzo. Dios me ayudaba a subir por la penosa escalera de la accessis íntima: Dios era un motor de voluntad y de energía. ¡Cuántos cansancios del cuerpo me ayudó a vencer este Dios fuerte, este animador de mi intelecto y de mi espíritu! No era una revelación de la realidad última, sino asidero, mano vigorosa a la que se prendía mi

débil voluntad de niña. Verdaderamente, yo no sé lo que era, pero yo lo llamaba Dios.

Después, en mi primera madurez —al darme cuenta de que en el mundo existía la injusticia, la crueldad, la muerte, la mentira...—, Dios fue todo aquello a lo que debía aspirar el hombre: justicia, igualdad, fraternidad, vida noble y digna.

Por último, descubrí que o Dios no existía o estaba más allá del bien y del mal, pero que, a pesar de ello, había que aspirar a trascender toda realidad, todo dolor, toda alegría, todos los actos y todos los sueños, en un deseo de universal comunicación —¿comunióón?— trascendente con los hombres de hoy, de mañana y también con los de ayer, en larguísima cadena de espiritualidad a través de los tiempos.

Ahora sé que para algunos el Valor Supremo es Dios. Para mí, es el Amor al Próximo —en el orden del ser y del valer—, sin marco de religión o de política alguna. Y no lo considero una *filantropía* ni un *humanitarismo* sentimental —encubridores muchas veces de un refinado egoísmo—, ni como simple *altruismo*, sino como la única medida del *obrar*, tránsito necesario hacia más elevados valores: natural y necesaria *acción humana*, única fuerza para comunicar una noble estructura a la totalidad de la vida humana y llevarla a su realización.

Creo en el Amor —¿mayúscula? ¿minúscu-

la?— como fuerza primordial del espíritu dotado de actividad volitiva, fuerza afirmadora y creadora de valores. Creo en su total actividad afirmativa —reconocedora, creadora, buscadora de unión— entre los hombres, portadores de valores espirituales. Pero como también la necesidad los mueve a la justicia, ese amor debe estar al lado de ella, unido a ella en carne y en espíritu. De este modo, el amor saca de su aislamiento a la persona individual y la conduce a que devenga un “nosotros” en las diversas formas de la comunidad humana. El amor, así concebido, es el creador del valor y el plasmador de la comunidad. La Poesía que le sirva de vehículo, actuará de la misma manera.

Tengo la convicción absoluta de que el poder del amor es más grande que la fuerza del odio, fuerza que subestimo. La cantidad de odio que existe hoy en el mundo, es muchísimo más grande de lo que pueda concebir la imaginación más exaltada. Sin embargo, aun sabiendo esto, el poder del amor es —ha de ser— más vasto y más intenso. Y a tal milagro contribuye la Poesía. Por creerlo así, me esfuerzo en escribir una poesía arraigada, sí, en la realidad y en la vida, pero también de inclinación o signo trascendente. Si al Amor y a la Justicia se les llama Dios, entonces creo en Dios. Si al contemplar y al sentir con *fervor* la Naturaleza y los objetos se le llama mis-

ticismo, entonces mis poemas líricos son místicos. Y lo son aquellos en que este fervor ha sido absorbido y transformado en una experiencia social. Si todo esto es una comunión con Dios, a través de todo lo creado, *comulgo* en tal experiencia, considérese o no religiosa. ¿Misticismo poético? ¿Misticismo profano? ¿Panteísmo? ¿Teísmo? ¿Deísmo? ¿Fusión de las entidades? ¿Empatía cósmica? No lo sé.

Así, creo en la eternidad de la Poesía, no en su intemporalidad, porque está ligada a su aquí y a su ahora, a su realización, y porque —aplicándole unas palabras de Boecio— es “posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable”. Creo en la trascendencia de la Poesía, por mucho que arranque de lo cercano y de lo cotidiano, porque su misión es, precisamente, salvarlo, superarlo, trascenderlo. Es humana y suprahumana, mundana y supramundana, sensible y suprasensible, real y suprarreal, existencial y trascendente, humanísima y abierta a lo Absoluto. Ya que, según Heidegger, la trascendencia es la superación del ente aislado hacia el mundo en general, hacia el ente en conjunto, hacia El Ser. ¿Hacia Dios? Acaso, mas no me concierne.

El Amor de que hablábamos no es un concepto sino que brota de una *activa* —ni laxa, ni escrupulosa, ni angustiada— conciencia moral. De aquí

su raíz ética. Mi poesía, profundamente subjetiva, aspira a decir algo al lector posible, si no a influir sobre el obrar real de los hombres, aunque esto último sería su más elevado deseo, su sueño más alto, su verdadera finalidad. Está llena, por tanto, de conciencia social. Ella y mi vida estarán siempre al lado del hombre que sufre, cualquiera que sea su sufrimiento. Y así he llegado a concluir lo siguiente: “El poeta es el hombre que más sufre, porque es el que más ama”.

(Bloomington, Indiana (USA), a 29 de setiembre de 1968.)

SÓLO EL AIRE, SEÑOR

Sólo el aire, Señor, en torno mío.
Si tu luz inmortal no se cerniera
en el camino eterno de los astros
¿cómo podría yo buscar tu lumbre?

Mas tu luz amenaza o nos derriba
con su rayo potente sobre el suelo.
Con ella nos golpeas en los ojos:
los paraísos caen como frutas.

Para aplacarla hay hombres que te ofrecen
los tiernos hijos suyos como víctimas.
Yo sólo tengo versos, cual un aire
vacío entre los labios tan humanos.

A la deriva voy por los senderos,
encendida de amor como una antorcha.
Pero Tú vas dejando yertamente
la blanca indiferencia de tu huella.

¿Mueve tu mano el aire? ¿Nieblas alza?
¿El rojo corazón convierte en fuego,
perdida chispa tuya en los mortales?
¿Tu creadora estirpe sobrevive?

Sólo el aire, Señor, en torno mío.
Por detrás va tu nube, la morada
de tus altos relámpagos y rayos:
tus luces que amenazan o derriban.

A CRISTO

Yo no puedo cantarte aquellas loas
que los santos, llorando, te dijeran:

soy un barro llagado en la garganta,
desdichado amasijo de mudeces.

Soy un trébol amargo, en la ceniza
que el llanto deja, suave, cuando rueda;
polvorienta campana enmudecida,
un desolado golpe sobre el limo.

Sin arcángel, mi boca se ha secado,
y es un pozo de hormigas y de abejas
que se mueren soñando inmóvilmente
con el agua letal de los esteros.

Una niebla es la voz que de mí crece,
arrodillada y triste sobre el humus
esencial de mis pálidas entrañas
que perdieron tu luz en su ceguera.

Y mi aliento no sube a tu costado
alanceado y frío en el madero,
pues baja únicamente hacia la sombra,
poblando con su soplo mis fronteras.

Yo quisiera decirte que te amo,
a pesar de mis huesos que no creen,
arterias rotas, peces derribados
en arena mortal desventurada.

Que te amo en el naufragio interminable
de objeciones y sueños y tristezas,
en papeles difuntos que me cercan,
en los gritos del hombre que asesinan.

Que te amo por humilde y porque fuiste
injurinado con piedras y palabras;
por el ojo mordido, el labio exangüe,
por tu humano dolor en carne abierta.

Yo quisiera decirte que no olvido
tu martirio sin fruto por el mundo,

y que lloro el derrumbe de tu cuerpo
por el ansia divina de salvarnos.

¡Soy un barro llagado en la garganta,
una boca sin voz para cantarte!

ERA UNA TARDE GRIS

Era una tarde gris. Y tú pasaste.
Yo vi tu resplandor, sentí el perfume
de la luz primigenia de tus ojos.

Una dulce pereza me dejabas
en la frente mordida por tu rayo,
un desmayado amor, una congoja...

Era una tarde gris. No sé si un éxtasis
lavó mi corazón de todo anhelo:
yo vi tu luz pasar... y me moría.

LA HERMOSURA SENCILLA

Tus pasos de silencio nadie oye
ni el aire de tu aliento por el mundo,
aunque las puertas abres con un signo
en la noche lustral de ciertos sueños.

No escuchan cómo avanzas por el humo,
desvanecido gris de lenta escoria
que en brazos de los cielos se disuelve.
No saben que Tú fluyes como el Tiempo.

Azulada tu sombra, a veces, surte
de los árboles bellos, de las flores,
exhalando un aroma delicado,
un perfume ya joven o vetusto.

A las cosas humildes tu presencia
incorpora beldad y mansedumbre,
sin pronunciar un nombre altivamente,
sin preguntar por qué se decoloran.

Si Tú no fueras aire, las campanas
no sabrían sonar. ¿Cómo podrían?
Si Tú no fueras luz, ¿cómo los vidrios
sabrían imitar la transparencia?

No estás sólo en los templos, Corzo Vivo.
También en las fontanas y en los bosques,
en las disueltas sangres de los lagos,
en los puros espacios de las almas.

Inmenso resplandor y pura música
te llegas a los hombres en silencio.
A las entrañas llegas de la madre
y al vagido del niño más desnudo.

Nadie sabe que pasas con el viento
y que a veces nos cierras las ventanas
o las abres al soplo de la brisa,
fiel trasunto de ti o sólo huella.

Por cópulas y besos vas poniendo
ígneas marcas de amor, de luz de muerte.
Y tu viajar interno por las rocas,
las antiguas raíces y los pájaros,
nadie, Señor, presente, nadie sabe.

CIUDAD SOÑADA

Cuando, Señor, me beses con tu beso
final —el de mi muerte—, sea llave
tu beso de esa luz que aquí he soñado
más allá de mí misma y de los hombres.

Pise yo avenidas de hermosura
y jardines sin odio ni tristeza.
Vague mi alma dichosa por el reino
donde todo revela su secreto.

¡No haya sombras allí ni crueles máscaras
que oculten la verdad de cada vida!
(¡Oh belleza real y no apariencia!
¡Oh la pura unidad integradora!)

¡No haya muros allí! ¡El cielo claro
sea arena sin cuerpo que sustente
esa bella ciudad que no es del mundo!
¡No haya torres, Señor! ¡Tan sólo el aire!

(¿La has creado, mi Dios, en tus esferas?
¿Es la nube colmada de tu lluvia?
¿O es relámpago breve que entreveo
en un sueño de amor y de esperanza?)

Con tu beso final cruce la puerta
de esa inmensa ciudad que te rodea.
¡Vea yo, sin mis ojos, la armonía
que he buscado en la tierra inútilmente!

SI AL SILENCIO LLEGARAS

Si al silencio llegaras,
dulce Dios, dulcemente
y pusieras tu dedo
en mis labios, muy leve,
o corazón adentro
—¡la vida desfallece!—,
tocaras ese aire
que la pena consiente
y allí dejaras, honda,
la paz, la suave nieve
de la serenidad...

Si besaras mi frente...
 Si allí el dolorido
 sentir trocaras... ¡Fuerte
 soledad, Dios, almena
 dame, torre valiente
 contra rayos y vientos,
 contra ausencias y muertes!
 Si la dicha brillara,
 oh buen Dios, sol ardiente,
 en el fondo del alma,
 al llegar dulcemente
 tu voz dulce a la casa
 en que siempre te pierdes...

JUAN RUIZ PEÑA

Nació en Jerez de la Frontera (Cádiz), en 1915. Catedrático de Literatura actualmente, en el Instituto y en la Escuela de Comercio de Salamanca.

Libros publicados:

Canto de los dos.—Cádiz, 1940.
Libro de los recuerdos.—Madrid, 1946.
Vida del poeta.—Madrid, 1950.
La vida misma.—Madrid, 1956.
Andaluz solo.—Madrid, 1962.
Nudo.—Salamanca. 1966.

En prosa:

Historia en el Sur.—Madrid, 1954.
Memorias de Mambruno.—Madrid, 1956.
Cuadernos de un solitario.—Burgos, 1958.
Nuevas memorias de Mambruno.—Madrid, 1961.
Papeles póstumos de Mambruno.—Burgos, 1963.

P O E T I C A

EL SENTIMIENTO DE RELIGIOSIDAD EN MI POESÍA

Cuando se han cumplido los cincuenta y tres años, se piensa sin querer más en la muerte cercana que en la vida que se va acabando, tal vez porque la vida es lo que nos duele, escuela de dolor al fin. No es que yo desee la muerte, que es lo negativo y por lo tanto no soluciona el problema de la vida. Pues si fuera cierto que lo único que el hombre sabe hacer bien es morir, entonces la vida no tendría sentido. Pero la vida anhela algo. Son dolor y alegría como las dos alas de esa realidad que es la vida. En lo físico la vida es crecimiento y en lo espiritual es cambio, evolución.

El hombre no desea morir ni vivir. Ansía algo, pero no sabe qué. Este es también mi dramático secreto. Quiere esto decir que, metafísicamente hablando, siempre he sentido espoleada mi alma por la Divinidad. Pero, ¿cómo intuirlo? Sólo con la imaginación es posible abarcar el universo. Resulta entonces que es la poesía el instrumento mejor para descifrar el silencio de la Divinidad. La poesía es una especie de redención de la vida.

Solamente en la parte titulada "Realidad invi-

sible" de mi libro *Andaluz solo*, he conseguido expresar algo de este mi íntimo desasosiego.

Para estar a la altura del Creador hay que gozar de libertad absoluta y hay que tener un amor completo a la verdad y por supuesto tener muy bien clavados los pies en la realidad de la vida. Sólo al realista se le rinde la Divinidad.

Yo vivo hacia el futuro y deseo vaticinar el futuro. Creo que la juventud tiene siempre razón, prueba es que el tiempo acabará por dársela, habíamos quedado en que vivir significa evolucionar, pienso, pues, que la idea de un futuro más justo, más igualitario, más libre, para la Humanidad, tal vez sea la más grata de todas para la Divinidad.

Concibo a la poesía como una necesidad irremediable del alma, como un don fatídico, como un arco iris alzado entre el sueño y lo real, como una donación al prójimo, como una forma de amor, y esto explica al identificarse con la Divinidad, la supremacía lírica de un San Juan de la Cruz o de un Antonio Machado.

ACABO DE VER

Acabo de ver una estrella
sola,
en la noche clarísima, de luna,
ahondo: brillan acuosas varias estrellas más,
me parece un misterio su fulgor,
yo no sé qué pensar;
abajo, allá, se ven
ventanas encendidas de rascacielos, torres,
calles, gentes, ruidos
de motores, eléctricos
colorido de anuncios luminosos;
vuelvo a mirar la estrella
que parpadea dorada como si Tú la hicieras
brillar con un resorte,
pero yo sé que tú
estás y no estás en lo lejano, como mi alma,
porque dentro te siento
infundiéndome vida, conciencia universal,
Padre inmenso del mundo.

LÁMPARA DE ORO

Mi fe es una lámpara
de oro,
con cien mil soles dentro,
pero su claridad es poca
aún, y mi alma
apenas un temblor, sonido, hoja
de otoño o suspirar amarillo del bosque.
Qué importa, si te siento
en mi sangre, en hervor,
si te escucho, resuello de niño
dormido.
si te respiro, iris teñido de ilusión.
Te busco con mi lámpara,

pasan los años,
 y soy tiempo
 desnudo, soledad, trabajo, amor,
 tonel de sufrimiento.
 Yo te ofrendo la vida,
 dame la paz en cambio,
 oh Invisible, mi lámpara no puede alumbrar más.

VERSO LARGO

Verso largo como la senda del bosque,
 como el cielo infinito, armonioso como la crea-
 ción.
 Cruel y terrible como un océano afilado de tibu-
 rones,
 el verso más largo que se haya escrito jamás,
 y uncido como un buey a él mi corazón deses-
 perado,
 que sabe que lo mejor sería no haber nacido.
 Corazón desolado como el muro de los fusilamien-
 tos,
 corazón solitario como el barco que se hunde en
 alta mar,
 Porque el hombre
 es menos que un fósforo, menos que un monton-
 cillo de cenizas, que un sueño,
 Clavado aquí velo a mi propia alma incrédula,
 Me repugna soñar: transcribo lo que soy humil-
 demente, sin color,
 sin música e incluso
 con sintaxis cavada como una trinchera,
 donde se guarece el que yo fui,
 el vagabundo, el enamorado,
 el realista que escribe esto
 por afán de escribir un verso oceánico,
 arco iris entre el sueño y lo real,
 dardo relampagueante que llegue a ti, Señor.

ORACIÓN

La catedral erguida,
 la sombra de los álamos,
 y mi pensar.
 Era la tarde un resplandor rosado.

Mi corazón oía
 tu palpar lejano.
 Azul y vívido,
 un lucero brillaba solitario.

Hablaba tu silencio.
 Quería yo escucharlo,
 y contemplaba
 por la atmósfera el vuelo de los pájaros.

Si eres luz de ti mismo
 y en tu fulgor soy rayo,
 ¡vibre, Señor,
 mi pensamiento en todo lo creado!

BUSCA DE DIOS

Os alzáis, ¡cuán erguidos,
 oh amarillentos chopos de la senda!
 Cae la tarde y escucho
 crujir el viento entre las hojas trémulas.

Por el sombrío cielo
 vagan las frías nubes cenicientas.
 ¡Qué rumor forma el agua,
 rauda y dorada, con las hojas secas!

Medito junto al río,
 que el pensamiento su verdad revela:
 hojas, aguas, tú mismo;
 ¡fluimos siempre en la corriente eterna!

¿Dónde, espíritu mío,
tu oculto origen y celeste esencia?
Quiero hallarla olvidando
la luz del mundo, su ilusión terrena.

Cercana la cartuja,
túmulo solitario, se refleja
mi sombra en la portada,
donde las llamas de la ojiva tiemblan.

Penetro, silencioso.
Mi pisar quedo en el recinto suena.
Y vislumbro un sepulcro,
mármol hermoso en soledad secreta.

Evoco el tiempo huido,
que es ya recuerdo, y en mi vida deja
resignación callada,
quietud profunda e interior tristeza.

¡Oh adolescentes días,
en que temblé porque morir pudiera!
¡Alma mía azorada
ante la puerta que el misterio cela!

Ahora no tiemblo: ¿Eres
activa nada? ¿Mi dudar te crea?
Sí, muerte, sueño suave,
sí la azul llama de la fe se eleva.

ORACIÓN DEL ESPOSO

Tras las rosadas nubes del crepúsculo
resplandecen tus ojos,
y ven brillar de un nuevo hogar la lámpara
contra el cristal brumoso.

¡Oh, acércate, en silencio! ¿Oyes latir
mi corazón en otro?
Entre estos brazos, toda mi vida halla
un reposar hermoso.

Felicidad, Señor, reina en mi casa.
Todo sonríe en torno.
Hasta el reloj nos mira y acelera
su ritmo silencioso.

El jarrón, los claveles, la penumbra,
fragante ondular rojo,
que ciéndonos deja en nuestra atmósfera
su rastro delicioso.

El espejo refleja alborozado
la dicha de los rostros.
¿Tanto amor a las cosas comunica
su influjo misterioso?

—Ven, difuso y azul, y entra en mi estancia,
y sueña entre nosotros,
mientras escuchas la oración que eleva
mi ternura de esposo.

INVOCACIÓN

Jarrón de lilas frágiles
que la casa perfuman,
y fulgor
morado del ocaso brillando en la penumbra.

Mi esposa es queda sombra.
Los visillos repliegan
leves manos
que en mis brazos confían a la niña despierta.

Pluma es su dulce peso;
 en mi pecho reclina
 la cabeza,
 y en sus ojuelos negros aflora la sonrisa.

Si mirándola río,
 soy dolor en el fondo;
 con el alma
 en lágrimas, Señor, vuestra piedad invoco:

¡Alárgame la vida!
 ¡Vea logrado el fruto
 de mi amor!
 ¡Déjame que lo guarde del huracán del mundo!

PLEGARIA

Es la lluvia monótona quejumbre.
 La lámpara, la frente pensativa,
 el rojo arrullo de la brasa viva,
 la risa de mi hija, ya costumbre.

Es la serena paz, la dulcedumbre.
 Es el alma que se abre sensitiva
 al resonar del agua sucesiva,
 y es el amor en torno de la lumbre.

Campanas, bronce por el agua herido,
 suene en el corazón de Aquel que amamos,
 oración de los labios, tu sonido.

Abismo negro su mirada fija,
 a través de la lluvia, lo invocamos:
 ¡Haz que tu amor florezca en nuestra hija!

PROFUNDO

“Profundo”, ha dicho el hombre,
 y unánimes lo admiten los oídos de todos.

Pero yo digo: dónde.
 ¿Estuvo en el carmín de esa flor que aún olía
 cuando movía el cierzo
 la plata de la escarcha?
 ¿Latía en esa estrella
 desnuda cuyo brillo seguía con los ojos
 mientras andaba lento por la orilla del río?
 ¿Palpitó en esa hoja
 que crujía, al caer,
 amarillenta, seca, en el seno del bosque?
 ¿Vacilaba en el fondo, minas de sufrimiento,
 de unos ojos humanos?
 Por eso insisto: dónde.
 ¿Dónde hallar lo profundo, Creador de la nada?

CLAUSTRO VIEJO

Bajo este claustro viejo es musgo el tiempo,
 es piedra secular, verdín en sombra,
 mancha verde en la ojiva.
 Cruzo esta tarde, porque ya es costumbre
 de solitario; voy con mi carga de sueños.
 ¿Qué es lo que atrae el alma hacia este claustro?
 ¿El tiempo ya desnudo e inmóvil en sí mismo
 o aquel ángel de piedra las alas desplegadas,
 que mira ciegamente?
 Tal vez sería sueño: de súbito sentí
 como si un ángel descendiera,
 y rasgara el silencio su palabra de siglos;
 como si vislumbraran la eternidad mis ojos.

MI ALMA ES UNA CERILLA

Mi alma es una cerilla,
 puede avivarla el soplo del norte cuando ulula
 en las viejas callejuelas en torno a la catedral,

cuando rasca con uñas
 nevadas en las piedras verdinosas de siglos.
 El viento enciende al alma.
 Debajo de la ojiva es sombra el cuerpo,
 sombra voluminosa de carnes y de penas,
 que cruza, entre columnas altas, góticas
 naves, al fulgurar rojizo del crepúsculo,
 mirando las vidrieras translúcidas de oros.
 Más alta, oh alma, más allá.
 más alta, ángel que ríe y piedra de esperanza.

BLAS DE OTERO

Nació en Bilbao, en 1916. Licenciado en Derecho que no ha ejercido y Filosofía y Letras, que abandonó. Premio de la Crítica. Viajero por todo el mundo. Premio Fastenrath, Premio Boscán y Premio Internacional "Omegna-Resistenza", de Italia.

Libros publicados:

Cántico espiritual.—San Sebastián, 1942.
Ángel fieramente humano.—Madrid, 1950.
Redoble de conciencia.—Barcelona, 1951.
Pido la paz y la palabra.—Santander, 1955.
Ancia.—Barcelona, 1958.
Parler clair.—París, 1959.
En castellano.—México, 1960.
Con la inmensa mayoría.—Buenos Aires, 1960.
Esto no es un libro.—Puerto Rico, 1963.
Que trata de España.—París, 1964.
Que trata de España.—Barcelona,
Poesía e Historia [1960-1968].—Inédito.
Historias fingidas y verdaderas [1966-1968].—Prosas.

P O E T I C A

“MI” POESÍA “RELIGIOSA”

Se suele decir que toda poesía es, más o menos, religiosa. Igual podríamos decir —y se ha dicho— que toda poesía es social. Y, si se quiere, estética o hasta deportiva. Entendemos que cuando mencionamos la poesía religiosa nos referimos a la estrictamente religiosa. Y lo mismo en el caso de la social o política, etc. En el ámbito de lo religioso puede ocurrir que nos encontremos con poemas que se mueven “dentro” de la religión —habría que empezar por definir este concepto— o “fuera” o “contra” ella. Aludiendo ya a mi obra, creo que se dan en ella las dos facetas. La primera corresponde a algunos poemas de mi juventud, y la segunda a mis primeros libros. (*Cántico espiritual*, es un pequeño cuaderno que recoge una serie de poemas —liras en su mayoría— que leí ante un grupo de amigos —el grupo “Alea”— en Bilbao en homenaje a San Juan de la Cruz. Aun siendo éste el motivo, están más cerca de Fray Luis de León, mi poeta predilecto. Van precedidas de un soneto alejandrino y tres largos poemas en endecasílabos libres, quizá la parte más significativa.)

Cuando escribí los poemas de *Ancia* (*Angel fieramente humano, Redoble de conciencia* y

los añadidos de la misma época) yo me encontraba ya enfrente de lo religioso. Sabido es que se escribe casi siempre sacando a flote dichos naufragios anteriores. Se ha dicho de estos poemas que pueden tener alguna concomitancia con Quevedo y Unamuno. Lo primero es cierto; lo segundo, erróneo. Se suele confundir con harta frecuencia los conceptos de “influencias”, “fuentes”, “confluencias”, “analogías” no sólo literarias o expresivas sino también de proceso espiritual, tono regional, etc. Yo la verdad es que a Unamuno le he leído muy poco, salvo sus artículos de viajes. En la *Calle Miguel de Unamuno* * digo que:

aunque no me gusten mucho
su poesía —a pesar
de lo que crean algunos—,
ni tampoco sus ideas
—son ideas de lechuzo—,

o, como decía aquel albañil-pintor de la Mancha que trabajaba en París: —*Unamuno es una carraca.*

Creo que la expresión es perfecta. Se puede estar dudando dos meses o tres años, pero no toda la vida. Esto no es más que falta de valor o

de sinceridad ante uno mismo, a pesar de que mi paisano presumía tanto de ella.

A partir de *Pido la paz y la palabra* trato los problemas del hombre “de tejas abajo”, en su contexto histórico y con un fuerte aliento de solidaridad. Esto es religión, en su sentido más noble. Y si religión es amor, un poema vivamente sentido sobre, pongamos por caso, la lucha del pueblo vietnamita, podríamos decir que está embargado de religión: de amor. Con la otra cara también, claro. Pero no con la otra mejilla.

Poco más tengo que decir. Nunca me gustó escribir sobre poesía. Sino en los poemas. Léanse los que siguen, juzgue el lector y *perdonad mis muchas faltas.*

(Madrid, junio de 1968.)

* *Que trata de España.* París, 1964.

HOMBRE

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

MORTAL

No se sabe qué voz o qué latido,
qué corazón sembrado de amargura,
rompe en el centro de la sombra pura
mi deseo de Dios eternecido.

Pero mortal, mortal, rayo partido
yo soy, me siento, me compruebo. Dura
lo que el rayo mi luz. Mi sed, mi hondura
rasgo. Señor: la vida es ese ruido

del rayo al crepitar. Así repite
el corazón, furioso, su chasquido,
se revuelve en tu sombra, te flagela

tu silencio inmortal; quiere que grite
a plena noche, y luego, consumido,
no queda ni el desastre de su estela.

HOMBRE EN DESGRACIA

Me cogiera las manos en la puerta del ansia,
sin remedio me uniesen para siempre a lo solo,
me sacara de dentro mi corazón, yo mismo
lo pusiese despacio, delante de los ojos...

O si hablase a la noche con el labio enfundado
y detrás de la nuca me tocasen de pronto
unas manos no humanas, hasta hacerme de nieve,
una nieve que el aire aventase, hecha polvo...

Soy un hombre sin brazos, y sin cejas, y acaso
una sábana extiende su palor desde el hombro;
voy y vengo en silencio por la haz de la tierra,
tengo miedo de Dios, de los hombres me escondo.

Doy señales de vida con pedazos de muerte
que mastico en la boca, como un hielo sonoso;
voy y vengo en silencio por las sendas del sueño,
mientras baten las aguas y dan golpes los olmos...

¿Hasta cuándo este cáliz en las manos crispadas
y este denso silencio que se arrolla a los codos;
hasta cuándo esta sima y su silbo de víboras
que rubrican el vértigo de ser hombre hasta el
fondo?

¿Hasta cuándo la carne, cabalgando en el alma:
hasta heñirla en las sombras, hasta caer del todo?
Oh, debajo del hambre Dios bramea y me llama,
acaso como un muerto —dios de cal— llama a otro.

CANTO PRIMERO

Definitivamente, cantaré para el hombre.
Algún día —después—, alguna noche,

me oirán. Hoy van —vamos— sin rumbo,
sordos de sed, famélicos de oscuro.

Yo os traigo un alba, hermanos. Surto un agua,
eterna no, parada ante la casa.
Salid a ver. Venid, bebed. Dejadme
que os unja de agua y luz, bajo la carne.

De golpe, han muerto veintitrés millones
de cuerpos. Sobre Dios saltan de golpe
—sorda, sola trinchera de la muerte—
con el alma en la mano, entre los dientes

el ansia. Sin saber por qué, mataban;
muerte son, sólo muerte. Entre alambradas
de infinito, sin sangre. Son hermanos
nuestros. ¡Vengadlos, sin piedad, vengadlos!

Solo está el hombre. ¿Es esto lo que os hace
gemir? Oh si supieseis que es bastante.
Si supieseis bastaros, conformaros.
Si supierais ser hombres, sólo humanos.

¿Os da miedo, verdad? Sé que es más cómodo
esperar que Otro —¿quién?— cualquiera, Otro,
os ayude a ser. Soy. Luego es bastante
ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe

si hay más! En cambio, hay menos: sois sentinas
de hipocresía. ¡Oh, sed, salid al día!
No sigáis siendo bestias disfrazadas
de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.

ESTOS SONETOS

Estos sonetos son las que yo entrego
plumas de luz al aire en desvarío;

cárceles de mi sueño; ardiente río
donde la angustia de ser hombre anego.

Lenguas de Dios, preguntas son de fuego
que nadie supo responder. Vacío
silencio. Yerto mar. Soneto mío,
que así acompaña mi palpar de ciego.

Manos de Dios hundidas en mi muerte.
Carne son donde el alma se hace llanto.
Verte un momento, oh Dios; después, no verte.

Llambria y cantil de soledad. Quebranto
del ansia, ciega luz. Quiero tenerte,
y no sé dónde estás. Por eso canto.

PODEROSO SILENCIO

Oh, cállate, Señor, calla tu boca
cerrada, no me digas tu palabra
de silencio; oh Señor, tu voz se abra,
estalle como un mar, como una roca

gigante. Ay, tu silencio vuelve loca
al alma: ella ve el mar, más nunca el abra
abierta; ve el cantil, y allí se labra
una espuma de fe que no se toca.

¡Poderoso silencio, poderoso
silencio! Sube el mar hasta ya ahogarnos
en su terrible estruendo silencioso.

¡Poderoso silencio con quien lucho
a voz en grito: ¡grita hasta arrancarnos
la lengua, mudo Dios al que yo escucho!

LA TIERRA

De tierra y mar, de fuego y sombra pura,
esta rosa redonda, reclinada
en el espacio, rosa volteada
por las manos de Dios, ¡cómo procura

sostenernos en pie y en hermosura
de cielo abierto, oh inmortalizada
luz de la muerte hiriendo nuestra nada!
La Tierra: girasol; poma madura.

Pero viene un mal viento, un golpe frío
de las manos de Dios, y nos derriba.
Y el hombre, que era un árbol, ya es un río.

Un río echado, sin rumor, vacío,
mientras la Tierra sigue a la deriva,
¡oh Capitán, mi Capitán, Dios mío!

BASTA

Imagine mi horror por un momento
que Dios, el solo vivo, no existiera,
o que existiendo, sólo consistiera
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.

Y que la muerte, oh estremecimiento,
fuese el hueco sin luz de una escalera,
un colosal vacío que se hundiera
en un silencio desolado, liento.

Entonces ¿para qué vivir, oh hijos
de madre; a qué vidrieras, crucifijos
y todo lo demás? Basta la muerte.

Basta. Termina, oh Dios, de malmatarnos.
O si no, déjanos precipitarnos
sobre Ti —ronco río que revierte.

LÁSTIMA

Me haces daño, Señor. Quitá tu mano
de encima. Déjame con mi vacío,
déjame. Para abismo, con el mío
tengo bastante. Oh Dios, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano
de encima. No me sirve. Me da frío
y miedo. Si eres Dios, yo soy tan mío
como tú. Y a soberbio, yo te gano.

Déjame. ¡Si pudiese yo matarte,
como haces tú, como haces tú! Nos coges
con las dos manos, nos ahogas. Matas

no se sabe por qué. Quiero cortarte
las manos. Esas manos que son trojes
del hambre, y de los hombres que arrebatas.

MUERTE EN EL MAR

Si caídos al mar, nos agarrasen
de los pies y estirasen, tercas, de ellos
unas manos no humanas, como aquellos
pulpos viscosos que a la piel se asen...

Ah, si morir lo mismo fuese: echasen
nuestros cuerpos a Dios, desnudos, bellos,
y sus manos, horribles, nuestros cuellos
híñiesen sin piedad, y nos ahogasen...

Salva, ¡oh Yavé!, mi muerte de la muerte.
Ancléame en tu mar, no me desames,
Amor más que inmortal. Que pueda verte.

Te toque, oh Luz huidiza, con las manos.
No seas como el agua, y te derrames
para siempre, Agua y Sed de los humanos.

MUDOS

De tanto hablarle a Dios, se ha vuelto mudo
mi corazón. Con gritos sobrehumanos
le llamé: ahora le hablo con las manos,
como atándome a El... Solo y desnudo,

clamoreando amor, tiendo, sacudo
los brazos bajo el sol: signos lejanos
que nadie —el sordo mar, los vientos vanos—
descifra... ¡Ah, nadie nunca anclarme pudo

al cielo! Mudo soy. Pero mis brazos
me alzan, vivo, hacia Dios. Y si no entiende
mi voz, tendrá que oír mis manotazos.

Abro y cierro mi cruz. El aire extiende
—como rayos al bies— mis ramalazos.
Acida espuma de mi labio pende...

POSTRER RUIDO

Ya escucho, a solas, el derrumbamiento
de mundos interiores espantoso;
bate mi vida el viento hombrón, borroso
el claustro ensimismal del pensamiento.

Morir, soñar... Un desvanecimiento
verdadero desvae el alma: acoso
—no sé, acaso— de un ser tan misterioso
como este hombre que yo soy y siento.

A toda luz, el cielo se derrumba,
arriado de raíz, sobre la tumba
donde mi alma vive sepultada.

Tramo a tramo, tramando, se deshace
el cerco de lo eterno. A son de azada
llama Dios en mi alma. Y, aquí yace.

ENCUESTA

Quiero encontrar, ando buscando la causa del sufrimiento,
del sufrimiento a secas,
la causa a secas del sufrimiento a veces
mojado en sangre, en lágrimas, y en seco
muchas más... La causa de las causas de las cosas
horribles que nos pasan a los hombres.
No a Juan de Yepes, a Blas de Otero, a César Vallejo, a León
Bloy, qué va, no busco eso,
ando buscando únicamente
la causa del sufrimiento,
del sufrimiento a secas,
la causa a secas del sufrimiento a veces...
Y siempre vuelta a empezar.

Me pregunto quién goza con que suframos los hombres.
Quién se afeita a favor del viento de la angustia.
Qué sucede en la sección de Inmortalidad
cuando, según todas las pruebas, nos morimos
para siempre.

Sabemos poco en materia de sufrimiento.
Estamos muy orgullosos con nuestro orgullo,
pero si yo les arguyo con el sufrimiento no saben
qué decirme.

Mire usted en la guía telefónica,
o en la Biblia, es fácil que allí encuentre algo.

Y agarro la biblia telefónica,
y agarro
con las dos manos la *Guía de Pecadores...*,
y se caen al suelo todos los platos.
¡Desde los siete años
oyendo lo mismo a todas horas, cielo santo,
santo, santo, como de Dios al fin obra maestra!

Pero, del sufrimiento, como el primer día:
mudos y flagelados a doble columna. Es horrible.

TODO SIEMPRE TODAVÍA

¿Qué ha sido del soneto en estos años
de libre verso y ritmo prometeo,
qué fue del ángel fieramente ateo
y el redoblar de horribles desengaños?

Versos que yo labré, muros extraños
que derribé: instad vuestro aleteo,
pujad, alzad vuestro infernal jadeo,
redondo mar de plomos y de estaños.

Ayer se fue. ¡Salud! Sea el soneto,
la prosa, el verso en movimiento, el mundo
inclinado, girando raudos; quieto;

todo el hoy y el ayer, más el mañana
como un mar que descubro, en que me inundo
de libertad, de fe, de luz, de nada.

JAVIER DE BENGOCHEA

Nació en Bilbao, en 1919. Abogado. Crítico de arte y de teatro. Premio Adonais.

Libros publicados:

Habitada claridad.—Madrid, 1951.

Hombre en forma de elegía.—Madrid, 1956.

Fiesta Nacional.—Madrid, 1959.

P O E T I C A

SOBRE POESÍA RELIGIOSA

Yo entiendo por poesía religiosa aquella que, de alguna manera, reconoce, o se plantea, la realidad de la dependencia del hombre con respecto a un Creador. Creo que esta consideración del tema permite aceptar como poesía religiosa no sólo aquella que, positivamente, admite y adora al Ser Supremo, sino también aquella otra que cuestiona acerca de la existencia de ese Ser Superior.

Así, dentro de la poesía religiosa, tendríamos una poesía de afirmación, otra de duda, otra de añoranza, otra incluso de imprecación. Con lo cual, y aun excluyendo la poesía de negación (a mí me parece imposible admitir como poesía religiosa la que niega toda realidad a la religiosidad) el panorama de la poesía religiosa se abre a una riqueza y variedad muy superiores a las que se obtendrían si únicamente se considerara poesía religiosa a la poesía alabante del Ser Supremo.

Se trata, desde luego, de algo más que de una simple cuestión de preceptiva, toda vez que una observación atenta advertirá en el hombre mismo —y sobre todo en el hombre ser histórico— muy diversos talentos de religiosidad: religio-

sidad alegre o confiada, o triunfalista, o dramáticamente perpleja, o sentimental, o una religiosidad que desea desde la añoranza. Todas ellas, en fin, creo yo que pueden ser fuente de poesía religiosa, y de alta poesía religiosa, según sea la capacidad poética de cada autor.

Admitida la poesía religiosa en este sentido amplio, la misma se define como poesía profundamente humana en cuanto que refleja la reacción del poeta frente a la consideración que le merece la naturaleza de su esencia íntima de hombre, y sus ultimidades. Se trata, por lo tanto, no ya de una poesía intensamente humana, sino también de una poesía esencial en cuanto que nace de la misteriosa y última raíz del hombre, de su por qué en el mundo, y frente a la muerte. Ya sé que hay tipos de poesía que, en determinado momento histórico, se agigantan, con razón, por cuanto protagonizan o polarizan necesidades perentorias del hombre sobre la tierra. Pero, no es menos cierto que el hombre, todo hombre, además de la justa y necesaria respuesta terrena a sus problemas terrenos, volverá una y otra vez, lo quiera él, o no lo quiera, a las eternas, sencillas y espantables preguntas: ¿quién soy yo?, ¿qué hago aquí?, ¿a dónde voy?

Únicamente si se consiguiera que esas preguntas no se las formulara jamás un ser humano, la poesía religiosa desaparecería, carente de sen-

tido. Naturalmente que, con ello, habría desaparecido también la más distintiva, noble y dramática posibilidad humana: la de que el hombre haga cuestión de sí mismo.

Con ello quiero afirmar que la poesía religiosa, en sus mejores logros, tiene forzosamente que ser, también, una gran poesía humana.

ACTO DE FE

Yo te ofrezco, Señor, mi paso humilde
de pobre caracol, por las veredas
empinadas y estrechas de tus límites.

No me des nubes, ni me prestes alas:
para llegar a Ti, yo quiero andar
a pie, por los caminos de tu gracia.

Que no note tu ayuda. Que mi paso
no tenga que apoyarse en las muletas
para enfermos sin fe, de tu milagro.

No montes para mí la gran tramoya
de tu dúo difícil con el trueno,
sino el sencillo charlar de la parábola.

Ni es preciso, Señor, que te molestes
en explicarme a mí tu teorema
con un extraño número de peces.

Yo siento tu delicia en el sencillo
acariciar el viento mi fatiga,
cuando mueves tus manos de abanico.

Todo lo sé, porque el dolor ahora
es el milagro que mejor me explica
el luminoso enigma de tu sombra.

Porque puedes multiplicar mi hambre,
y yo te seguiré por los caminos,
sin recurrir al truco de los panes.

A VOZ EN GRITO

¿Lo ves, Señor? Vivir no es suficiente:
yo me paso viviendo todo el día,

y no me he muerto nunca todavía.
Y eso que vivo dolorosamente.

Si pudiera engañarte, y de repente
disparar en mis sienes la agonía;
al llevarte mi muerto, te diría:
"es, Señor, que se le ha roto la frente".

Es que si yo, cautivo, y sin rescate,
estoy atado a mí, seguro y firme,
¿no he de hacer que una mano me desate?

Es que, Señor, ¿no ves que quiero irme,
y como no me dejas que me mate,
no sé qué hacer, no sé, para morirme?

Río y Tú

El agua, para nadie es un camino.
Hay un puente que salta a toda prisa,
que no se moja nunca: se imprecisa
en su sombra otro puente submarino.

La sombra sí se moja: ese es su sino.
Hay un río de Dios que no se pisa,
unos árboles hombres, y hay tu brisa,
y hay mi sombra mojada en tu destino.

¡Ay, mi sombra en el río! Si yo firme,
en la orilla, ella brilla y se renueva.
Veo el agua de Dios, y voy a hundirme.

¡Ay, qué fondo tan hondo que me eleva!
Pasa Dios junto a mí, que quiero irme.
Sólo coge una sombra, y se la lleva.

HACIA EL FONDO DE DIOS

El ala, por el cielo: es su camino.
Y yo, también, escala tras escala,
quiero hacer el camino a pie de ala
hasta el fondo de Dios, que es mi destino.

Mi destino está en Él. En Él termino
empezando a vivir. Se desiguala
el peso de mi cuerpo, y se resbala
por los bordes de Dios. Todo me inclino

sobre el pecho del cielo. Enamorado
estoy de Dios. Oh carne fugitiva
del hombre, por su peso aprisionado.

...Y el ala, por el cielo, a la deriva.
Y yo también de mí tan libertado,
tan sin peso, cayéndome hacia arriba.

A LO ÚLTIMO

Tino de Dios, finísimo, en lo oscuro
del hombre que ha pecado, y pecaría;
pecado con caliente puntería:
el hombre, y Dios enfrente, a duelo puro.

Pero el brazo de Dios, es firme y duro.
Busca al hombre que lucha y se desvía,
se le acerca, y aún más le cercaría,
y dispara el perdón sobre seguro.

Ay, esa sién del hombre traspasado
por el tiro de gracia del olvido...
Ya ni sangre, ni rabia, ni pecado.

Una ira dulcísima lo ha herido.
Una rosa que yace en su costado
Blanco de Dios, su corazón ha sido.

ESTROY

La escalera del viento hacia tu altura,
se deshace en mis pies, y yo no puedo
subir, oh Dios, y sin subir, me quedo
flotando como pluma a la ventura.

¿En dónde estoy, oh Dios, o en qué postura
pondré mi vida, o cómo desenredo
los hilos de mi ansia, y me hallo, y cedo
—a quién, mi Dios— mi peso de amargura?

Así impaciente, por llegar, me estiro,
y me rompo la vida, y más me afano,
y arriba voy volando en un suspiro...

Mas tu cielo es un velo tan lejano...
¿En dónde estoy, mi Dios, en dónde? Y miro,
y estoy sobre la palma de tu mano.

FE

No me digáis que el hombre es sólo el hombre.
Haría falta fe para creerlo.
Una gran fe, difícil y abundante:
esa fe de creer en lo que vemos.

Yo no tengo la fe de los que dicen
que Dios no existe, pero existen ellos,
y se miran y afirman: esto es todo,
y son su claro y único argumento.

Han bajado a las cuevas de sus frentes
iluminados por el pensamiento.
No estaba Dios. Nos han tranquilizado:
bajad sin esperanzas y sin miedo.

El hombre es hombre y nada más que hombre,
por estos, y por estos, y por estos
seguros raciocinios. Hablan claro,
y explican el porqué de cada hueso.

Algunos tienen fe, y se lo creen
incluso testifican con los muertos.
No hay que pensar ¿de dónde hemos venido?
si está claro hasta dónde descendemos.

Pero yo, no. Yo, no. La fe que tienen
no llega a mí. Me falta. Yo no creo.
No sé, no sé, ni sabe nadie. Nadie.
Lo testifico yo con el misterio.

El misterio es seguro. Existe. ¡Mira!
Tapa mis ojos y me deja ciego.
Cierra mi boca con su tacto oscuro.
Es la mano de Dios.

Y yo la beso.

PLOMO TODAVÍA

Yo creo que podré, si muero un día,
vivir en ángel desplegado y lento.
Mis brazos sienten alas. Dios y el viento,
sienten mi peso: plomo todavía.

Angeles y ángeles... Mi fantasía
contempla un emplumado firmamento,
y yo, gorrión de Dios y tan contento,
rodeado de aquella angelería.

¡Levanta, oh Dios, la veda, y ven de muerte!
Tienes mi corazón tan apuntado
que siento en él el tiro de no verte.

Acércate, y apunta con cuidado,
y hiérame tu mano, y tanto acierte,
que quede, para alzarme, desplomado.

ISLA

Mala es mi sombra, mala. ¿Me convino
nacer? Pero nació. O, así lo cuentan.
Y si me busco en mí, mis manos tientan
una pared al fondo de un camino.

Yo soy un ser nacido a contra sino
los hombres formidables me lamentan.
Aumentan segurísimos, y aumentan
mis posibilidades de asesino.

Soy una solución que siempre yerra.
(Siguen en pie la muerte y sus baluartes.)
Un hospital en medio de una guerra.

Me llamo trece, y me apellido martes.
Pero sé lo que soy: algo de tierra
rodeada de Dios por todas partes.

MIEDO

¿Por qué me pides más de lo que puedo?
Déjame, pues, Señor, que te lo afirme:
miedo, sí, tengo de morirme,
sencillamente, miedo, miedo, miedo.

Muy cobarde, Señor, te lo concedo,
pero aquí, sin consuelo, y a pie firme.
Me iría de la vida con tal de irme
de la muerte también, pero me quedo.

Así nos tienes, con las manos juntas.
Todos los hombres con la cruz a cuestas.
Y todos con el mismo hambre: verte.

Oh, cómo son de negras mis preguntas.
Qué lejos amanecen tus respuestas
cuando contestas, sólo, con la muerte.

GRACIAS

Debes saber, Señor, que yo tenía
—tú me lo diste todo— un buen sentido
para ir tirando a gusto lo vivido,
con cierta gracia, a falta de alegría.

Consérvame, Señor, esa ironía
de dar por bueno todo lo perdido,
—mi forma de ganar—, y así haber sido
flor y nata de la melancolía.

Cuentas con todo mi agradecimiento
por la otra vida, mas también por esta
llena de maravillas y desgracias.

¿No me acompañas en el sentimiento?
Oh Dios, oh Dios, oh Dios... Y aunque me cuesta,
por mi muerte, también, Señor, mil gracias.

JOSE LUIS PRADO NOGUEIRA

Nació en El Ferrol (La Coruña), en 1919. Perteneció al Cuerpo de Intendencia de la Armada. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

Testigo de excepción.—Madrid, 1953.

Oratorio del Guadarrama.—Madrid, 1956.

Respuesta a Carmen.—Madrid, 1958.

Miserere en la tumba de R. N.—Sevilla, 1960.

Sonetos de una media muerte.—Madrid, 1962.

La carta.—Madrid, 1966.

El signo.—Madrid, 1968.

P O E T I C A

Querido Leopoldo de Luis: Te agradezco mucho que te hayas acordado de mí, aunque confieso que no acabo de estar seguro de mi papel en una antología de la poesía *religiosa*. Mi primer libro, *Testigo de excepción*, es una pura fabulación creo que heterodoxa del principio al fin. En el segundo, *Oratorio del Guadarrama*, ya estoy convicto y confeso de mi escasa fe. A partir de ahí, todo es querer y no poder. Si eso es una actitud religiosa, conforme. Pero piensa que mi esfuerzo pro-religioso es siempre un esfuerzo deísta, no confesional. ¿Qué papel voy a hacer al lado de los poetas cuya poesía canta los temas del dogma? Toda la actitud religiosa de mi poesía proviene de un asombro que aún no he logrado superar: el de existir. No hablo de mi existencia, la cual es posible a partir de una Existencia. No hablo tampoco de la materia orgánica, que ya soy yo. Ni de la materia inerte —o aparentemente inerte—, cuya involución soy capaz de digerir. Hablo de la energía, de la simple energía. El *es así* me resulta mucho más abstruso que el misterio. Si mis nervios pudieran aceptar el *es así*, sería ateo. Pero cada vez que viajo hacia la Causa, me derrite los nervios intentar comprender la energía pre-existente. Prefero admitir el límite de mi facultad de enten-

dimiento. Ese límite diría que es mi Dios; un triste Dios, como verás. Admiro la Humanidad de Cristo, que merece ser Divina. Pero, ¿es ésta suficiente *religiosidad*?

En fin, si propones mi poesía como religiosa, allá tú. Los antologizados somos siempre inocentes. Al dorso te doy unas notas bibliográficas. Un fuerte abrazo.

(Madrid, agosto 1968.)

EL PRIVILEGIO

En el nombre del Padre, en el del Hijo y en el del Santo Espíritu, la mesa está servida. Así nos lo enseñaron. Corrían unos años apacibles, ingenuos y glotones, y aprendimos a dar gracias así, por estar gordos. Empecemos de nuevo, ahora que estamos sentados ante el pan de cada día en esta alegre intimidad, en esta terraza con cerveza y con manteles, tan sobrados de dicha, tan ajenos a todo mal, a toda tentativa de mezquindad. La fuerza, los colores tan vivos de las cosas, la marea que baja de los montes y nos cubre con un rumor de primitivas aguas agitando los brazos de los chopos vecinos, el jilguero que ameniza nuestro yantar, y lanza, generoso su trino de animal misericordia, la breve lluvia y la rendida tierra que exhala su alegría en hondas ráfagas penetrantes, el múltiple arco iris en el ritmo final solemne y vario del gran ballet de la Naturaleza, obligan a rezar con otras fórmulas. En el nombre del Padre, en el del Hijo y en el del Santo Espíritu... No basta. Si la dicha nos diste, ya es sabida oh Dios, la gratitud. Ahora queremos nuevamente empezar. Porque no es lícito cerrar la dicha aquí, entre cuatro muros, entre una bella niña y una madre muy amada y un niño y un poeta.

Porque en el mundo hay casas y en las casas
 pobres mesas de pino y doloridos
 seres alrededor, como nosotros
 aspirantes a Dios, en anchas olas
 de miseria batiéndose, hijos míos,
 felicísimos míos, bellos seres,
 digamos que queremos la amargura
 de saber que en el mundo hay mesas tristes,
 la alta prerrogativa, el privilegio
 de inyectable dolor a nuestra dicha
 llorando con el llanto de los otros.
 Empecemos de nuevo. Padre nuestro,
 Padre de todos, haz, en tu sigilo,
 que como un nuevo espíritu, con alas,
 con un respeto pavoroso y tierno,
 hasta la mesa de los pobres, llegue
 nuestra vergüenza desgarrada.

LOS AUSENTES

Hoy Josito ha comido en nuestra mesa.
 Hemos puesto tres rosas en un búcaro
 frente a su plato. Artificiales, claro
 —estamos en agosto—, pero rosas.
 Pienso en Fermina. Hace dos años era
 quien las rosas auténticas traía.
 Ella fue, sin saberlo, quien impuso
 esta fiesta en la casa. Armó la mano
 débil de Jose Luis, la mano aquella
 que osó a la madre con floral aroma.
 ¿Qué será de Fermina? No tenía
 edad. Nunca la tienen las mujeres
 de los menesterosos. Su marido
 cuidaba puercos en el Sanatorio
 de Marina. Ella misma, me parece,
 tenía dos de propiedad. Acaso
 eran todos sus bienes en la tierra.

Tal vez, siguiendo el orden de la vida,
 la consigna del cielo, hayan crecido,
 se hayan multiplicado y sean doce,
 trece, catorce o quince... ¡Quién diría
 que en dos años se cierra vida tanta!
 Tanto gozo y deseo, tanta lucha,
 tanta esperanza, al fin. Fueron las horas
 tejiendo entre nosotros dulces hebras
 de indestructible amor. Se ha caldeado
 nuestro pequeño corazón. Desborda
 el vaso el zumo vario, la cosecha
 de dos vueltas al sol, largas y fértiles,
 han pasado dos años. Han venido
 Jorge y Javier a estar en la colmena.
 Hemos sufrido y esperado. En suma,
 hemos sido felices, con la rara
 y singular felicidad del hombre.
 Y sobre todo, oh Dios, hemos vivido.
 ¿Y Fermina, Señor? En este tiempo,
 ¿habrán sido felices? Lo pregunto
 yo por aquellas rosas y por esta
 entrada de Josito en la familia.
 Lo pregunto porque era una inocente
 y mísera criatura. Yo quisiera
 pedirte humildemente algo que llene
 su corazón de músicas. Yo quiero
 pedirte para ella algo que pueda
 dar a su cuerpo desnutrido un poco
 de calor y de risa a su ancha boca
 de campesina sin edad ni patria.
 No lo tomes a mal. Tú eres el Padre
 universal y mi oración es esta:
 Señor, haz que los cerdos de Fermina
 engorden mucho y tengan muchos hijos.

OFERTORIO

Hemos vivido aquí más de tres meses: cien jornadas de amor. Cualquiera sabe que es mucho en una vida. Aquí nos tienes ahora con las maletas en la mano contemplando el camino del regreso. Es mi casa, Señor, ésta es mi casa, ordenada hacia el caos: ya fui colmado de abundancia en cien días. Ya el aliento débil y humano de que fue servido puse sobre la tierra y largamente he sido compensado. Mas pregunto: ¿dónde y cuándo será de nuevo todo? Sentado en un baúl, me creo el triste general de un ejército vencido, de una grey aventada. ¿Hacia qué montes ignotos partirán, qué aguas dudosas beberán mis corderos? Los tenía aquí bajo mi silfo y respiraban. Y aquí me tienes con Lola y Dora. de mi plana mayor, aquí me tienes con mi mujer, sentado, compartiendo con el segundo jefe la tristeza, aquí me tienes con mis cinco hijos y mis siete pecados capitales: ocho vidas, un campo de batalla y una torpe oración entre los labios. A unos porque han venido y en mi tienda han plantado su mísero equipaje, a otros porque sus ramas, sin sentirse, invadieron mi cerca y ya son unas sus hojas y mis hojas, confundidas, a otros, en fin, porque, de siempre, fueron de la última raíz, y de tu mano vinieron a la cita, bienvenidos, a todos, porque son y han sido fieles

soldados, inocentes, diminutos soldados de mi causa, y yo me digo cuál es mi causa, y porque a veces temo haber dado razón a tanta vida sin saber la razón en mis entrañas, a todos, porque sufro y me desgarro y soy débil y pesan más que pueden soportar mis espaldas, y en mi vértigo temo arrastrarlos al vacío, dales tu bienaventuranza y tu cuidado. Para ellos la fe que no halló nunca en mi pecho el lugar tan ofrecido, la caridad que cuido y la esperanza que no podré abortar en tanto viva. Para ellos tu sonrisa, para ellos tu escondida palabra, la que diste en ciegas olas de amplitud celeste y rumorosa a Pedro, el hortelano, y al niño de la leche y a Fermina y a Madre Nieves y a Remedios. Para ellos tu honda mirada, en Maliciosa ebria, vibrante, mineral, compleja de aristas y de luz; en Siete Picos oceánica, umbría; en Peñalara soñolienta, dormida, melancólica desnuda en la Peñota; serenísima hacia Montón de Trigo. Para ellos mi vida, si algo vale, en holocausto ocho muertes asumo por sus ocho vidas de eternidad. La certidumbre de su inmortalidad bien lo merece. Pero el tiempo está en medio. Y entre tanto, con la voz de estos días, con la amante voz profana de estío, para ellos, porque vibran y ven y oyen y encienden la hoguera joven de sus cosas, dales muchos años de vida y muchas causas de gozo. Así lo espero y así sea.

MISERERE EN LA TUMBA DE R. N.

(Fragmento)

...De cuantas cosas es posible
 al hombre desear, todas, de un modo
 o de otro, pueden realizarse. Sólo
 un anhelo no puede realizarse
 en la vida mortal: la eterna vida.
 Apíadate del hombre. Si me escuchas,
 pues me has dado la voz, escucha: apíadate
 de mí. Si me contemplas, pues me diste
 forma y volumen, mírame postrado
 entre postrados: ten piedad de mi alma.
 Ten piedad de mi madre, que aquí yace,
 a mis pies, silenciosa, en la riente
 mañana ajena a su fulgor. Si eres
 Individuo o Poder, eh, Tú, y pusiste
 en tantos corazones abatidos
 como aquí ves y veo, o en tantos otros
 como ves y no veo, la certeza
 instintiva de que eres la Persona
 del Bien, o el Poderío inteligente
 del Bien, apíadate de todos estos
 muertos o madres mías. Olas y olas
 de dolor sucesivo, inmenso anhelo
 interrogante, gloria, repetida
 sin fin desde el principio del Principio,
 de entender y de ver el fausto trémolo
 de la Creación, formaron este vasto
 mar de los huesos, este incontenible
 tumor creciente a donde se acumulan
 vidas y tiempo. Cada vida, cada
 tiempo, transverbados, preguntaron
 por Ti. ¡Oh, cosecha interminable, oh, sueño
 del espanto y la duda! ¡Oh, Vida siempre
 abierto siempre infatigable, nunca
 ahíto sepulcro! Por distante y alta

que esté la Luz, el corazón del Faro
 no ha de permanecer indiferente.
 Aunque fuera la Nada, aunque el Vigía
 fuera el Azar Inconcebible, el ciego
 designio de las fuerzas naturales,
 si Ello pudo engendrar tal avalancha
 de amor, habrá engendrado la Conciencia.
 Aunque fuera la Nada, tanto anhelo,
 tanto dolor, tanto sollozo, tanta
 súplica, penetrando el infinito
 vacío, en el recinto más silente,
 en el eco dormido del más bárbaro
 olvido, hubieran fecundado un único
 y excelso Corazón de luz y llanto.
 Eh, Tú, Quien seas, Tú, Vigía: apíadate
 de todos éstos y de mí. Que nunca
 se quede el hombre sin saber qué ha sido
 tanto amor, tanto anhelo y tanta gloria.

LUIS LOPEZ ANGLADA

Nació en Ceuta, en 1919. Cofundador de la revista *Halcón* y del grupo "Espadaña". Director de la colección *Palabra y tiempo*. Militar profesional, en el Arma de Infantería. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

Impaciencias.—Las Palmas, 1943.

Indicios de la rosa.—León, 1945.

Al par de tu sendero.—Valladolid, 1946.

Destino de la espada.—León, 1947.

Continuo mensaje.—Valladolid, 1949.

La vida conquistada.—Madrid, 1952.

Dorada canción.—Santander, 1954.

Elegías del capitán.—Madrid, 1955.

Aventura.—Madrid, 1956.

Contemplación de España.—Madrid, 1961.

Sonetos a Ceuta.—Ceuta, 1962.

Antología.—Madrid, 1962.

Ayer han florecido los papeles donde escribí tu nombre.—Gandía, 1964.

Plaza partida.—Madrid, 1965.

Panorama poético español (antología).—Madrid, 1965.

P O E T I C A

Me parece muy difícil exponer una “poética” de matiz religioso. En realidad, me parecen muy difíciles todas las “poéticas” puesto que, para mí, la poesía no es nunca un proyecto —ni conozco fórmulas para su creación— sino una consecuencia. Se viven unos instantes de contemplación apasionada y, luego, intentamos recrearlos en el poema. Y aquí fallan todas las normas y sólo son un débil apoyo las preceptivas.

Se tienen experiencias de carácter religioso. ¿Es posible comunicar a los demás estas experiencias? Si hemos logrado la suprema comunicación con la Divinidad ¿qué importancia puede tener cualquier otra? Pero nos llamamos poetas, y nos sentimos obligados a escribir poesía religiosa. Ya es una buena equivocación esto de adjetivar la poesía, más, a pesar de todo, lo hacemos.

Considero que, para el poeta, no hay distinción ninguna entre los temas que utilice en sus versos. ¿Tratará de distinta manera sus poemas religiosos que sus poemas de amor? ¿Considera que el lenguaje, la pasión, las imágenes y la forma deben ser distintas para unos y para otros? La única diferencia será la que encuentre en su comportamiento humano, que sólo reflejo fiel de esto debe ser la poesía. ¿Se ama de

forma distinta a como se reza? ¿Se predica en forma diferente a cuando se implora? Pues sólo en estas distinciones estriba el matiz que obliga a adjetivar la poesía.

En cuanto a mis poemas de tema religioso, advierto que con ellos no he pretendido hacer apostolado ni predicación. Si acaso, me han servido alguna vez —cuando los viví— para orar. Si luego pueden servirle a alguien para ello es algo independiente de mí mismo. La poesía, una vez escrita, escapa de nuestra jurisdicción y nada sabemos de su ulterior destino. Soy creyente y deseo que mis experiencias religiosas puedan servir para alguien más que para mí. Pero esto es sólo un deseo, no una motivación.

Y para los no creyentes, desearía que encontrasen en mis versos, por lo menos, humanidad y autenticidad. Además, claro es, de los valores estéticos a los que nunca he renunciado. Y si no se identifican conmigo en la creencia, al menos sí desearía que se identificasen en la pasión con que fueron concebidos.

INICIAL

Porque Tú lo has querido vivo y siento dentro de mí la hoguera de la vida.
Mi corazón es sólo una encendida llama de voluntad erguida al viento.

Tengo vivo, Señor, el pensamiento como dulce colmena, donde anida la miel de cada ruta conseguida tras la sorpresa de cualquier momento.

Vivo, Señor, y de la nada vengo caminando a la muerte decidido.
Sé que desde tu altura me acompañas.

Y, porque lo has querido, sé que tengo todo el mundo a mis plantas extendido y una llama de amor en las entrañas.

ODA A LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Era la sepultura la peña viva. El cuerpo, despojo del Calvario, descansaba en su centro.
Gravitaba la piedra sobre el suelo rocoso como un peso de mundos que cerrase la entrada.

Acaso se filtraban por la piedra las gotas de un manantial que nunca contempló las estrellas
Quizás el aletazo de un pájaro nocturno despertaba los ecos del sepulcro sombrío.

Pero Tú estabas muerto...

Repito esta palabra,
y el Mundo es en mis labios como una inmensa tumba.

Porque Tú estabas muerto, como el marmol sin alma,
como la tierra seca, como todos los muertos.

La sangre no mojaba las heridas abiertas
ni el viento levantaba la cabellera oscura,
la quietud de la muerte habitaba en tu cuerpo
y, en su centro, callaba tu corazón parado.

Y así fue el primer día.

Se remontó la rosa
del Sol en las colinas. Los hombres te ignoraban.
Los mendigos del mundo se abrasaban hambrientos
y un corazón de harapos mendigaba en las sombras.

Revestidos de oro hombres de los triclinios
coronados de flores fustigaban esclavos.
Espadas relucientes como estrellas fugaces
cosechaban la sangre de los hombres vencidos.

Y así el segundo día.

Caballos de lujuria
gritaban en el pulso cegador de las sienas.
El aire era una seca nostalgia de tu ausencia
y canes de avaricia devoraban los sueños.

Pero Tú estabas muerto. El vidrio de tus ojos
reflejaba los brillos de las húmedas rocas.
Fuera el mundo gritaba su locura de siglos.
En el silencio, idénticos, tus labios y la piedra.

Y así fue el tercer día.

Sin tregua te buscaban
hombres enloquecidos sin encontrarte nunca,
hombres que se sabían lodo impuro, materia,
carne de sepultura. Te buscaban en vano.

Sin sosiego repito esta palabra: Muerto.
Es en vano la búsqueda, son en vano los gritos.
Muerto, muerto, estás muerto como el mármol
sin alma,
como la tierra seca, como todos los muertos.

Pero yo soy la roca que te oprime en su centro.
Somos todos los hombres, mármoles verticales,
dura piedra la sangre, que ahogamos tu palabra,
dura roca los labios, que cegamos tus ojos,

para que, fuera, clamen hombres desesperados
con hambre en las entrañas, somos la peña viva
para que, coronados de luz, en los triclinios
corras los vinos rojos como el sol de Septiembre,

para que te busquemos sintiéndonos vacíos,
gravitando la roca de la vida en las sienas
y para que nos nazca la rosa de los hijos
mirando con espanto la sequedad del aire.

¡Oh, alborada tercera!

Se deshacen las sombras
y un filo de alas blancas amanece en la gruta.
Repentina, la sangre se desliza del pecho
y se enciende en los ojos el clamor de la vida.

¡Oh, vendaval de vientos cálidos como estrellas!
¡Levedad de la roca separada en el aire!
El mármol se hace tibio, la tierra se levanta
y el himno de los mundos se yergue vertical.

Detenidos los tiempos, con gravidez de monte,
con levedad de ala, el muerto se levanta
y, en pie sobre la vida, van los hombres pasando,
pasando interminable, inacabablemente.

Siglos, hombres, caminan delante de sus ojos.
Van naciendo y muriendo. Su palabra es eterna.

Van pasando los hombres, llegamos a la vida
y oigo, escuchamos todos, la razón de su vuelta.

Para que no busquemos al vivo entre los muertos
se hizo viva la sangre; para que nuestros ojos
lloren con los que lloran y sintamos el hambre
de los que se desgarran de dolor las entrañas.

Para que tengan cielo los hijos que nos siguen
como rosas nacidas de la carne doliente;
para que los esclavos nos llamen sus hermanos
al partir las cadenas, se hizo viva su muerte.

Para que nuestras lágrimas encuentren su camino
y se tienda la mano y se rompan las horcas
y brillen las espadas en la mano del justo
y el leñador sonría al cesar su trabajo.

Para que bendigamos la tierra de que somos,
las hermanas estrellas y el hermano malvado;
para que comprendamos, para que perdonemos,
¡para que nos amemos los unos a los otros!

MUNDO MARAVILLOSO

¡Beatus ille...!

Las penas dan al alma claridad; así ocurre
que, cuando se amanece de un dolor, está el mundo
como recién llovido y el corazón entiende
para qué está la luna, por qué cantan los pájaros.

Tal vez la fresca tierra, la tierra poderosa,
que ha cobrado en los cuerpos intimidad y vida,
precisa de la sombra y de las amarguras
y el alma se descansa de la luz en las penas.

O, acaso, es necesaria la ausencia de lo bello,
de la paz y la risa, del sueño y la palabra,

para que a muchos golpes el corazón aprenda,
para que a muchos golpes la mano se suavice.

¡Oh, mundo en que vivimos! ¡Cordial valle de lá-
grimas!

Cotidiano milagro que va hacia la sorpresa.
Las palabras son pájaros y las hojas son música
y detrás, como sombras, se arrastran los recuerdos.

¡Oh, claro amanecer a un tiempo de sosiego
en que hallamos el cuerpo como un don ya pro-
bado!

Arco desconocido, ballesta insospechada.
Fortaleza; divino regalo de los dioses.

La mano de un amigo es un campo en septiembre
oloroso y amable. Las sonrisas traen alas
y el color de la tarde, cuando llega el crepúsculo,
sirve para los hombres de todas las edades.

Así vamos pasando los hijos de la tierra
con el dolor a punto, con el amor propicio.
Así vamos pasando, del alma adolescente
al entusiasta tiempo en que se abren los ojos.

¡Oh, despertar al aire y oprimir la certeza
de vivir en la gana de ser hijo de Dios!
¡Oh, descubrir el aire, el arroyo y los montes
y el tiempo generoso a través de la vida!

Los animales plácidos, las viñas, los cultivos,
los altos edificios, los ingeniosos frutos
del hombre poderoso; todo lo que rodea
vuelve a ser patrimonio, ya la pena pasada.

Y así ocurre que el tiempo hace el alma serena
y gusta ver la luna sólo por lo tranquila
y las altas estrellas y las reinos de Dios
que vela por los hombres y por el bello mundo.

Y, en tanto, el tiempo sigue y viene el mediodía
y tal vez otra noche y tal vez otra pena,
pero todo es lo mismo y cuando ya no estemos
seguirá sin nosotros —¿hasta cuándo?— el asom-
bro.

MONASTERIO DE PRADELL

Cumbre a cumbre, el buen Dios, y pino a pino
y senda a senda, el mundo ha visitado;
porque no hay soledad, todo habitado
está por Dios y todo es ya divino.

Y el corazón, agreste aquí y alpino,
se sabe de grandeza rodeado;
el Canigó y su nieve por un lado,
y España al otro lado del camino.

Y la vida hecha fuentes y rumores,
burla de helechos, flauta de pastores,
nieve de inviernos, luz de primaveras.

O clarísima voz de la campana
que invita al vuelo y oye en la mañana
Dios, encima del valle y sin fronteras.

ORACIÓN PARA PEDIR LA LLUVIA

Por mi mano, Señor, tengo plantado
a la ladera del amor el huerto
y por cada simiente que has abierto
cien de temor al corazón me has dado.

Por mi huerto y mi casa estoy atado
y en mi trabajo ni a invitarte acierto.
Yo te ofrecí mi siembra; Tú has cubierto
mi tierra de preguntas y has callado.

La mano se endurece, se fatiga
el labrador y a tanto amor se obliga
que ni a seguirla el corazón alcanza.

Señor, Señor; tu cielo no responde.
La tierra es dura, el porvenir se esconde.
Sí no me das sazón dame esperanza.

DIOS ESTÁ EN MADRID

Dios está en Madrid.

¿En dónde?

Busca.

Busquemos.

Mastines

hambrientos. Dios se ha escondido
en las calles, en los grises
edificios, en las altas
terrazas.

Seguid, Seguidme.

Dios está en Madrid, (Inmenso
bosque, soledad sin límites.
Acera de la derecha:
hombres de negocios, linceos
de oro.

Acera de la izquierda:
mujeres tristes).

No hay tregua, buscad, buscadle;
está en Madrid, descubridle
entre la prisa, entre el ruido,
en las altas torres firmes
de orgullo y vidrio, en las luces
infinitas, increíbles
como los astros.

Buscamos

en las manos que se ciñen
como garras, en la lucha

diaria del pan, inasible
 fortuna, pupilas secas
 de espanto, negocios múltiples
 que hieren espaldas, secan
 muchachas, rosas extinguen.
 ¡Oh, desaliento! Ya, ¿dónde?
 Gritad.

Gritemos.

—¿Qué hiciste,
 Dios, con nosotros?

Madrid
 calla. El Mundo exige
 silencio.

Callad.

Callemos.

Cesad la busca. Imposible
 el hallazgo.

Madrid duerme.
 ¡Oh, ciencia del sueño! ¡Triste
 corazón dormido!

Dios
 nos está mirando, asiste
 al sueño, cubren sus manos
 nuestra fatiga.

Mastines,
 dormid.

Durmamos.

Amor,
 Soledad, Madrid. Afines
 a Dios, palabras tan ciertas
 como invisibles.

SEMÁFORO

Verde, amarillo, rojo; se ha quedado
 la vida en una orilla. ¿Quién espera
 más allá de la luz, en la otra acera?
 ¿Quién, que era luminoso y se ha apagado?

Verde; esperanza, prisa. ¿Quién ha dado
 la orden de marcha? La ciudad entera
 camina, va a la muerte, sale fuera
 de las luces. ¿Quién queda aquí parado?

Rojo, amarillo, verde. Luz alterna.
 Arbol de soledad. Señal eterna
 para coronación de las esquinas.

Aquí, Señor, me tienes indeciso;
 ¿seguir, parar, morir? Da Tú el aviso,
 que Tú sabrás por qué me lo iluminas.

VICENTE GAOS

Nació en Valencia, 1919. Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor en varias universidades americanas y catedrático de Instituto. Premio Adonais.

Libros publicados:

Arcángel de mi noche.—Madrid, 1944.

Sobre la tierra.—Madrid, 1945.

Luz desde el sueño.—Valladolid, 1947.

Profecía del recuerdo.—Torrelavega, 1956.

Poesías completas.—Madrid, 1959.

Mitos para tiempo de incrédulos.—Madrid, 1963.

Concierto en mí y en vosotros.—Puerto Rico, 1965.

P O E T I C A

¿Qué es “poesía religiosa”? En el fondo, toda. Porque, en el fondo, el hombre es un “animal religioso”, y la poesía es el máximo acto de trascendencia y de universalidad realizable por medio de la palabra. Aunque pueda parecer, y se haya dicho tantas veces, que la poesía es “subjetiva”, su subjetividad es mucho menor que la de cualquier otro género literario. Poesía es objetividad, intemporalidad, investigación intuitiva de la verdad, exploración absoluta del hombre, más allá de cualquier “circunstancia”. La poesía, más que “literatura”, es filosofía —hermana gemela de la filosofía la llamó Unamuno— y religión. Lo mismo cuando es poesía intimista, que cuando es poesía social, el poeta es siempre el hombre, el animal religioso, que trasciende el “yo” y el “nosotros”, el aquí y el ahora, en busca de una realidad metafísica, de una iluminación superior de la existencia humana. Por supuesto, no hay que confundir “poesía religiosa” con “poesía católica” —ortodoxa o heterodoxa—, ni con poesía predicativa de ningún credo expreso. Para que la poesía sea religiosa no es necesario que hable de Dios. Hable de lo que quiera, de Dios está hablando, sin mencionarlo, o, a veces, mencionándolo para negarlo. Porque si poesía religiosa no es precisamente poesía católica, etc., me-

nos aún es “poesía devota”, o “poesía sacra”. La temática es lo que menos cuenta. Virgilio es más religioso que Paul Claudel; T. S. Eliot es tan religioso en *Tierra baldía* como en los *Cuatro cuartetos*. Repito que toda poesía, toda gran poesía, toda poesía auténtica, en el fondo es poesía religiosa. No importa que trate aparentemente de intimidades psicológicas o de justicia social, que exprese sentimientos del individuo o anhelos y preocupaciones colectivas; que parezca interesarse ante todo por la belleza, o por la originalidad, o por la técnica. En poesía hay muchas direcciones posibles, muchos caminos fértiles, y cada tiempo toma unos rumbos, los suyos. Porque la poesía, y esta es su única “subjetividad”, está condicionada históricamente, igual que cualquier otra actividad intelectual y espiritual del hombre. Refleja su época, aunque se proponga trascenderla. No hay, pues, “poesía religiosa” en el sentido en que hay, por ejemplo, “poesía amorosa”, o “poesía humorística”, o “poesía estética”, o “poesía social”. El término “poesía religiosa” es mucho más amplio, coincide, en rigor, con el de “poesía”. Porque aunque se puede hacer poesía de muchos tipos, no todos tienen, naturalmente, igual jerarquía. Y la poesía lo es tanto más cuanto mayor es su carga de religiosidad.

RAÍZ DEL HOMBRE

Oh formas en la luz, ya nada inerte.
Vértigo, luz, errante y libre viento,
cuerpos en amoroso movimiento
bajo la claridad que el cielo vierte.

Por dentro el Dios oscuro de la muerte
minaba mi tristísimo cimiento,
huesos mortales donde está el asiento
de la vida. Y la carne no lo advierte.

Déjame amar, Señor, en la luz pura
de esta mañana hermosa y fugitiva,
mientras tus sombras —dentro— me amenazan.

Mira, Señor, la noche de mi hondura:
No es carne o luz ni entraña ciega y viva.
Pero los cuerpos en la luz se enlazan.

CONDENADOS

Oh vida oscura, oh triste teología
que cegaste mi luz adolescente.
Libre ya, vuelo hacia la luz creciente.
Nadie oscurecerá este mediodía.

Ay, un ángel mortal ahora me guía.
En sus alas amparo yo mi frente.
Sombrío Dios de mi niñez poniente,
no volverás a ser la estrella mía.

Nada me importará sentir bien pronto
la pesadumbre de tu mano encima,
Niégate a ti, destruye lo creado

por ti. Yo hacia mi aurora me remonto.
Oh ángel caído, luz, luz de mi cima.
Niéganos, pues nos hemos rebelado.

AL NACIMIENTO DEL SEÑOR

Ah, fue en la noche, sí. Pero la sombra huía
arruinando torsos de dioses sin futuro.
Y la noche en su entraña engendró el mediodía,
como la madre engendra al hijo de lo oscuro.

Derribada la esbelta columna, derribado
el templo antiguo, el mármol de las viejas auro-
ras,
un reciente mañana y un ayer olvidado
—nudo mortal y eterno— detenía las horas.

Nudo mortal y eterno, origen misterioso,
carne en que se estremece, niña, la profecía
anticipando siglos de belleza en reposo.
Y el drama oscuro empieza con la luz de María.

Oh luz original que sin sueño destellas
sobre nuestras humanas y vencidas figuras,
luz que en el cielo pones, remotas, las estrellas,
luz que, quieta en la noche, sobre el hombre per-
duras.

¿En dónde está el secreto manantial, el venero
de la luz y del agua, de la inmensa corriente?
Ay, origen oculto, desazón del remero
que a contranoche pugna por llegar a la fuente.

En aquel agua limpia, en aquella luz pura
sólo beben los pájaros, los altivos, los suaves.
Los oscuros humanos tienen sed de esa hondura.
Los ásperos humanos no son como las aves.

Trémula allá en su lecho profundo, es transparente
el agua, y la luz cándida. Dios es claro en la orilla.
La eternidad es una muchacha sonriente,
oh seno virgen, dulce creación sin mancilla.

Oh María, doncella elegida entre todas,
entraña de la noche, corazón del destino,
vientre en que se cumplieron las misteriosas bodas
de la carne mortal con el verbo divino.

Ay, erguidas, celestes, suaves, claras Bellezas
que alzabais en la aurora vuestro desnudo her-
moso,
vuestro cuerpo sin sombra, vuestras nobles ca-
bezas,
el árbol de la vida inocente y frondoso.

Cuando en Oriente vimos la claridad naciente
subir hasta la cima trágica de la cruz,
vimos caer la tarde sobre el ancho Occidente,
su luz vieja cediendo ante la nueva luz.

ATARDECER

¡Oh bienestar en el poniente!
¡Qué cerca estamos del secreto
velar de Dios, vivo y despierto!
¡Qué cerca estamos de la muerte!

¡Qué abandono dulce, qué triste
júbilo ver cómo las cosas
en el trasluz se hacen más hondas,
y la benigna noche afige

el corazón. Sazón de siglos
que se dispersan en lo oscuro,
porque la noche es su fin último
y en ella encuentran su destino!

¡Paz infinita! ¿Nos dormimos
 en Dios, despierto? Di, atardece.
 ¡Oh Dios inmenso, gran Dios íntimo
 tan hondamente trasparente!
 ¡Qué cerca estamos de la muerte!

INCOMPLETA BELLEZA

Si a veces nos asalta la evidencia
 de Dios, tras una nube, en una rosa,
 en unos ojos de honda y misteriosa
 mirada... Si, de pronto, en rauda ciencia,

rozamos cierto a Dios en la inocencia
 de un río, en su corriente rumorosa...
 Si a veces Dios a mano está en la cosa
 más fugitiva, y leve, y su presencia

da belleza divina a un agua triste,
 a un resplandor final en el poniente,
 a un vago viento que en la tarde insiste...

Si a veces tan cercano a Dios se siente.
 Si a veces —rosa, río, luz— existe
 tan ciegamente Dios. Si el mundo miente..

¡ALABÉMOSE!

Perdóname, Señor, ese egoísmo
 por el que a veces digo con tristeza:
 "Breve es la vida. Apenas algo empieza
 y al otro día acaba en el abismo".

Sí, todo acaba. Y tú, por eso mismo,
 Creador incansable de Belleza,
 le das otra vez vida y fortaleza
 y renovada gracia de bautismo.

Creo en la comunión del mundo hermoso,
 Creo en la vida nunca derrotada,
 y creo que Tú, oh Padre poderoso

al limitarla en muerte, más amada
 haces la vida al hombre. Tú, piadoso,
 Tú, Creador perfecto de la Nada.

NIEVE Y ALMA

Nieva, alma mía, nieva dulcemente.
 ¡Qué prodigioso envío de blancura!
 ¡Es cándido el color de la hermosura?
 ¡Inmaculado y terso como frente

de niño? Nieva, nieva... No se siente
 sino el pisar de Dios, su palma pura,
 Nieva... ¡Y la nieve llega hasta la hondura
 del corazón, que está resplandeciente!

Niévame el alma, niévamela entera,
 házmela buena y limpia, porque anhele
 mirar tu mundo, verlo como era

cuando de niño levantaba al cielo
 la frente, cuando había primavera,
 oh Dios, cuando eras tú mi alto consuelo.

HOY LUCE EL SOL

Hoy luce el sol. Sobre mi triste vida
 su brillo resplandece con promesa.
 Mediada está la vida y ya la huesa,
 de par en par como una abierta herida,

me llama con su vértigo... Vencida
 mi frente, que el dorado sol aún besa,

—me pesa tanto el corazón, me pesa tanto— nunca podrá ya estar erguida.

Gracias, oh sol, oh vida, amor luciente
benigna luz de Dios, piadoso engaño
que aún quieres ser consuelo de mi frente.

Deja que mire el hueco soterráneo.
Déjame hundirme, oh Dios, en tu poniente
oscuro en el que cesa todo daño.

EN DESTIERRO

Así, arrojado misteriosamente
en esta vida, el hombre está angustiado,
quiere saber qué mano le ha arrojado,
sí, pide luz para su pobre frente.

¿En dónde está esa luz que el hombre siente
remota, en dónde? Oh Dios, yo te he mirado:
Sombras tan sólo. Estaba desterrado.
Oh mundo oscuro, negro Dios poniente.

Te he mirado: A lo lejos vi hondos fuegos,
vi que mi entraña estaba a muerte herida
y tuve sed de Tí, mal del infierno.

Y contemplé tus crueles astros ciegos.
Mas sólo cuando, al fin, miré la vida
logré asomarme a tu rencor eterno.

NOCHE DE LA CIUDAD

(Nana de los embriagados)

¡Llamadas y ecos de la noche!
En la noche.

Noche sin fe.
Noche con la esperanza del tamaño de un vaso
—y en su fondo la sed del vacío—.
Noche incaritativa, despiadada, inhóspita.
Noche que baja hacia el no amanecer por peldaños de muerte.

Son los suburbios de la gran ciudad.
Son las orillas del corazón desolado.
Por cielo, un pesado techo de hierro.
Por música, el trepidante lamento del tren,
el angosto arrastrarse del animal subterráneo que
huyendo de la luz se retrae en la madriguera.

Es la noche.
Noche de densas nubes, de cruel luna invisible.
Noche de ojos ciegos, de relojes sin tiempo.
Noche de boca negra, de fauces ávidas,
de labios abrasados en la llama sin amor del alcohol
—no el alcohol que sube por el termómetro,
el que conserva el feto en el hermético frasco del
laboratorio—.

Noche enorme de espejos sin sueño, ni imagen.
Noche de largos túneles donde el frío de la Nada
cala hasta el hueso.

Es de noche. Noche
ajena a la rotación de los astros,
a la respiración acompasada del mar,
al dulce empuje de la rama y la flor hacia mayo.

Son los suburbios de la vida,
son las orillas de la Nada,
el inverosímil punto de sutura entre el Ser y el
No Ser.
Son los hombres —es el Hombre— en la Noche.

Oh Dios, míralos —míranos— con tus mil ojos
 compasivos,
 con tu remota luz vigilante.
 Míranos con todas tus estrellas.
 Despéjanos el cárdeno nubarrón de la Nada.
 Sácanos de la noche.
 Llévanos hacia la luz.
 ¡Llamadas y ecos de la noche!

¿NIHIL NOVUM SUB SOLE?

Eclesiastés I, 9.
 (Canto amebeo)

I know why am so sad.
 SHAKESPEARE.

*...la pire peine
 de ne savoir pourquoi,
 sans amour et sans haine,
 mon coeur a tant de peine.*
 VERLAINE.

—*¿Qué tengo, dime, qué tengo que ni veo,
 ni oigo, ni entiendo...?*

—Me preguntas qué tienes,
 qué tienes tú que no entiendes
 lo que pasa a tu alrededor.

Lo que tienes tú,
 lo que tú tienes es dolor, dolor...

—*¿Es todo sueño bajo el sol?*

—...Porque nos envuelve la niebla,
 porque dan frío las estrellas—
 ojos de ningún dios.

—*¿Es todo sombra bajo el sol?*

—Porque nos espera la Nada.
 Porque es noche cerrada
 y sin amor.

—*¿Es todo frío bajo el sol?*

—Porque la lumbre de la fe,
 porque la esperanza, la sed...
 Porque el dolor, porque el dolor...

—*¿Es todo muerte bajo el sol?*

—Lo que tienes tú, lo que tienes
 tú —¿me comprendes?—
 es lo mismo que yo.

—*¿No hay nada nuevo bajo el sol?*

RAFAEL MORALES

Nació en Talavera de la Reina (Toledo), en 1919. Licenciado en Filosofía y Letras. Crítico literario. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

- Poemas del toro.*—Madrid, 1943.
El corazón y la tierra.—Valladolid, 1946.
Los desterrados.—Madrid, 1947.
Poemas del toro y otros versos.—Madrid, 1949.
Canción sobre el asfalto.—Madrid, 1954.
Antología y pequeña historia de mis versos.—Madrid, 1958.
La máscara y los dientes.—Madrid, 1962.
Poesías completas.—Madrid, 1967.

P O E T I C A

He escrito poca poesía que, por su tema, pueda ser considerada estrictamente como religiosa. Además, tampoco creo que ella cuente entre lo más representativo de mi quehacer poético. Por añadidura, la que he escrito, pienso que carece de esos auténticos valores profundos que debe tener el poema religioso. Es verdad también que la mayor parte de mi poesía, incluso la que canta cosas inanimadas, y sobre todo la que se centra en el tema de los animales o en el del hombre individualizado o en sociedad, va henchida de un sentimiento amoroso que nace de mi fe religiosa tanto o más que de mi propia sensibilidad. Es una religiosidad implícita, pero no explícita, y, sin embargo, es en ella donde estriba en todo caso el que yo pudiera ser considerado como poeta religioso, es decir, ligado y religado a Dios por mi palabra poética.

AL GOZO DE NUESTRA SEÑORA CUANDO SE SUPO
MADRE DE DIOS

Igual que la caricia, como el leve
temblor del vientecillo en la enramada,
como el brotar de un agua sosegada
o el fundirse pausado de la nieve,

debió ser, de tan dulce, tu sonrisa,
oh, Virgen Santa, Pura, Inmaculada,
al sentir en tu entraña la llegada
del Niño Dios como una tibia brisa.

Debió ser tu sonrisa tan gozosa,
tan tierna y tan feliz como es el ala
en el aire del alba perezosa,

igual que el río que hacía el mar resbala,
como el breve misterio de la rosa
que, con su aroma, toda el alma exhala.

AL NIÑO DIOS

El alba tomó cuerpo en tu figura,
el aire se hizo carne, los rosales
desangraron sus rosas virginales
para crear tu piel silente y pura.

Desparramó la brisa su ternura,
la luz cuajó en tu forma sus cristales,
la luna derramó sus manantiales
para crear en Ti nuestra ventura.

Divinidad que, tan pequeña y suave.
se hace niña en tu carne redentora,
en lo infinito ni siquiera cabe.

En Ti la eternidad tiene su aurora,
En Ti nada se halla que se acabe,
oh, alba de Dios, que entre la paja llora.

CONSUMMATUM EST

“Todo se ha consumado”,
desde tu cruz, clavado, nos dijiste,
y el aire sosegado,
como una mano triste,
acarició los labios que moviste.

Y por el viento suave
tu negra cabellera se evadía,
pero, apresada ave,
tornaba triste y fría
y al alba de tu hombro se acogía.

FE

Sé que vienes, mi sangre, sé que vienes
a través de los siglos a mis venas,
atravesando corazones, penas...,
por un túnel de sueños y de sienas.

Allá en el paraíso conociste
el gran rostro de Dios, su poderío.
Saliste de sus manos como un río
y hacia mí, serenísima, viniste.

Y traes a mí la fe, que a Dios miraste
cara a cara en un mundo que nacía
y luego, lentamente, caminaste
para adentrarle entre mi carne un día.

Y seguirás fluyendo largamente
hasta el final del tiempo y de la vida.
Y pararás entonces tu corriente,
otra vez junto a Dios estremecida.

PECADO

Oh, Dios mío, Dios mío. Tu ira azota
en mi carne de hombre. Por mis venas
tus látigos restallan, y me sueñas
como un trueno en mi sangre más remota.

He pecado, Señor, y en cada gota
de la sangre que llevo muerdes, truenas,
hundes fieros cuchillos y me llenas
de un huracán que de tus llagas brota,

que ruge por mi pecho, que restalla,
abriéndose en la estrella de mi mano
como una enorme ola de metralla.

Sopla, Señor, sobre mi polvo vano,
avéntame cual polvo de batalla.
Mas no... ¡Perdón!... Al fin, soy tan humano...

LOS NIÑOS MUERTOS

La ilusión hecha carne, la ternura,
el temblor de la aurora, la inocencia,
la piel tranquila, casi luz, ventura
apagaron de pronto su presencia.

Todo cayó. Sobre la piel templada
frío celeste no cuajó amarillo,
la vida se apagó. La madrugada
flota en los ojos sin color, sin brillo.

Para alta rama que se eleva pura
iba la frente en tierno movimiento,
ansia de vida, chorro de ternura...,
tesoro fue del inclemente viento.

Apenas si las manos... si la boca...
apenas si los ojos... la mirada...
Todo, Señor, nació, y ya es la roca,
es la roca, Señor, la tierra helada.

¿Por qué fue desterrada la azucena,
por qué la alondra se quedó sin vuelo,
por qué el aire de mayo se hizo pena
en la inclemente soledad del cielo?

Mira el mundo girar, Dios mío,
mira la tierra que impasible rueda,
mira su entraña oscura y este frío
que en la azucena soterrada queda.

LOS ATEOS

Buscan entre la niebla, entre la angustia
buscan la luz para su entraña ciega
y hunden su corazón lleno de luto
en una inmensa y sideral ausencia.

Ausencia son y soledad sin límite,
ausencia descarnada que les llena,
ausencia como un perro que les come,
ausencia nada más, tan sólo ausencia.

Dolor tan sólo, sí, tan sólo angustia;
su carne es soledad que no se puebla,
labios locos de sed que se levantan,
resecos de ilusión en la tiniebla.

¡Angustia de las almas, de la carne
y de sentir que el corazón es tierra!
¡Ay, angustia de Dios, del Dios que falta
en sus ardientes, solitarias venas!

Pobres hombres sin Dios, ellos le buscan
pudriéndose en dolor y en la blasfemia,
mientras la tierra miran y la sienten
como honda loba pasional y hambrienta.

Ven la nada crecer, la ausencia palpan
entre la carne que a su Dios no encuentra.
Miran bajo sus pies, huir no pueden...
La tierra helada, indiferente espera...

MANUEL ALONSO ALCALDE

Nació en Valladolid, en 1919. Licenciado en Derecho. Del Cuerpo Jurídico Militar. Escribe también novelas y teatro.

Libros publicados:

Los mineros celestiales.—Pamplona, 1941.

Hoguera viva.—Valladolid, 1948.

Presencia de las cosas.—Valladolid, 1950.

Ceuta del mar.—Ceuta, 1960.

Luna de dulce trigo.—Ceuta, 1961.

Antología íntima.—Madrid, 1964.

Encuentro.—Ceuta, 1965.

P O E T I C A

Uno no sabría decir a ciencia cierta si lo que escribe actualmente es o no verdadera poesía religiosa; lo único que se siente capaz de afirmar es que un buen día, sin saber cómo, a los cuarenta y cinco años de su edad y veintitantos de jugar estérilmente con imágenes, rimas y palabras, se encontró cara a cara con Cristo, con su única y estremecedora Verdad. Cristo, ¿eh?, no el “Señor Dios de Sabahot”, triunfalista y eclesial, con que los poderosos de la Tierra habían pretendido suplantarlo.

A partir de entonces, uno cree vivir comprometido con esa realidad, a través de un “engagement” que le obliga a bucear de continuo en sí mismo, pero de cara al prójimo, en busca de la autenticidad y sinceridad evangélicas. Por eso, uno ha tapiado a cal y canto todas las puertas que daban a su vida anterior, para abrir una ventanita, por la que no se ve, precisamente, el estrellado cielo, sino el mundo oscuro de los oprimidos y los desheredados. Sobre ellos llueven, desde hace veinte siglos, las Bienaventuranzas, ya que a ellos, y únicamente a ellos, se dirige el mensaje de Cristo, que nosotros, en orden de combate, con el lábaro de Constantino al frente, les habíamos arrebatado.

Mi poética, pues —si cabe hablar así— viene, desde 1965, año del “encuentro”, marcada por el convencimiento de que, de un modo u otro, hay que devolverles el Evangelio. En ello creo y en ello estoy. Y a ello van mis versos.

PRÓLOGO

De improviso,
 como un golpe de viento que al doblar una esquina nos arrebatara de un aletazo el alma
 y la lleva rodando, calle adelante, sin esperanzas de volver a encontrarla;
 o como quien se asoma a una terraza a mirar las estrellas,
 cansado del estúpido olor que emana de los escotes y las trompetas con sordina en un baile,
 y al contemplar la hermosa lejanía de Las Pléyades,
 o la nebulosa de Orión, suspendida como un poco de humo en el aire parado de la noche,
 descubre de repente que la marea de astros,
 con su inmenso oleaje, con su rumor de eternidad, no deja
 —tal la rompiente un grito—
 oír las tristes vocecitas, frenéticas de puro desamparo,
 del twist, el rock y madison;
 así, súbitamente,
 cuando menos se espera, como digo, caemos
 —un segundo, no más— en un vacío
 abisal, profundísimo,
 un vacío sin término
 como una escalera de caracol que nunca termina de rizar el rizo,
 y nos conduce dentro, cada vez más dentro de nosotros mismos,
 cada vez más al fondo de nuestro propio asco,
 igual que en una pesadilla, una noche cualquiera,
 aprendemos de pronto lo que puede ser el interminable descenso a la muerte.
 Y es en esos relámpagos que, a veces,
 llegamos a tocar la roca viva del absurdo,

la raíz de nuestro continuo preguntarnos qué
 hacemos aquí, sobre la Tierra,
 esperando no se sabe qué luz inevitable;
 venidos de la Nada; caídos en el tiempo; flo-
 tando en medio de los siglos como un fruto
 en el agua;
 asombrados, absortos de estar vivos inexplica-
 blemente;
 sumergidos sin saber cómo en un mundo de sue-
 ño;
 buscando una razón que explique, por ejemplo, la
 existencia
 de los espejos, la purpurina oro, los vestidos de
 noche, los tacones, los guantes,
 las puntas de un pañuelo de bolsillo,
 o los saxofones tejiendo por la pista de baile su
 tela melancólica
 donde el sexo se debate como una mariposita
 malva.
 Y, entonces,
 después de haber gritado en el silencio una vez
 y otra con ira y con tristeza,
 cuando nada responde,
 cuando nos sentimos envueltos como por una
 niebla cárdena sin contornos ni límites,
 mientras el corazón revienta de insaciedad; en-
 tonces,
 únicamente entonces,
 damos por fin contigo, Padre mío, Dios mío,
 como esos abejorros, torpemente tenaces,
 que rebotan con un sordo rumor en los cristales
 cuando encuentran la luz!

DIGO TU NOMBRE

Sí. Digo Dios. Y digo, sobre todo,
 la Segunda Persona de Su prisma

—tres espejos, tres luces, tres cristales
 volcados en sí mismos rayo a rayo—.
 Digo Dios, no lo niego, donde dije
 en otros tiempos flores y muchachas,
 insaciedad, angustia, muerte o pena.
 Porque ahora estás conmigo, Cristo mío,
 y siento, al fin, el corazón colmado,
 siento mi sed de no sé qué aplacada.
 Antes, no es que te huyese, te eludía,
 evitaba nombrarte, designarte,
 hombreado a lo tonto, como un niño.
 Y escribí versos, sollocé palabras,
 me envolví en sus azules violines,
 sílabas, vidrios, rimas de colores,
 visos tornasolados y cartones
 de amarilla tristeza: en fin, palabras.
 (Aunque yo ya sabía que eso no era
 más que hablar por hablar, que algo sonaba
 en mi voz a metal rajado, a estaño
 tañido o a madera golpeada).
 Ahora, por el contrario, te pronuncio;
 afirmo, sí, Tu nombre una vez y otra;
 engarzo su destello entre mis versos,
 que ya no me preocupa en absoluto
 que digan: ése, y me señalen, porque
 lo único que me importa es Tu evidencia,
 Cristo mío, verdad insoslayable.
 ¿Crees que no me atrevo? Ven, observa
 por encima de mi hombro, y verás cómo
 —tal una estela que señala el paso
 de este viento de amor y endecasílabos—
 voy poniendo palabras que me hubiesen
 llenado de rubor hace unos años:
 demonio, tentación, gracia, milagro,
 doxología, caridad, apóstol,
 abstinencia, carisma, teofonía,
 infierno, avemaría, sacramento...
 Y, cruzando sobre ellas, por su cielo

de tinta azul, hermoso como un fuego
o un cometa y su hipérbola, Tu nombre;
de Oeste a Este y Norte a Sur, Tu nombre;
de mi frente a mis pies, de una a otra mano,
Tu nombre; de una estrella a otra, Tu nombre:
de Vega a Aldebarán, sólo Tu nombre.
Digo Tu nombre, Cristo. lo tremolo,
lo escribo, lo consigno, Cristo hallado
después de tantos años de esconderme;
te condené al silencio, desde luego,
pero ahora te proclamo a voz en grito!

ASCENSIÓN

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz; subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran las ocho en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías
despacio, retrasando los adioses
últimos; ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por las vides,
Porque era triste abandonarlos ahora,
precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y a oler a humo triste en los suburbios.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros
de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos, allí, en el suelo, los que habían
compartido contigo su tartera.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes:
jornaleros, mineros, pescadores,
peones, emigrantes —los de siempre—,
viendo tu remontar irremediable.

Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tus alpargatas, Tu mahón gastado
de carpintero. Que te ibas, y ellos
se quedaban allí sin comprenderlo,
con miedo, como niños, de la vida.
Y dicen: ¡vuelve!, y sigues; y repiten:
¡vuelve!, y, como una piedra en un estanque,
la tarde, en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

TU GRITO

Desde la Cruz, en alto, con un grito, diste cara a
la muerte
(un solo grito, que sepamos, a lo largo de Tu vida
mortal;
una gran voz, registrada con asombro por los
Evangelistas,
que acaso nunca llegaron a comprender cómo un
hombre
a quien momentos antes habían visto morder con
ansia el último resuello
un cuerpo agonizante,
a punto casi de soltar amarras,
casi en la orilla, casi en la frontera,
pudiese todavía blandir como una espada su cla-
mor victorioso):
Tu grito, proyectado
hacia los cuatro puntos cardinales,
para dar testimonio de Ti mismo,
para que nadie se llamase a engaño
y fuesen a creer que Tu verdad hiriente iba a
morir contigo clavada y desangrada.
Ya nunca volverá a haber silencio sobre la Tierra,
nunca
paz, que ese grito Tuyo
resuena desde entonces, ensordece desde entonces
el mundo,

traspasando como un acero al rojo las edades, los siglos.

Es inútil. Lo oímos,
seguimos escuchándole;
inútil resistirse,
taparse las orejas con cera,
atronar las ciudades con sirenas de fábrica, bocinas, altavoces y guitarras eléctricas,
esconder la cabeza debajo de la manta,
o caer, como en un tobogán, hasta el fondo de un vaso de ginebra.

Huid de ese obstinado grito que irremediablemente nos acosa;

lo mismo da: ya nadie, haga lo que haga,
podrá dejar de oírle,
nadie encontrar la paz, dormir tranquilamente,
podar rosales o pintar de verde las ventanas de su chalet de veraneo,

pasar los fines de semana esquiando en la Sierra o calcular los intereses de su cuenta corriente.

Porque Tu grito está ahí, incólume, clavado en medio de la Tierra,
hiriendo, flagelando:

Tu poderoso grito que nos despierta a altas horas de la noche con el corazón oprimido
y nos obliga a levantar las palmas y mirar con horror nuestras manos vacías,
a contemplar con horror ante el espejo nuestros ojos
donde todavía no ha brillado una sola vez el amor.

RAFAEL MONTESINOS

Nació en Sevilla, en 1920. Cofundador de la *Tertulia Hispanoamericana*, que actualmente dirige. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

Balada del amor primero.—Madrid, 1944.

Canciones perversas para una niña tonta.—Madrid, 1946.

El libro de las cosas perdidas.—Valladolid, 1946.

Las incredulidades.—Madrid, 1948.

Cuaderno de las últimas nostalgias.—Madrid, 1954.

País de la esperanza.—Santander, 1955.

La soledad y los días.—Madrid, 1956.

El tiempo en nuestros brazos.—Madrid, 1958.

Breve antología poética.—Sevilla, 1962.

La verdad y otras dudas.—Madrid, 1967.

En prosa:

Los años irreparables.—Madrid, 1952.

P O E T I C A

Toda poesía, por el solo hecho de serlo, es religiosa. Explicar esto es muy difícil: tan difícil como definir la misma poesía. Todo poeta amoroso —como en la rima de Bécquer— cree en Dios. Y también el poeta social, “que ni Dios aguanta tanta injusticia”. Entre las melifluidades de ciertos cantores y ese recio enfrentarse de Unamuno con Dios, prefiero esto último. Lo considero más honrado y “religioso”. A Dios le gusta que le pidan explicaciones, incluso desde la resignación a regañadientes, como en el verso de Antonio Machado: “Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía”.

La poesía será, en un futuro aún lejano, el refugio de la religión. Todo vendrá a ser como al principio; pero si los poetas —los profetas— olvidan su misión, la poesía habrá muerto, arrasando en su caída todo lo demás.

Por lo que se refiere a mi poesía, nunca dejó de ser *religiosa*, ni aun en el momento de *Las incredulidades*. Si en un principio fue imaginera y localista (*Romancillo de la Esperanza de Triana, Sine Labe Concepta*, etc.), pasó después a ser religioso-amorosa (gran parte del libro *País de la esperanza*), para terminar convirtiéndose, hace ya diez años, en religioso-social (*La verdad y otras*

dudas). Yo prefiero estas dos últimas facetas de mi poesía religiosa, no representadas proporcionalmente en esta antología, según la relación de poemas que me muestra Leopoldo de Luis. Pero, naturalmente, en esta clase de libros la selección ha de ser hecha según el criterio del antólogo, no la del autor seleccionado. El hecho de que sea su versión la que prevalezca sobre la que yo hubiese escogido, no quiere decir, ni mucho menos, que yo esté en lo cierto y él no. Lo que dice uno no va a misa, ni siquiera en materia de poesía religiosa.

VILLANCICO

Lloran los panderos
por la Navidad,
porque en esta tierra
ya no hay caridad.

No de carne, sino
del barro de Adán
(antes de aquel soplo),
bajo su portal,
hay un niño. Lloro,
terco en su llorar,
hace veinte siglos
ya.

Un ángel de tierra
abre su volar
quebradizo y pliega
aquello de Paz
en la Tierra... Pide
buena voluntad.
Pero nadie escucha
ya.

Pastores de arcilla
marchan al Portal.
Pastores y hombres
unen su cantar,
que del barro vienen
y hacia el barro van,
muerte y sólo barro
ya.

EPITAFIO A UN AJUSTICIADO

Distendidos los miembros, relajado
el cuerpo aquel que reyes adoraran,

el blanco carpintero de Judea,
 el hijo de María, el pobre obrero,
 símbolo de su clase, agonizando
 estará eternamente entre ladrones,
 sucio de salivazos y de heridas,
 porque ese será siempre su destino.

ORACIÓN FINAL

Hoy te traigo, Señor, esta tristeza
 de saberme sin gozo y sin herida,
 hoy te traigo, Señor, esta dolida
 voz de arrepentimiento que te reza.

Te devolví en espinas y aspereza
 la miel que derramaste por mi vida.
 Sálvame Tú, Señor, esta vencida
 primavera de angustia que ahora empieza.

Si malgasté un amor, y otro a mi lado
 dejé morir sin luz en la cadena
 candente de la carne amarga y triste,

hoy te vuelvo lo poco que he salvado,
 porque, Señor, la angustia que me llena
 mayor pudo haber sido, y no quisiste.

ROMANCILLO DE LA ESPERANZA DE TRIANA

La Virgen duda,
 llena de gracia,
 si nazarena,
 si sevillana.

Cirios tendidos,
 túnicas blancas,

cien capirotos
 sobre cien capas.
 Ya por San Pablo
 la Virgen pasa
 (la Cruz de Guía,
 por La Campana).

Si nazarena,
 si sevillana.

Porque es ahora
 Semana Santa,
 bajo su palio
 va por la plaza,
 entre varaes
 de sueño y plata
 (gritan y rezan,
 rezan y cantan).

Si nazarena,
 si sevillana.

Porque de Egipto
 no se acordaba
 y ahora se acuerda,
 pasa callada,
 entre sus dudas
 inauguradas
 (dudas de Niña
 Virgen mimada).

Si las Pirámides,
 si la Giralda.

Por San Jacinto,
 de madrugada,
 lejos del Puente,
 pasa callada

(hoy no se acuesta
nadie en Triana).

La Virgen duda,
frente a su casa.

Si trianera,
sí sevillana.

SINE LABE CONCEPTA

Salgo de esta madrugada
medio loco y medio muerto.
La Virgen dio el Cielo abierto
a su ciudad más amada.
Ay, María Inmaculada,
niña guapa sin igual,
a Dios no le sienta mal
saberte la preferida.
¡Sevillana concebida
sin pecado original!

EL CORAZÓN BIENAVENTURADO

Yo en mi rincón, y Dios entre sus nubes.
El aire, azul, en medio.
Quiero creer, pobre de espíritu,
que es mío el Reino de los Cielos.

¿Pero hay quien ponga en duda, acaso,
la mansedumbre de mi pecho?
Ay, corazón, Dios nos asista
entre tus dudas y mis besos.
Yo poseeré la tierra un día
para llenarte de recuerdos.

Nunca serás mi hartura.
Hambre y sed de justicia tengo,
oh dulce corazón, veleta mía,
alto Pegaso de los cuatro vientos.

Qué tristes, sí, qué solos vamos
hacia el dolor, camino de mis sueños.
Estoy solo en mi llanto,
solo en la tarde inmensa, y sin remedio.
Y no seré en mi pena consolado
en medio de este grande desconsuelo.

Algo se está muriendo sobre el mundo,
algo al final se está muriendo
en este último crepúsculo
de lejanías y de fuegos.
¡Pero qué más me da si nunca
en mi rincón tranquilo y quieto,
alcanzarán misericordia
mis misericordiosos besos!

Tan perseguido y siempre tan pacífico,
en la oquedad sin nadie de mi pecho,
ay limpio corazón, acaso un día
veas a Dios reinar en otro Cielo.

SIEMPRE ME QUEDAS TÚ

Siempre me quedas Tú, siempre te olvido
en brazos del amor, siempre regreso
a tu piedad, Señor, siempre tu beso
anda en el sitio donde estoy herido.

Nunca te he dado nada. Sólo pido.
Y a cambio de mi vida y de su exceso,
te doy las sobras del amor. ¡Ni eso
te doy, Señor! Tristeza de haber sido

hombre mortal allá en tu Cielo tienes.
La carne que yo sufro, Tú sufrías,
los mismos brazos, de otra forma abiertos.

Ay Señor, que en mi olvido te sostienes,
vendrán tus siglos y se irán mis días,
vendrán los muertos y se irán los muertos.

ORACIÓN A DIOS PADRE

Te estoy soñando, Dios, te estoy creando,
porque soñarte es crear tu nombre.
Siento el terrible afán del primer hombre,
a su imagen te hacía sollozando.

Estaba en soledad el hombre, cuando
sintió que su interior se desgarraba
—¡oh carne de mujer, que no bastaba!—
Estaba en soledad el hombre amando.

Y dijo: "Hágase Dios". Y Dios se hacía,
con su carne mortal, con su esperanza
de eternidad —con la esperanza mía—,

lentamente, a su torpe semejanza.
Y al hombre en su interior le renacía
por Ti, oh Dios, ¡mi Dios!, su confianza.

Dios le miró, la tarde estaba quieta,
atardeciendo sobre la colina.
Un hálito inmortal, una divina
ala rozó la frente del poeta.

Dios le olvidó, que Dios también olvida,
y el hombre se sintió desamparado.
Su inquieta carne resolvióle airado,
su soledad dolió como una herida.

Estrechaba en sus brazos la hermosura
efímera del mundo. Sosegaba
su carne, mas crecía su amargura.

Una tristeza injusta le ganaba.
Y Dios, como una luz, desde su altura,
paternal, sonriente, le miraba.

Existes porque existo y te proclamo,
porque temo a la nada adonde voy,
más que a esta soledad donde ahora estoy,
donde ahora estoy, Señor, donde te amo.

Si Dios te llamas porque así te llamo,
existo porque Tú me sueñas. Soy
sólo sueño de Dios. No vive el hoy,
ni el ayer, ni el mañana que reclamo.

Triste, de una tristeza que te heredo
(¡oh tristeza de Dios, oh llaga viva!),
humanamente caigo, mas tu dedo

torna a su sitio el fiel de mi balanza
¿Cuándo, desesperada y pensativa,
reposará mi carne en la esperanza?

EL ARREPENTIMIENTO

Oh pesaroso Dios, arrepentido
de haber hecho del barro lo que hiciste.
Para tu gloria hiciste al hombre, y triste
tu gloria te dejó.

Entristecido,

pues es imagen tuya, el hombre ha ido
volviéndose del barro que le diste.
Dejado de tu mano lo pusiste
sobre la tierra ya, sobre el olvido.

Oh arrepentido Dios, bien conocías
la arcilla que tu mano trabajaba,
la frágil alma donde Tú insistías.

Mientras el barro se desmoronaba
entre tus dedos ágiles, querías
hacer eterno lo que en polvo acaba.

JORGE BLAJOT

Nació en Barcelona, en 1921. De la Compañía de Jesús. Director de programas de Radio Vaticana.

Libros publicados:

Veruela. Juventud en el claustro (Prólogo de J. M.^a Pe-
mán).—Barcelona, 1947.

Hombre interior.—Madrid, 1952.

La hora sin tiempo (Ensayo preliminar de Karl Rahner).
Barcelona, 1958.

Pequeña Suite Jubilar.—Barcelona, 1958.

P O E T I C A

DE UNA CARTA DEL P. JORGE BLAJOT:

“...me resulta ahora imposible encontrar el sosiego para repensar, desde hoy, mi concepción de la poesía religiosa. Acaso pueda servirle el poema *Sacerdote-poeta*, que le adjunto:

I

Decirle a Dios lo hermoso de su obra,
descubrir a los hombres
la huella del Señor junto a la vida
—en las gotas de luz tamizadas de bosque,
en la concavidad difícil de las almas—
poeta, es tu destino.

No quieras sustraerte, maldecir. Es inútil.
Dios seguirá temblando en las hojas mecidas
y el castillo interior le pertenece.

Al borde del camino o sobre un altozano,
con la mano encendida,
señalas a los hombres transeúntes
ocultos vericuetos de hermosura: en la noche,
el brillo intermitente de una estrella.

Creador y artesano de un verbo que palpita
y con dolor te nace, y se nos da,
tu certidumbre escapa al argumento
y por esto acaricia el corazón.

Si al callar tu palabra,
se oye un rumor de rezos o de lágrimas
igual que el del arroyo
poeta, mereciste tu pan.

II

Porque tú alzas a Dios la ofrenda de los hom-
 y nievas de altos dones la sequía; [bres
 porque tu voz no es tuya
 y dices la Palabra sin principio;
 porque no puedes entender lo que hablas,
 porque creas belleza inaprensible,
 porque traes el perdón,
 sacerdote, tú eres el poeta esencial.

III

Más sacerdote aún por ser poeta,
 que a tu mirar se transparenta el cosmos.
 Más poeta... —del Verbo con mayúscula
 y el óleo que resbala de las manos al verso.”

(Città del Vaticano, 23 de junio de 1968.)

INMERSIÓN

Suspenderse en el aire es olvido del tiempo,
 es evasión de urgencias y ojeo de la angustia.
 Porque es sentirse dentro de tu cámara eterna.

Sí. Sí. Eres Tú. Te surco con mi ritmo de vér-
 tigo
 sobre algodón de nubes y horizonte ignorado
 sin orillas ni flor.

Tú eres todo el paisaje:
 jardín interno —¡mío!—, marco de éter, aliento
 monorrítmico, bronco, de la nave de plata.

Lloro al hombre —si alguno— que sienta en la
 altura
 voladora la cálida palpitación del pecho
 llameante de Dios. Privado de los signos
 que nortean la ruta, negado a la presencia
 de lo que puede asirse, ¡qué terrible ahuecarse
 del alma en el vacío, qué esfuerzo por un táctil
 contacto que se elude, qué hundirse entre zozobras
 en la angustia impotente de lo incógnito, ciego!

Pero, Señor, ¡qué gozo del que te cruza el pecho
 recogiendo ese péndulo compás del corazón!
 ¡Y qué mágico asombro de tu hallazgo en lo vacío
 vuelto a la prehistoria de su asiento en la nada!

VOCES DE LUZ

*Al orfeón de ciegos del Amparo de
 Santa Lucía, de Barcelona.*

Al ganar la tiniebla vuestros ojos
 se os encendió la voz.
 Sois las ciegos. Y dais la lección de la luz.

Siempre tiene la música armónicos prendidos de
luminosidad
—tímidos cabrilleos: rumores sugerentes,
llamarada de incendio inevitable—: el mensaje
total.

Aunque se filtre osmótica
por la ciega porosidad del sentimiento,
siempre lleva consigo la palabra estrellada,
doctora de la mente.

Pero al cantar vosotras
—voces todas de luz—,
la música se abrasa en un alba absoluta.

* * *

Sois las ciegas. Doctoras, nos enseñáis a ver.

Oh deleitosa oscuridad interna
que os impide aturdiros con los cromos chillones
de la vida
y os derrama la luz entre los labios
para enseñaros a valorar lo cierto
—la beatitud del párpado entornado
sellando, dentro y dentro— la presencia
cariciosa, suavísima, de Dios.

ESTUDIO

Lejanía brumosa. Primer plano de flores
que lloran incesantes el nocturno llover.
Rozando mi ventana —¿dónde estás, ruiseño-
res?—
las gotas —una a una— me miran al caer.

La brisa serpentea con rumor de oleaje.
En el tallo hay temblores de carne dolorida.

A través de los libros dan comienzo a su viaje
mis ojos —quilla hiriente— afanosos de vida.

Vida —saber— que nutre el espíritu y llena
los labios con palabras de divina emoción.
Que sin trino ni aroma, ni brisa, ultraterrena,
sacia en Dios conocido la penosa ascensión.

HOMBRE INTERIOR

(Fragmento)

Frente al mirar opaco de ese hombre
que cubre vergonzoso su vacío
y vuelve hambriento del amor, cansado,
tu angélica pupila, Hombre Interior,
adivina una mágica plenitud intangible
saturando la Nada.

La Nada no es la Nada.
Se ha impregnado del Ser. Todo es presencia.

Hombre Interior, ¡qué júbilo al sentirte
sin un apoyo táctil en torno de ti mismo!
Viajero irremediable de los aires,
pero no del vacío.
El vacío no existe. Dios lo colma.

Sin pedestal tangible
te hallas sobre la Roca que dura eternidades.

Ya todo el oleaje de tu inquietud —tu esencia—
tiene un inmenso océano en que dance.

Aún pendulan tus brazos de marioneta feble,
pero hoy con ritmo cierto,
dirigiendo el policromo orfeón de los aires,
la selvática orquesta

acorde en la alabanza del Ser omnipresente.
Que está Dios en tus brazos
y en el pico cantante y el arpegio de palmas.

* * *

¡Oh sensación espiritual! Hallazgo
del Ser Divino fluyente entre mi arcilla.
Fibra a fibra
la presencia amorosa me ha invadido.
No es ya abrazo paterno. Es posesión
total, compenetrada.

¿Para qué separar las valvas de mis ojos
en mirada saciante, si en mi lago minúsculo
toda el Agua Infinita se congrega?
No hay más Dios en lo externo. Es Él, el mío,
Única Flor crecida en mi parcela.

Señor, ¿qué han de decirme las estrellas
y las olas del mar
y el arpegio ondulante de la sierra?

Tú en mí. Yo en Ti.
Tu hablar y el mío hechos ya monólogo.
Mis días enhebrados en tu eterno existir.
Todo mi ser en séptima morada.

Quiero llorar para verte en mis lágrimas,
guitar al viento para que cabalgue el corcel de mi
voz,
depositarte inmóvil en la cuartilla
en un beso de piedra.

Quiero dormir para que Tú reposes.

MI SILENCIO

Y vinieron las nieves.
Y yo seguí callado.

Dios iba echando estrellas
—primor y tracería—
en un ambiente de algodón y encaje.
Yo seguí callado.

La mansedumbre verde de los prados
me miró en despedida.
Se marchaba a dormir días y meses
bajo aterida alfombra.
Todo se hizo de plata en torno mío.
Y yo seguí callado.

Ciego ante el implacable cortinaje de alburas,
sordo tras la quietud de los cristales,
sentí la tentación de dar mil voces,
de asomar la cuartilla a mi ventana
y, cargada de estrellas,
escribir de la nieve sobre nieve.
Pero no pude.
Y me quedé callado.

...Y Tú tienes, Señor, toda la culpa
de mi silencio ante el caer de nieves
o ante el caer crepuscular del sol
o ante todo —ya Todo— lo que no eres.
Tú durmiendo en el fondo de mi yo.

Desde que adiviné tu callada presencia
en un tibio repliegue de mí mismo,
ya no pude escribir sobre unas flores
huérfanas de color.
Me llenan de vacío los poemas,
me rechina el acorde,
aun el concepto escapa hecho volutas...
Y no puedo escribir.
...Y me hundo —sordo, ciego ¡y amante!— en mi
silencio
sobre el que duermes Tú.

LA CALMA EN EL VALLE

En brazos de un otoño macilento
cede el fuego estival su ardor primero.
Ya no semeja el valle mañanero
la frente en llamas de un calenturiento.

Muere en la tarde el sol falto de aliento
orificando el campo gavillero,
mientras baja del alto ventisquero
un tibio soplo al páramo sediento.

Y la calma se acuesta en la llanura
cuneada de brisas, con arrullo
de esquilas en lejana yuntería.

Y el espíritu flota en la blandura
de una paz que es silencio y es murmullo,
es soledad y eterna compañía.

PONTÍFICE, TUS MANOS

El Pontífice impone a la vez
las dos manos sobre la cabeza
del ordenando, sin decir nada.

*(Liturgia de la ordenación
sacerdotal.)*

Cómo pesan, Pontífice, tus manos
prieta y calladamente detenidas
sobre mi ser. ¡Qué ocultas sacudidas
alma abajo, de vientos sobrehumanos!

Viejas manos de Pedro en soberanos
silencios que fecundan nuestras vidas.
Veinte siglos de manos extendidas
y Espíritu sembrándose en los llanos.

El peso de la Iglesia y su destino
son tus manos, Pontífice. Ya siento
cómo se hunde la piedra en fundamento

y de la uva oprimida nace el vino;
como se hunde la piedra en fundamento
las alas crecen del volar divino.

FRANCISCO GARFIAS

Nació en Moguer (Huelva), en 1921. Estudió Bachillerato y Magisterio. De la Escuela de Periodismo de Madrid. Coautor de una antología de la poesía hispanoamericana y compilador de la obra inédita de Juan Ramón Jiménez.

Libros publicados:

Caminos interiores.—Jerez, 1942.

El horizonte recogido.—Madrid, 1949.

Magnificat.—Madrid, 1951.

Ciudad mía.—Madrid, 1961.

Poemas de Italia.—Madrid, 1964.

Cerro del Tío Pío.—Madrid, 1963.

P O E T I C A

Creo, con Dámaso Alonso, que "si la poesía no es religiosa no es poesía. Toda poesía (directísima o indirectísimamente) busca a Dios". Esta búsqueda es, en el verdadero poeta, un hecho natural, consecuencia última de su ahondar, de la acumulación de sus experiencias vitales y estéticas, de su propio desasosiego existencial.

El sentimiento religioso puede ser, naturalmente, de muy diverso matiz pero siempre es válido para el trance poético si es realmente sincero. Comparemos el mundo religioso de San Juan de la Cruz con el de Lope de Vega, el de Fray Luis con el de Quevedo, el de Rubén Darío con el de Juan Ramón o Machado —por citar solo poetas de habla hispánica— y veremos cómo los caminos son distintos, los credos diversos, el concepto dogmático diferente. Pero todos ellos —por el camino de la mística, del desengaño, del dolor, de la belleza o de la preocupación existencial— desembocan en una palabra alucinante: Dios.

La poesía religiosa es, actualmente, más cristológica que dogmática. Sobre todo desde Unamuno hacia acá. Cristo y su doctrina son temas más frecuentes que el de Dios Padre creador. Hasta cuando se habla de Dios, en bloque, se piensa más en la persona de Cristo que en el

concepto abarcador del Dios del Génesis. El sentimiento religioso queda, así, más cerca de la preocupación avasalladora de las últimas generaciones poéticas: la justicia social que es, en definitiva, el reino de Dios.

El lenguaje, por este camino, se ha hecho más humano, directo y entrañado; la comunicación más apasionada y el sentimiento más en consonancia con las preocupaciones del mundo. Los aires del Evangelio están sin duda mucho más cerca de la poética actual que el mundo profético y nebuloso del Antiguo Testamento.

Desde el siglo XVI hasta ahora, la poesía religiosa ha cambiado profundamente de sentido. Aquella era una poesía *antiprottestante*, con una argumentación familiar, realista, anecdótica —con contadas y altísimas excepciones— frente a lo que el protestantismo tenía de abstracción y desnudez conceptual. El dogma era, para los poetas españoles, casi una doméstica necesidad. Ahora el dogma es, en muchos casos, agonía y angustia y, siempre, turbadora sustancia que pone en lo lírico un trallazo inesperado y ardiente. De Unamuno hasta los más jóvenes, la poesía religiosa ha perdido en sosiego lo que ha ganado en tensión desesperada. El dolor del mundo la ha ido desnudando hasta dejarla en una sola interrogación apremiante. La emoción es, pues, menos sacral pero más intensa y humana.

Y esto que digo de la poesía en general pudiera repetirlo de mi propia poesía. Sin proponérmelo, he visto cómo se ha ido desnudando de liturgias barrocas y como la fe se me ha ido exaltando de esperanza y de amor. El proceso es, repito, natural en esta hora del mundo. Dios, más que un final lleno de abstracciones, se me ha hecho una compañía esperanzada para ese final, un estímulo salvador y cercano, una "razón de amor", en suma.

NO PODÍAS MORIR

Dios te salve, María...

Las palabras del ángel subrayaron
lo que la eternidad te deparaba.
No podías morir.

Eras como una tierra,
como un luminoso barro que absorbiera
las fuentes de la Divinidad.
El Padre se hizo Amor
por fecundarte,
por engendrar en ti nació el Amor.
Y eras tú como un ánfora plena ya de la Gracia...
Los arroyos divinos conmovieron
la alta pulpa lechosa
igual que el viento una celinda breve.
El Espíritu Santo
sopló por tu oquedad; y tú sentiste
como un bullir de pájaros en las entrañas.
No podías morir.
En vano los escribas,
los sanedritas, el Tetrarca y el Sumo Sacerdote
pretendían llegar a la medula mesiánica.
Palideció, enfrióse, la vara de Aarón
en el Sancta Sanctorum;
se estremecieron las Tablas de la Ley
cuando tu sangre comenzó a cuajarse,
cuando tus pechos crecieron como frutos.
El Señor te caminaba,
te hendía,
te clareaba de una primavera única.
No podías morir.

Por todas las Sinagogas
hubo un fragor de angustia.
Temblaban los papiros de las Escrituras.

Gamamiel y Nicodemus y los otros escribas
 se mesaban la barba
 buscando en lo percedero el reino de Dios,
 mientras tú florecías de divino silencio.
 Y por tu sangre sobresaltada
 —libro de Dios, acaso—
 el Verbo iba tomando carne y sangre
 de humana criatura.
 Te sentías transida de ventura, de lumbre,
 aprisionada en ti misma,
 arrodillada en el pismo,
 como en tu propia esencia,
 estrella en tu regazo,
 al recordar las palabras del ángel.
 Y aquel Ave María fue un borbotón de sangre
 dentro de tus entrañas.

No podías morir.
 Fue un trémulo jadeo
 que te engarzaba a lo divino.
 Un dulce hervir de vida prisionera...
 Y cantabas, cantabas:
 Cielos, enviad el rocío de lo alto
 y las nubes lluevan al Justo,
 ábrase la tierra
 y germine el Salvador.
 Te sonaba la voz a lluvia sobre rosas
 y te olían las manos a yerba de los campos.
 Y cuando fue sonada la hora,
 la hora de Dios y la del mundo,
 te arrodillaste, humilde,
 para que floreciera el divino fruto
 de tu vientre.
 Y lloraste de gozo cuando tus manos trémulas,
 sostuvieron a tu Señor.
 Al Padre y al Esposo
 en la carne humanada del Hijo.
 Y la promesa de Jahvé a Abraham,

y las profecías de Miqueas,
 y todas las impacencias de Israel
 se detuvieron en tus manos.

Dios te salve, María...

Tu cuerpo quedó intacto
 y la huella de Dios permaneció en tu vientre.
 Se quedaba en tu sangre
 la estela luminosa de la divinidad
 y esa estela eras tú.
 ¡No podías morir!
 No podían morir ni corromperse
 las arterias que fueron
 las fuentes de la vida;
 ni el corazón que aprisionó en sus fibras
 el latido de Dios;
 ni el vientre poderoso que fue Sagrario vivo...

...Y un día de Nisán,
 cuando ya la semilla de la sangre germinaba,
 te quedaste dormida.

ASSUMPTA EST MARIA...

Vinieron a tu lecho
 con aromas de cisto, de algalia,
 con nardos olorosos...
 Crepitaba la luz sobre las peñas.
 Era una luz vivísima,
 luz de día primero,
 cuando se oyó la voz del Todopoderoso
 hablando a la serpiente.

Ahora Dios sonreía
 mirando a las mujeres que buscaban tu cuerpo.
 Y la brisa arañaba los sepulcros,

y trizaba la aurora un ángel encendido,
y nadaban los aires vellones de cordero...

Nubes, nubes...

Toda una teoría de nubes.

Sobre un barroco cielo,

la Asunción de María.

Subía de la tierra

un clamor hondo de Antífonas y Laúdes.

Enlazaban las aguas

sus voces de cascadas, de espumas y atropellos.

Las fuentes y los lagos y los mares

rompieron sus medidas.

Se salieron de madre las balsas y los ríos.

Sacudieron sus hojas los árboles; las piedras

retemblaron, inmóviles, en sus lechos de grama.

Las arterias del aire fluyeron como linfas

y hubo un fragor de vida en la entraña del mundo.

¿Cómo fue, Madre mía?

¿Fue un soplo poderoso

o un éxtasis de amor?

¿Fue la mano del Padre, la mano creadora,
la que puso en tus hombros dos alas inmortales?

¿Acaso estabas presa

del fuego inextinguible del Espíritu Santo?

¿Te sonreía el Hijo, redivivo y glorioso?

Sí, Dios te sonreía y te llamaba Reina

mientras que tú ascendías sobre prados de es-
carcha,

sobre montes nevados y selvas virginales,

entre nubes flotantes, como te vio Eliseo.

Germinaba la tierra.

Ya el mundo era Sagrario del Pan sin levadura.

Era grande la vid y colmados los trojes.

El mosto fermentaba en lagares de sangre

cuando tú nos dejaste, Señora, entre la niebla.

Vendrían los apóstoles

buscando en los caminos la huella de tu paso.

Y Tomás, el incrédulo,

miraría por todos los sepulcros.

Pedro estaba ya en Roma, pero te vio entre sue-

ños;

y Juan, acaso en Patmos;

y tal vez por las tierras de Hispania, Santiago...

¡Y se sintieron huérfanos de súbito!

Porque tu cuerpo era

recreación de Dios.

Vuelva la tierra al polvo,

la arcilla se deshaga, pulverice la carne

el viento que naciera de la concupiscencia.

La vida de la Gracia brotaba de tus manos

y tu sangre era un río donde Dios navegara.

La eternidad tu solio.

Sí, como cedro del Líbano,

como ciprés del Monte Sión,

como palma de Cades,

como plantel de rosas de Jericó te alzaste.

Sí, era necesario.

Ibas a ser la Reina sin dejar de ser Madre

como fuiste la Madre sin dejar de ser Virgen.

No podías quedar en el valle de lágrimas...

¿Pero qué nube te envolvió?

¿Qué túnica de nieblas, de flores o de plumas?

¿Qué mantos, qué guirnaldas,

qué enjovados armiños,

qué arrobo de los aires, qué fausto sin palabras,

escala de Jacob, lumbre del mundo?

...Y subías, subías,

exaltada de azules,

divinizada en Dios.

JOSE HIERRO

Nació en Madrid, en 1922. Del grupo editor de la revista *Proel*, de Santander. Crítico de arte. Premio Adonáis. Premio de la Crítica. Premio Nacional de Literatura. Premio March.

Libros publicados:

Tierra sin nosotros.—Santander, 1947.

Alegría.—Madrid, 1947.

Con las piedras, con el viento.—Santander, 1950.

Quinta del 42.—Madrid, 1952.

Antología poética.—Santander, 1953.

Estatuas yacentes.—Santander, 1955.

Cuanto sé de mí.—Madrid, 1957.

Poesía del momento.—Madrid, 1957.

Poesías escogidas.—Buenos Aires, 1960.

Poesías completas.—Madrid, 1962.

Libro de las alucinaciones.—Madrid, 1964.

P O E T I C A

Me sorprende verme incluido en una Antología de Poesía Religiosa, aunque no más que verme incluido en cualquiera otra antología temática. Yo, como muchos, escribo sin saber el apellido de la poesía que hago, y me lleno de sorpresa cuando un crítico la rotula y la sitúa entre otras de pareja intención.

No quiero decir que, por no ser consciente, *a priori*, de la dirección de los poemas no exista, subscientemente, esa intención. Lo que ocurre es que uno no lo advierte hasta que se lo indican. En este caso ni siquiera conozco la selección que me hace Leopoldo de Luis. Como es la primera vez que soy antologizado para una obra semejante, no he querido conocer mi forma de religiosidad a través de mis propios poemas. Y no es que esta religiosidad no exista, sino que ignoro sus características.

Dejando aparte el "Dios mío", el "Señor, Señor" que, como cada hijo de vecino he empleado a veces rindiendo tributo a cierta retórica; dejando aparte la temática de algunos poemas: el amor a los seres, el afán de limpieza de corazón, todo eso que puede ser religioso, aunque no tiene por qué serlo forzosamente, trato ahora de plantearme el problema de la religiosidad de mis versos (y por lo tanto, de mi religiosidad). No es

problema fácil, ni para despachar en unas breves líneas. Tal vez en esa lucha entre el momento fugitivo que nos mide la vida, y la eternidad apetecida; en la resistencia a morir, a desaparecer, borrarse, no ser, está la oscura manifestación de mi religiosidad. Porque querer ser inmortal es necesitar a Dios, es pedirlo mansamente, sin atreverse siquiera a hablarle, por si se habla al vacío. Mi poesía tal vez sea de una religiosidad a la que le falta Dios, que espera ocultándose que sea Dios quien dé el primer paso que a mí me impide dar la razón. Y nadie piense que se trata de una ridícula soberbia, ni de una razón totalmente *razonable*. Por el contrario es el desconcierto de quien no tiene la mente muy clara ni muy claro el corazón, en esto como en otras muchas cosas.

Mis versos, tal vez, hayan visto lo que yo no he sabido ver.

LA LLANURA

Este llano de muerte, esta tierra maldita,
este otero desnudo de costados resecos,
este páramo triste, donde el hombre que grita
no encuentra un solo monte que devuelva sus ecos,

este desierto mudo, esta monotonía,
esta soledad ocre como una calavera,
no nos desesperanzan: sabemos todavía
que después del estío, otoño nos espera.

(¡Tener alas de pájaro, Dios mío, tener alas
de pájaro!... ¡Volar hasta la mansedumbre
del mar!... ¡Llegar a Ti por sus blancas escalas
a quemarnos los ojos con tu divina lumbre!)

Sabemos que defiendes con tu dorado escudo
los trópicos dorados, los solitarios polos.
Míranos, desterrados, sobre el suelo desnudo.
¡Señor, Señor, por qué nos has dejado solos!

ORACIÓN PRIMERA

No sé por qué fatal llamada
por qué secreto y ciego impulso
me siento al borde del camino,
me acerco al agua y le pregunto.
Hoy la mañana se descíñe
y me siento más sueño suyo,
más empapado de su sangre
toda de savias y de zumos,
vegetalmente modelado
en las entrañas de sus surcos.

Hoy la mañana es sólo mía
y quiero ser su hijo desnudo;

tocarla, a ver si se deshace
igual que un álamo de humo,
arrancarme mis propios ojos
para mirarla con los suyos.

Tenía ganas de cantar
y estoy parado, y solo, y mudo,
esperando a que me pregunte
qué ha sido de ellos, vagabundos
por otras tierras, solitarios
por otro tiempo triste y turbio.

No es posible cantar a solas.
Ya todo se ha tornado oscuro
y hemos de orar por ellos, tierra,
de rodillas ante tu muro.
Hemos de orar por todos ellos,
desencantados y difuntos,
locos y tristes y cobardes,
ciegos, perdido ya su rumbo.

Todas las cosas me comprenden
aunque sus labios estén mudos:
el agua, el árbol, el silencio,
la nube, el vino, el campo húmedo.
Son afluentes que van a Dios
y Dios escucha en cada uno.
Y que Él recoja la palabra
y le dé su destino justo.

VIENTO DE INVIERNO

Si me hiciste, Señor, de barro tierno,
de húmedas albas silenciosas,
¿cómo no dar, por mi terrestre invierno?
la más perfecta de tus rosas?

Si me hiciste de musgo y llamas locas,
de arena y agua y vientos fríos.
¿no he de buscar mi ser entre las rocas,
en las arenas y en los ríos?

¿No he de sentirme enriquecido al verlos
en olorosa y cruda guerra,
si me diste dos pies, para tenerlos
siempre en contacto con la tierra?

CUMBRE

Firme, bajo mi pie cierta y segura,
de piedra y música te tengo;
no como entonces, cuando a cada instante
te levantabas de mi sueño.

Ahora puedo tocar tus lomas tiernas,
el verde frescor de tus aguas.
Ahora estamos, de nuevo, frente a frente
como dos viejos camaradas.

Nueva canción con nuevos instrumentos.
Cantas, me duermes y me acunas.
Haces eternidad de mi pasado
y luego el tiempo se desnuda.

¡Cantarte, abrir la cárcel donde espera
tanta pasión acumulada!
Y ver perderse nuestra antigua imagen
arrebataada por el agua.

Firme, bajo mi pie, cierta y segura,
de piedra y música te tengo.
Señor, Señor, Señor: todo lo mismo.
Pero, ¿qué has hecho de mi tiempo?

LOS MUERTOS

Entre lívidas luces andan:
¿hacia qué centro se encaminan?

Has apresado en la penumbra
el ritmo que los fataliza.
En tropel andan. Entre pálidas
luces. Se empujan. Se arrodillan.
Con su incansable alzarse de ola
desbordan las celestes cimas.

Pero no saben rebelarse
ni correr hacia la alegría.
Nadie les dicta la palabra
con que desnuden el enigma.
Acaso Él siegue con su hoz
sañudamente las espigas.
Acaso escuchen tras la puerta
sonar su música divina.

Tú te metiste por su muerte,
la palparon tus manos frías.

Tú quisiste robar el fuego
y te has abrasado la vida.

POEMA PARA UNA NOCHE BUENA

1. *El vengador*

Te soñé como un ángel
que blandiera la espada
y tiñera de sangre
la tierra pálida;
como una lava ardiente;
como una catarata

celeste, como nieve
que todo lo olvidara.

A veces, cuando el viento
del sur se desataba;
cuando alzaba el invierno
su llama blanca;

cuando el cielo sombrío
derramaba las ascuas
de la tormenta, he dicho:
"es su venganza".

Hería con mi herida,
luchaba, con mis armas,
volaba por la vida
con mis alas cortadas.

El Vengador, el fuerte
Ángel de la venganza,
mataba con la muerte
que a mí me daban.

Y teñía de sangre
la tierra pálida.

2. *Noche cerrada*

Cuántas estrellas tendrá
el mar esta noche...

Cuántas olas, cuántas almas
en pena, cuántos verdores
que tan sólo el Vengador
oculta y conoce...

Abierta la noche está
como un gran sueño. Los nombres

los lugares, los caminos,
las horas, los montes,
se han borrado. Sólo queda
soledad y noche.

Oh, Vengador: negras alas,
negras músicas, enormes
horas negras... Vengador:
soledad y noche.

¿Han de alimentar el alma,
Vengador, tus roncós sonos,
tus negras alas, tu paso
helado...? ¿Negros crespones
adornan la dolorida
soledad del hombre?

3. *El niño*

Un niño de oro y rosa ¿puede
anticipar el alba?
Una brizna de hierba ¿puede
ser el brazo de la venganza?
El Vengador ¿es el amor?
La mano débil ¿es el hacha?
Con sangre suya y llanto suyo
¿rescata ajena sangre y lágrimas?

Todo era oscuro. Soledad
y noche. (El alma aprisionada.)
Y ahora en la noche se ha encendido
maravillosa llama.
Entre espumas de ola y de nube
el alma canta, liberada.

Como si fuera el centro ardiente
del amor que todo lo abrasa.

4. *Noche hermosa*

Sabed: si se la escucha,
se oye latir la piedra.
Y resuenan y acuerdan y hermanan sus voces los
siglos
en la dura madera.

Hoy la noche es la mano
que pulsa la piedra y la estrella,
y el corazón el dorado racimo
que va de la estrella a la piedra,
que va de la piedra a la estrella.

Qué silenciosa mano
el corazón aprieta.
Y cómo cae el zumo
y rocía la hierba,
y humedece las calles,
la silenciosa piedra,
las fuentes donde todos
los astros se reflejan.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
faro celeste que alumbra a los que anden
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino viento que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agita y no pone temblor en la
playa desierta.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
encendido celaje
interior, agua eterna
que se agita, que corre

de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra...

LA SOMBRA

¿Todo en Él es presente:
el futuro, el pasado?
Lo que será y ha sido
¿es actual en sus manos?
¿A un mismo tiempo toca
la semilla y el árbol?
¿En el brote ve el tronco
talado y abrasado?
Nos contempla y ¿tan sólo
puede llorar, llorarnos?
¿Nos tiene ya en su gloria?
¿Nos tiene condenados?
¿Ve en nuestros pobres huesos
el alba y el ocaso?
¿No puede detenernos
ni puede apresurarnos?
¿Llora por lo que tiene
que pasar (y ha pasado)?
¿Llora por lo que ha sido.
(Por lo que aún no ha llegado)?
¿Nos arranca del tiempo
para que no suframos
nosotros, sus heridas
criaturas, esclavos
sombríos? ¿Nos ve ciegos
y no puede guiarnos?

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Nació en Granada, en 1922. Escribe también novela y ensayo. Premio Ciudad de Barcelona y premio Elisenda de Montcada.

Libros publicados:

Pedro el ciego.—Madrid, 1954.
Elegías y gozos temporales.—Madrid, 1956.
Retablo.—Arcos de la Frontera, 1959.
Río esperanza.—Madrid, 1960.
Requiem.—Madrid, 1961.
Crónica del cosmonauta.—Santander, 1963.
Homenaje a Miguel Hernández.—Málaga, 1967.
Homenaje a Rubén Darío.—Málaga, 1967.
Galería.—Salamanca, 1967.

P O E T I C A

No es elegante repetir aquí lo que ya hemos dicho con análoga finalidad, sobre todo si se utilizan las mismas palabras. Uno ha escrito bastante sobre la poesía y los poetas, y uno piensa que repetir estos mismos conceptos es incurrir en vicio o rémora de fría estereotipación. Me gusta improvisar lo que digo, encontrarme frente a frente con mi realidad sin embelecocos librescos. Me pide el antólogo estas notas a propósito de la poesía religiosa. Una poesía religiosa, actualmente entendida, implica en el poeta una actitud histórica, porque la mística, la fe, son cosas que responden a la problemática del hombre. La poesía toda, cualquiera que sea su fórmula expresiva, arrastra un concepto social universal cuando es intemporal, mostrándose unas veces desde sus atributos estéticos a través de un romanticismo, un populismo, un intimismo, un abstractismo. También se muestra desde puntos de positiva inquietud incidiendo en el terreno religioso y filosófico. En el primero de estos casos —el que ahora interesa poner de relieve— se incurre en actitudes devocionales, místicas o moralizantes. Queda por censar la poesía de testimonio que ya no se expresa como concepto social universal, que ya no se entiende como intemporal, sino como histórica propiamente di-

cha, y abarca los terrenos social, político, civil y patriótico.

Pero no se ha requerido nuestra opinión para la apreciación de dichos aspectos. Volvamos a la poesía religiosa. Entre lo devocional, lo místico o lo moralizante, el hombre de hoy —el prototipo teórico se entiende— se instala en la mística, pues de otra forma no se sentiría inserto en un concepto de pura poesía. Lo devocional es descriptivo. Lo moralizante, dialéctico. Ambas intenciones escapan del misterioso dominio del poeta. El poeta no entiende lo que no brota de su propio misterio. Una loa advocacional, un consejo por puro que parezca, los milagros de la Virgen aun en labios de Juan Ruiz —que ya es decir— no son determinativos de una circunstancia nuestra entendida en el presente. Después de este planteamiento previo debo decir que soy un hombre incondicional para la aceptación de la idea de Dios. Soy deísta por naturaleza. Con esto de Dios me pasa —salvando las necesarias distancias— lo que con la Poesía. Dios y la Poesía son magnitudes cósmicas. No me interesa un dios anecdótico como no me interesa una poesía anecdótica. Me basta con el Dios que no conozco, que ni siquiera intuyo. Prefiero esa poesía que es preciso arrebatar al misterio y no aquella otra que se debate en apreciaciones mostrencas descubriendo un Medite-

rráneo civilizado y cotidiano. Por eso, aunque me reconozco como un hombre polemista, que pocas veces ha sido capaz de conformarse, muchas de callar y nunca de resignar la opinión, persevero en abierta oposición a lo que juzgo contrario a la verdad. Todo hombre verista —partidario de la verdad que es lo contrario a ser propicio a la adaptación— ostenta necesariamente una filiación cristiana. Yo defiendiendo la idea de Dios que es, a mi juicio, una verdad empírica, especulativa, lo que en cierto modo quiere decir que es una verdad mía y de mi prójimo afín que la comparte. No existe verdad que no pueda o que no deba ser compartida. Las cosas significan algo en cuanto que revierten en nosotros. Dicho esto, se infiere fácilmente cómo entiendo esta faceta de la poesía religiosa en la que, por otra parte, no me siento inscrito —y esto lo sabe muy bien el antólogo— de un modo estricto o exclusivo. Pero siento la idea de Dios desde el primero de mis libros, y en muchos de mis poemas aflora a menudo esta inquietud. Existe para mí un sistema teocéntrico. Este convencimiento puede determinar una posición, un fatalismo, un sobrenaturalismo fatídico. Como poeta amoroso soy casi hedonista. Participo de un erotismo romántico. Como poeta social, me adhiero al dolor del hombre increpando al que lo provoca. Poco

a poco se llega a la evidencia de que no existe razón para escribir un tipo de poesía que no sirva para ser interpretada desde la esencia metafísica del hombre.

(11 junio, 1968.)

CRÓNICA DEL COSMONAUTA

Tiempo II. (Viaje de Ida)

(Fragmentos)

Así fue como el Hombre
decidió su destino,
mágico escarabajo con su mundo
de fermentado estiércol.
Así fue como Lázaro
regresó de la muerte
asido al rayo en que la luz de Cristo
cabalgaba triunfante.

Así, de pronto,
yo testigo del ámbito infinito
he sorprendido en vuelo delirante
sociedades de fúlgidas estrellas.
y las anchas tinieblas que recuerdan
el envés de la muerte.

Así en mi vuelo, con mi prisa a cuestras,
como aquel caracol de la ribera,
nauta en la vibración leve del junco,
he visto que la tierra se humillaba
a la grandeza universal del cosmos,
me han crecido los días y las noches
y por falta de tiempo me sucede
que mi pena acabó siendo ternura
y mi estupor naufraga en la sonrisa.

Oh carcelaria red de meridianos
y grises paralelos de tristeza,
vieja esfera armilar, cárcel o ruina,
como un rescoldo de pasión te veo
relucir a lo lejos, como un resto
de imposible nostalgia que aletea,
como el yermo paraje en que una alondra
persuadiera de paz la misma sangre.

Fuera de tu atracción soy dios de pronto
 rey por un día, estrella retardora
 con un reloj de sol de alada prisa
 que adelanta la luz sobre la esfera
 al son de mi latido, sangre en punto,
 en punto mi terror, la muerte en punto,
 la neutra ingravidez atenazada
 a este sitio de estar inexorable,
 a esta celda de muerte en que regreso
 de haber supuesto en libertad al Hombre
 más allá de las nubes;
 de suponer la finitud del aire
 desde mi pobre oxígeno cautivo.
 Sigue Lázaro siendo Cristo entero.
 No voluntad del Hombre, sino muerte,
 porque el hijo del Hombre aquí desciende.
 "Primus circumdidisti me ex gravitas..."
 al final de mi viaje soy acaso
 un Elcano sin fe que sólo ha visto
 más escondido a Dios en las estrellas,
 más infinita y colosal la duda.

Tiempo VI. (Dios no responde)

En el punto más alto de mi órbita
 dolidamente grito y te reclamo,
 oh Dios oculto, apenas ya posible.
 Antes de mi regreso necesito
 tu realidad conmigo. No te escondas.
 Puedo ser mensajero de tu Gracia.
 Dime que mi dolor llega a tu sangre,
 triste Dios de los hombres, dame ahora
 el cáliz de tu muerte en un instante.

Te pido mi derecho a la esperanza
 porque quiero probarte y comprobarte,
 porque quiero tenerte y contenerte,

decapitar la duda. Y si me hallare,
 volverme uncido, al fin, a mi destino.
 Cuando menos, será más leve el peso
 de morir en la Tierra que te afrenta.
 Sólo la fe, Dios mío, el pan tan sólo
 para el hambre dispersa que en la Tierra
 te niega, te maldice y te rescata.

Tiempo VIII. (Mi corazón regresa
 a los hombres)

*Hambre nuestra que estás en la tierra,
 santificada sea tu ausencia...*

Oración de los tristes caballeros,
 jinetes de su atávica amargura;
 ansias que sólo ayuntan en sigilo
 con la esquiva limosna de los fuertes...

*Vida nuestra que estás de rodillas,
 que el yugo tuyo maldito sea...*

Desde estas cumbres donde ya ni el viento
 es esencia tangible a la memoria,
 desde estas catedrales que levantan
 aciculares dientes al vacío;
 pueblos de soloazul y mardefuego,
 oigo la voz de un hombre que se queja;
 desde esta sangre fiel a mi latido,
 merced a la que acaso me descubro
 como un milagro conseguido apenas,
 oigo la voz de un hombre que se queja
 y el empeño de Dios por derivarse
 a la inicial altura de su Origen.
 Desde esta casi muerte, a mi regreso
 voy deseando a Dios en cada esquina
 de este mundo ya prójimo en que tuve

que nacer sin quererlo.

Aquí en la Tierra
Dios reside en los hombres y es mi puesto
desertar de la luz de las estrellas
y renunciar a pájaro en la brisa.

¿El hambre es Dios?

Sí, padre. El hambre duele
como a una madre el fruto en que se sangra...
¿La sangre es Dios?

Sí. El mismo que se vierte
en el símbolo atávico. Y el Hombre
—llanto amargo o cristal de ungido Cristo—
el Hombre es el dolor y Dios, el Hombre.

VIRGEN EN EL RÍO

Estaba Jesús hablando.
Nadie escuchaba. Menos dos ángeles,
menos una mozuela calzando
el secreto del agua en su camino.

(¿Quién andará la senda hasta tus hombros,
qué río impaciente
se buscará nacer en tus orillas
hasta sentirse entonces contenido
en la mano del Tiempo?)

La mozuela ¿era carne?
—Iba el sol de por medio—.
No se sabe si aire
o si nube o si viento.
Desnuda menos trenza,
menos junco o silencio.
Jesús quiso enredar,
tejer luz, agua, verbo.
Jugaba a temblar de frío.
Se recorría de miedo.

(Pájaros —el alma vuela—,
árbol —se retuerce el cuerpo—,
viento —¡saluda, recuerdo!—,
recuerdo —péiname, viento—.)

—Señor, ¿qué quieres decir?

—Mi palabra para ti.

(Y el río daba *vivas* a la ciencia del Uno)

—*Bendigo tu trenza
y la banca henchida de tu hermosa
y tu "después" —descalzada del río—
con mi Cruz incesante. Con mi Cruz incesante,
cuerpo que me pronuncia en el espacio,
túnica y brazos por distintos calvarios.
Con mi Cruz incesante.
Mira: entra en mi corazón y, a la derecha,
sobre mi humano palpito tendida,
encontrarás tu fe. Pero en lo sucesivo
—cruz del primer camino a mi Camino—
busca un altar aunque no tenga velas.
No importa. San Francisco impondrá a las
abejas...*

(Ángel: tú no desprecias las alas del
insecto.)

impondrá a las abejas un plan quinquenal.
—Sí, Creo, creo. Creo.

(Y el Tiempo, nuncio apenas con su
bozo a la Gloria.)

—*Creo, Dios mío. Creo. Creo.*

Y la Cruz. Y la Cruz incesante
compeliendo a la Ciencia,
compeliendo a los muertos
posteriores al año treinta y dos,
dividiendo las zonas de lo Eterno

mientras la niña ya no tiembla y deja
toda su pena muerta por el río.

—*Ya no tengo, Señor, no tengo frío.
Ardo en que me reviva de esta muerte
sobre esa nube espesa que retienta...*

(*Y aquí, suelo de Dios: la Gracia
Una vedija de algodón de mentira.*)

esa nube que tienta vuestros pies.

—*Vete a morir contigo y abandona
(huella provisional por las estrellas)
esta escasa distancia.*

*Ya, con tu fe tan grande, se me queda
mi Verdad hecha un niño.*

Ella deshabitó sus prendas

Cayó a los pies del Uno y suspiraba.

Un celaje, una nube sin permiso...

¡y se puso de acuerdo la Inmortalidad!

Y Jesús, como nadie le escuchaba,
en la vedija de algodón de mentira,

(*Pájaros con recados diferentes.*)

tocó la virgen y palpó los vientos,
nula ya su presencia, y se deshizo.

Por predicar al pájaro,
por seguir, por seguir consintiendo
más y más mariposas malogradas.

CARLOS BOUSOÑO

Nació en Boal (Asturias). Doctor en Filosofía y Letras. Profesor en varias universidades americanas y de la Universidad de Madrid. Ensayista y crítico. Premio Fastenrath de la Academia Española. Premio de la Crítica.

Libros publicados:

Subida al amor.—Madrid, 1945.

Primavera de la muerte.—Madrid, 1946.

Hacia otra luz.—Madrid, 1950.

Noche del sentido.—Madrid, 1957.

Poesías completas.—Madrid, 1960.

Invasión de la realidad.—Madrid, 1962.

Oda en la ceniza.—Barcelona, 1967.

En prosa:

La poesía de Vicente Aleixandre.—Madrid, 1950. Segunda edición, Madrid, 1956.

Teoría de la expresión poética.—Madrid, 1952.

P O E T I C A

Creo que toda mi poesía, aun aquella zona de ella más aparentemente lejos de la idea de Dios, se halla traspasada por la emoción de lo trascendente, y en consecuencia, de algún modo, esa poesía podría, sin impropiedad, ser calificada de "religiosa". Religiosa en un sentido amplio, ciertamente, ya que después de mi primer libro, *Subida al Amor*, lo que fundamentalmente cantan mis versos es precisamente la desolación humana ante el hueco atroz que es el mundo cuando éste no se halla justificado por una Providencia que lo pueda salvar del anonadamiento y otorgar sentido en su actualidad. Pero la cosa es más compleja, porque el mundo, visto como intrascendente, es, sin embargo, en mi interpretación, valioso, en cuanto que ahora está ahí con todos sus frescores, gracias y dones: es una "primavera", aunque en última consideración esa primavera lo sea "de la muerte". *Primavera de la Muerte* se llama mi segundo libro, y también el entero conjunto de mis libros, y ese título contradictorio, que rotula toda mi obra y una parte de ella, pretende expresar sintéticamente la paradoja esencial que he sentido y creído ver, como poeta, en la realidad: valor y desvalor del orbe todo. Paradoja y antítesis del mundo que, de otra parte, es la fuente principal tanto de las parado-

jas expresivas que tanto abundan en mis poemas de los últimos años, como de la sentimentalidad dúplice, antitética también, desde la que mi obra ha sido concebida y ejecutada: gravedad de meditación en muchos momentos frente al exaltado tono de goce de otros instantes, que, si estadísticamente son menos frecuentes, no carecen, a mi juicio, de significación.

SALMO SOMBRÍO

No pases, Dios, ante mi rostro oculto,
no cruces como un cielo sin estrellas
llevado raudamente, arrebatado
por un árbol veloz en las tinieblas.

No cruces alumbrado por la sombra,
incendiado con luz de sombra espesa
mientras mi cuerpo se retuerce en llamas
amando con silencio, angustia y pena.

No cruces mientras amo un cuerpo oscuro,
mientras gimo entre cardos y entre piedras,
mientras beso con hierro y con tortura
venas ardientes, arenosas, ciegas.

Morderé tierra, romperé raíces,
desgarraré mi carne con fiereza,
pero aleja tu faz, tu faz que temo
en esta noche de rugido y selva.

Aléjate, abandóname en la sombra,
que quiero ser raíz y tierra seca
para poder amar este torcido
tronco sin luz, a solas y en tinieblas.

SALMO DESESPERADO

Como el león llama a su hembra, y cálido
al aire da su ardiente dentellada,
yo te llamo, Señor. Ven a mis dientes
como una dura fruta amarga.

Mírame aquí sin paz y sin consuelo.
Ven a mi boca seca y apagada.

He devorado el árbol de la tierra
con estos labios que te aman.

Venga tu boca como luz hambrienta,
como una sima donde un sol estalla.
Venga tu boca de dureza y dientes
contra esta boca que me abrasa.

Tengo amargura, y brillo como fiera
de amor espesa y de desesperanza.
Soy animal sin luz y sin camino
y voy llamándola y buscándola.

Voy oliendo las piedras y las hierbas,
voy oliendo los troncos y las ramas.
Voy ebrio, mi Señor, buscando el agrio
olor que dejas donde pasas.

Dime la cueva donde te alojaste,
donde tu olor silvestre allí dejaras.
Queriendo olerte, Dios, desesperado
voy por los valles y montañas.

SALMO VIOLENTO

Te amo, Señor, escúchame:
Soy de la selva, vengo de la selva.
Brillo de amor cual estallante hierro.
Brillo feroz con luz frenética.

Sólo amor soy de piedra sorda y lúcida.
Te amo, Señor, con mis raíces secas.
Vengo hasta ti porque te amo, y luzco
como un peñasco en una noche negra.

Devora mi amargura y tierra amarga.
Devórame, Señor de mi tormenta.

Ruge de amor dentro de mí. Soy pasto
deslumbrador para tu boca hambrienta.

Come mi corazón. Suéltate dentro.
Suelta tus huracanes de violencia.
Quiero gritar de amor, de Dios, de gloria,
hecho ya luz en las estrellas.

Sienta pasar dentro de mí el torrente
que por el firmamento se despeña,
cielo aniquilador furioso y raudo,
cielo de estruendo y turbulencia.

Señor, Señor: soy una peña oscura
que te ama, soy monte que se entrega.
Las tinieblas me cubren, y deslumbro
de rugido y amor, de ruina y selva.

SANGRE DE DIOS

Voy caminando por el mundo.
Voy caminando sin consuelo.
Buscando a Dios amargamente,
amargamente en mi destierro.

Esta es mi sed y mi honda pena.
Que le amo mucho y no le encuentro.
Que le amo mucho entre la sangre,
allá en lo rojo y lo secreto.

¡En dónde estás, oh Dios, oh Vivo?
Quiero la paz sobre tu pecho.
Estoy cansado y solitario.
¡El hombre es solo sin remedio!

Soy hombre y solo, oh Dios ardiente.
Tú eres mi sangre sobre el cielo.

Tú eres mi sangre irrefrenable
que en las estrellas va cayendo.

Huelo mi sangre de los astros.
Quiero mi sangre de los cielos.
Cálidamente llueva sangre.
Me moje en sangre todo el cuerpo.

Quiero enterrarme en el Dios puro,
el Dios de sangre y de misterio.
El es lo dulce y lo terrible.
El es mi tumba junto al trueno.

CRISTO ADOLESCENTE

Oh Jesús, te contemplo aún niño, adolescente.
Niño rubio dorándose en luz de Palestina.
Niño que pone rubia la mañana luciente
cuando buscan los campos su mirada divina.

En el misterio a veces hondamente se hundía
mirando las estrellas donde su Padre estaba.
Un chorro de luz tenue al cielo se vertía,
al cielo inacabable que en luz se desplegaba.

Otras veces al mundo mirabas. De la mano
de tu madre pasabas con gracia y alegría.
Pasabas por los bosques como un claror liviano,
por los bosques oscuros donde tu Cruz crecía.

Niño junto a su madre. Niño junto a su muerte,
creciendo al mismo tiempo que la cruda madera.
Me hace llorar la angustia, oh Cristo niño, al
verte
pasar por ese bosque junto a la primavera.

LA TARDE DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Era la luz sobre la tarde,
última tarde, triste y plena.
Yo lo recuerdo. Tú ascendías.
Era la luz triste y serena.

Subías dulce y amoroso
como un envío de la tarde buena,
y a la luz serenabas, como un monte
la tarde puede serenar inmensa.

El mundo todo era un murmullo;
suave dolor, gemido era.
Ibas entre los aires delicado
bajo la primavera.

Yo lo recuerdo. Una voz dijo:
"Fue como luz sobre la tierra".
Luego el silencio invadió el aire
iluminado de tristeza.

Desde la tierra un niño contemplaba
apagándose arriba tu presencia.
Luego miró el crepúsculo, los campos.
Pasaba un ave. Tarde lenta.

ORACIÓN DESDE AQUÍ

Y, sin embargo, sé que te he negado
en muchas horas; sé que todavía
te he de negar quizás y que tu sombra
me habrá de vigilar desde la altura.

Tal vez sea mi carne y la de otros,
hilada en el tejido de los sueños,

menos que sombra, acaso sólo eso:
fantástico deseo impronunciable.

Nosotros los cargados de preguntas,
los padecidos de pregunta y sueño,
tal vez no merezcamos tu presencia
final, tras la jornada que termina.

Baja la luz es ya, y en el poniente
alguien contempla una figura noble
que protectora alarga sus dos brazos
hacia nosotros; otros ciegos miran
y nada ven, y acaso aman más hondo.

Pasan los años fatigados, lentos
como bueyes en campos amarillos,
y en la llanura inmensa que se alarga
crepuscular, aún no sabemos
si toda la labor ha sido inútil.

Y acaso sea así; y acaso sea
necesario que tal consideremos
nuestro vivir, por merecer un día,
tras la fatiga entre la mar del odio
y la vacilación de Ti, mirarte
surgir feliz en medio de las olas.

CRISTO EN LA TARDE

"Yo soy la luz". Miraba hacia la tarde.
Un polvo gris caía tenue, lento.
Era la vida un soplo, un dulce engaño;
sombra, suspiro, sueño.

Ya su figura por los olivares
se iba desvaneciendo
en soledad. Ni un pájaro existía.
...La tarde iba cediendo.

"Yo soy la luz". Silencio. "Soy... Oídme..."
Espacio. Olivo. Cielo.
"Yo soy la luz". Su voz era un susurro.
El aire, ceniciento.

"Yo soy... yo soy..." La sombra le envolvía.
Cayó la noche. Se escuchaba el viento.

SEÑOR

Perdón si dudo, Dios de mi esperanza.
Perdón si creo, Dios de sombra y duda.
Perdón por la tristeza que se anuda;
por la esperanza y la desesperanza.

Perdón por esta luz que ahora me alcanza
o la sombra en que pronto se me muda.
Perdón por esperar tu fuerza ruda,
pero, Señor de mi destino: avanza.

Avanza así, guerrero de mi vida.
Avanza fuerte. Yo te desafío.
Lucha conmigo hasta la amanecida.

O roza leve con tu viento frío,
Señor de sombra, luz desvanecida,
blanco fantasma, semejante mío.

PLEGARIA A DIOS POR LA REALIDAD

Dame el amanecer con su corola,
la fresca tierra con sus frescos ríos
y la montaña con su larga cola
de desafíos.

Dame la piedra y su contorno duro.
Dame la libertad con su albedrío.

El fondo inmenso y el fragor maduro
del mar bravío.

Dame los cielos con su nombre hermoso.
Dame su anchura donde yo te sienta,
donde estar vivo puede ser reposo
que no se aumenta.

Dámela Tú. ¡Que pueda yo tocarte,
meter mi mano en los espesos cielos,
y tropezarte vivo y arrancarte
vivo y sin velos!

ODA A LA CENIZA

A Francisco Brines.

Una vez más. Las olas, los sucesos,
la menuda porfía que horada
la granítica realidad, el inmóvil
bloque donde los tiempos
giran como un águila
aciaga.

Cada minuto el mundo es otro,
otra la muerte,
otro el desdén, la diurna aparición del entusias-
mo,
el radical sentido.

Perdemos suelo,
firme contacto, asidero de sombras. Dame
la mano, álzame, tocaría
acaso la sublime
agarradera sin ceniza, la elevada
roca, el alto asiento
del resplandor, la puerta que no gira
ni se abre, ni cierra, el último
fundamento del agua, de la sed, de los aires
diáfanos,

del barro mísero donde el ardor se quema
como un ascua. Oh tentación de ser
en la portentosa verdad,
en el irradiante espacio, estallido de veneración
más allá del respeto
sombrió. Oh calcinante
idealidad sagrada que no arde ni quema
en la deslumbradora invisibilidad, en la increíble
fuerza del mundo. Oh témpano de oceánico ardor
donde el cansancio
puede brillar y la queja
abrasar y ser otra, y el hombre apeteer y saciarse
en el alimento continuo.

Oh desaliento
del desconocer, hambrear, consumirse,
centro del hombre,

Tú, mi compañero,
triste de acontecer,
tú, que como yo mismo ansías lo que ignoras y
tienes lo que acaso no sabes,
dame la mano en la desolación,
dame la mano en la incredulidad y en el viento,
dame la mano en el arruinado sollozo, en el ló-
brego cántico.

Dame la mano para creer, puesto que tú no sabes,
dame la mano para existir, puesto que sombra
eres y ceniza,

dame la mano hacia arriba, hacia el vertical puer-
to, hacia la cresta súbita.

Ayúdame a subir, puesto que no es posible la
llegada,

el arribo, el encuentro.

Ayúdame a subir puesto que caes, puesto que
acaso

todo es posible en la imposibilidad,
puesto que tal vez falta muy poco para alcanzar
la sed,

muy poco para coronar el abismo,

el talud hacia el trueno,
la pared vertical de la duda,
el terraplén del miedo.

Oh dame
la mano porque falta muy poco
para saltar al regocijo,
muy poco para el absoluto reír y el descanso,
muy poco para la amistad sempiterna.

Dame la mano
Tú que como yo mismo ansías lo que ignoras y
tienes lo que acaso no sabes,
dame la mano hacia la inmensa flor que gira en
la felicidad,
dame la mano hacia la felicidad olorosa que em-
briaga,
dame la mano y no me dejes caer
como tú mismo,
como yo mismo,
en el hueco atroz de las sombras.

ALFONSO ALBALA

Nació en Coria (Cáceres), en 1924. Estudió Derecho y Filosofía y Letras. Escribe asimismo novela.

Libros publicados:

Desde la lejanía.—Madrid, 1949.

Umbral de armonía.—Madrid, 1952.

El friso.—Madrid, 1966.

P O E T I C A

Nos constituye el amor, o la palabra, que es lo mismo. Uno piensa que la poesía no es, no puede ser otra cosa que la verificación de esta certidumbre: somos, por la palabra, hombres y, como tales, consistimos, no al vivir, sino justamente al convivir, no en el yo, sino en el tú, en un ámbito de donación y entrega y, al mismo tiempo, de recepción y plenitud. La persona es ágape, religación evidente y misteriosa, diálogo y asombro. Palabra, a fin de cuentas.

Hay, en la palabra, una raíz originaria, una oscura vibración fontal, última, donde la palabra misma es esencialmente *encuentro* y, por tanto, verificación del hombre. Justo en ese encuentro, en el ámbito mismo del misterio en que alentamos, es donde el hombre siente y consiente, esta suerte de infinitud que propiamente no comparte con el hombre, sino que le religa —unitaria, personalmente— con Alguien que le es ajeno de un modo total, absoluto, y que, sin embargo, es suyo, siéndole, además, vecindad querenciosa, pavor unas veces y, las más, júbilo, y presencia abierta, inacabable, donde —porque el tiempo es solo la medida del cuerpo— nuestra duración se hace continuidad en la palabra. Dar testimonio de esta invisible y real ligazón del hombre, bus-

car —con la palabra, por la palabra y en la palabra— esas raíces, pienso yo que es hacer y hacernos verdad, esto es: poesía.

No en vano en el principio fue y es siempre el Verbo, la Palabra. Ella nos asocia, nos religa al tú con tal fuerza que lo sobrepasa para religarnos de un modo absoluto a Dios. Dudo mucho que la poesía, en sí misma, pueda no ser otra cosa que religación —en el sentido zubiriano del término— del hombre o su palabra con el Verbo. La revelación al menos se nos da por la palabra, como el paisaje por la luz o el alma por el cuerpo. Decir, contar, cantar del hombre mientras la noche dura, y la esperanza, es religarlo personalmente —esto es: libremente— al Otro. Hacer camino en el Camino.

¿Hay poesía religiosa o es, siempre, toda poesía, *religiosa*? No sólo no me inquieta, sino que me parece ociosa la respuesta. Sería tanto, y tan inútil, como tratar de averiguar si la palabra puede ser o no ser religiosa. El adjetivo es admisible por razones pedagógicas. Para ver es necesario acotar, parcelar la realidad con la mirada. Pero yo pienso que, más que la intencionalidad del poeta, es la intensificación expresiva de la palabra (sus posibilidades de revelarnos los últimos estratos del ser que nombra, y la vibración profunda y decisiva donde la palabra acaba y el

encuentro y, por tanto, la religación o la huida, surgen) lo que puede darnos esa poesía esencial que el hombre, conforme regresa, ha de exigirnos siempre.

ORACIÓN POR LA ARMONÍA

Te doy gracias, Señor, por la palabra:
con ella, el alma sigue siendo mía;
me diste Tu palabra, poco a poco,
mientras te daba yo mi última lágrima.

¿Poesía es la palabra? ¿Señalar
la huella de Dios sobre las cosas?
¿Poesía es el llanto de los hombres,
mientras la muerte viene a la antesala?

...Te doy gracias, Señor, por la palabra:
Tú me la has dado para seguir siendo,
para que sean también los demás hombres,
y sea el paisaje y la mujer amada.

Es el perfil de Tu obra, la palabra:
las cosas nos la ofrecen, como mano
izada, para señalarnos solo
su presencia. Ahí están, bajo hondos siglos.

Quizá el tacto de Dios tenga sus nombres.
Así, cuando al hogar, tras larga ausencia,
vuelve la madre. La palabra, acaso,
sea Tu larga mano entre las cosas.

Ella, como una esposa joven, viene
de vez en cuando hasta mis galerías,
lo pone todo en orden, y abre luego,
a la hora del sosiego, sus ventanas.

Ahora cae Tu chorro tibio al alma;
—ella, la muerte, mi esperanza, un verso—
se ordena este dolor, y pasa luego
como un río que vuelve a hallar su cauce.

Después te quedas Tú, como el rocío
cuando nace la luz detrás del bosque...
Tal vez estés Tú mismo en la palabra.
¿Por qué mueren los hombres y ella queda?

SALMOS

¿Como el pan de Tu carne,
como Tu pan, sus manos?

Sobre este corazón antiguo,
manos largas de salmos.

Lluvia de salmos: cae
Tu clara voz de antaño
Tu voz de siempre, llueve...

Corazón entre salmos,
igual que un olmo viejo
verdecido de pájaros.

¿Dónde tu corazón?
¿Por qué me dais tantos
corazones, amada?

Llueves sobre mis lagos:
corazón hacia ella,
corazón como un salmo.

Igual que un olmo viejo,
cerca de Dios, hermanos.
Caerá la lluvia lenta
y ciega de sus salmos,
como manos de espigas,
como senderos largos...

SUMISO A TU PALABRA

Llamado estoy, Señor, a la armonía,
desde este barro Alfonso, sumidero
de mi afanoso izar, en tu madero,
mi corazón altivo, todavía.

Morder siempre tu Verbo, con mi encía;
desde el principio, ya con mi asidero,
desde la tierra madre hacia tu alero,
a comulgar tu voz en romería.

Comulgar de tu pan y de tu vino,
ser yo tu vino y pan, mi Dios lejano,
ser mástil de tu sed, y, de camino,

comulgar la canción de aquella mano
donde tu tacto empieza, donde el lino
de tu vellón me llaga, Cristo hermano.

ORACIÓN

Dame, Señor, sus ojos,
Para saber de Ti en el Evangelio...

Es pura, y no pensó, quizá, nunca en la muerte:
su carne, transparente, igual que el agua quieta,
Como agua mansa pasa por mi recuerdo ahora...

Ahora no me importaría morir:
como si Tú me limosnaras,
su mano me ha de darte.
Para volverme a tus zaguanes
—¿Por qué, si no me necesitas?—
me sonríes siempre, desde ella,
y le diste esos ojos hondamente bellos

para más amístarlos,
y perder este oscuro miedo a la otra orilla.

¿Se pensó alguna vez tu muerte?
Por hacerte oración habrá venido:
ella es una canción.

Ahora, no me importaría morir.
Y pienso que es ella, al decirla;
que ella me hace el vivir de tu presencia.
Dame, Señor, sus ojos,
para saber de Ti en el Evangelio.

No me dejes profanarla:
si así ha de ser, prefiero no entrar en sus can-
celas.

No me importan sus pechos.
Quiero oír tu voz desde su carne,
que es ella una canción.
—Lo eterno es una canción sólo—.

Tu cauce es ancho, muerte, vieja amiga.
Desde tu orilla esperaré mis siempre:
mis hijos, nuestros hijos...
¡Siempre canción, mujer, hermana muerte!

TACTO DE DIOS

Tu abandonada luz, continuamente,
sobre mis hombros cae como un ala:
ebrio, Señor, de luz en mí antesala
tu luz me aloca y toca tibiamente.

Tacto de Dios apenas, blandamente
cala mi mocedad, como una gala
de domingo con lluvia, y me regala
este gustarme Dios calladamente.

Hacia tu ciega boca mi mejilla,
y Dios, calladamente, hacia mi espera,
y esta luz en mis hombros, mi gavilla

de abandonada luz, ancha frontera,
ausencia apenas, luminosa quilla
continuamente hiriendo tu ribera.

CRUCIFIXIÓN Y GRACIA

Cuerpo total, yacente en el madero,
naciente Iglesia en cruz, en mi calvario
déjale así, desnudo, sin sudario,
porque ahora es este Cristo mi cordero.

Soy cordero de Dios, soy sumidero
jubiloso de Dios, hondo sacrario
donde guardar su pan en el almarío
de este llagar amor mi manadero.

Ara de Dios, te soy, hambre esteparía
en cruz, en luz, en sed y parusia
hacia el alba total de la plegaría.

En tu madero aguardo la agonía
que cristifique en mí mi necesaria
sazón de serte solo eucaristía.

ALFONSO CANALES

Nació en Málaga, en 1923. Abogado. Premio Nacional de literatura.

Libros publicados:

Sonetos de color.—Málaga, 1943.

Las musas en festín.—Málaga, 1950.

Sobre las horas.—Málaga, 1950.

El candado.—Málaga, 1956.

Cuestiones naturales.—Málaga, 1961.

Cuenta y razón.—Madrid, 1961.

Vida de Antonio.—Málaga, 1964.

Aminadab.—Madrid, 1965.

Port-Royal.—Barcelona, 1968.

P O E T I C A

Ante todo y sobre todo, soy lo que se llama un "homo religiosus", a quien no basta el contexto diario de las respuestas usuales. No adolezco de timidez, pero no sabría dar una brazada en la vida sin el asidero que la fe me proporciona. La fe católica me ha suministrado siempre, por otra parte, la respuesta adecuada a la casi totalidad de los problemas fundamentales que me acucian.

Ser católico, a estas alturas, no supone —providencialmente— tanta abdicación como suele presumirse. Dios se hizo hombre, pero la humanidad de Dios comporta el más perfecto de los humanismos. No queramos ver solamente en Cristo a un pobre judío muerto en Belén, bajo el reinado de Tiberio César, sino al Dios encarnado en el hombre de todos los tiempos: en el de ayer, en el de ahora y en el del futuro.

Tampoco queramos medir la confesión católica con el rasero intransigente que algunos profesionales —más que confesionales— del catolicismo se han hecho a la medida de sus conveniencias o de sus buenas intenciones. Aunque ser cristiano implique una incómoda superación diaria, pues, para un cristiano, la "imitatio Christi" es nada menos que la imitación de Dios; es más: la imitación del Dios imitante, del Dios que co-

mulga con la criatura, invitando a la criatura hacia un esfuerzo paralelo.

A nadie repudio. Ni siquiera a los que se sienten abastecidos con este mundo y con las tareas que este mundo exige. Me entusiasmo ante el esfuerzo de los que trabajan inmersos en silogismos encadenados, con cabos que no se anudan. Tienen más mérito que yo.

Pero yo sigo creyendo que hay algo más en el Cielo y en la Tierra de lo que puede alcanzar la filosofía. Palpo la realidad del Demonio, considero eficaz el renunciamiento del anacoreta o de la monja de clausura —con eficacia paralela a la del agitador revolucionario—, y estimo que, puesto que en el principio fue el Verbo, la palabra es un menester sagrado.

Ello me afirma en dos convicciones: la de que la actitud religiosa del poeta sigue, y seguirá siendo, un talante válido, quizás el más válido de todos; y la de que no se debe renunciar al cuidado del lenguaje, en aras a una llaneza que no llevará siempre como correlato el incremento de lectores, y que, por otra parte, significará, muchas veces, más insinceridad que abdicación.

No nos servimos de la palabra. Más bien es la palabra la que se sirve de nosotros. A través de la palabra conocemos y amamos, pero el lenguaje nos precedió en el tiempo, y seguirá vivo y elocuente cuando hayamos enmudecido del

todo. Dijo Goethe: “No conozco peor orgullo que el de quien pretende hacerse con el espíritu antes de haberse familiarizado con la letra”. A través de la letra, por muy fría que la letra nos parezca, nos llegará a poseer el calor del espíritu, su lengua de fuego.

Y yo diría que no hay más fuego, que no hay más licor embriagante que aquél que se nos sube a la cabeza.

PESQUISA DEL DIABLO

He rastreado en fustes y en alambres,
he querido encontrar tu huella en los escombros
de una mansión vencida por el tiempo,
he poblado de palomas la torre de una iglesia,
por ver si sorprendía entre sus alas
el impacto del fuego.

He cerrado los ojos fuertemente,
de cara a la penumbra,
en una vacía sala de conciertos,
y con intensidad he pensado en los más abyectos
crímenes,

en los trapos más sucios de miseria
en la saliva turbia del oído

Luego, abiertos los párpados,
he escrutado los sombríos rincones,
atentos los oídos al crujir de los muebles,
vivo el vello a los soplos de todas las rendijas,
esperándote.

He paseado a lo largo de los muelles,
cuando al anochecer busca un descanso la lluvia,
cuando las mercancías se aburren de estar muer-
tas

y una rata se atreve a buscar su sustento.

He encendido un cigarro, provocándote
con la llama que, aguda, embebe el rostro,
temblorosa la mano sin defensa.

Y te sentía, a veces. Me volvía
súbito hacia un temblor, te adivinaba,
te veía surgiendo, creciendo, remontándote,
grumo de lodo, aliento de la tierra.

A veces, olvidado ya del ansia,
solo conmigo o con el mundo, estando
entre peso y alivio,
como un humo levísimo, advertía

que te enroscabas en el tiempo, haciendo patente tu desprecio.

“¿Por qué sueñas?”, decías. No pensabas que el sueño es una parte de la lucha que se adhiere al descanso, y lucha significas si aún aguarda el tiempo su final. O lo sabías y anhelabas el vuelco de este vaso que colma la esperanza.

Porque no nos entiendes. Si yo arañó los muros si bajo cal, si bajo aire atiendo la señal de tu asco, es porque sé que eres el reverso de una moneda; espero volverte boca abajo, sentir el molde de tu bulto en polvo, tu desesperación de espaldas, verte, no verte estar, sentirte envés de la desdicha, bajo el peso de Dios, que fulge y oye.

INVITACIÓN A LA LUZ

¡Aminadab, Aminadab, los hombres ya no conocen tu cuadriga! Viejos, cansados alazanes, en el recinto oscuro, rumian la paja de otros siglos. ¿Nadie te invoca, Aminadab? ¿No turbas ya la ilusión de nadie? ¿La paz es tuya? ¿El campo es tuyo? ¿Muertos yacen los paladines que con acero soleado golpeaban el escudo suspendido en la jamba de tu albergue? Antaño el día los convocaba, bellos sobre el albero, a pugna desigual. La noche era tu imperio, mas el alba

fruncía los oscuros cortinajes, desilvanaba los siniestros arameales urdidos por el sueño, destejía los vanos paramentos que tu presencia hilaba, y te mostraba pobre, desarmado y vencible. Ahora el olvido te hace fuerte. No hay ya necesidad de los caballos para trillar la parva de las flores, porque el yermo ya es yermo. No hay pájaro cuyo canto se atreva a suspender el corazón de los que oran. No hay martillo que caiga sobre tu maleficio.

¡Aminadab, Aminadab, el hombre se ha resignado a no durar! Madura está su carne para ti. No espía el ojo ya: la mano palpa. Lágrima es la mirada que en los dedos reposa, que en la palma sosiega su brillo, su esperanza, y no apetece, Aminadab, el cielo.

¡Aminadab, Aminadab, los cauces de tu perfidia erigen a Caín sobre el Arca! El golpe sólo es golpe. El fuego, sólo fuego. La enfermedad, el jugo de una vida que la materia urde contra sí misma. Ya la Historia Lausíaca, Casiano y Atanasio, en nichos, plúteos, pudren su papel en reposo.

Mas el gesto de Dios sobre la altura del pináculo aún muestra un opuesto camino. Suda el labio la palabra de loa, y es alegre el peldaño, si el ansia desbarata los techos, si los muros

acotan solamente la medalla
frágil del tiempo, si el vacío cuarto
no nos asume.

Hay brazos
que todavía no se muestran dóciles
al costado. Y espaldas
en las que pluma crece.
¡Aminadab, Aminadab, hay huesos,
alados huesos,
incrédulos huesos que locamente persisten
en afirmar la sal que los abriga!
Existimos aún los que besamos
cada noche la piel de nuestros hombros;
los que escarbamos en la tierra,
buscando oro, agua;
los que abrimos los hojas
de las ventanas en estío, y vemos
un cúmulo de dicha
en el soplo que irrumpe; los que amamos;
aquéllos para quienes las criaturas
no soportan la fiebre sin designio.

Aminadab, aún tiene la manzana
pulpa y frescor. Y hay labios
que no la rozan sino siete
veces: lo justo, Aminadab. Aún siembra
aroma el corazón de los hundidos.
Monta
tu tienda y tu valor.
Requiere
tus más antiguas y olvidadas artes.
Que doble fuego pugne,
como ayer, en las puras
criptas del sacrificio.
A la envidia te llamo: Dios existe;
Miguel vela. Te invito a la codicia:
el tiempo es oro;
el silencio es de oro,

y tras los muros del silencio gira
un anillo sin fin.

¿En qué reducto
piensas reinar? ¿Qué ciegos animales,
en qué desfiladeros, apacientas?
¿Bajo qué antiguo árbol
a una doncella robas el calor y la dicha?

En un día glorioso,
a orillas del azul, sobre una cima,
a punto de estallar la primavera,
cerca del sol, mecido por el viento,
creo soñar despierto con la escala,
creo ver el trasiego de los ángeles,
la brecha cenital, la blanca lluvia
del plural alimento, los espinos
incendiados de Dios. Y con palabras
no rituales, lejos de tus signos,
Aminadab, Aminadab, te invoco.

ECLIPSE DE DIOS

Se durmió el hombre tan seguro,
rendido a las caricias de los habituales objetos,
cara al techo, pensando que hay un Padre.

Poco a poco, un nublado acontecer
lo sume en almo olvido.
Nada le queda, nada, salvo el corazón a veces,
que dice: no lo dudes, sumérgete, que existes.
A una llanura aboca, sin contornos. La blanda
calentura del sueño sopla firme y constante.

Y, de pronto, he aquí un peso.
Una mano acumula piedras en una charca.
Faltan señales del vigor. La espuma
se ha roto en lama sucia, donde la grava hiere,
aristada y enorme.

El pulmón se congela, en mil agujas
 prendido, traspasado por mil silbos que urden
 una inerte desgracia.
 Y, acaso, un lampo y miles
 de grietas en la sombra.
 Y una pesada rueda sobre el cuello.
 Y unos rotos cristales esparcidos,
 de donde un humo crece.

El hombre intenta luz, y no responde
 la luz. Trenes sólo y afuera.
 ¡Cristo, Cristo! Y tampoco.
 Sólo larvas trepando, sábanas arriba,
 devorando los flecos de la colcha;
 grandes manchas de cieno en el embozo tibio.

Y un látigo que anuda las rodillas heladas,
 y la madera, el lino, la tristeza,
 que, en torno, se corrompen.

¿Cómo gritar entonces, si una mano,
 áspera de desdén, toca en la lengua?
 ¿Y si ahora, sin Dios, la vida fuera
 a su barro natal?

Serán las cuatro
 de un nuevo día. Pero no se siente
 que el mundo toma a su sazón, que queda
 aún por vivir un cabo de ese hilo
 desmadejado desde arriba. Sólo
 la presión de esta rueda lentísima, la brea
 de un asta enorme que en la frente arde
 sin llama ni calor

¡Oh luz! Y vuelve
 el aturdido pensamiento a santos
 nunca invocados. Hace
 una cruz en los huesos.
 Y aquél que lo visita no responde a los signos
 consabidos,
 anuda,

cada vez con más fuerza, la desdicha,
 sobre toda verdad.

Las manos buscan
 otras manos.

Y nada
 tiende un puente al Amor sobre este trance.

UNO DE ELLOS HABLA DE MIGUEL

En la fragua del Cielo forjaron bien una arma
 inigualable, un puro destello de impasible
 verdad. La diestra mano del arcángel guerrero
 la templó en los fulgores del altísimo. Filo
 tan contumaz no hubieron las alturas. Aguja
 para enlazar los soles. Irresistible yugo
 de planetas fugaces. Martillo de las tenues
 nebulosas.

Un día Miguel la asió. "Me basta",
 dijo. Y los escabeles de Dios la vieron viva.
 Era una lengua viva que pronunciaba el Verbo
 inacabable. "Digo verdad —decía—. Digo
 verdad a fuego: viva verdad que en fuego luce,
 y látigo de luces, gato de siete colas".

Luzbel era aún Legión: se crecía mirándose
 en el sublime espejo. "Yo sí que soy a imagen
 y parecer". Amaba al Hombre como a un hijo
 de su soberbia: "Un día, él lo hará de esta he-
 chura,
 de este tenaz relámpago imponderable. Soy
 el hijo de Dios vivo. Tendré mi descendencia".

Entretanto Miguel, vencido ante su propio
 hierro, daba sus fuerzas en humildad y canto:
 "Santo, Santo: Tú eres —y daba las espaldas
 y otras figuraciones— el Dios de los Ejércitos".

Brotó el magno combate como una hierba arisca del Empíreo. Un callado roce de enormes alas se adunó en las esferas. Miguel no soportaba tal ejercicio infame. Se alzó: tuvo que hacerlo (Luzbel le culpa todavía), tuvo un gesto de acendrada caridad: "No es posible resistir por más tiempo, por más eternidades". Le apuntó: "¿Tú qué piensas de Todo? ¿Tú qué piensas de Nada?" La palabra se había desvelado por un momento. "Nada seré; que no me crean —pensó Luzbel—: no hay modo de oposición más firme". Y huyó (no lo arrojaron) hacia el abismo hondo.

LORENZO GOMIS

Nació en Barcelona, en 1924. Licenciado en Derecho. Del grupo de la revista *El ciervo*. Premio Adonais.

Libros publicados:

El caballo.—Madrid, 1952.

El hombre de la aguja en el pajar.—Madrid, 1966.

De inmediata publicación:

Oficios y maleficios.

Esperando el diluvio.

La arena.

P O E T I C A

Los poemas en los cuales la temática religiosa aparece más inmediatamente, se mezclan en mi poesía con los otros. No me he propuesto, en realidad, escribir poesía religiosa, pero el tono y el tema surgen con cierta frecuencia porque mi concepción de la vida es religiosa y —espero— cristiana.

Unas veces se advierte la resonancia o el trasfondo religioso en la contemplación del mundo (por ejemplo, en el poema “El Caballo”, del libro del mismo título) o de la vida (por ejemplo, “Riña de gallos”, del libro aún inédito *La arena*). Otras veces se refleja una visión de encuentro interior o de búsqueda (“La colina”, “El viaje”, en *El caballo*) y otras una imagen del cristianismo o de la Iglesia (“Empresa de lavado”, “Un cardenal llega al cielo”, del libro en preparación *Los proyectos*). O bien la ambigüedad de los papeles que asumimos o nos tocan en la vida de la fe (por ejemplo, “El sacristán”, perteneciente al libro *Oficios y maleficios*).

LA COLINA

Los organistas se han ido. Ya no hay nadie:
sólo una abeja en los vidrios de colores.
La llama del aceite tiene fiebre,
¿por qué me has esperado tanto tiempo?
Las puertas de tus brazos se me abren,
se está bien en tu casa:
he venido a pasar las vacaciones.
Estas piedras tan frías acarician
mis mejillas, mi sangre, mi fastidio:
Dios mío, Tú eres monte de silencio
donde vengo a pasar las vacaciones.
Sopla sobre mi rostro,
que el viril polvo de la carretera
les asuste y se vuelvan al casino;
lo que quiero es dormir a mediodía,
tu murmullo del agua en la garganta,
pues, si todo cristiano es un gitano,
es más íntimo el cielo bajo el puente.
Miremos de reojo las palabras
y demos el reloj a las hormigas:
se está bien en tu pecho de naranjos.
Los días más hermosos de mi vida
los he pasado al borde de tus ojos,
casi asomado al cráter de tinieblas.
Arregla mi engranaje mientras duermo
oyendo el balanceo de tu dicha
en la torre secreta de mi oído,
no me despidas hasta que amanezca
un sol de voluntad en mis turbinas.

Mientras el agua charla entre mis manos
el latido del día me despierta.
Prueba otra vez de lanzarme a la calle,
Ya ves que estoy contento.
¿Cómo no estarlo si me has regalado
el tacto de tu mano en mi cabeza?

Me alejaré otra vez de la colina
de tu voz cuando me habla así al oído,
pero el óleo, eso sí, de tu mirada
lo guardaré en un vaso para siempre.
Pensaré en ti cuando me ladre el perro
y al entrar en mi barco cada noche,
pero tú, mi escondido, me mirarás inmóvil
y cambiarás las vías para evitar el choque.
Adiós, adiós, olor, mar de mi vida,
tú me sigues mirando y yo ya no te veo:
las vacaciones de sol han terminado.
Gira otra vez la calle de las luces,
las bocinas graciosas y oportunas,
pero yo estoy tranquilo:
he puesto mi alegría en buenas manos.
Porque he vivido en tu casa tantos días,
comiendo el pan los dos de tu silencio,
por eso estoy seguro,
por eso, si respiro, me divierto.

EL VIAJE

Voy a empujar por fin todos estos despojos,
los hijos, los pecados y todo lo que pesa,
hacia ti, que me esperas al otro lado del río,
mi colina olvidada, mi Dios, mi compañero.

Cuando miro la tierra, las piedras, las raíces
que tanto han ocupado mi atención sospechosa,
comprendo que prolongo torpemente el viaje
hacia el sol de tu casa donde baño mi vida,
donde aprendo los cantos del aire consagrado
por el ritmo profundo de tu pecho amoroso.
Hacia ti mis pecados, mis hijos naturales,
caminan con oculta ilusión y alegría
porque saben que tienes un agua entre las manos
que la boca que bebe ya siempre la persigue.

Por eso con más prisa redoblo mi deseo
de llegar a la tarde, cuando cierras el libro
y miras con tranquilo cariño el horizonte,
esperando la nube de polvo cotidiano.
Hacia ti, pues, me acerco con estas bestezuelas
tan sucias, mal peinadas, que no saben la letra
y viven en mis brazos ignorándolo todo,
excepto la sospecha del agua que repartes
cuando llega el momento, ahora que se mueven
con difícil pereza los brotes en el árbol,
ahora es el momento de que brote escondida
en tu dulce costado mi pequeña ternura.
Con la sabia sonrisa del hijo preferido,
me acerco de puntillas al árbol prodigioso
de tu voz que se eleva sobre todos los mundos,
para ver si me abrazas, desbordando la orilla,
para ver si tu río caudaloso me besa
debajo de los pinos de silencio invisible.
Ya no quiero moverme de la paz de tu rostro,
ya abandono en tus manos el microbio del tiempo,
ya me dejo en tus dedos mis antiguos juguetes
—los hijos, los pecados, la piedra de la historia—,
y me lanzo desnudo a la hirviente marea
de tu voz que me acuna con cariño de siglos,
y me lanzo desnudo a la ardiente garganta
de tu amor donde rueda tu perenne sonrisa.

MUNDO QUE RESPIRA

Por favor, dadnos un mapa de colores.
Esta flor que se está abriendo
es la blanca noche que esperábamos.
Ha llegado la hora de emprender un viaje.
¿No navega en nuestro pecho la carabela de un
olor purísimo?
Ella irá delante.
No digáis a nadie dónde vamos;

pero vosotros sabedlo: vamos a descubrir la pureza del mundo.

Respirad, respirad;
 inflad vuestra memoria como una burbuja
 y llenadla de aire salobre: es el presente.

El caballo del mar es hermoso,
 el caballo del mar es blanco como su propia espuma:
 él nos lleva en su grupa poderosa
 de estrella a estrella por el circo inmenso.

Escuchad, escuchad; ¿dónde están los ruidos?
 ¿dónde están los ratones que venían con nosotros?
 No hay ruidos. Hemos perdido todos los ruidos.
 En adelante nos tendremos que alimentar de silencio.

Mirad el mar,
 mirad este mar de películas transparentes: es el aire.

Navegamos en el aire
 y hemos perdido todos los ruidos.
 Mirad abajo, el pequeño mundo,
 cómo empieza a crecer, cómo crece:
 ¿una torre bizantina?, ¿una llama?
 ¿Quién es este gigante?,
 ¿quién es este sudoroso gigante que duerme?
 Este gigante es un criminal arrepentido,
 este gigante es el mundo.
 Y ahora, ¿comprendéis lo que es la pureza?
 Es el alma intocada de este gigante,
 es la ventanita azul en el inmenso hervor amarillo.
 Qué hermoso es este criminal que duerme
 con la boca dulcemente entreabierta,
 qué hermoso es este mundo, fatigado y nocturno,
 esta inmensa oveja perdida,
 que no sabe que vive,

que no sabe que espera,
 que respira
 sobre el rostro de Dios, pensativo y dichoso.

¿No es verdad que era ésta la noche que esperaríamos?

ATARDECER DEL DOMINGO

Cada vez más espeso, más espeso,
 el vinillo del sueño se remansa
 en el pobre desván de la cabeza.

Hay un acordeón que rueda y rueda,
 y saltan y rebotan cuerpos y almas
 con un ritmo de músculo y congoja.

El mundo es una pompa de jabón.
 No pesa. Sube, sube, sube, sube
 muy cerca de la cúpula azulada.

La tierra es la pelota de colores
 que rueda en el frontón de los espacios,
 el chillido veloz de la alegría.

Escondamos de prisa esta pelota
 en el pañuelo limpio del silencio
 para que nadie nunca nos la quite.

Pero se enrosca, tibio y repugnante,
 el gusano de un grito de borracho
 en el mórbido cuello de la noche

y perdemos el mundo, nos hundimos
 poco a poco, pequeños y callados;
 ya no somos los dueños de las cosas.

Han colgado una lámpara en el techo,
una luna blanquísima. Y el Padre
por el jardín del mundo se pasea.

EL SACRISTÁN

He visto que la gente salía de la iglesia y yo he querido entrar.

Le he pedido al sacristán que me dejara entrar.
El sacristán se ha puesto en pie delante de la iglesia

y me ha dicho que dormía y que, por lo tanto, no me podía oír.

Entonces yo le he dicho que me dejara entrar.
Toda la gente había salido de la iglesia
y la iglesia ha empezado a crecer, a crecer
hasta que el silencio ha cabido enteramente dentro.

Y yo le he dicho al sacristán que, por favor, me dejara entrar,
que desde pequeño he estado prometiendo que hoy,
precisamente hoy, entraría en la iglesia.

Pero el sacristán se ha puesto azul y me ha dicho que era del todo imposible:
cada año le dan la lista de invitados. Yo no estoy.
Y entonces me he echado a llorar para ver si llovía
y nos teníamos que refugiar los dos en la iglesia.

Y le he pedido al sacristán que me dejara entrar.
Pero el sacristán me ha dicho que empezaba a llover
y que perdonara, pero que tenía que irse a su casa
para ponerse, como cada noche, una inyección de tiempo.

Entonces le he conjurado para que, en el nombre de Dios, me dijera las tres razones

por las que yo no podía entrar en la única iglesia blanca de mi vida.

Cuando me ha dicho la primera razón sus labios se movían correctamente y, sin embargo, mis oídos me han servido tan sólo ruidos de locomotoras y extraños pitidos infantiles.

Cuando me ha dicho la segunda razón, he comprendido que el sacristán me hablaba en una curiosa lengua indostánica que yo no podía entender.

Cuando me ha dicho la tercera razón he visto al fin que la iglesia había desaparecido y el sacristán y yo estábamos solos en la llanura en medio de la lluvia.

Entonces el sacristán se ha apagado de repente y se ha puesto de rodillas para pedirme que, por favor,

le ayudara a encontrar nuestra iglesia perdida.
Pero yo le he dicho que tendría que esperar un poco,
porque había estado muy impertinente y yo tenía que reflexionar sobre la nueva situación.

Entonces la lluvia se ha llevado al sacristán y yo he tenido que ponerme de rodillas para pedir a la lluvia

que, por favor, me devolviera al único sacristán de mi vida,
porque sin él no podría entrar en la iglesia cuando la encontrara.

Entonces la lluvia ha encendido sus ojos tormentosos

y he visto con sorpresa que el sacristán era yo y que tenía delante una pobre mujer, con un niño en los brazos, que llamaba a la puerta.

Pero no se veía ninguna puerta

y la iglesia, increíblemente pequeña, estaba a
nuestros pies
y además yo acababa de destrozar el campanario
con mis gruesos zapatones de lluvia.

EMPRESA DE LAVADO

(Sobre una frase de Camus).

Aquí se lava todo, todo queda borrado,
la mancha y el zurcido, el crimen y el pecado.
Aquí se lava todo. Empresa de lavado
abierta el año 30 por un ajusticiado.

Era un hombre de pueblo, carpintero de oficio.
No llevaba corona, ni espada, ni cilicio.
A los hombres piadosos les sacaba de quicio.
Comía con los malos. No tenía otro vicio.

Predicó por los pueblos algo más de dos años.
Habla de la siembra, de pesca y de rebaños.
Curaba al paralítico que rondaba los baños;
echaba los demonios, veía sus engaños.

Era Dios en persona y murió como un hombre.
Se levantó de nuevo —que ninguno se asombre—
y a uno de sus amigos, Pedro de sobrenombre,
le encargó que lavara, que lavara en su nombre.

UN CARDENAL LLEGA AL CIELO

El señor cardenal, de púrpura encendida,
subía del abismo buscando mejor vida.

Traigo cánones nuevos en perfecto latín,
confiaba jovial a un monseñor pillín.

Pero había en el cielo cola de costureras,
de peones, maestros y chicas casaderas.

En el cielo es domingo ¡cuánta gente, Señor!
San Pedro está ocupado, atiende a un pescador.

Tendrá usted que esperar. Tome asiento, Emi-
nencia.

Es el cielo. Es domingo. Hay que tener paciencia.

Y pasaban las horas y venía la noche.
El cardenal dudaba si reclamar el coche.

El señor cardenal decía para sí:
¿Y ahora dónde iré? ¿Qué haré, pobre de mí?

Y entonces vio una cola que avanzaba de prisa.
No pedían siquiera que hubieran ido a misa.

Los pequeños mostraban la señal en la frente
y entraban en seguida por la puerta adyacente.

Y el cardenal probó, rebuscó en la memoria.
Poco a poco llegó al fondo de su historia.

No siempre he sido anciano. Hace tiempo fui
niño.

Yo tenía una abuela. Yo tenía cariño.

Muchos años atrás yo fui niño pequeño.
Rezaba de rodillas. Me caía de sueño.

Ahora que recuerdo, veo luz en mi infancia.
Prefiero ser pequeño que cardenal de Francia.

Beatísimo Padre Pedrito, por favor,
búscame algún rincón en casa del Señor.

JACINTO LOPEZ GORGE

Nació en Alicante, en 1925. Maestro en ejercicio. Crítico y antólogo. Autor de la *Antología de Poesía amorosa*, de la editorial Alaguara. Dirigió las revistas *Manantial* y *Ketama*.

Libros publicados:

La soledad y el recuerdo.—Alicante, 1951.

Signo de amor.—Melilla, 1954.

P O E T I C A

Siendo, como soy, un hombre extrovertido —al menos, aparentemente—, la poesía que en todo momento hice —incluso la anterior a mi libro primero— nació siempre al calor de mis subjetivismos más ocultos. Quizá el más oculto de todos ellos fue, antes y ahora, la problemática de Dios.

Hay un poema en *La soledad y el recuerdo* —el único religioso de aquel primerizo libro— que ya comienza a denunciarme: “Dios entre la niebla”. “Siempre buscando a Dios entre la niebla”, como dijo Antonio Machado y yo cité al frente de mi poema. Sí, esa búsqueda de Dios entre la niebla ha sido y fue mi desazón más íntima.

Aletargada algunos años, al final de mi segundo libro —*Signo de amor*— volvió a despertar. Y de qué modo. Porque ese soneto final de *Signo de amor*, donde la soledad deja al poeta vacío y sin historia, es el arranque de toda una serie de poemas —de todo un libro— de temática exclusivamente religiosa. *Dios y los hombres* —título aún provisional, puesto que el libro permanece inédito como tal libro; no así sus diversos poemas, publicados en revistas dispersas— fue iniciado en el invierno de 1952. Conviene tener esto en cuenta porque entonces no abundaba ese

concreto tipo de poesía religiosa, tan pródigo en los años siguientes.

En la desolación total de aquel soneto, Dios era nada. Y el poeta, olvidado. Pero el poeta no renunciaba a quedarse sin Dios. Y como pese a todo, Dios le arañaba muy dentro, comienza a monologar con Él, increpándole no desde una posición nihilista o agnóstica sino enfrentando su condición humana —su limitación humana— a los designios incomprensibles de un Ser omnipotente y omnipresente.

La religiosidad de mi poesía viene, pues, determinada por aquello que alguien llamó “agobio de lo divino”. El poeta —irrenunciablemente religioso— siempre estuvo —aunque no lo confesara— a la búsqueda de Dios. Duda a veces de la existencia divina. Pero no puede pasar sin ella. Y la siente opresivamente, entre dudas y luchas interiores.

Se inscribe así mi poesía entre la de aquellos que no se resignan a una aceptación, sin más, de lo divino. Es decir, la de quienes, al igual que Jacob, luchan desesperadamente con Dios toda la noche, como Unamuno repetía. En esa órbita unamuniana, con no poco del impulso inicial que me prestó Antonio Machado, se mueve esta poesía religiosa que no di en libro oportunamente y que Leopoldo de Luis, tan atento y

avizorante, ha tenido la generosidad de recoger primero y espigar después para su antología.

Pese a todo —y aquí confieso que estoy más cerca de Antonio Machado que de Miguel de Unamuno— no es la rebelión mi nota más distintiva, sino la tristeza, la melancolía, la decepción... El poeta elegíaco que yo llevo dentro, siempre rebrotará por encima del rebelde. Mi rebelión religiosa será, al fin de toda una andadura, la rebelión de un hombre triste. Dios gravitará sobre el poeta. Y el poeta lo aceptará resignadamente.

* * *

Sobre el misterio de la creación poética —de mi creación poética— quisiera decir que soy más bien impulsivo. Por impulsos nacieron casi todos mis poemas. Y si adopté muchas veces la forma tradicional del soneto —o de otras formas sujetas a norma clásica, que tan gratas me son— fue porque así resultó más fácil y espontánea la expresión de mi sentir en aquellos instantes. Nunca porque me lo propusiera deliberadamente.

Soy poeta de escasa —a veces ninguna— elaboración, sin que por ello la desdeñe en los demás. Y una vez nacidos mis poemas, jamás me tiento reelaborarlos —en ocasiones, ni siquiera retocarlos— en esa búsqueda de una más ade-

cuada justeza expresiva, que en mi caso sólo serviría para restar al poema espontaneidad, frescura, manantialidad..., si es que la tuvieren.

Estas son mis fronteras estéticas. Y nunca esa justeza expresiva —la mía— sería más adecuada al pensar y sentir poéticos.

DIOS ENTRE LA NIEBLA

“Siempre buscando a Dios entre la niebla.”

A. MACHADO.

...Y yo buscando a Dios tantas mañanas,
perdido entre la niebla...

Y yo buscando la amplitud del limpio
misterio de las cosas
que mis abiertos ojos no entendían...

Y sólo hallaba amor.

Las cosas eran luz, amor dulcísimo
brotando a cada paso.
Y era amor la quietud de la mañana
besándome en los ojos.
Y era amor el crujido de la hierba
que mis pasos herían.
Y era amor el silencio y el murmullo,
el pájaro, la piedra,
la soledad, la gota de rocío,
que en la niebla brillaban levemente...

Y era un grito angustiado
esta duda constante que yo llevo
despierta entre los ojos,
esta duda constante que destrenza
el duro pensamiento...

Y así, buscando a Dios, buscando, amando
la flor, la amanecida, aquella estrella
que traiciona a la noche...,
sólo he encontrado amor.

Y aunque la angustia vuelve, sigo, sigo
buscando y encontrando amor — ¡Dios mismo
vertido en sus criaturas!...—.

...Y así siempre...

...Y así siempre, buscando...

ALGO DE PAZ

Señor, ¿por qué no das a los humanos
algo de paz? ¿No ves que ya no queda
paz sobre el mundo, paz que nunca pueda
desintegrarse, como paz de hermanos?

¿No ves que ya no quedan brazos, manos
sin cercenar, que esta chirriante rueda
de la vida se estanca, que no hay greda
para cubrir la sangre de los llanos?

Señor, ¿por qué no das al mundo un poco
de tu lejana paz, esa que dices
que guardas para el justo tras la muerte?

¿No ves, no ves que el corazón ya loco
de los hombres reniega de su suerte
cuando en tu amor sin tregua los maldices?

SI TÚ ME HICISTE DE ESTA SUERTE

Señor, si Tú me hiciste de esta suerte,
si Tú me modelaste a tu manera
sin preguntarme, sin contar siquiera
conmigo, a quien hiciste libre y fuerte.

Si Tú me diste vida y luego muerte
me has de dar, ¿para qué la primavera

haces correr por esta sangre fiera
que libre canta y ama y no te advierte?

Señor, Señor, si Tú me conocías
antes de yo nacer, si ya sabías
que no iba a serte fiel y así me hiciste,

¿para qué me creaste una mañana
de marzo sin contar con la temprana
y dura rebelión de un hombre triste?

Estás aquí

Estás aquí. Te siento. Y bien quisiera
tenerte siempre al lado, como ahora.
Pero a veces te busco y no hay aurora
que alumbre tu existir. Te quedas fuera

de mi oración entonces... Si pudiera
tenerte y contemplarte siempre, hora
tras hora sin dudar, con tu sonora
luz junto a mi razón, qué bien me fuera.

Pero a veces no estás. Y no te siento
por más que rozo tu amorosa mano.
No estás aquí, Señor. Yo no te miento.

No te puede mentir quien va temprano,
con las primeras luces, a tu encuentro,
y a veces, oh Señor, te busca en vano.

COMO UNA SOMBRA NEGRA

Como una sombra negra, inevitable,
siento tu mano sobre mi cabeza.
Con sólo un manotazo, tu firmeza
puede quebrar mi vida perdurable.

Ya sé que Tú lo puedes todo. Hable
o enmudezca mi voz. Con tu destreza
de omnipotente Dios no hay ya fiereza
que oponer a la tuya, inabarcable.

Pero aparta tu mano, Dios, retira
tu amenaza de juez y de verdugo.
Déjame caminar solo, sin miedo.

Que en el temor de Dios y de su ira
vive el hombre y de ahí nace su credo:
credo del hombre sometido a un yugo.

DÓNDE LA LUZ

Dame, Señor, tu mano guiadora,
dime dónde la luz del sol se esconde,
dónde la vida verdadera, dónde
la verdadera muerte redentora.

Que estoy ciego, Señor, que quiero ahora
saber. Anda, Señor, anda, responde
de una vez para siempre. Dime dónde
se halla tu luz que dicen cegadora.

Dame, Señor, tu mano, dame el viento
que arrastra a ti a los hombres desvalidos
o dime dónde está para buscarlo.

Que estoy ciego, Señor, que ya no siento
la luz sobre mis ojos ateridos
y ya no tengo Dios para adorarlo.

YA VES, SEÑOR

Ya ves, Señor, cómo la vida pasa
sin que apenas hallemos una rosa.

Vamos labrando nuestra propia fosa
con este caminar que el suelo arrasa.

Somos como una sombra que se abrasa
en la callada umbría en que reposa.
Y no hallamos ni rosa ni más cosa
que la triste verdad de nuestra casa.

Y así la vida se nos va. Y estamos
sin saberlo ante Ti, juez y testigo
de nuestro andar en sorda rebeldía.

Y no hemos ni sabido dónde vamos,
ni para qué venimos al castigo
de esta tristeza que nos diste un día.

NO ES CONDICIÓN DEL HOMBRE VIVIR SOLO

No es condición del hombre vivir solo.
El hombre debe estar en compañía.
Debe tender su mano, noche y día,
y amar, amar, amar, y no estar solo.

Yo, que mis soledades enarbolo,
y en soledad mal llevo mi agonía,
puedo gritarlo. Mi melancolía
es esta soledad donde me inmolo.

Y sin embargo sigo solo. Sigo
apartado de Dios y de los hombres.
Mi sed no tiene a nadie por testigo.

Y aunque contigo, oh Dios, dialogue a veces
y a veces de mi amor, oh Dios, te asombres,
solo estoy con mí mismo y con mis preces.

No cesa, no

No cesa, no. La sed de Dios no cesa.
Y aquí estamos, perdidos en su abismo.
Tenemos libertad. Mas no es lo mismo
ser libres cuando somos fácil presa.

Presa de Dios que tiene la promesa
del castigo o del premio. Fatalismo
del hombre cuando nace. Con bautismo
o sin él somos pobres a su mesa.

Pobres criaturas, pobres los humanos,
en libertad condicional, viviendo
con una espada sobre la cabeza.

No somos libres, no. Somos hermanos
ungidos por la sed de Dios, latiendo
dentro del corazón de la tristeza.

JULIO MARISCAL MONTES

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz), en 1925.
Maestro en ejercicio. Cofundador de la revista *Platero*.

Libros publicados:

- Corral de muertos*.—Madrid, 1954.
Pasan hombres oscuros.—Madrid, 1955.
Poemas de ausencia.—Madrid, 1957.
Quinta palabra.—Arcos, 1958.
Tierra de secano.—Jerez, 1962.
Tierra.—Granada, 1965.

P O E T I C A

BREVE NOTA SOBRE LA POESÍA Y MI POESÍA

Siempre resulta comprometido pronunciarse sobre una poética, aunque esa poética sea la propia y aunque se concrete a un aspecto determinado de la misma, porque en todo momento no tenemos idéntico concepto de la poesía ni de su función. Ello no es óbice, empero, para que, conscientes de ese compromiso, es decir, sin darle a nuestras ideas carácter de convicción definitiva e inmovible, deduzcamos de la propia obra realizada o meramente concebida unas conclusiones provisionales que, por el momento, sí constituyen nuestro credo poético.

Hablar, por otra parte, de nuestros propios versos nos ha parecido siempre como desvelar, con pudor, como desnudar indiscretamente una intimidad a la que todos, el hombre y el poeta, tenemos derecho.

Quizá la poesía sea —¡cuidado!, que nadie piense que pretendemos definir— ese fervor y esa claridad de que habla Dámaso Alonso; o quizá esa aventura hacia lo absoluto, en la que creyó Pedro Salinas; o ese número eterno que dicen, y que por eso mismo no puede progresar. Tal vez la poesía sea algo de eso, o todo eso a un mismo tiempo.

Pero, prescindiendo de estas profundidades en las que no es, ahora, ocasión de sumergirse, una cosa es cierta: que la poesía necesita —lo que no quiere decir que ésa sea siempre la pretensión del poeta— de un primer propósito de comunicación. El verso ha de nacer, en efecto, con una primera finalidad de conquista y, naturalmente, con una imprescindible carga de belleza.

Semejantes presupuestos son también —cree uno— indispensables en la poesía religiosa, en la que Dios, o su necesidad, o su vacío, incluso su ausencia, se hacen destinatarios del mensaje, se colocan en un extremo de la realidad objetiva en el otro de los cuales está el poeta, asido a su posición estrictamente humana, que le pide o le reclama, le reza o le grita. Estas segundas actitudes rebeldes son, por cierto, las que, de algún tiempo a esta parte, han terminado por imponerse, tal vez, por un desajuste en los contornos de las estructuras de lo divino y de lo humano.

Ya sabemos que los límites de “lo religioso” son un tanto convencionales y que pueden oscilar desde una mística entrañada y auténtica a un negativismo intransigente, pasando por la más tibia indiferencia —que en todas tres, por supuesto, hay “religio”, esto es, unión del hombre con Dios—, y que en nuestros días, como siempre, tanto se dan los chispazos o infusiones

de Dios en el alma del hombre con su consiguiente reciprocidad, como el negativismo agresivo, como la pasividad, si bien es cierto, claro, que el signo espiritual de una época venga impuesto por el predominio de algunos de ellos sobre los demás.

Uno, que es autor de un libro de poemas religiosos —*Quinta palabra*— y otro sobre la muerte —*Corral de muertos*— no se tiene, sin embargo, por poeta adscrito al tema. Sí, desde luego, en uno y otro libro y en su conciencia, está Dios como suprema metafísica, al que el poeta, contrito, intenta aproximarse.

FILIACIÓN

Nombre: Jesús. El hijo de María.
Nació en Belén. Oficio: carpintero.
Treinta años puliéndose el madero
para tres lentas horas de agonía.

Jerusalén... Betsaida... La alegría
de un loco Tiberiades... El sendero
de la casa de Marta... El hormiguero
de "hosannas" por su frente todavía...

Jesús de Nazaret; Cristo Prendido:
tres años de cosechas y nublados
dándose en su palabra iluminada.

Cristo muerto en la Cruz; escarnecido:
una esponja con hiel, unos soldados
y una Mujer que llora desolada.

JUEVES SANTO

La mano del Señor se reposaba
sobre el desnudo candel dorado,
y rompía la noche su cercado
y el alba, clara y niña, la inundaba.

Alzó Jesús la mano: le temblaba
de Amor el Candel Glorificado,
y el aire, alto jinete, arrodillado
como un humilde can, se le entregaba.

Y habló el Señor: Este es mi Cuerpo. Y era
su mano un leve pétalo de rosa
para ofrecerse, entero, en su ternura.

Jerusalén dormía en la ladera.
La mano de Jesús, ya mariposa,
se quemaba las alas de amargura.

ECCE-HOMO

Así es como te quiero. Así, Dios mío:
con el dogal de "Hombre" a la garganta.
Hombre que parte el pan y suda y canta
y va y viene a los álamos y al río.

Hombre de carne y hueso para el frío
guiñol que nos combate y nos quebranta.
Arcilla de una vez para la planta
y el látigo del viento y del rocío.

Así, Señor, así es como te espero:
vencido por el fuerte, acorralado,
cara al hambre y al mundo que te hiere.

Carne para los perros del tempero,
piedra en que tropezar, luz y pecado:
hombre que solo nace y solo muere.

LA CRUZ A CUESTAS

El hombro empuja, lento, la madera
muerta para la flor y la verdura,
hacia una fina, leve arquitectura
de cielo azul y brisa mensajera.

El hombro de Jesús por la manera
de equilibrar la fuerza y la amargura,
mientras gana su frente la dulzura
de un Belén con pañal y lanzadera.

Y el leño ya cruzado, muerto, oscuro,
imposible de pájaros, clavado
a un destino de cuervos y despojos,

se retoña de Abril, se siente puro
con la sangre que brota del costado,
se vence a la ternura de sus ojos.

EL CIRINEO

La artesa y el olivo; el hormiguero
de afares por la yunta o el verano...
Desde su amanecer ya era mi mano
justa para abrazar este madero.

Me equivocó la brisa de sendero,
que iba a los surcos y me trajo al grano;
me equivocaba este pujar en vano
hacia un terrible y último tempero.

Pero rugió la plebe: "Este que viene
cumplido de pujanza..." La mirada
del Hombre se hizo estrella: amanecía.

Jesús, de Nazaret. Yo, de Cirene.
Luna y sombra cumpliendo una jornada
que ya iba a repetirse cada día.

CONSUMMATUM EST

Ya nunca más. El viento, solo juega
a rebuscar la vida por su frente,
mientras el mundo flota sin simiente
y la tarde sin flores se doblaga.

Ya nunca. Nunca. El corazón se entrega:
Amor... Piedad... Señor. ¿Cómo se siente?

¿Cómo, Señor, se doma la corriente
de esta sangre podrida y andariega?

Cristo está aquí clavado, remachado
a salivazo limpio por la oscura
cerrazón de la noche en agonía.

Cristo con una rosa en el costado
y la Última Palabra, seca y dura,
colgándole del labio todavía.

YA EN TIERRA

A fuerza de sentirte, de clavarte
mi voz, de recorrerme mi esperanza,
esta palabra mía casi alcanza
a rozar tu Calvario, a desclavarte.

A fuerza de matarme y de matarte
de encrespar con mi barro tu bonanza,
la nada que yo soy quiebra su lanza
en la liza final del recobrarte.

Te digo a Ti, Señor, muerto, más muerto
cuanto más Hombre, cuanto más de tierra,
fruto de hortal, Jesús y no hortelano.

A ti, el Hijo del Hombre, yerto, abierto
desgarrón de mi tanta oscura guerra,
en tierra ya conmigo mano a mano.

DESPUÉS

La muerte aquí. La muerte. La tremenda
invasión de la sombra y el baldío;
riada de silencio, oscuro río
de ceniza sin Cristo que la encienda.

Se acabó. Ahora si que no hay enmienda
La tierra es osamenta, cardo y frío;
un espectro de luna y el vacío
clamor, inútil ya, de la contienda.

Hagamos el recuento, la almoneda
que anudar en el pico del pañuelo:
un "nunca más" y seis palmos de arcilla.

Pero ¿y tu sangre, dime? ¿Es que no queda
tu sangre como un grito o como un vuelo
para que no se pierda la semilla?

MADRUGADA

Cristo abierto en la enorme madrugada.
Descoyuntado Cristo en agonía.
Dejadlo sin estrellas en la fría
clausura del mantel y de la arcada.

Cristo con luna azul de encrucijada
sosteniendo a la muerte todavía.
Transido Cristo en la monotonía
de la rosa, el balcón y la pisada.

Cristo andariego alzado en los senderos
de aire medroso y muchedumbre en vela;
oh Cristo ya ofrecido, desolado.

Dejadlo reposar, sin derroteros,
junto al claro vitral que el alba ceta:
Cristo de soledades traspasado.

STABAT MATER

Para encontrarte aquí, Niña María,
comida por la lepra de tu pena,

hay que saltar Belenes de azucena
y un Nazaret de fina artesanía.

Hay que saltar por ramos de alegría,
por pozos de Samaria, por la arena
del mar de Tiberiades, por la buena
palabra de un ladrón en agonía.

Hay que saltar, Señora, y verte oscura
muerta ya con su muerte, acorralada,
perdida entre tus vastas soledades.

Y sentirse vivir en tu amargura,
y saber que tu llanto es alborada,
cenit para más altas claridades.

JOSE MARIA VALVERDE

Nació en Valencia de Alcántara (Cáceres) en 1926.
Doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de Universi-
dad. Traductor de poesía alemana. Premio Nacional de
Literatura.

Libros publicados:

Hombre de Dios.—Madrid, 1945.

La espera.—Madrid, 1949.

Versos del domingo.—Barcelona, 1954.

Poesías reunidas.—Madrid, 1961.

P O E T I C A

DE "ESTUDIOS SOBRE LA PALABRA POÉTICA"

(Fragmentos)

Resulta desalentador percibir que todas las fabulosas disponibilidades culturales que, en este punto de la historia y de la geografía, pudiéramos llamar nuestras por derecho de herencia, no nos sirven para fundar y ejercitar una crítica poética sustantiva, es decir, que no venga derivada subsidiariamente desde un sistema de pensamiento al que sirva apenas de ornamento y ejemplificación, sino que se consustancie con la obra misma, sirviendo fielmente a su acceso y esclarecimiento. Acaso ello sea debido sólo a que el menester especulativo sistemático, cuya pretensión de supremacía ha caracterizado los momentos más decisivos de la historia de esa cultura cuyo rabo desollamos, ha crecido un tanto de espaldas a la palabra sobre que andaba, con olvido de la minúscula pero importante circunstancia de que, de hecho, sólo se piensa hablando, y hasta, quizá, la misma naturaleza del pensamiento humano y su desplegarse —lo que se llama su carácter discursivo— consiste en su necesidad de encarnación lingüística articulada. Inevitablemente este problema tiene su punto de máxima gravedad allí donde la palabra poética se

hace más responsable al entrañar el problema del destino último personal de poeta y de su esfuerzo por salvarse. En esto tanto suele pecarse en la respuesta por exceso como por defecto: a veces, por unas exclamaciones vagamente religiosas, sin auténtico respaldo de compromiso vital, pero recibidas "al pie de la letra", se toma a cualquier poetita de personalidad errática y trivial por un vocero lírico del espíritu cristiano, mientras que otras veces, por el contrario, con el tácito acuerdo de no tomar en serio nada de lo que parezca demasiado serio, recibimos como "literatura" los vestigios poéticos de hombres que, en su palabra —o acaso más frecuentemente un poco detrás de su palabra, esquivándose algo hacia su intimidad detrás de la plaza pública de la palabra— se están jugando a sí mismos a vida o a muerte perdurables.

.....

Pero prevengamos malentendidos. Llevamos unos años en que se habla mucho, con demasiada facilidad, hasta hacer moda, de "poesía mística", y en ella es fácil que resulte confusionariamente clasificado este libro por la pequeña "crítica-Ersatz" al uso. Pues —a todos nos ha pasado— en cuanto uno se descuida y trascendentaliza un poco, cádate hecho místico. Es menester recordar

algo obvio; que aun la gran literatura clásicamente considerada como mística, la de más estricto designio de guía espiritual, suele estar compuesta de ascética en su mayor parte, y aun a veces en su totalidad. Ciertamente el chispazo de la comunicación inmediata de Dios al alma, en que consiste el hecho místico, cuando ocurre da una luz peculiar, a contrarrio, a toda la larga senda de ascesis recorrida, y además, mirándolo desde otro punto, los místicos suelen contar su laborioso camino de perfección porque les dispuso, negativamente, para la recepción del carisma. Pero por poco que se haya oído del hecho místico, no cabe desconocer que es "otra" cosa, algo gratuito y regalado, que no se merece jamás, aunque se adelante ascéticamente hasta el infinito, y que, por otra parte —a diferencia de la experiencia purificativa y ascensional, perfectamente narrable—, es, desde su raíz, infame, forzando al lenguaje a un puro simbolismo o a una autoaniquilación continua. Ahora bien: en el uso habitual, la palabra "místico" no se toma únicamente en este estricto sentido de infusión de Dios al alma, sino también refiriéndose a un temple —a un talante, diremos mejor, como buenos discípulos de Aranguren— de elevada temperatura espiritual, proclive incluso, en su exaltada oblación, al trastrueque entusiástico de

los géneros de la realidad; y así es como se habla, por ejemplo, de mística política.

.....

La ascética clásica empezaba por eliminar el mundo y las cosas sensibles, por cerrar las ventanas perturbadoras y quedarse en la tiniebla; tal vez una ascética actual necesite seguir el camino contrario, de exteriorización y liberación del "solus ipse", mediante las cosas. Porque en nuestro hombre interior no habita hoy la verdad, la Otridad divina, sino que residimos nosotros mismos, nuestro "Ego" irreductible, nuestra medula avara, obstinada en negarse a la entrega. Y aquel trabajo de catarsis y redención incumbe por oficio primordialmente al poeta, dueño de la llave maestra de lo que otros no podrían abrir, de la palabra.

.....

(1952.)

SALMO INICIAL

Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.

Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza, y si a veces resurges, como el sol tras la lluvia, hay noches en que apenas logro pensar que existes.

Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco devorando mi entraña, como una hambrienta boca.

Y por eso te nombro, Señor, constantemente, y por eso refiero las cosas a tu nombre, dándoles latitud y longitud de Ti.
Si estuvieras conmigo yo hablaría de cosas, de cosas nada más, sencillas y desnudas, del cielo, de la brisa, del amor y la pena.
Como un feliz amante que dice sólo: "Mira qué pájaro, qué rosa, qué sol, qué tarde clara", y vierte así en la luz de los nombres su amor.
Pero no. Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.

¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!
Marcado por tu hierro vago por las llanuras, abandonado, inútil como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.

SALMO DE LAS ROSAS

Oh rosas, fieles rosas de mi jardín en mayo;
ya venís, como siempre, a reposar mi angustia

con vuestro testimonio de que Dios no me olvida.
Hubo un tiempo en que lo creí perdido todo.
Pero vuestra constancia no se enteró siquiera
y seguisteis viniendo a acariciar mi frente
y a decirme que el mundo seguía estando intacto.

Surgís difícilmente lentas, de dentro a fuera,
como torres de nubes que, imitando dragones,
se alzan en el ocaso, saliendo de sí mismas;
o como un sentimiento, tan nuestro y tan pro-
fundo,

que al subirlo a la boca va espeso del esfuerzo,
arrastrando en su parto los más hondos aromas.
¿Qué decís, qué decís, bocas de Dios infantiles?
¡Cuánto trabajo os cuesta pronunciar la palabra
oliente y no entendida! Os morís, fatigadas,
cuando acaba, al decirla, vuestro oficio en la tierra.

Vuestra belleza es eso: morir, pasar el vuelo.
Vuestro aroma es la muerte. Y por eso enloquece.
Más ¡qué importa morir cuando se ha sido, y
tanto!

Yo os doy la eternidad que os quitaba el ser bellas.
Os tengo en mi recuerdo lo mismo que en un libro,
evocándome mayos, muchachas y ciudades,
al hallaros de pronto, cuando paso las hojas.

Voy contando mis años por relevos de rosas.
De rosas repetidas, de eternidad de rosas
que me animan, diciéndome que el Señor sigue
en pie.

LA MAÑANA

En la mañana, en su fino y mojado
aire, subes y vuelves a la casa,
con el latir de gente, y los trabajos;
te corona el rumor del mercadillo,

y el carpintero habrá sacado el pote
pegajoso a la puerta, y dará golpes,
y el triciclo de carga va llevando
la buena nueva, porque tú me llegas
con tu cesto, cargada de milagros;
te acompaña la leche, como un niño
que anda mal, que se tiende y que se mancha,
el queso, denso espacio de pureza
concretada y punzante, y el fulgor
antiguo del aceite, la verdura
aún viva, sorprendida mientras duerme,
las patatas mineras y pesadas
de querencia de suelo, los tomates
con fresco escalofrío; los pedazos
crueles de la carne, y un aroma
noble de pan por todo, y su contacto
rugoso de herramienta. Ya se inunda
mi faro pensativo de riquezas,
de materias preciosas; considero
la textura del vino y de la fruta,
estudio mi lección de olores: noto
que todo se hace yo porque lo traes
a entrar en mí, y estamos en la mesa
elevados, las cosas y nosotros,
en el nombre del mundo, como pobre
desayuno de Dios, a que nos coma.

PALABRAS PARA EL HIJO

Viniendo estás, hijo, ya tienes imperiosamente
abierto tu hueco entre los días,
y me paro a pensar cómo tendré que decirte para
pasarte lo que he vivido,
si todavía tus padres apenas sabemos hablar, sal-
tamos por encima de las palabras,
y de la mano andamos, cruzando por largos si-
lencios, como claros de bosque.

Tal vez todo es inútil y la sangre camina bajo la voz, y nada se puede, pero yo pienso y pienso en las cosas que todavía mal he aprendido, y que tendré que enseñarte, porque ya no podré olvidar, ni guardar silencio, ni volver la espalda a lo que fue, para llegar más libre a la esperanza.

Desde ahora cuanto miro me exigirá nombre con que poder contarle; ya no podré ser ojo mudo, pasmo sin pregunta, guardador de secretos, y tendré que dejarme llevar por tu mano hasta la misma raya de la ignorancia, dibujar exactamente a dónde llegar al borde del agua de la materia oscura.

Procuraré empezar por decirte el respeto que se debe a todas las cosas, la seriedad de la tierra áspera y su peso húmedo, desmigado entre los dedos, la admirable cerrazón de la piedra, secretamente conjurada consigo misma, a veces en un guijarro caminante, como endulzado por el peso de la memoria.

Y la madera dócil, viniendo desde el olor y el viento a acurrucarse al calor de la mano, que acaricia la sabiduría de las formas elementales de la silla y la mesa, y el tesoro del metal, sus arbitrios industriales, su cansancio oxidado, su esplendor cuando con brillos fatídicos conquista su extraña vida de máquina palpitante.

Querré acostumbrarte al murmullo de la multitud, a su ir y venir de hormigas con palitos,

para que te resignes y comprendas las profundidades de la rutina cívica, la majestad de la vida misma en la sonámbula repetición del empleado, el latir de lo más dulce en la humilde comparación de los insignificantes en sus sitios.

Pero también te enseñaré la palabra que, puesta junto a otra, arde con llama hasta el cielo, y la canción que se adueña de nuestros huesos y gira y gira sola hasta iluminarnos, y el poderío de una mancha roja cuidadosamente extendida sobre un cuadrado de lona, hasta rozar genitualmente un azul que anochece por su parte, detras del amarillo.

Y muchas cosas del hombre, que hubiera callado para olvidar, guerras como otra luz de años enteros, y los disparos de medianoche y el muerto de cada mañana en el descampado de las latas de mi barrio, y el cañoneo lejano, viniendo, y el odio de casa en casa, y las palabras en cuchicheo, y las esperanzas y las desilusiones y las esperanzas, haciendo historia al repetirse.

De tu madre jamás hablaremos; tendrás mucho tiempo en comprender qué otras estrellas fueron las mías en la ventana nocturna de sus ojos, cómo la encontré viniendo de pinares de sueños, de olas y canciones de niña, cómo la convencí, y lo dejó todo, y cruzó un río desconocido y estabas tú.

Y cuando preguntando llegues al porqué de todo, empezaré a contarte del último amor,

enseñándote a poner la mano sobre el mundo
para que sientas su música de trompo,
la leyenda verdadera del Dios que tanto quiso a
los hombres que nació con ellos;
porque no sé si mi palabra puede algo más que
enseñarte a rezar y retirarse.

COMUNIÓN

Este poco de pan tiene mi vida escrita
en su blancura, como la cara de mi madre.
Esta ropa del cuerpo de Cristo se me ha hecho
familiar, dolorosa, como mi carne misma;
su sabor a barquillo de paseo de niño,
su olor a dulcería en la fiesta de pueblo,
su blancura de lienzo limpio y almidonado
me reúnen mis años insistiendo, ola a ola,
al pie del parpadeo del faro de lo alto:
misas de aquel muchacho que apretaba los puños
y la mente, empeñado en enjaular el cielo,
misas de soledad, frente a la nada abierta,
citando a Dios, clamándole con voz agonizante,
misas de reposado olvido entre el gentío,
llevado por la luz y las aguas del cántico,
misas de la ambición juvenil, con amigos,
ajustando el deber y el amor inminente;
misas con el cariño al lado, y desde entonces,
misas entre la vida de verdad, y su carga
suave de hijos y besos, su ilusión vuelta ritmo.

Y Él calla siempre. Y se alza mi afán, y palidecen
mis ecos, mis estampas sobre su cuerpo escritas,
y me hundo en su blancura, cegado de silencio...

DESDE ESTE CUERPO DE TIEMPO

¿Sabremos algún día en esta vida
amar la eternidad?

A Ti sí que te amamos, Señor de nuestros años,
a Ti sí que sabemos, a Ti sí.
Te amamos desde el tiempo,
te sabemos amar aquí, en tu soplo
ligero entre las horas
—así, en sus hojas, ama al aire el árbol—,
viéndote, por los dulces rincones de la vida,
como la luz de casa,
que cambia en el recuerdo:
en el alba, en la tarde,
en invierno, en verano, en nuestra infancia,
en la lluvia, en el gozo, en el dolor.

Pero la eternidad, si Tú no la enmascaras,
no se puede pensar, ni amar siquiera.
¡Ay del que se detiene
y mira fuera de este breve lago!
Nos aterra, como quedarnos solos
por la noche, en el mar...

¿Qué hará este corazón
hecho para latir,
para medir el tiempo,
para empujar la sangre a breves golpes,
para empujar la vida por el tiempo?
¿Y para qué estos ojos, llenos de claras aguas,
si no están sumergidos en el río del tiempo?
¿Y qué harán los oídos, si la música
no puede ir cabalgando ya en el tiempo?

... Pero aquí, ¿qué sabemos?
Somos niños que miran con terror el futuro,
ese tiempo más grande, excesivo a sus hombros,
al ver a los mayores, como seres extraños,

hablarse sin sentido palabras que dan miedo.
 ¿No vemos cada día
 al alma ir variando en su costumbre.
 cambiar de años, de sitios,
 de deseos, de luz...?

Solamente no cambian los recuerdos.

¡Por eso allí tendremos nuestras cosas,
 tendremos el calor del tiempo, hecho memoria!
 Solamente no cambian los recuerdos.

Cuando hoy en soledad
 contemplamos las cosas que tuvimos un día,
 las tenemos de veras, más que entonces,
 porque allí eran fugaces,
 y su ser más profundo, hecho para ir a un alma,
 ya está a salvo, es eterno.

Así en la eternidad nuestro recuerdo
 tendrá el tiempo y las cosas,
 igual que el caminante detenido en el monte
 tiene en la mano el valle con su río,
 el pueblo de campanas dormidas como pájaros,
 y ventanas que guiñan,
 y el diminuto tren, que corre por las horas
 igual que por los prados...

Todo será memoria,
 todo cuanto trajimos de la tierra:
 el viejo cuerpo, alzado nuevamente del polvo,
 el corazón, sin prisa ya, sin miedo,
 crecido entre las manos del dolor, como un molde,
 todo memoria fresca, como un fruto de otoño
 que guarda las mañanas de agosto vueltas zumo;
 los huesos y su forma y su costumbre,
 como días presentes, como rostros...

Por la memoria andando,
 Dios volverá a soplar entre las cosas
 y ser amiga luz por los rincones,

sin que las quietas aguas
 de lo pasado alteren brisas nuevas...

Le veremos así, a través de la tibia
 limitación del cuerpo y los recuerdos,
 para que no nos ciegue,
 como el niño que mira el sol entre los dedos...

LA ORACIÓN DE LA NOCHE

Después del día, el ruido, la fatiga,
 rezamos un momento, en tanto un velo
 de sueño y de ternura nubla el cielo
 y anega nuestro amor la noche amiga.

Pero está bien así, que sólo diga
 nuestra voz el comienzo. Así el desvelo
 de Dios nos ve dormidos en su suelo
 y con su piel de sombra nos abriga.

Tú déjale venir, subir sin ruido,
 crecer de noche —un río que mañana
 habrá llegado al pie de la ventana—,

tú déjale fundirnos en olvido,
 pero al dormirte, siente cómo mana
 y te besa su amor en mi latido.

ENRIQUE BADOSA

Nació en Barcelona, en 1927. Licenciado en Filosofía y Letras. Periodista. Director de las ediciones literarias de una importante editorial. Ensayista y crítico. Traductor de poesía francesa, catalana y latina.

Libros publicados:

Más allá del viento.—Madrid, 1956.

Tiempo de esperar, tiempo de esperanza.—Madrid, 1959.

Baladas para la paz.—Barcelona, 1963.

Arte poética.—Barcelona, 1968.

En prosa:

Razones para el lector.—Barcelona, 1964.

La libertad del escritor.—Barcelona, 1968.

P O E T I C A

...De pronto, deseos de escribir. Unos ritmos cantan al oído, y se convierten en palabras. El primer verso de un poema, o el último: sobre él, se construirá la obra. Con frecuencia suele ser el mismo proceso. Y cuando ese ritmo se insinúa, expectación. Porque a lo mejor se resolverá en las palabras de un poema de amor, o de vicisitud comunitaria, o satírico, o de cualquiera de las realidades del vivir. Quién sabe si es un poema religioso. ¿Azar, pues, de una “inspiración”? No: todo lo que se escribe responde al ser de uno mismo. Sorpresa: en momento de alegría, el poema suscitado puede ser patético; y en circunstancias de dolor, puede ser gozoso. ¿Y la intencionalidad creadora?... Se vuelve consciente en el poeta, cuando ha descifrado el signo y el sentido del poema que se le permite. De todos modos, no se escribe en todo instante lo que uno quiere, sino lo que uno puede. Por esto la poesía “de encargo”, comprometida, no siempre es buena. No se escribe lo que uno quiere, sino lo que nos es permitido. Por esto a veces, en ocasión de tibieza espiritual, se componen poemas que atañen a la vida religiosa, si el poeta la vive. Y, en ocasiones, uno consigue —o se lo parece... —un muy concreto poema previsto: quizá religioso también.

¿Qué es la poesía religiosa? Cada poeta, con sus versos, le habrá definido a su modo, incluso sin proponérselo. De mí, diré que me ha sorprendido la insinuación —¿cómo no aceptarla?...— de poemas de temática que tiene que ver con la religiosidad. Entonces procuro que el poema merezca ser leído.

BALADA PARA LA PAZ DE LOS CREYENTES

Aprendimos Tu nombre y lo negamos,
ya Tu severo hablar no nos despierta,
bajo la oscuridad nos albergamos
y seguimos cerrándote la puerta.
¿Quién nos dará la luz que nos abriga
el amor y las manos que desnudan
la tristeza de siempre, la fatiga...?
¿Quién dirá la palabra tan buscada,
quién nos apartará de los que dudan,
y quién tendrá la mente liberada?

Aquí estamos, perdidos y apenados,
sin buena soledad que nos proteja;
sufrimos el dolor de los marcados
con el fuego y el golpe de la queja.
Nos callamos, ausentes y vencidos
por tiempos de cenizas agresoras,
y de la desnudez mal defendidos.
El desamor nos cubre la mirada
y rechaza las luces portadoras
de paz para la mente liberada.

Nos fatiga creer. No mantenemos
la oración en los labios, que oscurecen
el silencio y el día... ¡Carecemos
de justa claridad! Nos adormecen
las manos viejas, sucias, humillantes,
de los que viven muertos y acusados,
y repiten los textos claudicantes,
y niegan la palabra revelada
para nombrar los tiempos esperados
y la paz de la mente liberada.

El tiempo pasa, dura y se termina
en muros de dolor. ¿Quién nos lacera

el pensamiento? ¿Quién nos encamina
hacia la sed del agua verdadera?
¿Quién nos va susurrando su advertencia,
y junta las palabras divididas,
y concede el sufrir y la impaciencia?
¿Quién nos recuerda la oración dejada
y quiere nuestras voces encendidas
para tener la mente liberada?

¡Creyentes en la paz nos confesamos,
y en Tu palabra nueva y aceptada,
y Te abrimos la puerta y escuchamos
para tener la mente liberada!

BALADA PARA PEDIR LA PAZ DE TODOS

Los que derraman fuegos y rompen las arenas,
los que olvidan los días, los vejados, hambrientos,
los que aman esperanzas, los que soportan penas,
los que acumulan mares y aploman monumentos,
los que escriben los libros, los nunca condenados,
los que sufren y piensan y dicen y meditan,
los que jamás vencieron, los no condecorados,
los que limpian sus manos y nada necesitan...

Necesitamos corazón abierto
para ver la razón más escondida,
necesitamos olvidar lo incierto
y hallar la paz que tienes prometida.

Los que viven a tientas y elevan tempestades
en el libro caduco de páginas tachadas,
los que mueren sumisos en las adversidades
y soportan la letra de leyes descastadas,
los que temen la duda, los que se hallan perdidos,
los que niegan la fiebre, los que entierran los años
en las lluvias adversas, los que están desvalidos
y buscan el silencio para olvidar sus daños...

Necesitamos azotar la frente
con el dolor de la palabra herida,
desacatar la vida prontamente
y hallar la paz que tienes prometida.

Los que han vivido solos, los que jamás rezaron,
los que se olvidan, mienten, responden y rechazan,
los fuertes, los humildes, los que no meditaron,
los que aman, los que arriesgan, los que acusan y
pasan,
los que quieren hablarte, los que nunca Te oyeron,
los que se esconden, luchan, padecen y atesoran,
los que con ojos limpios miraron y Te vieron,
los que todo lo aceptan, los que nada deploran...

Necesitamos corazón y mente
libres y fieles a la nueva vida,
necesitamos paz que nos aliente
hacia la paz que tienes prometida.

Hace frío, Señor, y de buscarte.
Soy uno más. La gente está vencida.
¡Que mis palabras puedan alcanzarte
para la paz que tienes prometida!

UN HOMBRE QUE AÚN ES JOVEN...

Un hombre que aún es joven, va muerto por la
calle.

Bien sabe Quién le sigue, pero camina rápido,
y va cerrando puertas que llevan al silencio.
No mira a Quien le mira, y siente que son vanos
su nombre y su manera de merecer el pan.

Retiene para siempre un libro deshojado;
y en un espejo roto, su modo de mirar.
Persisten en su cara los tiempos más lejanos.

Pasa junto a su puerta, y no la reconoce;
y se sabe perdido, sin voz y desamado,
cuando era tan sencillo llamar, abrir y entrar.

Las calles son estrechas. Alguien se está acercando
y, al volver una esquina, ¿qué puede suceder?...
Un hombre, vivo y muerto, camina esperanzado.

ALGUIEN QUE NO CONOZCO ME PREGUNTA...

Alguien que no conozco me pregunta
si recuerdo las cosas que he perdido,
cómo vivo mi tiempo de estar solo
y qué digo de mí, en cuanto escribo.

Alguien que no conozco me detiene,
me acompaña y me entrega un nuevo libro,
borra los viejos nombres de las calles
y teme mi silencio... Alguien ha visto
mi soledad severa, me ha buscado
para romper espejos escondidos,
para encender las luces de mi casa
y ver claro en los días que medito.

Alguien prosigue junto a mí, recuerda
que en las plazas oscuras hace frío,
y que es hora de andar muy cautamente
y que el tiempo de ayer ha transcurrido.

Alguien me está mirando y se entristece
y sabe las palabras que no he dicho.
¡Alguien llama a mi puerta mal cerrada,
y pide que le deje andar conmigo!

SEPA USTED QUE EN MI CASA VIVO SOLO...

Sepa usted que en mi casa vivo solo,
y no es posible que alguien haya dado
esta luz que ahora veo en la ventana.

¡Espere, por favor!... Ya se alejaron
los alborotadores de la noche,
y quisiera tener alguien al lado.
Aunque tal vez a usted otros le esperan,
y yo le canso aquí... ¿No? ¡Gracias! Claro
que a usted no le sorprende ni le inquieta
ver luces encendidas en mi cuarto.

...Es verdad, vivo solo y hace frío
al mirar los espejos derribados
por la sombra. ¡Y cómo le agradezco
que me escuche un momento! Pero acabo.
No obstante, si supiera cuánto temo
la luz que han alumbrado
en mi casa vacía... ¿Qué hace usted?
¿Cómo puede saber que estoy cansado,
y me pone su mano transparente
sobre el hombro? ¿Por qué se está empeñando
en que debo subir y abrir la puerta
y recorrer mi casa, y decir alto
el nombre que perdí?... ¡No, no se vaya!
¿Por qué usted?... ¿Por qué Tú me ayudas tanto?

NO MERECEMOS NUNCA EL PAN, NI EL AGUA...

No merecimos nunca el pan, ni el agua,
ni la esperanza, ni el amor, ni el aire,
ni el tiempo de la vida y de la muerte.
Hay tanta soledad que no se sabe.
Hay quien habla muy claro. Nadie escucha.
Y también hay quien dice que ya es tarde...

Se nos advierte. Manos escondidas
han borrado la luz de los cristales.
Se nos acusa. Voces inminentes
repiten los recuerdos más culpables.
Se nos aparta. Vemos nuestros nombres
en los papeles rotos por las calles.

Decimos y pasamos y olvidamos
y no tememos nunca que nos llamen
con la palabra escrita en nuestra frente.
Viene el dolor, y nunca han de callarse
los gritos de quien quiere distanciarnos
de la paz. ¡Que el silencio nos ampare!

La esperanza tan sólo está en la muerte
y es hora de temer que el tiempo acabe,
que la noche persista, que durmamos,
y que la soledad nos amordace.

RECUERDO CÓMO EL TIEMPO TRANSCURRÍA.

A Anita E. Stuffertz.

Recuerdo cómo el tiempo transcurría.
Nunca, nunca, Señor, he sido digno
de que alegraras Tú mi juventud.
Pero en esta tristeza en que persisto,
yo pronuncio la sílaba solemne
de Tu nombre alejado y escondido,
de Tu nombre severo de advertencia,
y en la tribulación claro y sencillo.

Ya veo que el dolor apenas pasa,
que el mañana es el hoy, que no he sabido
dar un nombre a la sed y al agua viva,
que no he llegado a ser Tu buen amigo.
Y aquí escuchas mi voz desalentada,
y las pocas palabras que Te escribo,
y los torvos silencios que razono,
y la mala razón que va conmigo.

Si relato el ayer, muy pocas cosas
puedo decir que importen ni a mí mismo.
Mi juventud conoce bien el tiempo
en que los días pasan al olvido,

el tiempo de no hallar palabras nuevas
para las viejas horas de castigo.

Y en esta indignidad, y en la tristeza
de enterrar a los muertos conocidos,
clamo Tu nombre y pido la alegría,
pues ya sé que Tu amor no ha transcurrido.

MARTES DE CARNAVAL

Me desnuda la sombra que declina.
Pongo sobre mi cuerpo un traje muerto,
en mis ojos colores de desierto,
y en mi frente una arruga repentina.

Me oculto en la sonrisa mortecina
de quien en el dolor está en lo cierto;
y mi nombre también llevo cubierto
de negro, que a la muerte me avecina.

Me disfrazo de amor, de tiempo viejo,
de afán de perdurar y de discreta
manera de vivir. He simulado

la esperanza también. Busco el espejo...
¡Y me arranco el mirar y la careta,
al verme de mí mismo disfrazado!

ESTOY LEJOS Y VIVO EN LO PROFUNDO...

*Alumbra mis ojos para que no
duerma en la muerte.*

Salmo XII, 19.

Estoy lejos y vivo en lo profundo,
hay plena oscuridad sobre mis manos,
ya nadie dice nada, nadie viene,
la soledad persiste... ¿Qué ha pasado?

El silencio está en mí. No lo conozco.
La soledad en mí, y un tiempo extraño.
La noche no termina. ¿Quién murmura
nombres desconocidos? Se cerraron
las puertas de las casas derribadas.
¿Quién se oculta en la noche, y a mi lado?

En las viejas paredes familiares
se ha parado el reloj, y los retratos
a nadie mirarán. Cuánta distancia...
Todo el mundo se fue. Los que me amaron
también tuvieron que partir. Quisiera
escucharles y hablar. Están lejanos.

Ahora, más que nunca en lo profundo.
Ahora, más que nunca fatigado.
Ya comienzo a temer, me encuentro solo
y pidiendo esperanza, y esperando.

JESUS TOME

Nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca), en 1927. De la Congregación de Misioneros del Corazón de María, orden en la que profesó en 1946, ordenándose sacerdote en 1953.

Libros publicados:

Mientras amanece Dios.—Caracas, 1955.

Hijo de esta tierra.—Caracas, 1958.

Senda del hombre.—Madrid, 1959.

P O E T I C A

La poesía es expresión y epifanía de la belleza aprehendida en momentos de interiorización e intuitiva y connatural lucidez. Es una actividad de todo el ser. Profeso la poesía como comunicación y ascensional misterio de la belleza o del ser en general, lograda a fuerza de interiorización. Creo en la poesía como un modo de descubrirse uno a sí mismo y de descubrir el mundo. Es un modo vivo de conocer. Y es oficio y ejercicio de perfección.

.....

Mi poesía brota de una imagen del Universo en trance todavía de formación; de formación en mi conciencia. Y el universo que estimo es un universo vivo. E inversamente la poesía me ayuda a realizar esa imagen. Sin embargo creo que mi poesía no está dirigida desde fuera del poema; dejo que el poema brote con su libertad autónoma, sin sometimientos despóticos a la idea. Es decir, que no realizo la poesía desde una metodología del poema. Y no intento tampoco exponer o probar un sistema ideológico. Intento realizar el poema con todo mi ser, con todo lo que soy, y yo soy también pensamiento. Pero el pensamiento, para convertirlo en materia poética, lo paso por el corazón. Sólo escribo poe-

sía en trance: cuando es posible la intuición que interioriza las cosas y el ser todo del poeta. Sólo así puede haber temblor de misterio, temblor lírico.

.....

Me considero un manojo de posibilidades, con entera libertad frente a la vida y a la salvación. Orientado en la fe. Señalo el dolor del mundo, instaurándolo en un sentido de amor por el que ya se cumple la esperanza que no es exactamente un optimismo y, menos, un pesimismo. Ni tampoco una resignación estúpida o una invitación impotente a la inacción. Intento no equivocarme, salvándolo todo en una referencia a Dios, aunque esto me hace sentirme desplazado y extraño a muchas cosas de la vida. Soy una pregunta, con interrogantes dolorosos bien clavados, que cree en la respuesta. Mientras llega, espero en silencio y amor, y con verdadera sed. Amo todo lo que existe y sé que, en el fondo y de verdad, todo es amor. Espero que algún día alguien aborde la trayectoria de mi pensamiento, si es que andando el tiempo vale la pena. Se verá que mi actitud es plena y exclusivamente cristiana. Creo ser esencialmente religioso. Todo hombre lo es, pero hay quienes lo viven apasionadamente. No intento descubrir nada nuevo, sino vivirlo

personalmente y hacerlo auténtica poesía. Hasta donde me es posible.

.....

Me preocupa el silencio de Dios frente a las cosas "extrañas" que pasan siempre en el mundo, pero que son más terribles en esta hora, porque parece como si Dios no la hubiese contado y Él adoptase una actitud de mayor reserva y silencio. Pero la verdad es que Dios está más cerca. Tanto, que obsesiona a los grandes pensadores. Sucede lo de la Sagrada Escritura: "Señor, espántalos de terror para que sepan las gentes que son hombres", y "Aparta, Señor, tus ojos para que me sea posible respirar".

.....

Me siento hijo de mi tiempo y de esta tierra. Me solidarizo con los demás hombres. Y en medio de las inquietudes de esta hora, clavo mi fe en Dios para que todo gire en torno a ella.

(Declaraciones a la revista *Punta Europa*. Madrid, octubre, 1958.)

LUZ EN EL POZO

I

En nuevas oleadas llegan. Hombres
son hombres. Y preguntan. Nunca gritan.
Caminan en un pozo de tinieblas
donde la noche se hace y se divisan
estrellas. La pequeña luz sin brillo
de la esperanza se desprende y gira.
Nunca sale del pozo, se empareja
con el redondo límite. La miran.
Ella no para. Horada en la alta noche.
(¡Los pies en tierra y el camino arriba!).

II

—Vosotros lo sabréis. ¿Dónde se encuentra
quien viene a dar la paz? El mundo ignora
su olivo verdadero. Pero viene
quien la puede afilar como una estaca
para clavarla en medio de la tierra.
Y girará la tierra en torno suyo.
En ella apoyaremos nuestra espalda
para mirar a Dios sin fatigarnos.
Nuestro dolor de siglos la reclama.

—Hemos puesto el deseo contra un muro
condenado a morir a engaño lento.
¿Quién desea la paz? Su agudo nombre
en labio de los hombres suena a tiro.
Con ella fusilamos a los muertos.
De cada muerto nace un árbol torvo.
La paz no tiene savia. Su madera
crece sobre los ojos de los muertos.
A veces en su tronco dos amantes
quieren grabar su corazón flechado.
Pero los muertos crecen y se rasga.

Debajo de la tierra hasta los muertos
se buscan y se matan sordamente.
¿Quienes buscan la paz?

—Pero nosotros
hemos visto su estrella desde el pozo.

III

—Nuestra carne está rota. Paja a paja
debajo del dolor, como un alero,
cada pájaro negro hace su nido.
Ellos hacen la noche con su canto.
Pero la carne vela. Se desvela, cruje.

Papel rugoso sobre el pecho de alguien
que se arropa con todos. Alguien sufre.
Necesita en su exceso nuestra llaga.
¿Dónde está que le demos lo que es suyo?

—No preguntéis por nadie. Sois vosotros
Solos. A solas. Solamente.

Cada muerto
que se enrolle en su sombra y que se duerma.
Si no puede dormir, mate su noche.
Desengañe su luz.

—Pero nosotros
hemos visto su estrella desde el pozo.

IV

—Ha de encontrarse en algún sitio. El mundo
no puede, sin cimiento, sostenerse.
Tanto sentido, en surcos tan mal hechos,
es grande como Dios. Y Dios no basta.
Necesita su amor. Dios y su amor.
Lo que vale decirle a Dios dos veces.
Y nosotros venimos preguntando
por la piedra sangrante. Preguntamos

porque existe el amor y su respuesta.
Y todos somos casa. Y lo que pesa,
para dar solidez, es el latido.
El duro corazón sin argamasa.

—No encontraréis amor. La tierra es dura.
Perdura sin sostén. Para estar muerta
no necesita amor sino más muertes.
Y cada día muere una esperanza.
Muerte a muerte la tierra está más honda.
Más hondo el corazón y su gusano.
Y es un poco de Dios lo que devoran,
cada día, sus dientes voracísimos.
Ya queda poco Dios. Y está podrido.
Ya queda poco amor.

—Pero nosotros
hemos visto su estrella desde el pozo.

V

—Y vosotros también. Los embotados
por el placer. Los saturados. Todos
los que tenéis el corazón al día,
convidados del gozo a sueño fácil.
¿Vosotros no sabéis dónde ha nacido?
Porque viene a dar clases de esperanza.
A enseñarnos los miedos cardinales
y a no tenerle miedo a la alegría.
Cubrirá nuestro amor de telarañas
donde pueda enredarse su grandeza.
Florecerá el temor, y entre sus manos
hondas madurará en sabiduría.
Y cumplirán los ojos palpitantes
con su oficio de lágrimas. Las lágrimas
encontrarán su cauce verdadero:
Cada dolor, canto rodado, cante,
¡si el alma suena, mucho Dios que lleva!
Con él valdrá la pena haber nacido:

Si la vida es un grito a tumba abierta,
dentro de Dios rebotarán los ecos
Hechos de muerte acumulada y honda
moriremos a vida verdadera,
que, si fuerza es morir, encontraremos
siete palmos de Dios para enterrarnos.

—Es en vano esperar. Vuestros dolores
tienen color de Dios que se equivoca.
Cuando se rompa, cárdeno, el latido,
Dios manará hecho pus desesperado.
Porque Dios nunca es más que una gangrena
lenta. Carcoma voluntaria. Miedo
de que la sombra llegue tras la sombra.
Desembocados turbios en la muerte,
no podréis regresar a maldeciros
la ignorancia. ¿Qué esperan vuestros ojos
si la luz es mortal?

—Pero nosotros
hemos visto su estrella desde el pozo.

VI

Y en nuevas oleadas pasan. Hombres.
Son hombres. No preguntan. Y si ciegan
de tanta luz como en el pozo brilla
se les colman las manos de tinieblas.
Y palpan. Y la herida de que sangran
es un rasguño de palpar la estrella.
En sangre caen sus sangres. Y se guían
por sangriento goteo que tanea
sobre charcos de amor. Sobre la sangre
de Dios. Única sangre verdadera.

Y les crece el amor. Cada latido
se apresura a invadirlo una Presencia:
La esperanza es Dios mismo que se esconde
dentro de la ansiedad de los que esperan.

SIEMPRE ESTAMOS DE VUELTA

Siempre estamos de vuelta, y regresamos
tristes, como si nadie
nos esperara en el umbral del sueño.

Es destino del hombre: —caminante
que viene de una soledad y, a solas,
camina hacia otra soledad más grande.

Solo Dios nos espera. El solo puede
saciar la sed de un corazón sin nadie.

POR TABERNAS DE LLANTO...

Por tabernas de llanto persistimos
bebiendo a trago y sed en la belleza
mientras detrás de un vaso de tristeza
otra mayor tristeza redimimos.

Nos redimimos, ¿sabes? Nos latimos
puros en el silencio que nos reza;
si saben las plegarias a cerveza
que amarga y quita sed, ¿qué más pedimos?

Y así vamos. Iremos. Paso a paso
de soledad en soledad cayendo,
si cautivos de amor, de Dios cautivos;

sintiendo que sí, al fondo de este vaso,
el vino a muerte nos está sabiendo,
porque nos mira Dios estamos vivos.

ANSIA INSISTENTE

Si me creciera el ansia en la mirada,
si lo mismo que un árbol me creciera,

si creciera hacia Ti tal vez Te viera
como una fruta llena y sosegada,

como una fruta de mi amor colgada,
colgada de mis ojos, toda entera
metida en mi mirar como ceguera
que me dejara el alma iluminada.

Pero tengo raíces sin deseo;
sin deseo Te miro y Te rodeo
buscándote las vueltas torpemente:

No soy árbol que crece, soy marea
de raíces sin paz que Te rodea,
te mira y Te rodea. ¡Inútilmente...!

HACIENDO NUDOS A TRAVÉS DEL VIENTO

Más despacio hacia Ti, pero seguros;
pero seguros no, sino con tiento:
haciendo nudos a través del viento
para saber volver. Vamos oscuros

palpando a ciegas los espesos muros
de tus manos. El tiempo se hace lento
dentro del corazón: presentimiento
de que el mirar y el ver caigan maduros.

No hay camino hacia Ti; se va inventando
con presentir y amar y estar atento
al silencio de Dios que va brotando

debajo de los pies. Así te invento:
presento, escucho, piso y voy andando,
y haciendo nudos a través del viento.

ORACIÓN DE LA LUZ QUE ABRIRÁ EL MISTERIO

Espíritu de Amor, aunque estoy ciego
sé que crece la Luz en mi mirada
y que soy en tus soplos pura nada
que has empujado a ser. Ya no hay sosiego

posible en este afán con que me entrego
a sucumbir bajo tu luz y espada,
a tener toda el alma derribada,
sometida a tu amor en lluvia y riego.

Arrástrame hacia Ti; y en Ti culmina
esta ascensión de ser que se me afina
en un vuelo sin ave, en raudo fuego.

No me dejes tan solo tropezado,
porque quiero caer desde que he dado
toda mi fe a la luz, aunque estoy ciego.

JOSE LUIS TEJADA

Nació en el Puerto de Santa María (Cádiz), en 1927. Estudios de Filosofía y Letras. Del grupo de la revista *Platero*. Lector de español en la Universidad de Nantes.

Libros publicados:

Para andar conmigo.—Madrid, 1962.

Hoy por hoy.—Málaga, 1966.

Carta para Aquilino en Inglaterra.—Málaga, 1966.

Razón de ser.—Madrid, 1967.

El cadáver del alba.—Madrid, 1968.

P O E T I C A

POESÍA Y RELIGIÓN

Poesía y religión acaban por converger necesariamente para quien, como yo, cree, de una parte, en la religiosidad natural del hombre y de otra, en el trascendentalismo, también connatural, de la poesía.

La religiosidad como actitud vital puede, debe, reflejarse en la obra, lo mismo que el compromiso político o los criterios ideológicos. Pero una religiosidad que no tiene por qué ser ortodoxa con respecto a ningún credo en concreto, que no tiene siquiera que ser creyente (nadie está obligado a una fe que parece consistir más en un don que en un mérito), pero que debe ser, al menos, sinceramente preocupada y problemática. Esto es, que se plantee, más tarde o más temprano, la cuestión sobrenatural y trate de darle una solución de acuerdo con su conciencia.

Esto en cuanto a la religiosidad de la poesía. Otra cosa sería la poeticidad o la sustancia lírica, de la religión como vivencia. El "Padrenuestro", la única fórmula de oración estrictamente cristiana (la única recomendada por Jesucristo), es, a mi parecer, entre otras cosas, no sólo un hermosísimo poema, sino también la más alta y vá-

lida consagración, o sacralización del quehacer poético. Pues bien, la primera de sus peticiones se refiere al *nombre* de Dios, nombre que debe ser *santificado*, es decir, hecho o tenido por santo, o lo que viene a ser igual, *bendito* (bien dicho) por nosotros.

Sólo con enunciar ese deseo (“que tu nombre sea santificado”), estamos ya, al menos parcialmente, realizándolo; estamos haciendo ya labor de poeta. Pero a Dios se le puede alabar y amar también en sus criaturas; en este sentido, la mera poesía paisajística y, desde luego la amorosa o la social, pueden ser consideradas como simples preámbulos para una futura poesía religiosa... mientras se afina el instrumento, el verso.

Dentro de la poesía de tema religioso yo distingo (y la descarto por interesarme mucho menos) la que podría llamarse *poesía devota*, si no *piadosa*, circunstanciada a una anécdota plástica, advocacional o argumental, a una imagen de Cristo, a una leyenda, a un nombre de la Virgen, la distingo, repito, de la verdadera poesía religiosa, intimista, de hondas raíces ascéticas o místicas, en las que el hombre-poeta, habla con Dios desde su fe, o incluso se encara, desde la duda, con su ausencia. Caben aquí todos los grados, desde la credulidad más sumisa hasta el más rebelde escepticismo, aunque si bien se

mira, la rebelión y aun la blasfemia del agnóstico carecerían de sentido.

Como quiera que la verdadera poesía no puede inventarse, sino que suele ser el fruto, más bien parco y tardío, de experiencias vividas en la propia alma y sangre, sucede que la poesía religiosa resulta hoy relativamente poco cultivada y acotadísimo su campo temático, hasta el punto de que, pese a su escasez, puede darnos una impresión de tópico y de monotonía, casi siempre extremosa: o cántico piadoso o imprecación rebelde, sin apenas nada de ese ancho término medio tan humano de la pregunta o de la queja, de la duda o del ruego. Pero, en defensa de los méritos contraídos por nuestra poesía “a lo divino”, bastaría con recordar aquí que las dos más altas cimas de la lírica española de todos los tiempos son, muy probablemente, las *liras* de San Juan de la Cruz (poesía mística del amor de Dios), y las *coplas* de Jorge Manrique por la muerte de su padre (poesía ascética, casi existencialista, de la fugacidad del tiempo y de la vanidad de esta vida).

Queda, pues, claro que ni Juan Yepes nos hubiera dejado, “toda ciencia trascendiendo”, su *Llama* ni su *Cántico* si antes no hubiera apurado toda la oscuridad amarga de su *Noche*, ni Santa Teresa hubiera podido escribir *Las Moradas* sin “pasarlas” previamente. Es decir, que

habría que vivir en continua tensión de caridad, de perfeccionamiento espiritual, para poder escribir luego algo siempre profundo, original y verdadero. Y ¿cuántos poetas, de entre los creyentes, remontan hoy en sus vivencias los primeros peldaños de la ascética? Posiblemente algún frailuco joven e ignorado que no pensará nunca en publicar.

La sinceridad es aquí tan necesaria o más que en cualquier otro tema. La poesía bucólica, por ejemplo, fue casi siempre *poesía-ficción*. En la religiosa, cualquier salmo o reproche, cualquier cántico o grito que no responda a una urgencia honda y cordial nos denuncia en seguida lo falso de su timbre. Por eso, la más auténtica poesía religiosa de hoy no es casi nunca la más conformista ni la más ortodoxa.

* * *

En cuanto a mi propia poesía religiosa, no sé qué decir. Algunos buenos críticos de dentro y de fuera, han coincidido en encontrarle un peregrino tono de familiaridad filial que suaviza, al menos en parte, el amargor de ciertas imprecaciones.

Desde luego es la parte que más me interesa de toda mi obra porque la tengo por la más profundamente mía. Pero si no adelanto, como todo

fiel cristiano, en el conocimiento y amor de Dios, sólo podré seguir quejándome ante el Padre desde mi verdadero puesto espiritual de hijo torpe y menor.

Tengo —¿quién no?—, mis dudas, mis problemas de fe, algunos de los cuales han saltado a mis versos. Pero confío —¿acaso demasiado?— en lo fundamental: Sé que los hombres acabarán amándose en el espejo vivo de Jesucristo y habrá, yo no sé cuándo, pero habrá, al fin, justicia y paz.

(Puerto. Julio, 1968.)

INDIGENCIA COMÚN

Verdad es que me hicieron con un corazón hueco.
insuficiente, mal sentado, mísero,
con un bostezo de hambre o soledades.
¿También, lo mismo a ti?

Nos echan a la vida, hay que ver, incompletos,
a buscar por ahí medias naranjas,
a pordiosear amor. ¿No es esto raro?

Otro Dios que forjara menos hombres,
pero todos adultos, enteros y bastantes,
listos para comer su propia vida
cada uno sin más.

Otro, que no este Dios,
que se lució del todo fabricando penurias,
carencias inventando.

Fomentador de la mendicidad
y aun maleante Él mismo
que encabeza esta murga petitoria
con las cóncavas manos extendidas
y afuera, sin vergüenza, el corazón.

ORACIÓN POR LOS CONDENADOS

En vano. Justamente con el derroche que supone
regar una flor muerta.
con toda la locura suficiente para acunar a un
pájaro podrido,
con la fiebre capaz de numerar las gotas del mar
todo,
con eso y más lo cierto es que hoy vengo hasta
tus lindes,

Dios que hiciste posible tanta culpa,
 audacísimo Artista que forjaste
 semejantes a ti, tus enemigos.
 Hasta tus bordes, dije, vengo yo a mendigarte un
 imposible
 porque a quién sino a ti puede pedirse tanto.

Y es que no vayas contra tus hechuras,
 que no deshagas con tu dedo izquierdo
 lo que engendraste con el otro y nunca
 hagas trizas de sombra aquel espejo
 que azogaste tú mismo con polvillo de estrellas
 para sentirse aún más infinito.

Porque engendraste para amar. ¿No acierto?
 para mirarte en frutos parenciales,
 para ensanchar tu oído imponente con grillos
 minúsculos ajenos,
 de musarañas no serviles, sino gustosas, libres y
 entregadas.
 ¿He dicho mal, Patrón?

Y pizcaste a la Nada, tan eterna
 casi como tú mismo
 con tu pulgar fatídico, fosforoso y exento
 y con tu índice doblado al rojo blanco, trepidante,
 para que de la cruza de la Nada y tus dedos,
 del beso de estas dos eternidades,
 reventáramos ínfimos, pero conscientes y señores,
 a la gran playa de existir. ¿Estamos?

Y algunos esgrimimos, esgrimieron,
 porque les fue posible y deseado,
 esa herramienta doble y de diez filos,
 y mientras con los cinco sentidos niños de su
 cuerpo
 cortaban la manzana de una dicha,
 ¡ay!, ocurrió que con los otros cinco,
 ciegos del alma y la ignorancia,

rasgaban el pellejo de ese lago
 donde te miras y te encuentras todo.

¿Pero qué? Nunca nadie pensó, quiso,
 —¿Lo digo? Sí, lo digo pues lo siento
 y mentiría si callara—.

Nunca nadie de veras pensó ni quiso hacerte daño,
 ir siquiera en tu contra,
 desbaratar tus filas de armonía.

Nunca nadie, Maestro; yo respondo
 por todos, Tú respondes por todos. Él responde
 por Él y por nosotros, nunca nadie.
 Nadie nunca, ya digo, nunca nadie.
 ¿O alguien alguna vez? ¿Sí? ¿Tú lo crees?
 ¿Tú lo sabes, amigo? Yo pensaba
 que no merece el hombre tanto cielo
 ni tanto inf... ¿Te lo digo?
 Sí, lo digo, ni tanto, tanto infierno.
 Eso, ni tanto infierno, ya está dicho.
 Tan inmenso rechazo,
 esputo tanto y tan viscoso,
 portazo tan desesperante,
 “no” tan definitivo.

Digo, porque si bien puede ser cierto
 que no supieron o quisieron
 tu bien, igual es cierto y muy más cierto
 que no tu mal quisieron ni sabían.
 ¿Cómo iban ellos a saber?

Unos, porque tu hijo aún no hubo hablado;
 otros, porque después de hablar tu hijo
 ¿qué podía faltar a sus rescates?
 ¿Quién iba a poder más?

Por todas estas cosas y otras más que no pongo
 es por lo que esta noche, en que nadie nos oye ni
 nos mira,

me he parado a pedirte, no explicaciones, sino
 sangre,
 pues por lo visto falta sangre,
 hace falta aún más sangre,
 no fue bastante sangre
 la que lloró tu niño sobre todos.

Y por eso yo ahora
 vengo a pedirte parte de la tuya,
 sí, de la esencia tuya;
 sólo la gota suficiente
 para que quede bien del todo
 limpia la plana y enmendada,
 todo cabo en sazón.
 Y no por ellos solos te lo pido
 sino también por ti y por mí, ya sabes.
 —Y que conste que no llamo a la Madre—.

Antes por mí que necesito
 seguirte viendo en lo más alto
 puro y sin sombras, Capitán, perfecto,
 inmejorable y si nos perdonaras
 podría mejorarte y sublimarte
 un último perdón definitivo.

Y ayudarías a mi fe tan niña,
 tan indecisa y asustada entre
 un corazón de quien el mar es átomo
 y una espada de fuego...

Pero también he dicho y lo mantengo
 que lo pido por ti. Porque me consta
 que hay una nube en tu alegría
 no tan redonda ni perfecta, Padre,
 reconócemelo. (Nadie nos oye.)

No tan redonda porque alguna grieta,
 mínima, pero grieta,
 labra sobre tu piel, MISERICORDIA,

esa Madre del tiempo y de la lluvia,
 tu identidad, amigo, tu sustancia,
 tu manera de ser...

VILLANCICO DEL NIÑO MUNDO

El niño que hoy nace desnudo
 no eres tú, Jesús, que es el mundo.

Arrecidito entre pajas,
 con padre y gloria en el cielo
 y aquí ni una mala manta.

Sin abrigo,
 sin calores,
 sin amores,
 sin amigo.

Todas las nochebuenas
 viene y se encarna
 un niño que no tiene
 pan ni almohada.

Niño y no Dios.
 Lo hiere una ventolera,
 lo mata un golpe de tos.

Por toda la tierra yace
 un dolor casi infinito
 que a puros gritos renace.

Ven a verlo, Dios Jesús,
 mucho más desamparado,
 más solo y triste que tú.

Esta noche es noche mala
 porque han venido a nacer

cien mil niños sin un ala
en tierras de sal llover.

No es buena esta noche-buena
ni hay mañana novedad,
la pena sigue tan pena,
la gente tan sin piedad.

Ya no más nos alegremos
pues aunque nos nazca un Dios
cuántos nos desvanecemos
sin un remo ni una voz.

TRENO

Lo que yo daría por
conocer, como una piedra,
mi sitio, mi plan, mi sino.

Lo que yo haría por no
tener que tomar la rienda
y decidir el camino.

Todo esto que se nos pide
y casi se nos impide.

¿Libres? pero poco, ciegos
pero no del todo, atados
con eslabones de goma.

Podemos creer, creemos
podar los ramos, los remos,
todo es una mala broma.

Alguien nos mira tender
el gesto hacia el mar. Perder
la fuerza, el valor, la gana.

Alguien que se nos deslíe
con el tiempo y se sonrío
por detrás de su mañana.

Y habrá que rendir, paciencia,
cuenta de tanta impotencia
y acusarse de haber sido

tal y como se nos hizo:
un mechón de Dios, un rizo
a un viento de azar movido.

Maldita sea la hora
en que uno se para, explora
la camisa de once varas

donde nadie le mandó
entrar, desde entonces no
vuelve a ver las cosas claras.

Al menos no he vuelto yo.

HAMBRE Y SED TENGO

Quien se resigne a perecer del todo
perezca noramala, yo protesto
si no hay nada mejor detrás de esto.
Soy algo más que un salpicón de lodo

y pues que soy seré. No me acomodo
a jubilar me ni a ceder mi puesto
de aprendiz de inmortal. Con Dios me acuesto
y con Dios me he de alzar codo con codo.

Deje de ser quien a ello sea conforme,
no haya más vida para quien más vida
no necesite. Yo sí necesito

saciar mi sed desaforada, enorme,
de eternidad, mi hambre desmedida
de infinito elevado al infinito.

MANUEL ALCANTARA

Nació en Málaga, en 1928. Estudios de Derecho. Dedicación al periodismo. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

Manera de silencio.—Madrid, 1955.

El embarcadero.—Madrid, 1958.

Plaza Mayor.—Madrid, 1961.

Cuidad de entonces.—Madrid, 1962.

P O E T I C A

Querido Leopoldo: Te agradezco muchísimo que hayas considerado estimable lo que he escrito del tema. Por otra parte, creo que el tema lo abarca todo. Yo cada vez me siento más humilde al respecto. Estoy dolorosamente convencido de que con las luces que Él me ha dado no puedo verlo claro, y me temo que la “sensibilidad religiosa” sea algo así como la “sensibilidad musical”: una aptitud. Respeto a todo el mundo en esto de las creencias y me admiran por igual los que están seguros de que *no*, como los que hablan del purgatorio con un lujo de detalles que hace suponer que acaban de regresar de allí. En tre creyentes y no creyentes —da igual el partido religioso a que pertenezcas—, debo confesarte que me dan más envidia los primeros.

Mis actitudes en una cuestión así son naturalmente variables. Me consuelan muy poco filósofos, teólogos y magos (algunos están dejados de la mano de Dios) y creo que es éste un asunto personal. En mi poesía se traslucen estas fluctuaciones, pero supongo que le pasará a todo el mundo algo semejante. Unas veces me da pavor la idea de morirme, y otras la considero con una serenidad repugnante. ¿Por qué va a ser tan malo desaparecer? Si morir es como antes de haber nacido, no podemos quejarnos. Soy muy poco

unamuniano en esto, y creo que está muy lejos de constituir un mal final. De todas formas, muchas cosas me quedan sin contestar —esa guerra, esa injusticia, ese niño cuya madre tomó talidomida— y es preferible creer en “la Edad de las Respuestas”. Yo descarto que puedan existir revanchas post-morten, pero creo que a los hombres se nos debe una explicación.

¿No has pensado, querido Leopoldo, que si todo es obra de Dios hay que reconocer que se trata de un autor sumamente desigual?

Lo que no me parece decente es que se “chantagee” la vida, ni que haya quienes basen su bienestar actual en “el futuro bienestar” de sus clientes. Es más lógico procurar ser honrados, llevarnos bien y que todo el mundo coma, y luego Dios dirá. Sería urgente una ley contra los especuladores del cielo. Aunque te parezca ridículo, me tengo por un poeta místico frustrado. Es la gran cuestión. Un ser humano tiene que tener algo dentro. Alguien dentro. La búsqueda y el desasosiego pueden ser apasionantes, siempre que no conviertan la vida en algo siniestro.

En fin, Leopoldo, que Dios es necesario y que no sé si creará en los hombres. En cualquier caso, yo no descarto ninguna posibilidad. La prueba es que ahora te digo a ti que Dios te lo pague: tus trabajos por la poesía ajena y tu paciencia.

Recibe un abrazo de tu antiguo y firme amigo.

ME BUSCO POR EL TIEMPO...

Me busco por el tiempo que he perdido y en las hojas de ayer del calendario, pero no encuentro el alma por mi almarío ni rastro de aquel viejo conocido.

El que yo fui ¿por dónde se habrá ido? Quiero saber de mí. Es necesario conocer a quien trato en este diario escribir las memorias de mi olvido.

La aventura pequeña de ese barco que hace su travesía por un charco sabiendo que a babor nadie contesta.

Bebiendo estoy mi vino y mi pregunta. Penas y dudas. Todo se me junta. Y Dios da la callada por respuesta.

Dios

Crear en Dios es nieve y se derrite sobre el hombro cansado de la espera. Creer en Dios, ¡ay Dios!, qué fácil era, pero el eco de Dios no se repite.

Dando traspiés el alma, caes y te levantas, ¡qué remedio!, y ni siquiera duele. ¿Dónde anda Dios? Si lo supiera... y Dios sigue jugando al escondite.

Esperemos. Silencio de Dios suena en la oquedad del hombre. Siegan hoces de frío el frágil vuelo de aquel ave

que distraía el paso a la cadena.
Tengo miedo y escucho. Suenan voces.
Serán de Dios. No sé. Cualquiera sabe.

LA PALABRA DE DIOS

La palabra de Dios suena en el tiempo.

La palabra de Dios
resbala por las piedras y me llega
a través de los hombros,
acomodada por sus manos, fría,
extrañamente turbia, inexplicable.

La palabra de Dios suena en el viento.

Tu palabra, Señor, como una lágrima
que suspende tu mano sobre mí,
se queda por el aire
a mis alzados brazos imposible.

Desde el barro, mi solo consejero,
levanto una columna de preguntas
sosegadas y oscuras como un humo
que hasta Ti asciende ingrave
manchando la pared de la mañana.

Tú tenías la voz innumerable
lo mismo que la lluvia,
y oficio de la tierra era mojarse.

Tú tenías la voz alegre y blanca
de la lluvia tendida por las piedras.

¿Qué ha pasado, Señor, después de aquello?

¿Qué me ha pasado a mí que no te entiendo?
¿Y a Ti qué te ha pasado?

¿Qué ríos o qué espadas se han alzado
cortándome, ahogándome tu lluvia?

¿Por qué dejaste tu palabra oscura?

Remotamente duro es tu silencio,
callas como una estrella.

(Dios sigue estando, claro, pero arriba.)

Señor, yo no te tengo más que miedo.

Necesito que grites,
quiero tu resplandor sobre mi frente
o en el hombre tu mano azul y eterna.

Quiero vestirme de palabra tuya
para andar abrigado hasta tu tiempo.

Cuando Dios nada dice es que algo pasa.

(Con silencio de nieve sobre nieve,
la palabra de Dios está cayendo.)

Compréndeme, Señor,
te ando buscando a ciegas
y hasta mis labios viene
tu ruidoso silencio inmerecido.
En esta oscura búsqueda no encuentro
ni manos que me lleven
ni viejas catedrales que me sirvan.
Contra esto nada sirve,
quizá el camino andado de quererte...
Y en mi insignificante trascendencia,
levanto un haz de sangre o de preguntas
y un eco de silencio me responde.

La inextinguible duda se me ha vuelto
incertidumbre crónica y dormida.

Testimonio de Ti estos gritos
y esta terca esperanza que sostengo
en la aplazada tierra de mis brazos.

Latente, inexorable,
¿acaso miro a Dios pensando al Tiempo?

Me surgen las preguntas exentas de reproche
porque, después de todo,
Tú me diste esta voz con que te llamo.

Alguna vez, Señor, ¡gracias a Dios!,
todo se olvida y crezco en el presente.
Roja paz de la tierra con destino de nada,
y el alma candidata a permanencia.

Entonces me dan ganas de hablarte de mis cosas.
De nimios pormenores de mi vida
de criatura de Dios, contigo a cuestas;
de la pequeña historia de mi sangre,
de la territorial desesperanza
de este desconocido en el que habito
de mi roja alegría inconsecuente,
de todo lo que pienso.

Porque es mucho misterio para un hombre
este que transportamos por la frente.

Exilados de Ti, siempre ignorantes,
sintiendo tu inminente lejanía,
ni las cosas del mundo conocemos.

La sed, ¿es un silencio propagado
que convierte los pájaros en tierra?;
y el agua, ¿es un milagro demasiado
visible y repetido?

Porque uno sabe menos cada día.

Y Tú estás a lo tuyo:
organizando estrellas,
decretando la lluvia,
ordenando crecer a tantos árboles,
como si nada...

De todo quiero hablarte,
incluso del cristal de mi "Dios mío"
siempre en los labios frágil y purísimo.

(Tú no puedes decir nunca "Dios mío".)

Antes que vuelva al barro y me transforme
en tierra oscura y patria,
antes que se conviertan estos huesos
en minería de la muerte,
yo, próxima materia de la gleba,
quiero saber de Ti por tu palabra.

Cuando Tú me inaugures
una inmortal costumbre decisiva,
cuando la sangre cese
y te entregue esta muerte hereditaria,
me enteraré de todo.

Mientras, aquí me tienes,
ocupado yo solo en mi consuelo,
equivocándome, intentando nada,
atareado con esto de vivir...

ORACIÓN

Un hombre soy de tierra,
Tierra oscura plantada de esperanza,
pobre tierra que piensa.

Mi voz involuntaria de testigo,
rotundamente humilde, no traspasa
la frontera de Dios, con tanto ruido.

La vida se me ha vuelto una pregunta.

Sin entendernos, Dios y yo, distintos,
llevamos nuestras soledades juntas,

Mi voz va por el aire,
tierra de Dios, sus voces
cruzan mi corazón, tierras de nadie.

Y estoy, como las islas,
rodeado de Dios por todas partes.
La muerte es una víspera.

Solidario de todo
(yo sé que nada vale la alegría),
trato con mi contorno.

Esa orfandad hereditaria
que cada hombre recoge cuando nace,
torna en mi voz desocupada.

Sigo esperando como siempre.

¿Dónde empieza el silencio interminable?

Un hombre soy de tierra y Dios no llueve.

RETORNO

Este tener la muerte en carne viva
transitada de pájaros y peces...
De un silencio he venido. Temo a veces
que se llame silencio quien me escriba.

Este ir hacia una luz definitiva
bebiéndome la sombra hasta las heces...
La vida es una historia. No la empieces.
La muerte es una carta. La reciba.

Ninguno sabe si es que muere o nace.
Nadie nos dice nada, pero tengo,
lo sé, mi fin en mí, como la nube.

En el miedo de Dios el alma padece
una celeste yerba, y sé que vengo
desde un antiguo olvido donde estuve.

JAIME FERRAN

Nació en Cervera (Lérida), en 1928. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. Profesor ayudante de Universidad. Profesor de español en la Universidad de Syracuse (N. Y.). Autor de volúmenes antológicos de las obras de D'Ors y Maragall.

Libros publicados:

Desde esta orilla.—Madrid, 1953.

Poemas del viajero.—Barcelona, 1954.

Descubrimiento de América.—Madrid, 1957.

Canciones para Dulcinea.—Madrid, 1959.

Libro de Ondina.—Palma de Mallorca, 1964.

Elegías sin nombre.—Bogotá, 1965.

Nuevas cantigas.—Madrid, 1967.

P O E T I C A

En dos ocasiones he sentido, como poeta, la urgencia de expresarme en una poesía de inspiración religiosa. En mi primer y último libro publicados: *Desde esta orilla* y *Nuevas Cantigas*. Escrito el primero en mi Barcelona universitaria, tuvo varias redacciones arrumbadas —*Como del aire, Muralla de presentimientos*— que insistían en una poesía de tono meditativo, que después he visto prevalecer en el ámbito de las poesías inglesa y norteamericana de la misma época, y que al cabo encontró su preferente formulación en un tono de advocación religiosa, persistentemente dirigida a un Dios hispánico, es decir con el que entablaba una relación preferentemente sentimental. Formulado este libro —al menos en su parte exclusivamente religiosa— en sonetos, se encuentra en la prehistoria de mi evolución formal, que me llevó más tarde a desterrar cualquier forma poética dada y a indagar por los caminos de un verso muy sangrado una nueva forma con la que creí servir a nuestra poesía, demasiado apegada a fórmulas tradicionales. Dentro de este nuevo camino se inscribe mi último libro publicado —que no escrito— *Nuevas Cantigas*, en el que, después de una serie de libros completamente distintos, volvía a aflorar la poesía religiosa, de raíz mariana en este caso. Vale

decir que la inspiración original —el recuerdo de mi curación infantil en Lourdes— se ve acrecida por la lejanía de la patria y la presencia del recuerdo, puesto que este libro fue escrito en Syracuse, en la parte nortea del Estado de Nueva York, donde me han retenido últimamente deberes universitarios. Tampoco sabría precisar si mi interés, en cierta época, por la poesía de inspiración religiosa de Emmanuel, al que traduje, tiene algo que ver con mi segundo encuentro con la poesía religiosa, pero no lo creo. Sí puedo decir que en ambos libros, mi primer —pero riguroso— balbuceo poético y las *Nuevas Cantigas* que por ahora coronan mi obra conocida, me encuentro expresado con tanta autenticidad como en cualquiera de mis otros libros y que creo que al igual que estamos contemplando hoy una renovación de un tema tan manido y eterno como es el del amor —a la que no creo ser del todo ajeno— se puede pensar en una renovación del tema religioso en la poesía, que irá indudablemente unida a una poesía de meditación, de la que han sido quizás los peores enemigos las justas floralescas que imponen temas religiosos obligados... Creo que en nuestra poesía, que tiene entre su tradición más noble a la mística —y no solo a la católica, sino a la sufi, por ejemplo— debe renacer la poesía auténticamente religiosa,

si no olvida el mundo en que vivimos, como no lo hace, pongo por caso, el *Cant Espiritual* de Joan Maragall...

(Bogotá, 6 septiembre, 1968.)

CANTIGA IV

Esta es acerca de una visita del autor al monasterio de Montserrat.

Siempre,
 en nuestro pasar apresurado
a los pies de la sierra que te guarda
—la sierra enhiesta,
 el Mont Serrat erguido
la montaña pujante y aserrada—
florecía,
 de pronto,
 en nuestros labios
en viejo catalán,
 una plegaria :

*Deu vos salve Maria,
plena sou de gracia...*

Y en tu nido de piedra,
 suspendido
a la mitad de la montaña
sabíamos que oías nuestro rezo,
que habías de entender nuestras palabras.
Mirábamos arriba
y en tu cascada mineral,
 fijábamos el alma.

Tu manantial de piedra
levantada

sobre nuestro mirar
se desbordaba.

Y sobre tu granítica
morada,

lucía el ancho azul,
 la perenne bandera
 de tu patria.

De tu presencia allí,
 de tu sonrisa,
 de tu tez atezada,
 nos queda la oración,
 que a menudo retorna
 porque nunca podemos olvidarla,

 y el corazón,
 de nuevo por las trochas
 que disputan la ruta de las águilas,

 parece estar subiendo todavía,
 como después de un viaje,
 a darte gracias.

Ahora que el viaje de la vida
 nos llevó a recorrer tierras lejanas,

 y nos es más difícil
 pasar cerca
 de tu sierra encrespada,

 y nos es más difícil acertar
 con la oración exacta,

 tan sólo te pedimos,
 como antaño,
 Virgen de nuestra infancia,

 que cuando llegue el fin de nuestra ruta
 y acabe la jornada,
 cuando el cansancio del camino abruma,
 con su peso mortal,
 nuestras espaldas,

podamos descansar unos instantes
 y tender la mirada

 hacia el más alto Montserrat de nubes
 donde tienes tu casa,

 donde,
 quizás,
 los ángeles cantores
 te saluden en lengua catalana
 con aquel viejo virolai,
 llamándote:

*rosa flagran, de vera benenança,
 vexell de patz, corona d'esperança...*

CANTIGA V

1

A medida que pasan
 los años,
 se nos hace
 más difícil volver.

Pero cuando volvemos,
 nos recibes
 en tu sitio de siempre,
 igual que ayer,

 bajo el gran sicomoro,
 gastado por la lluvia,
 con el rostro más pálido,
 con el

 color de tu retablo más desvaído,
 pero siempre esperándonos en pie.

2

A medida que pasan
 los años,
 se nos hace
 más difícil buscar
 el camino que a Ti nos conducía
 por el jardín de nuestra casa
 y hay
 como un largo desierto,
 que separa
 nuestra alma del lugar
 donde tú nos esperas,
 con el azul celeste
 de tu manto que fuera azul de mar.

3

A medida que pasan
 los años,
 te sentimos
 de pronto revivir
 en el jardín soñado del recuerdo
 donde la sombra gris
 del sicomoro,
 bajo el que sonríes
 nunca podrá morir.

4

A medida que pasan
 los años,
 se ha tornado
 tu presencia canción
 y su secreta música en el alma
 crece como una flor
 que en el limo caliente de la infancia
 para siempre prendió.

5

A medida que pasan
 los años,
 nos devuelven
 tu primitivo azul
 y el calor que creíamos perdido
 con nuestra juventud.

6

A medida que pasan
 los años,
 nos sentimos
 más cercanos a Ti,
 al aprender que todo el mundo es como
 un inmenso jardín
 desde el que Tú nos miras,
 invisible,
 hasta que un día a Ti podamos ir.

CANTIGA VI

No te puedo recordar.
 Veo tu iglesia a lo lejos,
 Santa María del Mar,
 en el barrio marinero
 donde acaba la ciudad,
 donde Barcelona aprende
 a navegar.
 No te puedo recordar.

Entre las calles dormidas
 donde te fui a visitar,
 cerca del puerto,
 por el que
 te dejas siempre brezar

—tu espadaña,
 como el puente
 de un barco,
 presto a zarpar—

No te puedo recordar.
 Pero te tuve a mi lado
 al embarcar
 y has ido conmigo,

sobre
 la espuma y la tempestad.
 Virgen de los marineros
 a la que es dulce rezar
 cuando en el mar amanece,
 cuando anochece en el mar.

No te puedo recordar.
 Un día,

cuando este río
 en el mar haya de dar
 yo sé que estarás,

Señora,
 a mi lado una vez más.

Mírame entonces
 y dame
 tu mano para cruzar.

Así podré recordar.

CANTIGA VIII

1

Desde San Diego
 a San Francisco,
 corre
 bordeando el mar la carretera 101.
 Su larga cinta oscura
 brezada por la espuma
 junto al azul pacífico despliega

de Sur a Norte,
 su caricia dura
 de restallante asfalto velocísimo.

A veces deja el mar
 y entra en el llano

—Salinas,
 San José—
 pero pronto recobra
 junto al agua su trazado
 que Junípero un día le asignara.
 Yo he recorrido su extensión vibrante,
 yo vi pasar,

cerca de mí,
 fugaces

los hitos de sus blancas
 misiones

y he llamado
 a las puertas de Santa
 Bárbara,

de Carmel
 y de Misión Dolores...

2

Virgenes del Camino
 Real,

me devolvisteis
 junto a la orilla azul,
 presta al recuerdo
 la silueta atezada de mis viejas
 Virgenes catalanas.

Tallada por las manos
 pacientes de los indios,
 la fe recién nacida

os alegró los ojos
 con mirar infantil.

Y en vuestras solitarias
 capillas silenciosas

vuestro hábito dorado
 era como una lámpara encendida
 que de pronto
 me hablaba del pasado.

3

Junto a los recios muros misioneros
 a vuestros pies dormían
 medidos en un mismo sueño
 unido

 los hermanos
 de Serra,
 los soldados
 de Portolá...

 Sus nombres
 fulgen aún ahora en el recuerdo
 con su clara dulzura mallorquina,
 con su bruñida hispánica aspereza:
 Palou,

 Crespí,
 De la Guerra,
 Arrillaga...

4

Allí,
 junto a la tumba
 —en Carmel—
 de Junípero
 yo os juré amor un día,

 Vírgenes solitarias
 de California,
 surtas
 en las playas doradas
 junto al mar esplendente.

Y como Concha Argüello
 que en vuestra orilla pura
 supo un día esperar hasta la muerte

mi corazón,
 fiel a la fe jurada,
 ha aprendido a aguardar vuestro regreso.
 De más allá del mar

 vendréis un día
 por la puerta secreta de mi sueño
 final.

 Y sabré entonces
 que supe

 —como Concha—
 aguardar el momento
 preciso,

 para veros
 regresar en la nao
 fugaz de la esperanza,
 en el esquife que jamás naufraga
 porque siempre a otro mar se abre su estela.

ANTONIO MURCIANO

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz), en 1929. Abogado. Fundador, con su hermano Carlos, de la colección "Alcaraván". Premio Nacional de Poesía Flamenca (1966).

Libros publicados:

Navidad.—Madrid, 1952.

Navidad.—Caracas, 1954.

El pueblo.—Madrid, 1955.

Amor es la palabra.—Madrid, 1957.

La semilla.—Madrid, 1959.

De la piedra a la estrella.—Granada, 1960.

Los días íntimos.—Arcos de la Frontera, 1962.

Nuevo cuaderno de Navidad.—Las Palmas, 1963.

Perfil del cante.—Málaga, 1965.

Canción mía.—Santander, 1965.

Canciones con fondo de esperanza.—Málaga, 1966.

Plaza de la Memoria (en colaboración con su hermano

Carlos).—Málaga, 1966.

Fe de vida.—Las Palmas de Gran Canaria, 1968.

P O E T I C A

EN TORNO A LA RELIGIOSIDAD DE MI POESÍA

1. Debo y quiero decir, para empezar, que me afirmo y ratifico en el contenido íntegro de las notas generales que en forma de poética personal escribí en octubre de 1965 para la *Antología de la Poesía Amorosa*, de J. López Gorgé, en estas ediciones de Alfaguara (pág. 405 a 410) y a ellas remito al lector interesado o simplemente curioso de mi obra en marcha.

2. En aquellas aludidas notas generales, había una, concretamente la IX, que ya dejaba entrever mi concepto de lo religioso-poético. Decía así: "La preocupación artística y espiritual, el andar entre la diaria belleza de los seres y las cosas, el respirar y vivir una poesía en paz con Dios y con los hombres, indudablemente pre-dispone al Amor... De la misma manera que en el corazón de todo buen poeta anida el buen moralista, la escalonada línea lírica de un auténtico poeta le lleva a Dios, al amor y a la paz de Dios".

3. Toda mi obra poética, hasta hoy, yo diría que está como empapada, traspasada y presidida por la presencia de Dios. No obstante ser esto cierto, reconozco no ha sido motivo frecuente, ni tema inspirador en mi poesía la indefinible majestad, la grandiosidad teológico-filosófico-poe-

mática, la amorosa y justiciera infinitud creadora de Dios-Padre, sino que lo ha sido —y sigue siéndolo— la sencilla y sublime divinidad humanizada de Dios-Hijo. Cristo es en mis libros, el Camino —al Padre—, la Verdad —esencial— y la Vida —en gracia y en eternidad—. También me atrajo, desde mis versos niños, la hermosa humanidad divinizada de la Virgen, madre, mediadora y cima de la delicia.

4. En síntesis, me atrevería a decir, que el filón inagotable de la religiosidad de mi obra poética, es la Fe. La consecuencia temática, mi ética-lírica, la Esperanza. El camino, la solidaridad humana por la ancha vía de la ternura y la alegría vital y consciente. La simple lectura de la gran mayoría de los títulos de mis libros son bien significativos al respecto y ahorran mis comentarios.

5. Aunque no soy amigo de definiciones categóricas, de una cosa si estoy convencido y es de que —tras meditarla mucho— la clásica definición orteguiana: “Yo soy yo y mi circunstancia”, quedaría más completa y humilde de esta otra forma: “Yo soy yo, mi circunstancia y la gracia de Dios”.

ORACIÓN POR LA FIGURITA MÁS ANTIGUA
DE MI “NACIMIENTO”

Señor mío Dios-Niño:

Tú, que velas desnudo desde tu casa pobre
y ves cada diciembre, cada mañana fría,
avanzar por mi mano y hacia ti, lentamente,
de mi belén de sueño todas las figuritas,
la pastora dorada del cordero a los hombros,
el molinero blanco de la saca de harina,
el recovero triste con sus pavos de siempre
y el niño de la cántara con su pierna partida,
Tú, que sabes la oculta desazón de su prisa,
Tú que ya los conoces,
déjame que te pida
por cada uno de ellos, y en especial, Dios-Niño,
déjame que te pida
por la mujer aquella junto al pozo vacío,
por la samaritana de barro, pequeñita,
que espera, cada año, en el sitio que sabes,
descolorida ya y antigua.
Mi oración es por todos, Señor, pero es por ésta
en especial, por esta figurita,
a la que luego, cuando pecadora,
cuando Tú vayas a Samaria un día,
te acercarás sediento para llenarle el pozo
del agua verdadera y eterna de la Vida.

ANOB

(*Poema del pastor ciego*).

No lo dudaste, Anob, tú no quisiste
dudar que nació el sol a media noche.
Que aunque no lo contaran, creerías
que un Dios bien puede anticipar el alba.

Tú no supiste, no, tú no pudiste
saber el tono rosa de la nieve,
ni de cómo una estrella relucía
encima de la gruta del milagro,
pero sé que doblaste la rodilla
cuando escuchabas en Moab al ángel.

Y no le viste, Anob, tú no podías
ver al Hijo de Dios recién nacido,
pero fuiste a Belén, como los otros,
a llevarle tu ofrenda de miel rubia.

No pudo ser, pastor, que tú le vieras,
que le miraras rey en el establo,
cuando sentías la canción del cielo
y el batir de unas alas sobre el mundo.

Pero no pudo ser que vieras claro,
que tú le vieras puro Dios temblante;
por eso dabas gritos y más gritos
preguntándole a todos cómo era.

¡Oh, qué gozo al partir, Anob, qué gloria!
Dicen que el Niño te miró a los ojos.
Fue cuando ya los otros se marcharon.
Cuando quedaste sólo con tu cántara.

Todos contaban luego muchas cosas,
contaban y contaban... Tú, tan sólo
que hubo un segundo en que se te llenaron
las pupilas vacías de luz blanca.

COPLAS PARA CANTAR EN NOCHEBUENA

Tiembla el ave bajo el cielo,
la piedra en Jerusalén,
y el Niño tiembla de hielo
en el portal de Belén.

Con mi calor bien quisiera
darte a ti calor, mi bien.
Y de frío me muriera.

En la flor tiembla el rocío
la hoja en el viento también.
y tiembla el pez en el río
como el Niño de Belén.

Bien quisiera, con el mío,
darte a Ti calor, mi bien.
¡Muriérame yo de frío!

BALADA AMARILLA DEL CAMELLERO

—¿Qué le llevo yo
al Niño que ayer nació?...

Dicen que dicen que es bello,
que tiene de oro el cabello,
que alumbra con su destello,
¡qué se yo!...

—Tan solo y tan sin fortuna,
tan pobre y con tanta luna.
¿a dónde tú, camellero,
sin caravana ninguna?
¿a dónde tú, sin lucero?

—¡Qué se yo!

—¿De qué verdes palmerales
tú, de qué lejana orilla?
¿de qué ardientes arenales
llenos de tierra amarilla?

—¿De dónde yo, camellero?
¿A dónde yo, sin lucero?
¡qué se yo!

—Al Niño que ayer nació
y tiene de oro el cabello,
¿qué le llevas tú?

—¿Quién, yo?

—Sí, tú...

—El camello.

—¿Y qué harás tú sin camello?

—¡Qué sé yo!

BALADA AZUL DEL PESCADOR

Siempre la caña curvada,
siempre la misma postura
pescador, sin pescar nada.

Y siempre la lavandera
la misma ropa lavando
sobre la misma ribera.

Y siempre el mismo gentío.
Y siempre la misma estrella
reflejándose en el río.

Y por el mismo dinero,
pasando la misma gente
de orilla a orilla, el barquero.

—Todos van hacia el Portal.
Yo iré después cuando pesque
mi pez de plata y cristal.

—¡Cuántos años, cuántas veces,
pescador, siempre soñando
un sueño lleno de peces!

LETRILLA DE LA VIRGEN Y EL ALBA QUE VENÍA

La Virgen María
cantando tejía
blancos hilos finos.

*(La tarde venía
por entre los pinos.)*

La Virgen María
cantando cosía
tejidos de lino.

*(La noche venía
soñando el camino.)*

La Virgen María
cantando ponía
pañales al Niño.

(El alba venía.)

ROMANCE DE MARÍA Y JOSÉ LA NOCHE DE NAVIDAD

No puedo seguir, no puedo...
Déjame sobre esta piedra.
¡Qué dolor, esposo mío,
que a un Dios le cierren las puertas!
Mira, una gruta, una gruta
al borde de la vereda.
Parece sola. Es de noche.
Ayúdame a entrar. Espera...
¿No sientes como un aliento?
¡Qué dolor José, que tenga
que nacer en un establo
el Rey del cielo y la tierra!
¡Cuánta nieve por mis hombros!

José, me tiemblan las piernas.
 Reclíname con cuidado
 junto de la paja seca.
 ¡Cuánta música en el aire!
 José, ¿qué música es esa?
 (¿Cómo será?)... Tengo frío
 Tengo alegría y tristeza.
 (¿Cómo será? ¿Será rubio
 como el oro y la canela?)
 José siento como un gozo
 que me corre por las venas.
 Dobla tu vara florida.
 Dobla tu rodilla en tierra.
 Siento al Hijo que me salta
 en las entrañas... ¡Ya llega!
 ¡Cuánta música en el aire!
 José. ¿qué música es esa?...

BELÉN

Tiene el malva y la juncia aquel otero
 sobre el frágil verdor del praderío;
 la Estrella, desdoblada por el río,
 tiene un temblor mentido y verdadero.

Vuela que vuela, sin volar, ligero,
 cualquier jilguero sobre el caserío;
 canta que canta, sin cantar, sombrío,
 al ritmo de los bueyes, el boyero.

Pastor que tañe guzla junto al vado
 y el viento de diciembre, un viento helado,
 que apenas, invisible, se revela.

Papel de plata el agua detenida,
 sierras de corcho gris, nieve fingida,
 y un Niño-Dios que al fondo duerme y vela.

LA VISITADORA

Era en Belén y era Noche buena la noche.
 Apenas ni la puerta crujiere cuando entrara.
 Era una mujer seca, harapienta y oscura
 con la frente de arrugas y la espalda curvada.

Venía sucia de barro, de polvo de caminos.
 La iluminó la luna y no tenía sombra.
 Tembló María al verla; la mula no, ni el buey
 rumiando paja y heno igual que si tal cosa.

Tenía los cabellos largos color ceniza,
 color de mucho tiempo, color de viento antiguo;
 en sus ojos se abría la primera mirada
 y cada paso era tan lento como un siglo.

Temió María al verla acercarse a la cuna.
 En sus manos de tierra ¡oh Dios! ¿qué llevaría?...
 Se dobló sobre el Niño, lloró infinitamente
 y le ofreció la cosa que llevaba escondida.

La Virgen, asombrada, la vio al fin levantarse.
 ¡Era una mujer bella, esbelta y luminosa!
 El Niño la miraba. También la mula. El buey
 mirábala y rumiaba igual que si tal cosa.

Era en Belén y era Noche buena la noche.
 Apenas si la puerta crujió cuando se iba.
 María al conocerla gritó y la llamó "¡Madre!"
 Eva miró a la Virgen y la llamó "¡Bendita!"

¡Qué clamor, qué alborozo por la piedra y la es-
 trella!

Afuera aún era pura, dura la nieve y fría.
 Dentro, al fin, Dios dormido, sonreía teniendo
 entre sus dedos niños la manzana mordida.

MANUEL MANTERO

Nació en Sevilla, en 1930. Doctor en Derecho. Crítico de poesía. Autor de una Antología de la poesía española contemporánea. Premio Nacional de Literatura.

Libros publicados:

La carne antigua.—Sevilla, 1954.

Mínima del ciprés y los labios.—Arcos de la Frontera, 1958.

Tiempo de hombre.—Madrid, 1960.

La lámpara común.—Madrid, 1962.

Misa solemne.—Madrid, 1966.

Poesía Española Contemporánea.—Barcelona, 1966.

P O E T I C A

La poesía religiosa es, debe ser, simplemente poesía. San Juan de la Cruz escribe poesía religiosa lo mismo que Dante o Antonio Machado. Creo que sin embargo podríamos acotar, siempre convencionalmente, el campo de la poesía religiosa diciendo que entra en él aquello que el hombre se plantea como preocupación trascendental. Y aunque yo sea católico, comprendo que no puede obligarse a escribir oficial o exclusivamente "en" católico. Como un poeta de bellos ojos verdes no tiene por qué escribir a la fuerza una poesía referida a la hermosura de los ojos, o un italiano acerca de Italia.

En mi vida, la preocupación religiosa es, junto con otros dos, un tema esencial. Todavía hay quienes consideran al poeta religioso, (aceptemos para entendernos el adjetivo), como reaccionario. Lo que demuestra cortedad de ideas, mutilación de curiosidad. Muchas veces, estupidez. Y también hay quienes consideran al poeta rebelde civil como muestra de "actual" religiosidad: así ha llegado a afirmarlo determinado antólogo poco inteligente. No. Plantearse el problema de Dios es requisito necesario para el poeta que hemos dado en llamar religioso, y de ahí deriva toda la posterior toma de conciencia. Tan poeta religioso

es Fray Luis de León como Blas de Otero, Cernuda como Valverde, y Leopardi como Claudel.

Y Rilke. Y Unamuno. Y Quasimodo... Lo más molesto es que existan poetas oficiales católicos que quieran monopolizar a Dios igual que al tabaco o al petróleo. Todos tenemos derecho a Dios... o al demonio: Baudelaire fue un excepcional poeta religioso. Venturosamente va pasando la época en que nombrar a Dios en un poema acarrea sonrisas y suficiencias, y mucha culpa la tuvieron los funcionarios de la religiosa poesía especializada de ciertos años de la postguerra. ¡Ay!, yo he conocido a poeta que dirigió a la Reina de unos Juegos Florales el poema que ganó en otro, y que iba dedicado a la Virgen. Eran retóricas lindezas intercambiables como tornillos.

Tengo curiosidad por ver cómo Leopoldo de Luis ha justificado y encauzado esta Antología, de tema tan interesante, y más en estos tiempos posconciliares. El asunto es complejo y el campo, inmenso. Por lo que a mí respecta, entiendo la poesía (sin adjetivos) como un gran desasosiego interior, como una frecuentación de la problemática del destino del hombre, como un atajo (o rodeo) para llegar a Dios. Soy, perdón, de los que creen en Dios, en la vida después de la muerte, en el milagro: por eso escribo versos, que es una forma inmejorable de hacerse uno la puñeta. Porque la vida es una fabulosa adivi-

nanza cuya solución tiene que buscarla cada persona, pero nunca en soledad. ¿Es que no es poesía religiosa la solidaridad? Y sólo la muerte nos dará la clave. ¿Y es que no es poesía religiosa la meditación ante la muerte?

¡Ah, temas arcaicos, viejos sentimentalismos, pólizas de seguro que los reaccionarios firman para la eternidad!... Pero la poesía, si es algo, es eso: vinculación con Dios, preocupación hacia Dios: todo está, expresa o tácitamente, comprendido en esa inquietud. Yo tengo mis motivos para inquietarme, y para mí valen.

Y ello, a pesar de los "vanguardistas" del ateísmo, a los que envidio su tranquilidad, su seguridad. Aunque pienso que si fueran de veras ateos, dejarían en paz a los que, poca o mucha, tienen —tesoro u ortiga— su fe. Casi todos los ateos que conozco se alínean, no en la fila de los que niegan a Dios sino en la de los que lo combaten. Lo que no deja de ser, por contradicción, una forma de preocupación religiosa.

De todos modos, ¡qué difícil hablar de esto! Tanto, que sobran mis palabras. Me considero incapaz de hablar con exactitud de poesía. Y si se trata de poesía en su ligazón, en su religación con Dios, la cosa me parece demasiado ardua.

GLORIA

Un niño
está en el mundo, y crece.
Crece más que un deseo que no se alcanza nunca,
llega hasta el Padre, que conoce
la nueva forma de la acción total,
y el niño, el hombre incorporado al Ser,
se sume en Él.

¡Gloria a Ti,

oh Dios.
en tu unidad que nos enseña a asirte,
rey de la vida.
con nosotros estás y estabas antes de nosotros,
mirándonos
igual que un padre que va a tener el número de
hijos que soñó;
gloria, Dios mío,
varón, varona, uno y todos,
niño y viejo, experiencia y flor reciente,
árbol y ave,
mundo viviendo en Ti, apuntando
su pubertad de creación futura!

¡Dios que gozabas en tu empleo,
Dios de la mente parturienta,
Dios con el Hijo instándote a crearnos,
Dios dueño,
Dios como un ala que volase por entre el aire de
sus plumas,
Dios anterior,
pleno pensante,
que a Sí mismo quería demostrar la fortaleza de
su hálito,
Dios que pudiera haberse dado
en otro modo de poder,
en otra emanación que lo espejara!

¡Gloria, Señor, oh Cristo, Tú, encargado del
hombre más que de los ángeles,
grada infinita,
vereda noble donde lo común afluye,
nudo nunca oneroso, en alto, tenso, como si te
hicieras truco indio,
mitad, momento justo del beso clamoroso,
lumbre en su centro,
placer, locura atravesada por el alfiler puro de la
oportunidad,
Cristo que velas,
que vences con tu ojo inalterable
y tus pies que, de niño, fueron blancos,
Cristo que nos presentas
a la asamblea familiar, sonriendo!
¡Gloria, Dios nuestro,
en tu espada y tu vello mal sudado,
en tu soplo sin límites;
gloria, Dios nuestro, valedor,
leche nuestra, pulmón paterno,
desgarramiento en paz,
presencia que nos doras con el vigor nunca de-
molido de tu resplandor,
Dios en el plato,
Dios en la silla,
Dios en la calle,
Dios en el pan,
Dios en el pájaro,
Dios en el Dios!

¡Gloria al instante
en que fuimos objeto de tu libertad,
potestad de tu amor que se manifestó en mí, en
ese hombre,
en aquel otro,
en el tumulto de la carne
trepando
por las escalas de los cielos,
para alabarte, oh Dios,

como un final del mundo que fuera su principio
dichoso,
poniendo en Ti los ojos y las manos,
reconociéndote
en la eternidad dura que llevamos
allá en lo oscuro de los huesos!

Un niño
está en el mundo, y crece.
Y juega y habla y reconoce
la raíz o la hormiga iluminados
por su estatura no mucho más alta:
si la niñez es pura
es porque está más cerca de la tierra.
Y crece el Hijo,
que va a entregarse al hombre
para que en él se satisfaga el ansia de ver lo
humilde derribado.

¡Gloria a Ti,
Hijo de Dios, representando, alzando
tus ojos a las nubes, tus manos a la madera,
encerrado en la sed de la agonía,
movido en púas,
disminuido en puños,
disparado a lo alto
como un esputo que sobrara al hombre!
¡Gloria por el momento
en que diste la voz
que se extendió por todas las patrias liberadas,
gloria al caído que rompió con una gran voz su
garganta inocente!

Una gran voz.

No era la voz aquella
el bramido de hartura que da el pisoteado,
el clavado y pegado a su suplicio
como una mariposa inmensa y envidiada.

No era la oración larga
de la víctima, el llanto último
del reo conformado, sabedor
de las verdes riberas que detrás de la muerte
esperan
con el asentimiento alegre
de los coros angélicos y el silencio satisfecho del
Padre.

No fue la voz
ausencia sólo del dolor,
el cumplimiento de las profecías
y el término de la obra y del rescate.

¡Gloria a Ti!
Hijo de Dios, vena de Dios,
porque en aquel instante de la muerte,
lacrado de estertores,
sintiendo en las vedijas de tu cuerpo
un huracán de ortigas furiosas, un cataclismo de
alambradas a cada leve movimiento,
gritaste,
expresaste tu gozo en una
gran voz, sonora como la creación de un astro,
glorificando al Padre, que escogió
tal modo de manifestar
su presencia en nosotros, hoy reunidos
para, otra vez, en un clamor universal
—nadie es mudo ni opaco ni baldío
ante tus ojos de color de hierba—
repetir la palabra última
y expirar
envuelto el Hijo en el terrible
alarido de gloria de los hombres!

EN AQUEL TIEMPO...

En aquel tiempo, Cristo era
portero de un hotel de lujo.

Uniformado como un húsar teatral,
abría
las portezuelas de los automóviles
y ayudaba a bajar seres, maletas,
saludando con apacible gesto
de persuasión magnífica.
Su oficio no dolía como otros
aunque la parvedad
de su cargo le hacía parecer
pequeño en dones.
Si alguien le preguntaba por los rostros
de quienes se alojaban,
responder no sabía.

Todos ellos
eran el mismo,
hombre o mujer oliendo a fruto de hoy,
tan alto el ademán como una torre.
vivo el hastío que causaba
la quebradura interna del espíritu.

El lujo, en esos seres,
se había vuelto
rutina, vicio.
Y Cristo se compadecía
de la urbana tristeza, del
forzoso aburrimiento.
Si en su mano estuviera,
en cada habitación pondría un poco
de diferencia en la necesidad,
algo más de pobreza, y que las almas
encontraran que el mundo descendía
hasta el nivel del hambre
que había que quitar.
Tan sólo así,
saludaría por su nombre
a cada huésped del hotel de lujo.

LA FE

Los viernes,
 Jesús del Gran Poder
 —agria y roja la frente,
 los ojos como hielo harto de serlo...
 recibe la visita de
 las prostitutas sevillanas.

Los viernes
 esperan hombres
 callados en la puerta de la iglesia,
 seres que saben
 la ocasión, el benévolo
 perfil del tráfico
 inmundo.
 Con ademanes recatados, viener.
 de sus floridos barrios
 las prostitutas sevillanas.

Los viernes,
 merodean los chulos,
 ansían vida fácil;
 el amor, si se prendan tales hembras,
 redunda en gala y en pereza de varones.
 Juegan los niños en la plaza
 iluminada de oros maternas,
 cruzan las golondrinas
 de Bécquer, arcaico vecino de la iglesia.
 Nada es enjuto sino pródigo
 cuando llegan, honestas en su porte,
 las prostitutas sevillanas.

Los viernes,
 ellas rezan al Cristo, lloran
 y piden
 favor, prosperidad.
 Igual que el estudiante pide
 vencer el angustioso examen,

el gobernante dilatado tiempo
 para hacer la fortuna de la patria
 y el jurista prolíficas
 disputas sin acuerdo,
 imploran
 que no decaigan
 clientes, salud,
 las prostitutas sevillanas.

Los viernes
 la iglesia
 de San Lorenzo
 se llena de sollozos sin mancha,
 de palabras primeras
 como diamantes sin tallar
 o lilas que surgieran
 en un coral abandonado.
 Sube la fe más que el incienso
 hasta los ojos
 del Cristo,
 y lloran,
 lloran y lloran sin dolor
 —mar obediente,
 lágrimas mansas del milagro nuevo—
 las prostitutas sevillanas.

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

Nació en Madrideojos (Toledo), en 1930. Cofundador de la revista *Estria*, del Colegio Español de Roma. Sacerdote. Cultiva también la novela y el ensayo religioso.

Libros publicados:

Fábulas con Dios al fondo.—Barcelona, 1957.
Camino de la Cruz.—Barcelona, 1959.

En prosa:

Un cura se confiesa.—Barcelona, 1955.
La frontera de Dios (novela). Premio Nadal.—Barcelona, 1957.
El hombre que no sabía pecar (novela).—Barcelona, 1961 (con el pseudónimo de Martín Azcárate).
La hoguera feliz (teatro).—Salamanca, 1962.
Un periodista en el Concilio (cuatro volúmenes).—Madrid, 1962/63/64 y 65.
El Concilio de Juan y Pablo.—Madrid, 1967.

P O E T I C A

Creo que en realidad nunca he “hecho” poesía religiosa. Es decir: nunca me “he puesto a hacer” poesía religiosa. En mi quehacer literario yo he tratado de hacer poesía que luego “me ha salido” religiosa. Quiero decir con esto que en mí la poesía religiosa —si es que la hay en mi obra— no ha sido algo intencionado, sino simplemente inevitable. Creo que la referencia de mis cosas a Dios está en mi naturaleza concreta como en la del manzano producir manzanas y no peras.

Me parece que con esto ya está dicho que no llamo poesía religiosa a la de “tema religioso”. Es decir: no creo que lo religioso sea o pueda ser —en poesía como en todo lo demás— una zona acotada de la realidad, una realidad más junto a las otras realidades. De todos los ateos me parece que no son los más peligrosos los que combaten a Dios o los que niegan su existencia, sino quienes, después de afirmarla, encajonan a Dios en su media hora de misa dominical o en tales o cuales momentos de su vida. Dios, evidentemente, puede existir o no existir, lo que no puede es ser “canijo” si existe.

Ser religioso no puede consistir entonces en “hacer” esto en lugar de aquello, sino en “ser” de un modo especial, y ciertamente en “ser más”

no en "ser menos". La religión no puede ser divisoria o inhibidora, sino multiplicadora.

Si ahora aplico todo esto al mundo de lo poético habré de decir que no creo existan poetas religiosos, sino hombres religiosos que no dejan de serlo cuando hacen poesía. Si algo hay radicalmente auténtico y verdadero, ese algo es la poesía. En el momento en que yo hiciera comercio con mis ideas religiosas, éstas dejarían de ser religiosas; en el momento en que yo intentara enseñar, predicar con mis versos, estos habrían dejado de ser poesía. (Lo cual no quiere decir que alguien que se cree ateo no pueda llegar a hacer buena poesía religiosa, siempre que la raíz de su alma sea pura y esté dirigida hacia el bien, aunque él bautice este bien con otro nombre diferente al de Dios.)

Con todo esto creo que ya está dicho que la poesía religiosa no se diferencia de la profana en el "qué", sino en el "cómo". Un poema a la Asunción de María puede ser radicalmente profano (o "profanado"). Una canción de amor o de muerte pueden conducirnos a esa hondura radical que es lo religioso. Yo diría que San Juan de la Cruz dio la definición perfecta de lo indefinible de la poesía religiosa cuando señaló que conocía el paso de Dios por las cosas —o por los versos, digamos nosotros— por "un no sé qué que quedan balbuciendo". Ese "no sé qué"

me parece lo substancial del acto poético religioso.

Toda poesía religiosa deberá esquivar, entonces, una serie de peligros: la sentimentalización (que degradaría el acto religioso, serio por su propia naturaleza); el conceptualismo retórico (que elevaría esa seriedad a sequedad); el apologetismo (que convertiría a la poesía en predicación bienintencionada pero poéticamente nula).

Y aún deberá huir de otro peligro si, además de religiosa, quiere una poesía ser cristiana y católica, un peligro en el que —paradójicamente— vienen a caer el ochenta por ciento de los católicos que escriben poesía. Me refiero al individualismo. La religión evidentemente gira en torno a las relaciones del hombre con Dios. Pero si Cristo trajo algo, fue la comunidad —Iglesia— en que han de vivirse esas relaciones, la redención del universo entero, la ascensión de todo lo humano desde el momento en que Dios se hace hombre. ¿Cómo se explica, entonces, que la casi totalidad de nuestra poesía religiosa esté escrita en singular, que consista en efluvios personales de un alma que, al acercarse a Dios, parece alejarse de todo compromiso con el hombre y el mundo? Mala religiosidad y mal cristianismo sería el que sirviera de tapadera o desahogo a nuestros problemitas personales.

¿Quiere esto decir que toda poesía cristiana

ha de ser inevitablemente social? No. Hay una religiosidad individual que no debe ser despreciada... a no ser que sirva de venda para tapar el resto de la religiosidad en la que los hombres juntos buscan su camino y su enlace con Dios. Recordemos que la gran poesía religiosa —la bíblica y la litúrgica— son casi siempre plurales y comunitarias.

Dios libre a todos los poetas de la doble ceguera de creer que un poema es un buen poema por el simple hecho de que habla de Dios. Y de la de pensar que cuando un poema habla de Dios, habla, sin más, del Dios verdadero, Padre de todos los hombres.

¡EL CURA!

Yo soy, yo soy. Mirad: esta es mi carne, estos mis huesos, esta mi palabra, esta mi voz como un caballo ardiendo. ¿Qué tienen de distinto mis entrañas y las vuestras? ¿Qué sangre me alimenta que no pase por vuestras propias venas? Yo soy el desterrado, soy el prófugo, el leproso, el extraño, el enemigo. Yo soy el comediante, el que predica por oficio y gana con latines el pedazo de pan que le alimenta. ¿Qué perro como yo? En vuestras calles sólo cuchillos veo en las miradas; os quiero hablar y siento que mi lengua es distinta de la vuestra y que llamáis hipócritas mis lágrimas. Yo soy el aguafiestas, el que estorba ya siempre y por oficio, el hombre que ha enterrado las caricias bajo las hondas bóvedas del alma. Soy el enterrador de vuestra sangre, el espantajo negro de la muerte, el coco de palabras cavernosas que suenan a novísimos e infierno.

Este soy. Este mismo que está luchando ahora con las lágrimas porque quisiera ser y no está siendo, porque quisiera amar y casi odia, porque siente que el alma se le rompe al pronunciar esta palabra: hermano. Porque sabe que os ama, porque llora palabras de verdad, porque ha nacido con un corazón niño entre los dedos.

Este soy. Este niño
que ahora está soñando en los jardines,
que ríe a los chiquillos, que sería
feliz corriendo tras las mariposas,
que siento se me escapa de las manos
para buscar inquietas lagartijas.

Es verdad. Es verdad. Soy el extraño,
el hipócrita, el hombre que no ama,
que no ha tenido madre, que no sabe
sonreír porque tiene seca el alma,
el hombre que quería destruir
en tres días el templo.
Rasgaos ante mí las vestiduras
una vez más. Porque os estoy amando.
Porque estoy abrumado de delitos,
porque hoy he llorado y he reído
al pensar que mañana —sí, mañana—
cuando huelan a Dios aún mis manos
las vendrán a besar unos chiquillos.

YO SOY EL FABRICANTE DE IDOLILLOS

Yo soy el fabricante de idolillos.
Nacen los dioses frescos de mis manos
igual que la tormenta de la entraña del mar.
A la mañana digo: "Señor, ven a las manos
de tu siervo". Y el Señor viene luego y me penetra
un cosquilleo de divinidad.
Luego vienen los hombres y se llevan
a Dios por unas pocas monedas o puñados
de jubiloso trigo. No trabajo los campos
y hay en mi casa plátanos dorados,
encendidas naranjas y arroz casi de nieve.
Es el Señor del Cielo que es bueno, con su siervo.
Y yo le pago haciéndole los ojos más brillantes,
irisando su piel como la del leopardo,

haciéndole las manos de la arena más pura
arrancada a las hondas entrañas de la tierra.
Luego escribo mi nombre en sus pies potentísimos
para que nunca olvide que nació de mis manos.

Viene la pobre viuda y me dice: Tu sierva
no tiene dios. Tu sierva necesita su ídolo.
Un dios pequeño basta para mis pobres necesi-
dades,
un dios que sepa darme un puñado de arroz cada
mañana,
que tenga un cielo suficiente, donde
haga un poco de calor, porque tu sierva
es cada vez más vieja y siente frío.

Viene el rico y me dice: Hazme un ídolo grande
porque el que tengo me resulta chico.
Han crecido mis campos como el cielo
y necesito un dios poderoso que tenga
arroz en abundancia y buenas lluvias.
Llenaré mis graneros porque pronto
he de morir y quiero
tener arroz para mi eternidad.

Y yo contento a todos. Van naciendo
los dioses de mis manos, y en todos los contornos
no hay un dios sin mi nombre.
Por esto soy feliz. He preparado ya cuidadosa-
mente
mi oración para el día
de la marcha final. Y dice así:

"Señor, tu siervo espera que tras de tanto hacerte
no te olvides de él ni le abandones
como un cuchillo usado que no sirve.
Mi cuerpo dormirá junto a la tumba
de mi padre, a la sombra
del sauce de la peña. No te olvides del sitio.
Ven un día a buscarme y llévame a tu cielo,

no al más grande donde me asustarían
 los ropajes de seda, y no sabría
 hacer las reverencias exactas a las damas;
 llévame al cielo de los relojeros, al de los artesanos,
 al cielo de los que hacen las vasijas de barro,
 al de los labradores que escudriñan la tierra,
 o a un cielo cualquiera que esté caliente y donde
 pueda tu siervo verte como Eres,
 aunque se asuste y lllore
 al ver que no, que no, que no es así, que no sabía
 hacerte bien con sus humildes manos”.

PRIMERA ESTACIÓN

Ahora ya comprendo que soporte al hombre.
 Y es que recuerdas.
 Delante de tus ojos se levanta,
 como una espada, un nombre en llama pura,
 un nombre, cinco letras, un pedazo
 de carne sudorosa y condenada.
 ¿Condenada, por qué? Sin más: por hombre.
 ¿O es que pensabas que impúnementemente se podía
 ser tanto?
 Lobeznos esperaban la primera
 humana carne no podrida. Y fuiste
 Tú. ¡Haber pensado más despacio las cosas!
 ¿O por qué has de caer siempre en tus trampas?

¿Qué sabías del hombre? ¿Qué sabemos del hom-
 bre
 los hombres? Una noche
 salimos de la noche llorando.
 Fuimos pájaros o árboles diez años,
 fuimos aire o palomas, fuimos niños.
 Luego un día —¿qué día?— sin saberlo —¿o sa-
 biéndolo?—

¡ay, ¿qué triste demonio
 nos bautizó diciéndonos: Hombre serás?!

Y fuimos hombres. Nos miramos
 interrogándonos. Todo
 era igual y distinto: piel era piel,
 cabeza era cabeza, mano mano. Pero ya no te-
 níamos
 ojos de niño. Ya no amábamos. No éramos
 hermanos de la rosa, ni silbábamos
 para espantar el miedo, ni podíamos
 rezarle a un Cristo en cruz, diciéndole:
 como yo, niño, niño.
 Todo era igual, igual. Menos la grieta
 del cielo.

De las puestas de sol, de los balones,
 de los días de Reyes, viene a veces
 una ráfaga dulce. Yo quisiera
 sujetarla a mis montes, cabalgando
 en una de sus nubes irme. Pero
 establecido de hombre he de vivir. Me digo:
 ¿Hombre es amor? ¿O se aman las estrellas?
 ¿Dolor quizás? ¿O gimen con dolores
 de parto, piedras, árboles?
 ¿Hombre es *horror*, a manos llenas
 desventura? ¿O tristes mueren los pájaros?
 Hombre es poder asesinar al cielo.
 Y hay que matar al Justo. ¡Que no quede
 ni un trozo de hombre sin correr el riesgo,
 que le carguen pecados de otro si le sobra sitio!
 Hombre es así, apréndelo, Celeste:
 peligroso es jugar con hombre o fuego.

QUINTA ESTACIÓN

Todos vivimos solos. Solitarios. Silencios como casas hundidas nos pueblan el costado, nos asolan, nos dicen que la palabra "hermanos" hace siglos que ha muerto.

Yo a veces me levanto, me contemplo, palpo toda mi sangre, me examino el volumen del ojo, el espesor del llanto, me pregunto si no seré una estrella perdida en algún cielo

o un islote sin dulces gaviotas en la playa. Salgo a la calle, miro, veo extrañas figuras que caminan y pecan, que sonríen, que dicen "buenos días", que tienden la mano, se saludan, se besan, se aproximan (se odian), vanamente se buscan como estrellas gritando separadas por siglos de luz desesperada.

Bajo mi corazón. Le digo: "Niño, no debes ser así, ven a la calle, hablaremos a todos, tenderemos como un manto sin pliegues la sonrisa, sacaremos el jugo a la esperanza y el mosto beberemos abrazados".

El niño me contempla desde el fondo de viejas alegrías, se ilusiona por un momento, dice viejas palabras: "ángeles, palomas, jardines, paraíso, lumbre, amor, compañeros".

Y ahí va mi niño, el corazón, cantando, trepando por el árbol de la risa,

columpiando su historia entre los hombres, balones de colores por las calles.

Ahí va mi niño, chiquitín chiquito, diciéndole a la gente su alegría, y algún llanto pequeño que se pierde quién sabe en qué rincón de la esperanza.

Ea, chaval, chaval, chuta, juguemos a decirnos las cosas, a comernos la tortilla de tiempo y de patatas, y Dios vendrá de postre a nuestra mesa.

Ea, chaval, sonríte, sí: sonrisas nacerán en los campos entre el trigo y se amarillará la gente arrodillada mientras el pan les trepa la cintura.

Y entonces miro y miro, y ya la niebla surge con su manto podrido de palabras crueles, y sí "¿Cómo está usted?", "claro", "veremos", "nosotros", "desde luego", "ciertamente", y sonrisas-cuchillos en el aire aparecen y guantes, guantes grises van poblando la tierra. Ingenieros ilustres de palabras colocan cada cosa en su sitio: donde dijo: "charlemos" depositan "blasfemia", donde pusiste "llanto" colocan otro "llanto", y donde "amor" un triste esqueleto pecando.

Y mi niño se asusta, chilla, grita, pregunta dónde puede esconderse sin pus por las esquinas, si llegará el diluvio a la cima de un seno, busca a su madre, quiere meterse dentro, pega con el puño en la puerta, sueñan gritos y golpes en la calle, hasta que al fin no sabe si golpea en un seno o en un triste sepulcro de nacer y morir.

Os traigo lo que disteis a un hombre. Yo tenía palomas en los ojos, y en mis venas seis mil doscientos niños jugaban al columpio. Yo salí a las calles creyendo en la sonrisa, creyendo en el pan y en el viento. Conocía sólo a un amigo: le encontré seis meses antes del aquel vagido en que fui hombre. Un buen amigo ¿no sabéis? Tenía la sonrisa más fresca que se pueda encontrar en lo eterno. Y hoy confieso mi error: creí que todos estaban amasados con su Sangre, y saqué a mi chiquillo por las calles y no encontró ni pan, ni Dios, ni viento, ni unos labios amigos que llevarse a la boca. Os devuelvo a este niño que me hicisteis: un corazón poblado de naufragios y hoteles.

Y sigo. seguiré, que es necesario seguir subiendo, seguir, subir, seguir subiendo, que es necesario continuar subiendo, cargar la soledad sobre los hombres, y seguir, y morir, y haber nacido.

Pero yo seguiré y os lo prometo, y esperaré y espero, y la esperanza contra toda esperanza esperamos. Porque sé que una tarde —no sé cuándo— el Compañero que encontré en el seno de mi madre, vendrá más solitario que yo mismo —sin Cirineo, sin amor, sin besos— y los dos jugaremos al columpio.

CRUCIFICADO ENTRE LAS DOS TERNURAS

Crucificado entre las dos ternuras vivo, Señor. Hermanos, vivo crucificado entre las dos ternuras.

Ah, si supierais cuánto amé a los hombres, cómo en el dulce reino de la tierra quise vivir, qué trozos de mi sangre por el hombre daría.

Ah, si supierais qué dolor y cómo me quemán las palabras cuando grito llamando a cada cosa por su insulto.

Cuántas veces y cuántas en la noche me desperté llorando: el carnicero dolor se preparaba. Yo sabía: mañana sufrirán, mañana largos batallones de muertos posarán la cabeza entre un río de llantos.

Yo sabía: mañana su estandarte amarillo entre los hombres pasearán la soledad y el miedo. Yo sabía. Y el niño, en la noche gritando, suplicaba que todo fuera un sueño.

Y al Celeste le hablé del hormiguero, de la torpe carne del hombre.

Mas no supe engañarme. Os aseguro.: Si Dios hubiera sido un hermoso banquero, si sentado en su silla nos hubiera mirado, si nos largase tiernas limosnas resignadas, yo contra El, yo contra su batallón de arcángeles me hubiera levantado en la noche.

Pero sentí su sangre correr por mis heridas,
examiné los hondos callejones del alma
y un muerto en cada esquina, un muerto había
en cada calle, en cada piso, en cada
centímetro del mundo.

Y el niño,
en la noche gritando, suplicaba
que todo fuera un sueño, que no hubiera
tanto Dios derribado.

(Ah, los hombres
descansan en la noche, duermen, cierran
medio día al dolor, se van turnando
en la muerte...)

Amo a los hombres, sé de su ignorancia,
mi torpeza conozco, sé mi miedo
pero ¿cómo no ver sangrando el cielo?

Ah, bien quisiera que no existieses, Dios,
o que optimista
mirándote el ombligo la eternidad pasaras,
no tener que apostar, jugar al cielo
y a la tierra, llamarme
buena persona.
Y voy, y vivo, y vengo
crucificado entre las dos ternuras
hijo de Dios, hermano de los hombres.

Tú, Cristo, ¿qué baraja
pusiste en el tablero?
Como un titán en medio de la plaza,
ojo-de-Dios-mirándote, millones
de ojos-mirándote, perdías
la partida ganándola y muriendo.
No en una cruz, sino en la cruz enorme
de los hombres y Dios
subes, subimos. Ya sabemos:
hay que apostar por Ti, mientras la noche
avance. Hay que unir los dolores

de Dios y el hombre para hacer tu Carne,
aportar a tus venas nuestro llanto.

¿Vendrá la paz? ¿Volverá el gozo? ¿Cuándo
camino de la luz?

No sé. Camino
camino de la cruz. Y voy cantando,
insultando, sangrando, sollozando. Voy
cantando.

CARLOS DE LA RICA

Nació en Cuenca, en 1930. Se ordenó sacerdote en 1956. Párroco de Carboneras (Cuenca). Ha intervenido en los grupos postistas y revistas como *El pájaro de paja* y *Haliterses*. Edita la colección "El toro de barro".

Libros publicados:

El mar, 1960.

La casa.—Madrid, 1960.

Los duendes, 1965.

Edipo, el Rey.—Madrid, 1965.

La salvación del hombre.—Madrid-Carboneras, 1967.

P O E T I C A

Se es religioso en la medida en que el medio es transformado. La poesía es un medio transformable; es una materia disponible para una realización plena. La tarea del poeta no puede ser ajena a la categoría del hombre. La conciencia libre del ser humano inspira los sentimientos del poeta y los mueve a placer. También ocurre que el sentido de la conciencia puede estar condicionado a una circunstancia y ser velado por la falta de libertad. Es una resta al espíritu cualquier ingerencia a la manifestación libre de la expresión poética. La conducta de los grupos, en medio de los cuales se vive, despierta las reacciones del poeta y les da categoría de actos libertadores.

Reconocer la propia limitación es comprender el límite de la expresión verbal. Corresponder a la tarea de la evolución histórica es salirse de la alienación para solidarizarse con el hecho humano. En el orden de lo religioso la dimensión comprometida con el tiempo y el espacio está guiada por la exigencia marcada de una tendencia hacia el medio divino, hacia el Ser Dios del cual brota todo.

Es muy importante darse cuenta de que cualquier medio en el que se ha vivido es determinante siempre de la propia poesía. Creo que el poeta debería ser completamente libre. No ocu-

rre siempre así. En un religioso existe una obligación característica que responsabiliza “socialmente” al poeta. Su poesía ha de ser “religiosa” en el sentido que a esta palabra se le da por un sector determinado e influyente. Pero cuando se es poeta por los cuatro costados es la propia poesía la que impone su decir al hombre. Este es el caso de Lope.

Se es útil a la comunidad en el instante de que se es consciente de la realización en el ejercicio de la *denuncia*. Un hombre es revolucionario cuando pone en movimiento la maravillosa máquina de su inteligencia. A la sociedad conservadora sólo le interesan los poetas que se estudian en los libros de texto; y aquellos cuya tarea es cantar las efemérides pasadas o las glorias de los tiranos presentes. En lo religioso, un poeta lo es de veras cuando radicaliza las cosas para transformarlas e implicarlas en la fuerza renovadora y cósmica.

Un poeta cristiano comprende que su poesía será religiosa en la medida en que entienda la frase de Cristo: “Sois la sal de la tierra”. Al estar encarnando una idea religiosa se responsabiliza la conciencia en la concepción misma cósmico-divina.

Me ha tocado vivir la transformación de la poesía religiosa en nuestro país. He sufrido lo mío en ello. Luego los hechos han venido a darme

la razón. Pero las viejas fuerzas no perdonan fácilmente. En los centros religiosos de nuestra sociedad —me refiero a seminarios, claro está— se respiraba todo menos aire de la calle. Se ha vivido de espaldas a la evolución social de nuestro tiempo. Y la poesía fue envuelta en una torpe muralla de celofán ideológico.

La cerrazón de los responsables de la formación de los centros religiosos de enseñanza se ve deslumbrada por algo que nada ni nadie puede detener: la misma ley de vida. Y caen por el suelo las ñoñas cantinelas, los colorines paletos, las simples rimas. Todo se abre. La savia nueva es algo incontenible. La sensibilidad de nuestro tiempo pide también otra poesía religiosa.

Yo entiendo que se es fundamentalmente religioso cuando unimos nuestra idea sobrenatural al oriente de la naturaleza, cuando tratamos de determinarnos con nuestro tiempo para realizar su política. Un pensador católico español —un auténtico comprometido, José M. González Ruiz— hace pasar nuestra fe a través de la entrega al hombre. En el contexto de nuestra propia vida debemos integrar la lírica religiosa. Pero no para cantar simplemente los misterios. Para concretar nuestra postura a un movimiento universal y cambiante; que es eficiente en la medida en que se implica en la marcha de la comunidad humana.

Los viejos inmovilistas, incapaces de entender el cambio de instituciones, tienen su fuerza en la comodidad conquistada o arrebatada. Pero el tiempo los derribará. El valor que demos a nuestra concepción humano-teológica nos llevará al terreno práctico de una adecuada traducción poética. El poeta realiza la presentación de un gesto particular, pero que está tremendamente enraizado en la colectividad.

El poeta tiene que ser un revolucionario. Tratar de despertar la dinámica de la existencia. Un poeta que se comprometa socialmente realiza el orden de Dios llegando a Él a través del hombre. Un poeta no es religioso porque cante a una imagen. Lo será en la medida en que su religiosidad sea la sal de su propia poesía.

Los dos *hechos* fundamentales que señalan la vida de Cristo, —Encarnación, Resurrección—, deben ser sintomáticos en la obra del poeta cristiano. Y estos dos hechos tienen dentro de sí una significación muy poco alienante. Referirse al instrumento poesía como una simple referencia escapatória, es ignorar el momento histórico en que se vive.

Existen muchos que no han calado el espíritu del Concilio de la Iglesia último. Y los vemos desentendidos, desconectados con un mundo en camino de revolución, de cambio, de emancipación. La poesía religiosa debe basar su valor en

la asociación, no en la dispersión. Hoy el hecho de la Encarnación es el *hecho social* ante el que tiemblan los pusilánimes anclados en el pretérito. Las estructuras sociales nos ponen en camino de una rápida transformación. La hora del poeta religioso debe buscar la relación hombre-Dios. Los cristianos la encuentran en Cristo. Pero en un Cristo evangélico, no en el que inventaron las leyes y las interesadas determinaciones. Desde luego no podemos olvidar que la ética cristiana es eminentemente humana. Y la poesía que quiera ser cristiana no puede separarse de este concepto sin turbar la conciencia evangélica.

Por ello mismo un poeta consciente de su religiosidad debe dar su paso enfrentándose a una realidad que le hará tomar impronta. Sí quiero dejar bien sentado esto: Se es religioso cuando se es humano.

CÁNTICO A LA CREACIÓN

¿Por qué seguís tenaces, con las manos
abiertas
tocando mi sotana,
instándome a que os diga por qué Dios se puso a
sembrar estrellas por los vastos dominios del
Padre,
—campesino que deja caer la semilla en el
surco—,
si es tan sencillo mirar a lo largo,
llevarse la mano al arco de las cejas y dejar los
ojos así
mirando?

¡Oh, amigos, amigos! He oído vuestros gritos pre-
guntándome.
¿Atenderéis si os hablo?
¿Veréis a Dios caminar despacio, detenerse en las
esquinas,
saltar los arroyos, cual un niño travieso pronto
a divertirse con el juguete recién hecho,
y arrojarse al mar para sacar los peces,
siempre hermoso, con sonrisas como anillos dis-
curriendo por su boca,
siempre montado en su carro de oro, con su man-
to de púrpura y dos yeguas mellizas?

Nosotros deberíamos estar allí.
A hurtadillas asomarnos al “hágase” primero,
y hablar muy alto para decirle a Dios:
“Vuelve a repetir tu cuadro”.
Otra vez repetir el paisaje, las zarzas, la rama
del pino,
el sol persiguiendo la noche, amándola,
deseando poseer sus ojos como centellas,
sus pies ligeros como corzas cubiertas con gasas
negras.

¡Oh, amigos, amigos! ¡Resulta tan bello para mí
rozar el manto de Dios,
con frecuencia pulsar de improviso sus bordes,
dejar olvidado en las zarzas un cachito de amor
para avanzar al cielo,
inclinarme al rezo con frecuencia,
y, alguna vez, soñar que estoy palpando pétalos
de rosa!

¡Oh! Los dedos de Dios tamborilean jubilosos
la piel del paquidermo gris.

Vienen los brotes, las hojas de laurel para coro-
nar al héroe,
la yedra se hace para la impaciencia de la tapia;
esa marchita hoja para bogar desnuda con un pá-
jaro encarnado;
se alinean diestramente los álamos detrás de los
caminos
y seres nuevos quedan expuestos como una lám-
para el aceite.

El humo hurga la piedra, la altura y la recubre,
y el sauce se inclina humilde, pobre mendigo
golpeando las puertas.

¡Ah!, ¿quién sino Dios os puede ofrecer man-
zanas?

Pero, ¿quién sino el poeta ofrecerá los vinos me-
jores de los pétreos lagares o las viñas terro-
sas del Señor?

Dios os conjura para apoyarse en vuestros hom-
bros,
para regalarnos también hilillos de su propia fra-
gante cabellera,
sacándose de su mismo bolsillo monedas de oro
para dotarnos luego.

¡Oh! Vosotros: Mirad bajo la hierba a la hormi-
ga impacientar los músculos,

ligera moverse, sus piernas aquietar así que en-
cuentra

azúcares que la rosa en su cáliz alberga;
mirada trepar al árbol y acribillar su piel con
flechas,

odiar la tormenta que atosiga la entrada,
andar de un lado para otro —temblona, vacilan-
te— preguntando por el convento o la aba-
desa.

Quizá la montaña se escape; caiga telegameando
sus columnas

en amplios horizontes de tierra por donde el trigo
crece.

¿En qué constelación se retorcerán las nubes para
horadar el crepúsculo?

He aquí lo que es la airada mano de Dios, gua-
daña

con cuyo gesto tiemblan langostas y los senos no
crecen ya más.

Viene Dios.

Y a lo lejos se enlaza
la imagen del vacío a través de los pájaros;
las pupilas detiéndense mirando arrancar la carro-
za real,

tirada por bestias nobles que, impacientes, arri-
man a la tierra la boca

escoltada por el gozo de haber comprendido que
Dios la penetra.

Dios ha bajado al jardín para cortar lirios ama-
rillos,

una a una contar las crías del ganado,
pasearse deslumbrador para decir muy alto:

“Todo lo hice bien y en su sitio”.

¡Oh amigos! Los toros se levantan salvajes, gol-
pean furiosos el suelo,

haciendo notar al universo han nacido para corear al viento, hostigarle, para incluso vedarle el gozo de voltear la briznilla de hierba.

Dios parece encorvado, siempre alerta en la investigación de adivinarse a sí mismo lo que piensa.

Ahora empuña el áulico emblema, entretanto ordena a los ángeles se alejen a incendiar con burdas estofas las mejillas de los astros, transmutar las fórmulas, sostener que la espiga es un escolar que suma de prisa.

¡Oh! Veo correr los potros, libres, frenéticos, marchitando los pliegues de luna en la pradera, predestinados a piafar colmadamente por donde se mecen los áureos rayos del sol, tal un príncipe indio.

Y Dios se inclina, se semihunde por la tierra, para crear colores, para dotar con ellos a las cosas, para pintar las cosas con pinceles, para borrarles las cuatro dimensiones del desorden,

A la redonda mariquita incendia de granate; luego moja el pincel en negro y la fustiga a lunares. A la verde ranita predice los juncos para que viva oculta en sus raíces; a los insectos deja que canten a fines del invierno, y se emociona un poco al escoger la alberca para apoyar sus nevadas sandalias.

Amigos,
yo entiendo ahora,

comprendo por qué Dios se acerca a remedar al chopo,
tildar de mimos a los ríos;
por qué Dios colma de lunas a los huertos y derrumba la flor contra el ocaso,
para que estrellas tiemblen en la altura.

Dios se siente feliz, dichoso,
porque el perfume existe,
existe la alquimia, el precioso muchacho,
porque la barca flota pidiéndonos oraciones,
porque los santos andan de prisa
porque besan las frutas cuando chocan,
porque el perro roza aquellos ecos.

Sus dedos brillan como la nieve en los canchales;
sus ojos son vilanos que en cráteras se acuestan,
el manto, hilera de olivos o granados.
Oh amigos, seguid pidiéndome que os traiga esa preciosa
piedra.
No es bastante todavía.

Pero Dios se mueve flotando hacia otros mundos,
poniéndose en los brazos una graciosa pulsera de labrado marfil,
enhebrando la aguja con hilillos de plata
para coser la rama al tronco del árbol,
zurcir ligero la torre a la rosa de los vientos.
Sueña en punzar libros larguísimos que contengan versos diáfanos, transparentes,
espléndidos cristales donde la muerte no entre.

Mas
las aguas se alejan ahora,
arqueando aún más los montones de arena;
túrbanse los crepúsculos, ángeles asoman para beber su vino.

Allí os desea Dios:

Su caballo pasea piadoso los bosques del Líbano,
los naranjos preguntan su nombre cuando pasa;
las mañanas se arropan un poco con calor, otro
poco de frío,
y hay tardes que huyen del lado del mar.

¡Ah! ¿Quién es el que hace subir de la nada los
buitres?

¿Quién llama a los vientos y enciende el racimo
de uvas?

Levantaos, amigos, Dios está repitiendo su cuadro;
las fuentes brotan dichosas para regar los tilos
y sus duendes se esparcen hasta besar raíces.

Todo está ya hecho.
Sólo el desierto espera la pisada
y las aguas se mecen en olas tontamente.

...De nuevo os invito al silencio con el dedo en el
labio.

...Mi Dios sigue pensando todavía.
¡Cerrad los ojos!

...Como una roca cruda después de la marea
a solas, con el sol, existe el hombre.

PEQUEÑA ODA AL ESTROPAJO

En busca del jabón y de la arena,
el estropajo va arrullando el agua,
destellando baldosas, fregando los pucheros,
y los deja brillantes y relimpios,
cual si la luna en ellos las noches se pasara.

Dios sonríe mirando al ternísimo estropajo,
cuando, cordiales, las manos de mi madre
con él se juntan, rumiándole los filos al cuchillo,
a la sartén diciéndole altísimos conceptos,
o arrullando puertas con músicas de esparto,
o tal vez llenando de sudor los vidrios.

A Dios le agrada besar la frente al estropajo;
de pasmos las órbitas redondearle, avanzando a
la ventana;
saludar sus sospechas con labios divertidos,
contestar al posible naufragio, ignorar sus pecados,
y Padre ser, y mucho, y gusta de hacernos llevar
deras las sandalias.

El estropajo es moneda diminuta con que se compra el
aire, los minutos, los insectos o las hojas.
Las mismas manos que lo tocan
repararán después sus tres rosarios,
limpiarán el polvo de las sillas
y harán cantando aquella cama.

Y Dios se goza, ama al lánguido estropajo,
pues su hamaca es, y es su almohada,
por donde dedos cantan como pájaros
y la arena se supone encariñada
con el mate vago color de los pucheros.

Hay algo que emociona con polvillo de azúcar
cuando escurren los platos cándidos reclinados en
la pila,
luego que cuecen demasiado los garbanzos, y el
soplillo,
dulcemente, las ascuas apagadas encandila;
y es que se enreda el estropajo con mi madre,
y a Dios le ruega rezando desde abajo,
que santa sea, y sonría en el espejo,
pues tocando está el piano y nadie escucha.

VERSOS PARA DIOS

Dios,
 me has sacudido el corazón, este rojo cencerro
 que llevo colgado del cuerpo como si fuese
 una reliquia antigua,
 y con tu largo y dorado alfiler me han pinchado
 cuando asaeteaba preguntas.

Señor, otra vez tu mirada se ha caído en el agua
 más fría,
 otra vez has soplado con furia para avivar las as-
 cuas
 y se ha enredado tu ira en las chimeneas más al-
 tas de nuestros sueños derribados.

Y tu noche
 me llega flotando como un insecto importuno que
 pone los nervios de punta,
 igual que el émbolo de una máquina fatal que se
 alejara
 y se volviera a parar y a escuchar incesantemente,
 cual una sirena que en guerra anunciase el pe-
 ligro en acecho.

Sí;
 yo te he visto machacar con tus dedos de aire
 plomizo las estériles ciudades,
 erigir una estatua de sal en cada olivo.
 y resbalar con gozo tus ojos sanguinolentos,
 mientras acompañabas a tu silencio de un vals
 de manos rotas.

Dios,
 no te satisfacen las costuras mordidas ni oxidadas
 las vidas.
 Quieres, sobre las playas del tiempo, corazones
 repetidos de sangre;
 orear con tus dedos larguísimos el desdén repe-
 tido hacia tu dicha,

la palidez repetida, sacudir la repetida indife-
 rencia.

Y me has dejado el corazón hilado
 por ese ir y venir del odio al amor, del amor al
 odio,
 entre la claridad de la mañana, y anestesiado
 por un poco de ira con filamento de sonrisa.

MIGUEL FERNANDEZ

Nació en Melilla, en 1931. Empleado de Banca. Fundó la revista *Alcándara*. Premio Adonais.

Libros publicados:

Credo de libertad.—Tetuán, 1958.

Sagrada materia.—Madrid, 1967.

P O E T I C A

Si ha llegado el momento de que a un poeta se le sitúe en su obra como religioso, es porque ésta ha testimoniado, a lo largo de su discurso, un sentido de religiosidad, predominando sobre sus textos, o constituyendo la base única de los mismos.

Me considero andando por el primer apartado. Soy consciente de ello y admito este poetizar —de momento—, como el más indicado e irreversible módulo de mis libros. Pero al preguntarnos esto, considero hacer el distingo de cuál es el sentido religioso que se entiende; dónde su enclave; por qué sus constantes.

El devenir del hombre, le ha hecho irse preguntando sobre muchas posibilidades de su teísmo. Si obtuvo resultado a sus pesquisas, pudo bien haberle quedado un estado pacifista duradero. Si, por el contrario, configurarle un inquietante paisaje de inconformismo; bien por la dogmática o la fe, o tal vez, por haber tamizado este meditar a través de una mentalidad cartesiana. O por haber sido, en este quehacer del pensamiento religioso, y al contrario de su otra postura —la poética—, bastante racionalista.

El sentido hegeliano de que todo lo racional es real, no hace más que tirar por la borda aque-

lla posible concesión de que la *otra realidad*, pueda andar igualmente en los mundos del sueño, del esteticismo, de la intuición y hasta del Dios inventado, o “deseante y deseado” juanramoniano.

He aquí que la criatura creada va a re-crear a su Creador, pero a imagen de sus posibilidades intelectivas. El dios que así se configura, no es acomodaticio, sino terriblemente incómodo, porque para su situación en la mente y el corazón del hombre, ha tenido que modificar, por los imperativos de su racionalidad, las estructuras teológicas impuestas; ir haciendo huecos para ubicar ese Dios reconocible y apto, y que a imagen de las divinidades orientalistas, pudiera ser un todo de varias esencias y fuerzas. En lucha y derrotado por la consecución de este dios, viene a resumir la andadura de que la divinidad más apta para el conocimiento, es aquel que fue capaz de la mayor postura de humanismo, de paseo entre los hombres, de sangre vertida; con una simbología anchurosa que pueda, todavía, estar en un presente sin que perdiera en el tiempo su reclamo. Le ha bastado tan sólo su mensaje y ejemplo para divinizarle. En el supuesto que no hubiera sido Dios, él lo hubiera creído así, como Dios.

Tal vez fuera más adecuado hablar de un misticismo para el poeta. Creo que a él se le revela

un conocimiento del mundo distinto del ser que no poetiza. O por el sueño, o por el éxtasis forzoso aunque sea fugaz, soplo a veces tan solo, que implica la creación, o el instante de la mutación —hallazgo— pero realidad transformada por la palabra en cántico, asistimos a una elevación inevitable de la mente, que pisa estados diferentes, fronterizos al misterio. Sea su poética la que fuere, el poeta siempre ha de cantar en pureza. ¿No estará su raíz en la infancia? Valga de ejemplo lo biográfico unamuniano. ¿Hasta dónde puede eludir el poeta al niño ído, siempre presente...? Una religiosidad es o no acendrada, según la herencia aquélla recogida. La comunicación del poeta con la *otra realidad*, es el niño inventado: preguntándose, aprehendiendo fugitivas impresiones. Hay una concurrencia escatológica, un indagar insistente al misterio. Veo casi irremplazable en la obra poética, las huellas pretéritas y vívidas del poeta, como les son las presentes ineludibles por su asociación al hombre de su tiempo. Esta sensación de *su religiosidad*, arranca o no de su pasado: las circunstancias de vida, la peculiar sensibilidad, su grado de formación de entonces, configurarán para siempre el ser del mañana.

Sirva de símil la concepción cuántica de Planck, de donde llega a hacerse ley un postulado intuitivo para la Física: esas constantes de luz, sin-

copadas, intermitentes y cuyo cúmulo total de energías, dependerá de la intensidad de aquéllas vibraciones recibidas.

El poeta religioso, aunque lo olvide, marca su credo por aquel aire de entonces, en donde bien las creencias, o las posturas agnósticas, comenzaban a transformar su ser pensante. Va a quedar modificado, por supuesto, el inicial balbuceo para el enclave religioso, cuando el hombre ha madurado, pero la oración aquélla del niño, hoy transformada en el poema, tiene el verso inicial o de los dioses, en el comienzo de la vida meditativa. Ha sido una transformación no apreciada tal vez y que hará, como diría Unamuno, que "la poesía es una plegaria que no reza, pero que hace rezar".

No sé hasta qué punto uno pueda dejar de entrever ahora ciertas afinidades krausistas. Tal vez porque sea hombre más de conciliaciones que de extremismos. Esta aceptación en parte de un panteísmo, va a hacer que el mundo del poeta y sus vehículos expresivos, sean anchos y complejos. Por otro lado, como diría un teólogo protestante, el lenguaje de la religión es necesariamente mitológico. Amo los mitos porque amo el misterio y si no llegamos a la capacidad del amor, andamos siempre a revueltas con todo aquello que nos desconcierta. Entonces, canto generalmente un mundo con afini-

dades surreales: el lenguaje ya empleado, va a dar misterio a la acción del poema. Me interesa más la poesía cuando sepa decir y sugerir a un mismo tiempo. He de partir siempre de esa *otra realidad* ya mencionada. He de buscar al hombre, pero a lo largo de sus posturas interrogantes. El reportaje siempre tendrá validez cuando lo que acontece no esté claro, o tengamos que torturarnos para entrever la claridad. Naturalmente, partiendo de estos enclaves, mi poesía siempre se dará de bruces con la punta de lanza de lo que entendemos como Misterio Absoluto, término de viaje, al fin y al cabo, de cualquier planteamiento del problema del misterio.

Ahora bien, amparado en esta proyección ideológica, está el mundo de la expresión por la palabra y la exaltación de los mitos. Estéticamente, el lenguaje que uso puede resultar ampuloso, oscuro a veces, creo que intuitivo, pero es consustancial al poeta desarrollarse por *su* paisaje determinado que el sentido estético le depara. No hacemos más que trabajar con símbolos —al igual que el rito religioso— y desconocemos por qué mi forma de canto, la medida usual de los versos, la reiteración de ciertos vocablos claves: un color, un aroma, una imagen, perseveran con un ritmo sincopado. La dimensión cromática de un paganismo, puede que introduzca en mis poemas una ambientación propicia al enfoque

del rito. Los reitero, vuelvo a decir, porque son expresivos del misterio, de los sacrificios. Esto, tal vez, me ha de ser válido para cantar al hombre en sus heterogéneas circunstancias, porque, al fin y al cabo, cada día venimos a repetir, con una meticulosidad irritante, una serie de motivos paralelos, rituales, y las religiones sólo se expresan de esta manera: una humanidad que observa, canta, ejecuta y entrega sus existencias, a oficiantes de códigos determinados.

Puede que así sea, por estas razones, mi religiosidad.

(23 - V - 1968.)

SALMO DE LA GOTA DE AGUA

Esta gota de agua que Tú dejas colgada para que el sol la ponga rubia como una uva y que encima de mí balancea su universo, puede morir, Señor, si empujas con el dedo una cinta de aire que le llegue a la entraña o le avivas la sed a ese pájaro torpe que en torno se desliza.

Mientras tiembla de frío en la esquina del árbol, sirve para mirarla encendida de agua y de un zumo que, acaso, sea un poco de Ti. Ya tienes aquí el mundo submarino del río y más lejos el mar abrazando la tierra y las fuentes, la lluvia para lavar las torres, la piscina cubierta por barcos de papel y la saliva Tuya que nos cubre la vida. Pero arriba, colgando como un recién nacido planeta luminoso, esa gota de agua nos apaga la sed porque Tú nos has dicho que, al verte, la saciamos.

El estío nos cubre con un humo impalpable para entibiar acaso Tus palabras que vuelan. Pasan las flotantes brozas, las uñas afiladas que cortan el cristal, el tren interminable de criaturas, todos los días que llevan delante la letra de Tu nombre.

Y te buscamos en las aguas revueltas o en el misterio de una puerta cerrada sin darnos cuenta, Señor, que sonríes delante de los ojos, tan cerca, que rozamos Tu túnica de colores y creemos que ha sido un arco iris o el viento.

Te busco en las cosas pequeñas para verte,
ahí arriba, donde la presencia diminuta de la dicha,
balancea el milagro, la leve eternidad
de una gota de agua.

SALMO DEL NUEVO AÑO

Como la sabiduría, que ha cubierto toda la tierra
del pasado,
como esa corona de flores rodeando la frente de
una muchacha,
como el abrazo por el que se unen los labios,
todo aquello que esté por finalizar, tal el pájaro a
quien señala una ballesta
su diminuto corazón entre plumas.
Todo aquello, Señor,
es igual que la llegada del nuevo año
cuando esperamos en esta girante plaza
que asomes por esa ventana del pecho de tu hijo
para decirnos que aún se vive con las manos vacías
de espaldas a tu ojo dulce, aquí en la tierra.
Y es que quisiéramos volver
a sabiendas de que te hallaremos hasta cuando
mordemos el pan,
de que aún no te has ido de estas estampas diarias
como son las mañanas, la casa, los amigos,
y que al volver a nuestra habitación donde so-
ñamos,
Tú nos abres la puerta con tu dedo invisible.

No hace falta que llegues para verte,
los años y esta constancia antigua de amar lo
cotidiano
nos dirán que Tú empujas la rueda de los hijos,
y estos libros a medio escribir que nos rodean.
No hace falta que asomes encarnado en la madre
porque ya sé que estás en el agua honda de las
vasijas

y en todo lo que queda más allá de los ojos.
Pero para esto, Señor,
ahora que los duros días quieren seguir cantando
Tú debes olvidar que sentimos el miedo
de esos niños que quedan entre las galerías
oyendo el viento afuera que se enreda en las
torres.

Estamos siempre solos
bajo estas guerras suspendidas por el norte y el
este,
por el sur y el cautiverio,
por el oeste de afiladas montañas
y a Ti llegamos, como
esos ciervos perdidos en un bosque inconcreto
sin poder gritar, porque las lianas
se enredan a la voz del que pide el camino.
Mira qué última hora nos separa del pasado,
qué perdida canción dejaremos a los inmortales,
qué parque nos recordará con el césped inmar-
chito...

Al menos, si nos abres la patria en dos mitades,
y seguimos las calles eternas del desaliento,
engaña estos trabajos nuestros de cada día
diciendo: "El porvenir será vuestro milagro"
para que esta plaza se vacíe,
para que dejemos de mirar esa torre y sus horas,
para que alguien rompa a cantar
y volvamos a casa
de la que hace años salimos a buscarte.

NIEVE HAY EN LAS CUMBRES

Nieve hay en las cumbres,
nieve por Tu mirada,
por el inabarcable ventisquero de Tu pecho.

Nieve de purificación cubre los pastos;
 por la meseta agavillada y parva
 se encienden las espigas.
 En los lares del sueño,
 la lucerna ilumina
 Tus dos ojos cuajados de vacío.
 Con el barro y el cobre
 llaves de herrumbre y óxido,
 sartenes de espanto como redondas noches que
 has dejado colgando.
 Llaves cruzadas para el maleficio,
 salmueras y tomillos,
 ojos silvestres,
 soledad.

Y el manto
 cubriendo el cuerpo dulce,
 el luto de la yunta,
 del sarmiento tronchado por vientos de la furia.
 Y el manto
 de vertical desgracia, de estameña
 desgastada en los cirios del recuerdo.
 Sube el vaho de la casa hasta los riscos,
 donde Tu nieve condecora.
 Se resiste la encina, se doblegan
 las hachas del perdón,
 talan raíces de tu misericordia.
 Y el manto
 cubre a la madre,
 arropa la tristeza,
 como el aceite del candil,
 como si fueran
 los alimentos cociéndose en la lumbre,
 crujiendo en la oquedad de las cazuelas.

Pero Tu nieve
 está en las cumbres esteparias,
 pace quieta en mi sed
 derramando su blanco pez por el manto.

Y así te yergues,
 transparente, Dios mío, por mi pueblo,
 glaciador de mansedumbres,
 salvado el maleficio,
 la salmuera, las llaves que se cruzan,
 para que el manto pueda
 sentir Tu blanca mano deslizándose.

COMO LA LEVADURA

Arroja tu pan sobre la superficie del agua.

(Eclesiastés).

Como la levadura y su fermento
 eleva la materia, y así es ya útil
 el condimento; igual que la semilla
 en el surco prepara las futuras almendras,
 antiguo Camarada de los días brillantes
 y de las noches en soledad,
 viejo como un ajado cuero,
 novísimo cuando el miedo te acerca a mi lámpara,
 quisiera llamarte, Señor,
 con la misma voz del tullido
 o con la salmodia del ciego
 a la puerta de los mercados de arena.

Era por Tiberiades
 donde dormí la dulce cercanía,
 sabiéndote varado como una red que el agua
 llena de peces.

En el suelo quedaba,
 flotante majestad de las sandalias,
 de Tu barba perlada por una sal marina,
 la vida tan segura.
 Y así el justo salario repartido,
 de la hogaza de pan, saciada el hambre
 y fue limpio el reposo,

extendido letargo del obrero,
luego que la jornada de labor
amedrenta los ojos.

Como si con la fe salváramos la tierra,
solamente,
tuvimos el derecho de temblar,
aunque un instante sólo,
el necesario para mojar la frente,
fuera en las almas
aquel de los relámpagos,
y de la mar partida por los vientos que no Te
conocían.

Camarada del éxtasis,
deja que explique ahora,
cuando tan sólo eres una remota llaga
de la crucifixión,
que no fuimos avena de tu pan en las aguas,
firme harina imbatida,
más bien huérfanas migas de esta sucia corteza
que Tu mano bendijo camino de Betania.

CARLOS MURCIANO

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz), en 1931. Intendente mercantil. Crítico literario.

Libros publicados:

- El alma repartida*.—Caracas, 1954.
Viento en la carne.—Madrid, 1955.
Poemas tristes a Madia.—Arcos, 1956.
Angeles de siempre.—Caracas, 1958.
Cuendo da el corazón la media noche.—Granada, 1958.
Tiempo de ceniza.—Santander, 1961.
Desde la carne al alma.—Jerez, 1963.
Un día más o menos.—Madrid, 1963.
La noche que no se duerme.—Sevilla, 1964.
Los años y las sombras.—Madrid, 1966.
Estas cartas que escribo.—Málaga, 1966.
Plaza de la memoria (en colaboración con su hermano Antonio).—Málaga, 1966.
Libro de epitafios.—Barcelona, 1967.
El mar.—Las Palmas, 1968.

En prosa:

- Las sombras en la poesía de Pedro Salinas*.—Santander, 1962.
La calle nueva (memorias de infancia).—Málaga, 1965.

P O E T I C A

En esta hora de balance de nuestra poesía religiosa de hoy, una mirada a mi obra poética —trece títulos ya— revela dos etapas bien definidas: La primera, compuesta por mis siete primeros libros (entre los que incluyo *El mar*, posteriormente aparecido si escrito cuando éstos), tiene su broche en el titulado *Desde la carne al alma* y, aún más concretamente, en el poema que lo cierra: “Dios encontrado”. La segunda, la integran mis libros restantes, entre los que merece mención aparte *La Noche que no se duerme*, un cancionero de poesía navideña.

Dentro de esta primera etapa, es fácil advertir, en sus comienzos, una ausencia de preocupación religiosa. Dios viene a ser sólo un punto de referencia, un interlocutor al que el poeta se dirige en ocasiones no frecuentes. El poeta anda inmerso en la búsqueda de algo que no sabe precisar, pero que le desazona. Tiempo y Muerte son aquí constantes clarísimas y constituyen el eje que hace girar su mundo: mundo de incertidumbres y oscuridades, por el que el poeta discurre, anhelante de luz. *Tiempo de ceniza* culmina todo este proceso. El Tiempo pesa y manda: “Hasta mañana, Dios, si el tiempo quiere”, reza uno de sus sonetos. Y en su tercera parte, “País donde seremos”, se describe con

desoladas tintas ese después que aguarda al hombre. No obstante, uno de sus poemas, "Donde el poeta comienza a ver claro", sirvió para que un crítico sagaz, atento, titulara así su estudio sobre este libro, dando en el blanco. Porque a *Tiempo de ceniza* seguiría *Desde la carne al alma*, libro clave en mi obra. El poeta, todavía enredado en su lucha interior (confieso que hay aquí poemas cuya ortodoxia tuve que consultar con algún sacerdote), acaba vencién dome y hallando lo que buscaba. "Lo que en mis libros anteriores fue búsqueda —escribí yo en el umbral de éste— en el presente es encuentro; lo que ayer fuera tantear, tantear en la sombra, hoy es entrar de golpe en la luz: luz que levanta cuanto derriba y alumbr a cuanto ciega". Poemas como "El rebelde" ("Dejad que pase Dios. Yo, mientras tanto, / callaré, por si hablando me descubre") y el citado "Dios encontrado" ("Doy a la luz y Dios se enciende; toco / la silla y toco a Dios; mi diccionario / se abre de golpe en Dios; si callo un poco / oigo jugar a Dios en el armario"), son para mí decisivos y representan claramente el antes y el después de un proceso, vivido intensamente, pese a que no faltó quien lo considerara una mera postura literaria.

A partir de este momento, mi poesía toma un nuevo rumbo, tornándose más reposada, más serena, lo cual es advertible hasta en su aspecto

formal. *Un día más o menos*, el libro que inaugura esta etapa, es como un diario sencill o, en donde el poeta —ya en paz el corazón— va vertiendo su vida, su experiencia cotidiana. La razón del mismo pudiera estar en su cita inicial, dos versos también míos: "Toma lo que te ofrece cada día / por sencill o que sea y ponle amor"... (Entre paréntesis, recordaría los dos versos que, diez años antes, puse al frente de mi primer libro, *El alma repartida*, y con los que éstos se dan la mano: "detrás de cada cosa / amor esconde un ala"). En *Un día más o menos*, la esposa, los hijos, la nueva casa, la nieve cayendo, la primavera que se hace presente en un pájaro que pia o un árbol que reverdece, cualquier cosa capaz de herir mi sensibilidad, origina el poema. Aquí está, cómo no, la muerte: pero el poeta dice ahora "la no muerte". Y está también el tiempo, marcado por el mismo título, pero vencido de Dios. Aquel verso de *Tiempo de ceniza*, "Hasta mañana, Dios, si el tiempo quiere", sirve ahora de lema al poema final de este libro, que concluye así:

"Pero Dios —nunca el tiempo—, Dios, Dios, Dios quiso, al fin, ser mañana. Abrió la puerta y, vencedora, el alba entró a raudales. Un día más o menos ya no importa, si dentro está la luz, para cerrarla."

Sí, dentro está la luz, y su presencia se hace

patente en mis libros restantes. “El poeta —escribió un crítico— abre los ojos, se restrega los párpados y como un milagro diario encuentra a Dios y se encuentra a sí mismo”. Comentando *Libro de Epitafios*, Julio Manegat apuntaba: “Carlos Murciano es un poeta que tiene alegría de vivir, pero esta alegría de vivir nace de una honda responsabilidad: la de la fe, la de una religiosidad que el poeta anida en poesía, en aceptación, en gozo aún para la tristeza, para la hora del dolor o de la melancolía. Y ahora, conforme avanza en el camino, apenas iniciada la profunda madurez vital de este poeta joven, Carlos Murciano penetra en un cada día —cada libro— mayor sosiego, mayor perspectiva de serenidad”.

Traigo aquí estas palabras porque acaso exprese mejor que pudiera hacerlo yo mismo mi ser de hoy. No resulta fácil resumir en unas pocas líneas todo cuanto a lo largo de quince años fue haciéndose verso estremecido, en una guerra íntima (“contra mí mismo peleo, / defiéndame Dios de mí”), larga y dolorosa. Ignoro cuando esto escribo qué poemas míos habrá elegido el antólogo; es muy posible que ellos —muestra parcial y reducida, al cabo— tampoco ilustren bien cuanto aquí trato de expresar. “Soy lo que digo”, escribió Heidegger. Soy lo que digo... en mis poemas. Ellos por sí se explican. Y me explican.

Quede aquí, finalmente, la frase que puse al

frente de mis poemas incluidos en la antología de *Poesía amorosa*, de López Gorgé: El Verbo se hizo verbo y habitó entre nosotros. Quizás hubiera bastado.

EL REBELDE

Lázaro soy: dejadme con mi muerte,
hermanas. Tú, María, mi esperanza,
y tú, Marta, la fuerte,
mi tristeza, mi bienaventuranza.

Estoy bien donde estoy.
Si aquí no hay paz, tampoco la hay arriba.
Lo que fui es lo que soy.
¿Por qué queréis que viva?

Crezco en la muerte, asciendo;
aquí también se avanza,
mas hacia atrás. Lo bueno es que comprendo
por qué es de un solo plato la balanza.

Conozco el frío dulce del gusano,
el peso de la hormiga...
Mirad cómo se enreda por mi mano
la raíz, buena amiga.

Dios va a pasar. Vosotras entregaros
a vuestras cosas. No digáis su nombre.
Si os ve llorar vendrá por consolaros.
Dios, además de Dios, también es Hombre.

No merece la pena vuestro llanto
ni que mováis la piedra que me cubre.
Dejad que pase Dios. Yo, mientras tanto,
callaré, por si hablando me descubre.

Hiedo ya. ¿Cuántos días
arrastro mi cadáver por la tierra?
Dejadme, hermanas mías.
Pon la losa, María. Marta, cierra.

Así como nosotros

Señor, esto es bien cierto: te lo debemos todo; lo que somos y hacemos y tenemos y amamos, la mano que acaricia, la fuente que nos duerme la sed, el sol que dora nuestros hombros vencidos, el beso largo y dulce, Señor, te lo debemos. Mas tu también, Dios mío, reconócelo, estás en deuda con nosotros: Esos ojos que miran y no ven cómo en trinos se azula la mañana; esos hombres que nacen sin madre entre los labios porque tú se la quitas cuando apenas alientan; esas piernas inútiles que ni siquiera pueden con dos trenzas doradas o un puñado de sueños; esos trigos quemados; esas pobres falúas con un nombre sencillo que al mar rugiente entregas; esos cuerpos deformes, Señor, tú nos los debes. No saldaremos nunca nuestra deuda: perdónanos; perdónanos el negro gusano de la duda, la blasfemia salvaje, la saliva en el rostro, la piedra que tiramos a sabiendas de herirte; olvida todo el daño, todo el mal que te hicimos y perdónanos luego interminablemente así como nosotros, Señor, te perdonamos.

DIOS ENCONTRADO

Dios está aquí, sobre esta mesa mía tan revuelta de sueños y papeles; en esta vieja, azul fotografía de Grindelwald cuajada de claveles.

Dios está aquí. O allí: sobre la alfombra, en el hueco sencillo de la almohada;

y lo grande es que apenas si me asombra mirarle compartir mi madrugada.

Doy a la luz y Dios se enciende; toco la silla y toco a Dios; mi diccionario se abre de golpe en "Dios"; si callo un poco oigo jugar a Dios en el armario.

Abro la puerta y entra Dios —¡si estaba ya dentro!...—; cierro, y sale, mas se queda; voy a lavar mi cara y Dios se lava también y el agua vuélvese de seda.

Dios está aquí: lo palpo en mi bolsillo, lo siento en mi reloj y, aunque me empeno, ni me sorprendo ni me maravillo de verle tan enorme y tan pequeño.

Me lo dobla el cristal, me lo devuelve hecho yo mismo —Dios, perdón— su frío y no intento explicarme por qué envuelve su cuerpo en este pobre traje mío.

Hoy he encontrado a Dios en esta estancia alta y antigua donde vivo. Hacía por salvar, escribiendo, la distancia y se me desbordó en lo que escribía.

Y aquí sigue: tan cerca, que me quemo, que me mojo las manos con su espuma; tan cerca que termino, porque temo estarle haciendo daño con la pluma.

UN DÍA MÁS O MENOS

23 DE JUNIO

Un día más de muerte, un día menos de vida, ayer, ya viento, ya pasado.

Hoy tiembla entre mis manos como un ave presa por vez primera, mas segura de que esta cárcel de los dedos grita su libertad. ¿Y un día más o menos qué importa si se pone a nuestro alcance la no tristeza, digo, la alegría, si se tiene la paz, si Dios ocupa el mismo sitio que nosotros y anda descalzo por la casa, sin ruido, para no despertarnos del ensueño?

8 DE DICIEMBRE

Sobre la mesa están el agua, el vino, los cubiertos, el pan, la loza nueva. Hoy ha salido el sol, y en tanto funde la mucha nieve —sucía ya— de ayer, acaricia el blancor de los manteles y arranca chispas del cristal. Llegamos ante la mesa familiar y, mudos, vamos tomando asiento: cinco seres de Dios, en esta casa que ahora empieza a concernos y a ser nuestra —un hombre, una mujer, tres hijos—, silenciosamente, vamos cumpliendo un viejo rito, uniendo nuestros claros eslabones a la cadena del vivir. Aroma la hierbabuena, cuando voy sirviendo, humeante, la sopa. Tomo luego un pedazo de pan y, mientras gozo repartiéndolo, digo: “Dios, bendice este techo, esta mesa, este alimento, este poco de lumbré y este mucho de amor”. Y es una música celeste el leve son que inician las cucharas.

18 DE MARZO

Hoy que la primavera se vislumbra bajo este plenicielo al que la tarde rindió su amaritud, Dios ha bajado un escalón. El golpe de su clara sandalia ha resonado limpiamente sobre el azul, para extenderse luego —eco feliz— hasta la tierra. Donde lo mortal erigía su reinado ha venido a instalarse un nuevo aliento celeste: Dios-almendro, Dios-campana, Dios-cántaro, Dios-lirio, Dios-paloma. Una vez más he visto que mi mano capaz de asirse a lo invisible ha sido, de alcanzar lo infinito, digo, y tiemblo. Dios-muchacho, Dios-cínife, Dios-libro. siento bajo la yema de mis dedos al par que los pronuncio. Y si levanto los ojos por volverlos a su origen, Dios-luna, blanqueante, se destaca de lo que ya el crepúsculo enrojece.

22 DE MARZO

“Hasta mañana, Dios, si el tiempo quiere”.

Y el tiempo quiso. Dios. Y Dios —el tiempo— quiso. Miradlo aquí. Mañana ha sido. Miradlo aquí, en mi mano, como un fruto redondo, dulce y duro, preparado para los labios y la dentellada. Fruto que muerdo y cuyo amargo zumo a vida nueva sabe, a reencontrado paraíso (celeste alfombra o musgo donde la cicindela se agiganta

y hace su luz tan grande como el sueño).
Mañana es hoy. El tiempo lo ha querido.
Dios lo ha querido. De cualquier palabra
entonces dicha, un fleco oscuro pende,
volviéndola de sombra y confundiéndola
con todo lo que fue y hoy sigue siendo,
en un rincón de la memoria, espuela
para la cabalgada decisiva;
de cualquier agua entonces acercada
a nuestra sed, queda un brutal deseo
de estar bebiendo siempre su milagro;
de cualquier almohada o tronco o piedra
donde nuestra cabeza reposara,
cuelga, como verdín, un turbio insomnio
de ojos abiertos siempre y anhelantes.
Ayer, larga antevíspera, descubre,
quebrada ya su poderosa cáscara,
la triste almendra, la letal semilla.
Pero Dios —nunca el tiempo—, Dios, Dios, Dios
quiso, al fin, ser mañana. Abrió la puerta
y, vencedora, el alba entró a raudales.
Un día más o menos ya no importa,
si dentro está la luz, para cerrarla.

CLAUDIO RODRIGUEZ

Nació en Zamora, en 1934. Licenciado en Filosofía y Letras. Lector de español en Nottingham y en Cambridge. Premio Adonais.

Libros publicados:

Don de la ebriedad.—Madrid, 1953.

Conjureros.—Santander, 1958.

Alianza y condena.—Madrid, 1965.

P O E T I C A

En el sentido confesional y litúrgico de la palabra *religioso*, nunca he escrito ningún poema. Pero si se trata de religiosidad en el amplio sentido (que yo comparto) que, refiriéndolo a la poesía, da a este problemático concepto Leopoldo de Luis, sí que existe, según creo, un sector de mi obra poética que nace y crece de una exaltación de lo creado: de la existencia interpretada de modo trascendental. La “dolencia de amor que no se cura / sino con la presencia y la figura”. En efecto, la presencia de las cosas, la figura de ellas a través de la aventura de la experiencia y del lenguaje, se acercan, en lo que respecta a mi poesía, a un timbre trascendente, religioso. Revelación del mundo, y del propio ser al mismo tiempo.

CANTO DEL DESPERTAR

*...y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía...*

SAN JUAN DE LA CRUZ.

El primer surco de hoy será mi cuerpo.
Cuando la luz impulsa desde arriba
despierta los oráculos del sueño
y me camina, y antes que al paisaje
va dándome figura. Así otra nueva
mañana. Así otra vez y antes que nadie,
aún que la brisa menos decidiera,
sintiéndome vivir, solo, a luz limpia.
Pero algún gesto hago, alguna vara
mágica tengo porque, ved, de pronto
los seres amanecen, me señalan.
¡Soy inocente! ¡Cómo se une todo
y en simples movimientos hasta el límite,
oh, para mi castigo: la soltura
del álamo a cualquier mirada! Puertas
con vellones de niebla por dinteles
se abren allí, pasando aquella cima.
¿Qué más sencillo que ese cabeceo
de los sembrados? ¿Qué más persuasivo
que el heno al germinar? No toco nada.
No me lavo en la tierra como el pájaro.
Oh, para mi castigo el día nace
y hay que apartar su misma recaída
de las demás. Que sí es peligroso.
Ahora, en la llamada hecha de espacio,
voy a servir de blanco a lo creado.
Tibia respiración de pan reciente
me llega, y así el campo eleva formas
de una aridez sublime, y un momento
después, el que se pierde entre el misterio

de un camino y el de otro menos ancho,
somos obra de lo que resucita.
Lejos estoy, qué lejos. ¿Todavía,
agrio como el moral silvestre, el ritmo
de las cosas me daña? Alma del ave,
yacerás bajo la cúpula de árbol.
¡Noche de intimidad lasciva, noche
de preñez sobre el mundo, noche inmensa!
Ah, nada está seguro bajo el cielo.
Nada resiste ya. Sucede cuando
mi dolor me levanta y me hace cumbre
que empiezan a ocultarse las imágenes
y a dar la mies en cada poro el acto
de su ligero crecimiento. Entonces
hay que avanzar la vida de tan limpio
como es el aire, el aire retador...

CANTO DEL CAMINAR

Nunca había sabido que mi paso
era distinto sobre tierra roja,
que sonaba más puramente seco
lo mismo que si no llevase un hombre
de pie, en su dimensión. Por ese ruido
quizá algunos linderos me recuerden.
Por otra cosa no. Cambian las nubes
de forma y se adelantan a su camino
deslumbrándose en él, como el arroyo
dentro de su fluir; los manantiales
contienen hacia fuera su silencio...
¿Dónde estaba sin mí, bebida mía?
Hasta la hoz pregunta más que siega.
Hasta el grajo maldice más que chilla
Un concierto de espiga contra espiga
viene con el levante del sol. ¡Cuánto
hueco para morir! ¡Cuánto azul vivido,
cuánto amarillo de era para el roce!

Ni aun hallando sabré: me han trasladado
la visión, piedra a piedra, como a un templo
¡Qué hora: lanzar el cuerpo hacia lo alto!
Riego activo por dentro y por encima
transparente quietud, en bloques, hecha
con delgadez de música distante
muy en alma subida y sola al raso.
Ya este vuelo del ver es amor tuyo.
Y ya nosotros no ignoramos que una
brizna logra también eternizarse
y espera el sitio, espera el viento, espera
retener todo el pasto en su obra humilde.
Y cómo sufre cualquier luz y cómo
sufre en la claridad de la protesta.
Desde siempre me oyes cuando, libre
con el creciente día, me retiro
al oscuro henchimiento, a mi faena,
como al cardal ante la lluvia al áspero
zumo viscoso de su flor, y es porque
tiene que ser así: yo soy un surco
más, no un camino que desabre el tiempo.
Quiere que sea así quien me aró. ¡Reja
profunda! Soy culpable. Me lo gritan.
Como un heñir de pan sus voces pasan
al latido, a la sangre, a mi locura
de recordar, de aumentar miedos, a esta
locura de llevar mi canto a cuestras,
gavilla más, gavilla de qué parva.
Que os salven, no. Mirad: la lavandera
de río, que no lava la mañana
por no secarla entre sus manos, porque
la secaría como a ropa blanca,
se salva a su manera. Y los otoños
también. Y cada ser. Y el mar que rige
sobre el páramo. Oh, no sólo el viento
del norte es como un mar, sino que el chopo
tiembla como las jarcias de un navío.
Ni el redil fabuloso de las tardes

me invade así. Tu amor, a tu amor temo,
nave central de mi dolor, y campo.
Pero ahora estoy lejos, tan lejano
que nadie lloraría si muriese.

Comienzo a comprobar que nuestro reino
tampoco es de este mundo. ¿Qué montañas
me elevarían? ¿Qué oración me sirve?

Pueblos hay que conocen las estrellas,
acostumbrados a los frutos, casi
tallados a la imagen de sus hombres
que saben de semillas por el tacto.

En ellos, qué ciudad. Urden mil danzas
en torno mío insectos y me llenan
de rumores de establo, ya asumidos
como la hez de un fermentado vino.

Sigo. Pasan los días, luminosos
a ras de tierra, y sobre las colinas
ciegos de altura insoportable, y bellos
igual que un estertor de alondra nueva.

Sigo. Seguir es mi única esperanza.

Seguir oyendo el ruido de mis pasos
con la fruición de un pobre lazarillo.

Pero ahora eres tú y estás en todo.

Si yo muriese harías de mí un surco,
un surco inalterable; ni pedrisca

ni ese luto del ángel, nieve, ni ese
cierzo con tantos fuegos clandestinos
cambiarían su línea, que interpreta
la estación claramente. ¿Y qué lugares

más sobrios que estos para ir esperando?
¡Es Castilla, sufrídllo! En otros tiempos,

cuando se me nombraba como a hijo,
no podía pensar que la de ella

fuera la única voz que me quedase,
la única intimidad bien sosegada
que dejara en mis ojos fe de cepa.

De cepa madre. Y tú, corazón, uva
roja, la más ebria, la que menos

vendimiaron los hombres, ¿cómo ibas
a saber que no estabas en racimo,
que no te sostenía tallo alguno?

—He hablado así tempranamente ¿y debo
prevenirme del sol del entusiasmo?

Una luz que en el aire es aire apenas
viene desde el crepúsculo y separa
la intensa sombra de los arcos blancos
antes de separar dos claridades:

la del día total y la nublada
de luna, confundidas un instante
dentro de un rayo último difuso.

Qué importa marzo coronando almendros.
Y la noche qué importa si aún estamos
buscando un resplandor definitivo.

Oh, la noche que lanza sus estrellas
desde almenas celestes. Ya no hay nada:
cielo y tierra sin más. ¡Seguro blanco,
seguro blanco ofrece el pecho mío!

Oh, la estrella de oculta amanecida
traspasándome al fin, ya más cercana.
Que cuando caiga muera o no, qué importa.
Qué importa si ahora estoy en el camino.

CIELO

Ahora necesito más que nunca
mirar al cielo. Ya sin fe y sin nadie,
tras este seco mediodía, alzo
los ojos. Y es la misma verdad de antes,
aunque el testigo sea distinto. Riesgos
de una aventura sin leyendas ni ángeles,
ni siquiera ese azul que hay en mi patria.
Vale dinero respirar el aire,
alzar los ojos, ver sin recompensa,
aceptar una gracia que no cabe

en los sentidos pero les da nueva
salud, los aligera y puebla. Vale
por mi amor este don, esta hermosura
que no merezco ni merece nadie.
Hoy necesito el cielo más que nunca.
No que me salve, sí que me acompañe.

MARIA ELVIRA LACACI

Nació en El Ferrol (La Coruña), en 1935. Premio Adonais. Premio de la Crítica.

Libros publicados:

Humana voz.—Madrid, 1957.

Sonido de Dios.—Madrid, 1962.

Al este de la ciudad.—Barcelona, 1963.

P O E T I C A

No sé expresar el concepto de la poesía religiosa en general, entre otras cosas por parecerme que, dentro de la singularidad del tema, el hombre debe sentirlo y hasta crearlo de acuerdo con las ansias de su corazón y las necesidades de su vida. A mi modo de ver, la poesía religiosa recoge las inquietudes de quien siente demasiado pequeña la capacidad de entrega y de comprensión de los seres humanos, y sobre todo su fragilidad y hasta su miseria.

Es difícil hablar, hasta balbucear sobre el sentido religioso de mi propia obra. Yo pienso que la religión de un alma puede expresarse, aunque no del todo, en un poema, pero nunca desnudarse con el análisis de la prosa.

La religión en mí (yo soy mi poesía), es una necesidad tan intensa y vital como el aire que respiro. Quizá más. Si tuviera que elegir entre Dios y el aire, aun perdiendo la vida por falta de oxígeno, me quedaría con Él. Después de esta sincera y rotunda afirmación, ya poco me queda por decir.

Como tantos seres, fui educada religiosamente en el colegio y por mis padres, de una manera bastante rutinaria y superficial. Para mí eso no fue suficiente. Tenía ansias de conocer a Dios, de sentir a Dios, de vibrar con Dios de una ma-

nera intensa y profunda. El Evangelio leído y meditado largamente, fue forjando dentro de mi alma la figura de Dios, Dios hecho hombre, así más asequible a mí, tan humana y sedienta de naturaleza de lo divino. Mi sensibilidad se fue curtiendo con todas sus enseñanzas, las que fue haciendo como sangre dentro de mis venas, pero en realidad cuando de verdad llegué a encontrar a Dios conformado a mis propias necesidades, fue ante el dolor y la soledad de mi vida, en la lucha con los días amargos, ante lo caduco de los sentimientos de mis semejantes, y sobre todo ante el convencimiento de mi impotencia frente a los graves peligros que encierra la gran ciudad.

Por eso, desde mi ángulo débil, humano, oscuro, enfermizo, necesitado y hasta miserable a veces, intenté sentir a Dios para llenar mi vacío, para paliar el dolor que los hombres me han entregado siempre, para que su sonrisa, abierta a la comprensión no se ocultara ante las torpezas de mi vida, y de ese modo el miedo innato que siento hacia todas las cosas, no lo aumentara Él, sino todo lo contrario, fuera una especie de aliento fortísimo que me ayudara a caminar entre las sombras de los días amargos. También más tarde, para entregar mi sentimiento religioso hecho poesía a los hombres que

sienten en sus corazones idénticas inquietudes a las mías y no saben saciarlas.

Yo siempre encontré a Dios cuando lo necesité y lo busqué. A veces de una manera tan intensa que luego, a mí misma, me produjo impresión. Jamás mi mano se quedó vacía cuando la extendí con angustia hacia Él. Mi fe lo ha palpado casi tanto en la oscuridad como en las horas de luz.

Se ha dicho bastantes veces que mi religión es muy personal. Esto, contra lo que pudiera pensarse, me hiere profundamente. Mi Dios es el de todos los hombres. Yo pienso que en general los católicos tendemos a aceptar a un Dios que nos entregan nuestros mayores e incluso los sacerdotes. Así debe ser. Así lo acepto yo con todos sus preceptos. Sería imposible que para cada ser humano nos crearan un Dios. Eso es cosa nuestra: la pluralidad dentro de la unidad divina. Los seres humanos somos todos diferentes, y si la Ley de la tierra tiene sus diferencias, sus atenuantes, sus castigos o sus premios de acuerdo con los hombres con quienes tiene que enfrentarse, Dios, la Suma Bondad y la Suma Comprensión debe tenerlos también.

Por último diré que la poesía para mí es una segunda religión; bastaría con explicar mis sentimientos poéticos para que los religiosos se hicieran patentes o viceversa. En los momentos en que por enfermedad no pude crear poesía, sentía

muy poco a Dios. También cuando mi alma sentía sobre sí el peso de la impureza, al crear un poema, se liberaba de ella, algo así como un nuevo sacramento.

Por ello, coincido con las palabras que Gustavo Adolfo Bécquer entregó un día a una mujer hermosa, pero yo se las diría a Dios: "Poesía eres tú".

LA VOZ

Aquella tarde me dolía el cuerpo.
Era un dolor vulgar
de materia imperfecta que se quiebra.
Aquella gente extraña
con quienes compartía diariamente
el techo, el pan y el agua —claro que les pagaba—,
indiferentemente me observaban.
Y lo sabían, sí, moscardones horribles,
enlutados por alguien que ni habían amado.
Con un zumbido hiriente
bajo sus tan peludas y viscosas alas.
Con ese tornasol que da la envidia
cuando orea las almas.
Con sus antenas rígidas, sin vibración posible,
viviendo para sí
con la brutalidad de las piedras intactas. Sin un
hoyuelo leve
para mi dolor grave.

Ya en la mesa
sentí avanzar el llanto
impetuosamente desde el corazón.
Era la humillación que se acercaba. No debía de
ser.
Sacudí fieramente mi cabeza, la eché hacia atrás
erguida
y me puse a comer —¿comer?—, sólo sé que tra-
gaba,
pero no sé si carne, si pescado, si llanto.
Salí de aquella casa maldiciendo. Bueno,
maldecir no sabía, pero dije con furia:
"Yo bailaré una rumba en vuestro vientre
cuando el dolor os nazca con la vida."
—No te asustes, Señor, nunca lo haría;
este pequeño corazón es bobo—.
Con ansiedad de corza perseguida,

asustada y herida, dando saltos y huyendo
 me refugié en el hueco de unos brazos.
 Buscaba una palabra, una pregunta tierna que
 cubriera
 aquella desnudez que me asolaba.
 Pero tampoco allí logré encontrarla. En aquellas
 arterias
 el deseo giraba
 vertiginosamente, y no era mi dolor lo que apre-
 saban.
 Huí, huí de nuevo. Aquello era peor. Allí yo
 amaba.
 Con mi doble dolor a las espaldas —ahora,
 me dolía ya el alma—,
 penetré en una iglesia. Dios estaba allí.
 Como si lo ignorase
 le fui contando quedamente todo.
 El se quedó callado, mudamente callado. Sí, sí, y
 me había escuchado,
 lo sabía, pero nada me dijo,
 Nada me preguntó tampoco Él. Su silencio
 aumentó mi tormento. Salí a la calle
 con un vestido nuevo
 de confusión,
 de niebla, pero a la vez rasgado.
 Se veían mis muslos. Contraídos, con sus ten-
 dones rígidos,
 porque mis pies, por vez primera, sí,
 querían pisar fuerte, desgarrar el asfalto
 y herirlo, herirlo tanto
 cuanto que a mí él me hería
 tenazmente.

Las bocinas, los guardias, aquella gente que me
 avasallaba
 para pasar delante —como si hubiera premio
 al final de la acera—,
 era tremendo y duro.

De pronto,
 sentí una voz suave
 que reconocí:
 “¿Qué tienes, hija, qué te pasa, dime?”
 “¡Madre!”, dije bajito, y me quedé pegada
 al ceniciento asfalto
 que mis suelas
 venían machacando con ahínco.
 Las estridentes voces de un taxista —que tuvo
 que frenar
 para no atropellarme—, me hicieron despertar,
 Estaba tan contenta, que hasta le sonreí,
 olvidando de pronto sus feroces insultos.
 No quise ya esperar el ascensor para tomar el
 “Metro”.
 Bajé las escaleras
 saltando igual que un niño, de tres en tres. Sil-
 bando
 una canción ligera, y por la noche
 aquellos moscardones enlutados
 me parecieron ya casi palomas.

EN EL TRANVÍA

...Entonces
 tu voz resonó clara
 —como un aullido en una noche cierta—
 en su conciencia temblorosa
 siempre. Apretó a los cristales
 de aquella ventanilla
 del tranvía,
 donde venía recostada. Muda.
 Mal asida y en pie —tambaleándose con los fre-
 nazos—,
 su cara inexpresiva
 (porque el dolor
 no cuenta

en la expresión humana de los rostros
jóvenes) y lloró enfebrecida.
Como otras muchas veces
al escuchar tu voz
tajante. Clara.
Llegó cuando la ola del dolor
la sacudía despiadadamente
e intentaba
sepultarla en el seno
del mar ensombrecido de la duda
mordiente.

El trayecto era largo
y
venía ya luchando desde su comienzo. Apartando
con furia
—como si se tratara
de las pesadas moscas del verano—,
aquellos pensamientos que la atormentaban
Anuncios luminosos iba dejando al paso.
Edificios de bancos,
teatros. Mucha gente feliz —era domingo—,

Luchaba y no podía,
aquel fantasma le doblaba en fuerza.
Encajaba los dientes y entreabría los labios
a la vez, y quería decir... y ya estaba diciendo.
Sí (contra toda razón,
en un esfuerzo intenso —que estimaba ya inútil—
porque aquel enemigo
devoraba su aliento
siempre débil),
que el Señor era humano.
Que sentía piedad hacia los hombres.
Que no era un espectáculo
de circo, a sus ojos
divinos, nuestro desgarró humano.
Que en su mano punzante
no había crueldad hacia nosotros.

No. No la había,
y gritaba, sin eco —porque eran silenciosos sus
bramidos—
y gritaba
sintiéndose crujiir
entre esa mano que la desgarraba.

...Entonces,
en medio de aquel caos
tormentoso, pero en pie,
sin quebrarse su aire, su cintura o su voz,
Apasionada
hacia ese Dios hiriente
que a menudo
no pude comprender —en la agonía—
escuchó sus palabras:
“Quiero probar tu fe.”

El tranvía seguía
ruidoso, despacio, y miró de hurtadillas
por si alguien
había reparado
en su carilla humilde
y angustiada.
Cada cual a lo suyo. Ni mirarla siquiera.
Se alegró. Con un guante —no llevaba pañuelo—
se restregó la cara humedecida. Se paraba,
luego el aire cortante
de este mes de febrero. Interminable.
Ese aire que acaso
llevaría al Señor, entre sus hielos,
la Paz,
la paz maravillosa
que al influjo
de sus cuatro palabras
brotó
como una flor —enraizada en cieno—
por todos sus sentidos.

DIME

Dime que no te hago
a la medida
de mi desolación sin horizonte.
Dime que mi agonía
no te inventa,
cuando en su ahogo lento, pronunciado,
te siento por las venas
respirándote.

Dime que yo no sueño. Que es tu mano
la que temblando aprieto
entre las mías,
cuando la noche en mis pupilas crece.
Dime que cuando hablo —que sólo a Ti te hablo—
vas recogiendo mis palabras leves. Apretándolas
sobre tu corazón. Como presiento
Dime que cuando lloro
alargas tu sonrisa —la que veo—
hasta lo más mojado de mi cara.

Dime que vivo en Ti.
Que si te siento, si Tú vives en mí,
como mi carne, mi alma o mi tormento,
es del todo verdad.

Dímelo Tú, Señor. Dímelo. Fuerte.
Grítale al corazón. Que se rebela.
Porque un sonido extraño lo atormenta.

A GRITO ABIERTO

Y solía decirme:
"No me engaña la Vida. La conozco".
Y creía —oh infeliz—
que no podría el hombre sorprenderme,

que aún iba más allá
de sus manejos
turbios
con mi mente.
Sabía
que aun siendo de su piel
no estaba hecha
para sentirme hermana de su intriga.
Y, sin embargo, Dios, cómo he gritado
ante la mano injusta
que desbordó mi llanto contenido.
Pero mi grito
no debió de nacer. Rasgar mis venas. Señalar tu
mano.

Fue un alarido
sobre la noche de tu gran silencio:
¡Tienes que hacer justicia!
Enmudecí al momento.
Con el calor aún tibio allí en los labios
de la palabra
última
lanzada
sobre tu inerte mano poderosa.
Mis pisadas
—cargadas de presente todavía—
fueron fantasmas que me señalaron
—con el hiriente vaho de su niebla—
la Verdad, la Justicia, la Piedad
de tu amor.

Te quería implacable.
Quería que tu aliento fulminara.
Eras Dios.
Debías de arrasar lo no derecho. Tu Justicia
tenías que imponer sobre la tierra.
Y

las huellas de mis pies allí en lo oscuro...
Se sosegó mi aliento enardecido.
Luego,

sin casi voz
 en las palabras tímidas,
 susurré temerosa:
 "Me querrás ayudar, porque estos hombres..."

TE VEO TANTO

Te veo tanto, Dios, en lo mudable,
 en las pequeñas cosas que creaste,
 que a menudo
 tu aliento en su materia me intimida.
 Y anhelo tu presencia,
 tu contacto en mi alma
 desasida de roces. De contornos. De aromas.
 Pero sentirte así tan allegado
 en cada cosa que a mis ojos nace,
 me hace daño, Señor.
 Te quiero cerca. Pero así tanto, tanto...
 Cobrando dimensiones gigantescas
 no te puedo llevar.
 Y,
 bruscamente,
 aparto la mirada
 de un guijarro,
 de una flor con rocío,
 de un bello animal...
 por donde asoman
 tus misteriosos ojos a la Vida.
 Tienes que disculpar que yo rehuya
 esta vivencia tuya que me encorva,
 ese profundo grito que me invade
 más allá de lo humano
 de mis huesos.
 Mi materia es endeble
 y Tú te adentras
 como saeta azul por sus tejidos.

Y, a veces,
 resquebrajarse teme
 con tu peso.
 Tu peso sin medida. Sólo viento.
 Celeste viento fuerte que me ciega
 si no bajo los párpados. Herida.
 No te apartes, Señor. Que yo te sienta.
 Pero así, tanto, tanto...

VICTOR MANUEL ARBELOA

Nació en Mañeru (Navarra), en 1936. Sacerdote. Licenciado en Teología e Historia por la Universidad Gregoriana de Roma. Especializado en estudios sociales e históricos.

Libros publicados:

Señor, que estás mirándome.—Estella, 1964.

Dios es hombre para siempre.—Salamanca, 1966.

P O E T I C A

Hablar de poesía religiosa ahora es entrar, aun sin quererlo, en esa larga polémica actual sobre el concepto y la realidad de la religión.

Muchos teólogos actuales distinguen minuciosamente fe y religión. Religión dice religación con dioses o con hombres, con ideas o valores, con mitos o creencias. Religioso es el hombre que, sintiéndose finito y contingente, se siente también vocado por su inteligencia y voluntad dinámicas a entrar en comunión con instancias superiores —sobrenaturales o no—, que colmen su “infinita” capacidad de verdad y de bien.

Aunque muchas veces lo religioso le sirva de preparación y de principio, la fe trasciende ese primer estrato natural, dándole a la vida un nuevo superior sentido y una nueva superior dirección.

Fe es la respuesta a una llamada —exterior o interior— de otro, que supera toda vocación religiosa, por alta que sea. El hombre creyente dice un sí rotundo y seguro —que la sola razón no puede verificar jamás— a una voz íntima y amorosa, que le pide su amor y su entrega. Para los cristianos esa voz es la de Dios —el Otro revelado en Jesucristo— y viva, a pesar de todos los pesares, en la comunidad viviente de la Iglesia, Pueblo peregrino de Dios.

Si tal distinción, llevada a todos los niveles, es tan necesaria para comprender rectamente las religiones y las Iglesias, lo es también para un análisis claro de la Poesía, que es por su misma entraña altísima expresión religiosa de la vida.

Quiero ahora aludir solamente a la diferencia —no tan radical a veces como algunos quisieran— entre la poesía religiosa y la poesía cristiana.

Sabemos bien que la esencia del Cristianismo es Cristo, revelación del Padre, que es Amor, Amor entregado de Dios a los hombres hasta hacerse hombre. El Cristianismo es amor; amor universal, cotidiano, invisible. Esta es la alegre noticia del Reino = evangelio. El primer mandamiento. El único.

Si hemos de ser fieles a esta intangible definición, tenemos que confesar que la poesía cristiana española es bien escasa. Abunda, en cambio la poesía religiosa y hasta la piadosa y hagiográfica, que alcanzan en ocasiones bellas alturas.

Hoy, una concepción remozada del Cristianismo, dentro y fuera de una profunda renovación de la Iglesia, está haciendo posible una nueva manera de poesía cristiana entre nosotros. A una poesía, llamada religiosa que habla “en pura jerga todavía”, va sustituyendo una poesía mucho más humanizada, sencilla y honesta, encarnada

en el tiempo y en el espacio, de carne y hueso, mucho más cercana también del Dios cristiano, porque está mucho más cercana del hombre. Poesía social más que panteísta, comprometida más que pura, “cristiana anónima” a veces, más que religiosa sin más.

Dios se hizo hombre y no rosa, mar o estrella, ni amor abstracto ni belleza universal. La Palabra y el Poema de Dios se hizo verso con rima y ritmo humanos. Verso de alegría y de llanto, de temor y de esperanza.

Las muestras de mi poesía que van en este libro quieren ir, dentro de su modestia y su limitación, por este camino, aprovechando viejos temas universales y fecundos, que hay que desmitologizar de interpretaciones líricas vacías y estériles, abriéndoles cauces poéticos renovadores: pequeño índice de lo que otros, con más genio y cordura, pueden conseguir.

Si fuera más interesante, me gustaría hacer aquí la pequeña historia que muchos escritores de mi generación —que yo llamo del 65, año de la clausura del Concilio— hemos tenido que vivir. Baste sólo tocarla. Todavía recuerdo, no sin ira santa, el día en que en mi Seminario de Pamplona —¡hoy tan distinto!— un grupo de superiores quemó, en semipúblico y regocijado auto de fe, *Platero y yo* de Juan Ramón. La poesía era allí, como en tantos otros centros cleri-

cales, mercancía averiada, materia de contrabando. Pasar por poeta constituía una especie de inconfesable subversión. Por eso muchos muchachos de entonces tenemos aún los cajones llenos de versos por motivos distintos de las clásicas dificultades para la publicación de poesía. Nadie como nosotros hemos sufrido los rigores de una doble cruel censura.

Todavía “aquellos tiempos”, tan próximos, no han pasado del todo, pero dentro de sus muchas y graves consecuencias, hemos de esperar esa nueva estación de frutos de amor y libertad, tardíos muchas veces, que llevarán la sazón de largas maduraciones.

¡Ojalá que estos años de silencio nos sirvan a nosotros y a los que vengan detrás para hacer más dura y, al mismo tiempo, más pura y serena nuestra voz!

COMUNIÓN DE NOCHEBUENA

Na vayáis hacia el portal
pastorcitos de Belén
porque en el establo frío
no está el Señor que queréis.

Reyes que montáis la estrella
que os conduce a vuestro Rey...

Viento que alegre le llevas
tu salmo de parabién...

No le busquéis en la cueva
entre la mula y el buey
porque en el establo frío
no está el Señor que queréis.

Virgen que llevas los senos
como fuentes sin romper
no vayas hacia el pesebre
para darle de beber...

porque está en mi corazón
donde acaba de nacer.

BENDICIÓN DE NOCHEBUENA

Niño de Belén
bendice nuestra cena

Danos una risa
de luna llena
una alegría
serena

Y una difcíl
pena
por los que no tienen
cena.

Virgen de Belén
enhorabuena...

TE LLEVARÉ EN TRANVÍA

Vamos pronto, María
que duerme el Niño
que la noche es muy corta
y es largo el frío.

Vamos a los establos
de nuestro siglo
donde tus hijos pobres
hoy han nacido.

Te llevaré en tranvía
por los hospicios
por las maternidades
y sextos pisos.

Te llevaré a los puentes
y cobertizos
para ver los astrosos
churumbelillos.

En los escaparates
de tus amigos
meteré mazapanes
en los bolsillos.

Y a todos los que llevan
gordos abrigos

les quitaremos tela
para los chicos.

Les pondremos de guardas
ángeles niños
que los laven y peinen
con raya y rizos.

Que los sigan de cerca
si van al río
y les quiten las piedras
de los bolsillos.

Que les digan bien claro
cómo los ricos
les robaron la risa
recién nacidos.

Cómo el Niño les trajo
de risa un Nilo
donde se ahogasen todos
los cocodrilos.

Vamos pronto, María,
que duerme el Niño,
que la noche es muy corta
y es largo el frío...

AL NIÑO DE LA CUNA

Estáte quieto en la cuna
no aprendas, mi Niño, a andar
quietecito, mi tesoro,
que te llevarán...

Estáte quieto en la cuna
no quieras, mi Niño, andar

que son tus pies muy chiquitos,
que te alcanzarán...

Estáte quieto en la cuna
no empieces, mi Niño, a andar
que eres aún muy pequeño,
que te seguirán...

OTROS BELENES

A Belén, por aquí,
Señora,
ya no se va...

Se va por la otra puerta
de la ciudad.

Se va por los caminos
sin luz ni paz.

Por esas negras casas
de duro pan.

Se va por las afueras
de soledad.

Se va por el respeto,
por la igualdad.

Por la verdad más clara
y la libertad.

Se va por la justicia
y la caridad.

Por la limosna sola
ya no se va.

Se va por todo el mundo
—bien claro está—

Que Belén es hoy toda
la humanidad.

Que siempre en este mundo
es Navidad.

Señora,
el viaje es algo incómodo.
Usted verá...

BELÉN IMPERFECTO

Nunca llegan al portal
las figuras del belén.

Los pastores se han quedado
sin las piernas por correr.

No encuentran los Reyes Magos
la estrellita de papel.

Los camellos en el musgo
ya no se pueden mover.

El río de plata sigue
desembocando al revés.

La lavandera del lago
nunca acaba de tender.

Herodes hoy ha encendido
las mismas luces de ayer.

En las montañas la nieve
no se puede deshacer.

La Virgen está esperando
y esperando San José.

La comadrona no llega
y ya empieza a anochecer.

El pastor tampoco viene
con la hierba para el buey.

Los hombres no llegan nunca
a la cueva de Belén.

La Virgen está esperando
y el Niño Jesús también...

NAVIDAD NEGRA

Sobre la estera de palma
ha nacido un niño negro.
La carne blanda, y la piel
como una noche de invierno.

*Cerrad esa risa loca,
apagad la luz y el jazz,
que no le quiten la piel
que le van a hacer llorar.*

La madre es negra, y los dientes
blancos como los luceros,
el padre, un negro robusto,
sin corbata ni sombrero,
con la cara ensangrentada
y con los puños abiertos.

Cerrad esa risa loca...

Sobre un pesebre de paja
ha nacido un niño negro.
La virgen negra, y los dientes
blancos, como los corderos.

San José un negro robusto
lleva el dolor al destierro...

*Cerrad ese llanto amargo
que Herodes lo va a encontrar,
que no le quiten la piel
que le van a hacer llorar.*

La nieve es negra en Arkansas
y los pastores son negros.

Los reyes traen de Arabia
en un navío negrero
siguiendo una estrella negra
dólares y cocos frescos.

*Cerrad esa risa loca,
apagad la luz del jazz,
que no le quiten la piel
que le van a hacer llorar,
que le van a hacer llorar...*

EL HAMBRE LLEGA A BELÉN

El hambre viene rugiendo
como un león encendido.
Todos los ciervos del miedo
se escapan por los caminos.
El hambre llega rugiendo
con llanto de cocodrilo
para tragarse a las madres
que llevan pechos erguidos.

El hambre viene a tu cueva
violento como un cuchillo
los ojos con fuego de oro
y todos los dientes fríos.

—Dile a tu Madre, la Virgen,
que te prepare el abrigo,
y a tu padre San José
te lleve de prisa a Egipto.

Están llorando los pobres
con llanto largo de siglos.

A los niños que no corren
les siguen los cocodrilos.

Huye mi Niño, huye pronto
que ya se acercan los ricos.

El hambre viene rugiendo
y se estremecen los lirios.

El hambre llega a Belén
y mueren todos los niños...

DEJAD AL NIÑO QUIETO...

Alejaos...
Dejad al niño quieto
sobre el establo...

Tanta ternura y mentira,
¡todo eso al diablo!
Dejad al niño quieto
sobre el establo...

Alejaos...
que al niño no le gusta
tanto regalo
que no quiere la Virgen.
dinero falso...

Dejadlo
que está bien
sobre el establo...

LA LUNA DE LA NAVIDAD

Por el olivar
huía la luna
de la Navidad.

Roja por la cólera
para no alumbrar
la máscara amarga
de la falsa paz.

Una media luna
de aceite sombrío,
de turbia injusticia,
comenzó a brillar.

Por el olivar
huía la luna
de la Navidad.

INDICE

Genero Juan de Ven Págs.

Notas para esta antología	7
Ramón de Garciasol	61
José García Nieto	81
Manuel Pinillos	95
Concha Zardoya	113
Juan Ruiz Peña	127
Blas de Otero	139
Javier de Bengoechea	155
José Luis Prado Nogueira	169
Luis López Anglada	181
Vicente Gaos	195
Rafael Morales	209
Manuel Alonso Alcalde	219
Rafael Montesinos	229
Jorge Blajot	241
Francisco Garfías	253
José Hierro	265
José Gerardo Manrique de Lara	277
Carlos Bousoño	289
Alfonso Albalá	303
Alfonso Canales	315
Lorenzo Gomis	329
Jacinto López Gorgé	343
Julio Mariscal Montes	355
José María Valverde	367
Enrique Badosa	383
Jesús Tomé	395
José Luis Tejada	409
Manuel Alcántara	425
Jaime Ferrán	437

	<u>Págs.</u>
Antonio Murciano	453
Manuel Mantero	465
Jose Luis Martín Descalzo	479
Carlos de la Rica	497
Miguel Fernández	515
Carlos Murciano	529
Claudio Rodríguez	543
María Elvira Lacaci	553
Víctor Manuel Arbeloa	569

Esta primera edición de la *Antología de la Poesía Religiosa*, con prólogo y notas de Leopoldo de Luis, quedó lista el día 10 de abril de 1969. Se publica por cuenta y riesgo de EDICIONES ALFAGUARA, S. A., en su colección de antologías de poesía española contemporánea.

Los cincuenta primeros ejemplares, numerados del I al L, se tiraron sobre papel de hilo Ingres, preparado en el obrador de L. Guarro Casas, de Gelida, provincia de Barcelona, y con diferente imposición. Van firmados por el autor y, aquellos que quedaron suscritos antes de la citada fecha de aparición, llevan el nombre del destinatario impreso.